

IDAD A  
CCION C

MATHEMATICS

ST. JOHN'S

LOGGERS

DA3

M3

c. 1

110011



1080045000



992



ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA CLASICA.

Doce reales cada tomo en toda España.

	Tomos.
OBRAS PUBLICADAS.	
HOMERO.— <i>La Iliada</i> , traducción directa del griego en verso y con notas de D. José Gómez Hermosilla.....	3
CERVANTES.— <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i> .....	2
HERODOTO.— <i>Los nueve libros de la historia</i> , traducción directa del griego, del padre Bartolomé Pou.....	2
ALCALA GALIANO.— <i>Recuerdos de un anciano</i> .....	1
VIRGILIO.— <i>La Eneida</i> , traducción directa del latín, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
— <i>Las églogas</i> , traducción en verso, de Hidalgo.— <i>Las geórgicas</i> , traducción en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latín, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo.....	1
MACAULAY.— <i>Estudios literarios</i> .....	1
— <i>Estudios históricos</i> .....	1
— <i>Estudios políticos</i> .....	1
— <i>Estudios biográficos</i> .....	1
— <i>Estudios críticos</i> .....	1
— <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i> .....	1
— Traducción directa del inglés de M. Juderías Bänder.	
QUINTANA.— <i>Vidas de españoles célebres</i> .....	2
CICERON.— <i>Tratados adictivos de la elocuencia</i> , traducción directa del latín de D. Marcelino Menéndez Pelayo...	2
SALUSTIO.— <i>Conjuración de Catilina</i> .— <i>Guerra de Jugurta</i> , traducción del Infante D. Gabriel.— <i>Fragmentos de la grande historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo, ambas directas del latín.....	1
TÁCITO.— <i>Los anales</i> , traducción directa del latín de don Carlos Coloma.....	2
— <i>Las historias</i> , traducción del mismo.....	1
PLUTARCO.— <i>Las vidas paralelas</i> , traducción directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos.....	5
ARISTOFANES.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego por D. Federico Baráibar.....	3
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS.—( <i>Teócrito, Bión y Mosco</i> ). Traducción directa del griego, en verso, por el Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico).....	1
MANZONI.— <i>Los Novios</i> , traducción de D. Juan Nicasio Gallego.....	1
ESQUILO.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego, con notas, por D. Fernando Brieve Salvatierra.....	1
QUEVEDO.— <i>Obras satíricas y festivas</i> .....	1
DUQUE DE RIVAS.— <i>Sublevación de Nápoles</i> .....	4
CALDERON DE LA BARCA.— <i>Teatro selecto</i> .....	1
HURTADO DE MENDOZA.— <i>Obras en prosa</i> .....	1
SCHILLER.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del alemán por Eduardo de Mier.....	2
JULIO CESAR.— <i>Los Comentarios</i> .....	2
XENOFONTE.— <i>Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia</i> .....	1
— <i>La Cyropedia ó Historia de Cyro el Mayor</i> .....	1
MILTON.— <i>Paraiso perdido</i> .....	2

MADRID.—IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE V. SAIZ, COLEGIATA, 6.

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO XXV

ESTUDIOS  
BIOGRÁFICOS

POR

LORD MACAULAY

TRADUCIDOS DIRECTAMENTE DEL INGLÉS

POR

M. JUDERÍAS BÉNDER



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

MADRID

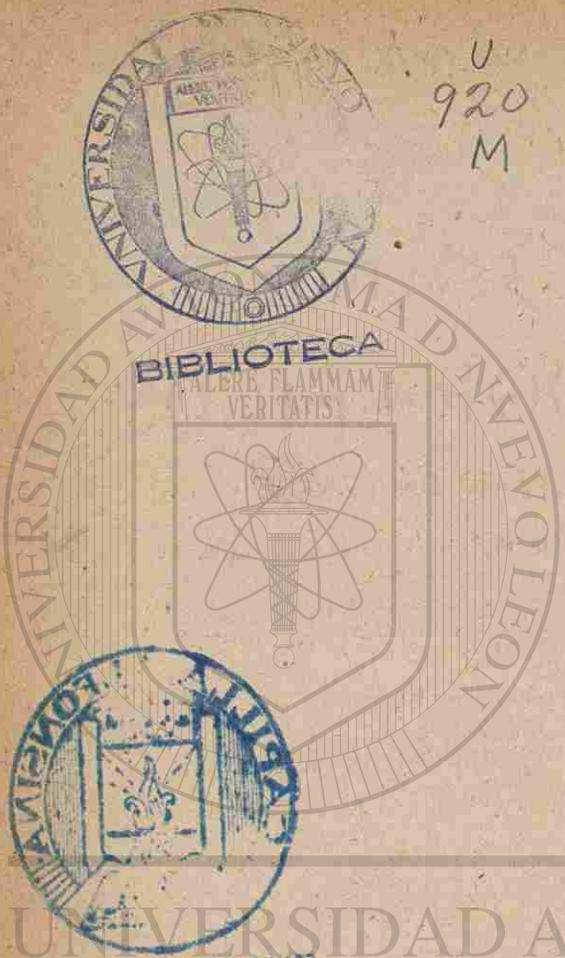
LUIS NAVARRO, EDITOR 110817

CALLE DE LA COLEGIATA, 6

1882

15719

U  
920  
M



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

A MI QUERIDO AMIGO

D. SILVERIO BAGUER DE CÓRSI

SECRETARIO DE LA EMBAJADA DE S. M. CATÓLICA

EN LA SANTA SEDE

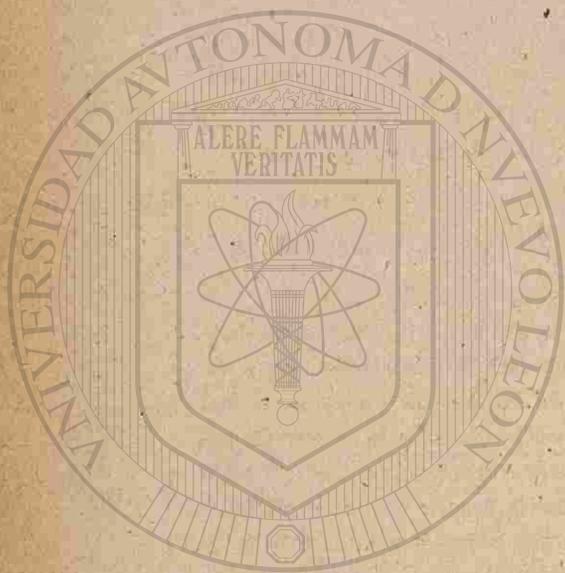
*en prenda de buena memoria.*

EL TRADUCTOR

Marzo de 1880.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PRÓLOGO.

---

En el breve espacio de que disponemos, quisiéramos poder decir *todo* lo más interesante que nos ocurre acerca de los Estudios biográficos de lord Macaulay aquí coleccionados, y de los merecimientos de su traductor al castellano, nuestro buen amigo D. Mariano Juderías Bender; pero decir *mucho en poco*—permitasenos la frase—es el secreto de los grandes escritores, y si nosotros presumiésemos que podíamos realizar nuestro ya indicado propósito, daríamos patente prueba de intolerable inmodestia. Habremos, pues, de contentarnos con decir poco, muy poco acerca del presente libro; puesto que corto, muy corto es el espacio que se nos concede para escribir en sus primeras páginas este brevísimo prólogo.

Comenzaremos afirmando, porque es una verdad

que no necesita demostracion, que el Sr. Juderías Bender presta un verdadero servicio traduciendo al español los escritos del insigne historiador Macaulay, y traduciéndolos en un lenguaje claro y castizo, tan distante de esa especie de *lingua franca* que usan muchos traductores, como de esa forma amanerada y arcaica con que algunos retóricos pretenden encubrir la vacuidad de sus pensamientos y lo vulgar de sus juicios. Dignas son las obras literarias de Macaulay de la buena suerte que les ha cabido al hallar en el Sr. Juderías Bender un traductor concienzudo ó inteligente, que al presentarlas al público español ha conservado la clara exposicion del pensamiento del autor, en el cual aparece como nota característica esa sagacidad profunda y práctica que distingue á los escritores británicos, así como la brillantez del ingenio y la idealidad metafísica son, respectivamente, las dotes que más avaloran los escritos de los autores neo-latinos y germánicos.

Macaulay ha cultivado una de las ciencias que mayores progresos han alcanzado en la época en que ha vivido, en el presente siglo XIX. En efecto, la Historia, tal como hoy se comprende, es una ciencia novísima. Todas las religiones han encerrado en sus cosmogonías á modo de una filosofía de la historia; á modo también, digámoslo así, de una historia de los tiempos que hoy, con más ó menos propiedad, se llaman tiempos prehistóricos; y sólo dentro de

los límites que consentian las creencias religiosas se movía el pensamiento del historiador, constituyendo estos límites, en algunas ocasiones, obstáculos insuperables que vanamente procuraban vencer la crítica razonada ó la atrevida incredulidad. El inmortal Vico no se equivocó ciertamente cuando, con más audacia que modestia, llamó *Ciencia nueva* á su ensayo de filosofía de la historia, donde buscó las leyes generales del desenvolvimiento histórico de los pueblos y de las civilizaciones, no en las cosmogonías y revelaciones de la religión, sino en la observacion de los hechos y en las decisiones de la crítica, racional y discursivamente formuladas.

Aceptada en su sentido general la idea del gran pensador italiano de que era posible deducir las leyes generales que regían en la sucesion de los acontecimientos, que constituyen la variada trama de la historia de la humanidad; exagerada despues esta tendencia, hasta el punto de llegar á sostenerse que era posible construir *à priori* la historia de este sublunar planeta en que vivimos, y aun de la creacion entera, deduciéndola de la realidad absoluta que se halla presente en el fondo de la conciencia humana, apareció como necesaria protesta la afirmacion de que la filosofía de la historia era un sueño de imaginaciones calenturientas, y de que las causas pequeñas eran el origen frecuente de los más grandes acontecimientos.

La verdad es que los inventores de sistemas historico-filosóficos y sus naturales adversarios, los infatigables eruditos, los críticos al por menor y los pensadores empíricos, han contribuido por igual al progreso en que hoy se halla la ciencia de la historia. Y era lógico que así aconteciera. ¿Qué es la idea sin el hecho? Bella y nacarada nube que desaparece arrastrada por el más tenue impulso de la poderosa realidad. ¿Qué es el hecho sin la idea? Informe trozo de piedra que aguarda la idea del escultor que ha de transformarlo en estatua, en obra de arte; ó el pensamiento del arquitecto, que lo coloque como cimiento en el edificio que ha de levantarse, con arreglo á principios y teorías científicas de racional evidencia.

Necesario es el mármol para esculpir la estatua, y necesario es el conocimiento de los hechos para dar base á las ideas exactas que se hallan en las varias teorías que se han producido referentes á las más altas especulaciones de la ciencia de la historia; y bajo este punto de vista, los escritores que, como lord Macaulay, son bastante filósofos para no menospreciar la investigación de los fundamentos esenciales de los actos humanos, y bastante sesudos para no perderse en las vagas regiones de abstrusas idealidades, son los que mejor han servido y sirven para alcanzar exacto conocimiento de la verdad en los hechos producidos por la actividad de los seres humanos.

Sin embargo, fuerza es confesar que los juicios de Macaulay más son analíticos que sintéticos; pero quizá, y sin quizá, en el estado actual de la razón humana, sólo cabe el estudio fragmentario de los hechos—si vale la frase;—y preciso es aguardar á que, pasado el fragor de la batalla intelectual que libran en este lapso de siglos, que comienza en el Renacimiento y aún no ha terminado, religiones y filosofías, creencias en lo pasado y esperanzas en lo porvenir, idealismos que tocan en la locura y materialismos rayanos en la grosería; pasada ya esta tremenda batalla, sea posible que generaciones más felices que la nuestra lleguen á alcanzar la fe en el bien más absoluto ó el conocimiento de la unidad, que domina y rige su interior variedad—como dicen los krausistas;—pues hoy por hoy, la divisibilidad de las opiniones humanas llega hasta lo increíble, y puede decirse con poca exageración, que en materias de filosofía ó de política, que son las de mayor aplicación al trato y comercio social, cada escritor, y aún cada hombre, sólo se halla de acuerdo consigo mismo, y aún esto no siempre.

Sin duda alguna, conocedor lord Macaulay de la anarquía intelectual de la época en que escribe, limitase, por lo general, á exponer opiniones y puntos de vista más prácticos que teóricos; y fijando su atención en lo que considera justo y verdadero, ama la libertad como fervoroso *wigh*, y condena á

espíritu del catolicismo como nacido en el seno del protestantismo; pero ni su amor á la libertad le lleva hasta el extremo de aprobar los extravíos de la Revolución francesa, ni sus creencias religiosas le impiden reconocer los servicios que en ocasiones ha prestado el Pontífice romano á la causa de la civilización y del progreso de la humanidad.

De buen grado confirmaríamos con el exámen detenido de las biografías de lord Chatham, William Pitt, Mirabeau y Barère, en el presente volumen contenidas, los juicios acerca de los merecimientos literarios de su autor, que de exponer acabamos; pero la tarea, aunque gustosa para nosotros, sería larga, y este prólogo excedería de los límites en que precisamente ha de encerrarse. Sin embargo, no dejaremos la pluma sin llamar la atención de los lectores de este libro sobre la serenidad constante que domina en todas las apreciaciones de lord Macaulay; serenidad de juicio que no se perturba ni en los momentos en que aplaude las palabras ó los actos de Mirabeau ó de Pitt, ni en aquellos otros en que severamente censura el rebajamiento moral del terrorista Barère.

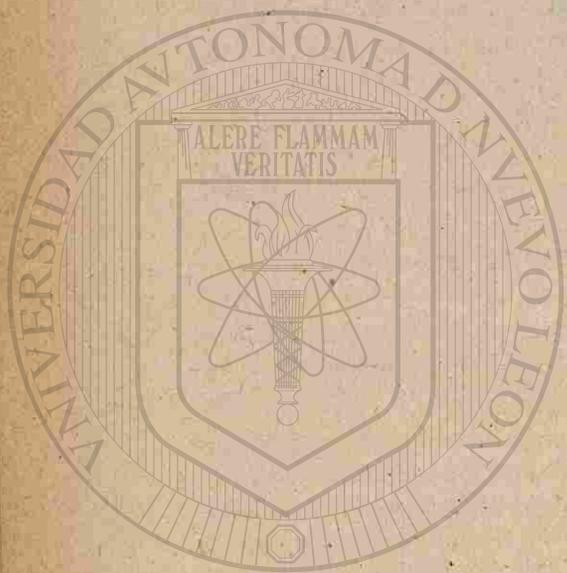
Leyendo los escritos históricos de lord Macaulay, y comparándolos con otros muchos del mismo género, se comprende cuánta exactitud encierra aquella máxima del Conde de Ségur, que, traducida literalmente al castellano, dice así: «Muchos son los

que leen y escriben acerca de la historia; pocos son los que leen y escriben historia.»

El autor de los ESTUDIOS BIOGRÁFICOS, en este volumen comprendidos, es uno de *esos pocos* que saben escribir verdadera historia.

LUIS VIDART.

Madrid 9 de Marzo de 1880.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

---

---

## LORD CHATHAM.

1708.—1778

---

Del propio modo que todos los oficios mecánicos ejercen cierta perniciosa influencia en los órganos corporales del artesano que los practica, y que los unos adolecen de la vista, los otros del pecho, y los otros no se desarrollan debidamente, así sucede con las ocupaciones intelectuales, que también producen achaques intelectuales. Por eso vemos que los biógrafos, los traductores, editores, y, en una palabra, todos cuantos se ocupan en escribir y dar á luz la historia ó las obras de otro se hallan expuestos más particularmente á la enfermedad de la admiración. Sin embargo, ninguno presenta síntomas tan graves de este mal como el autor de la *Historia de William Pitt, conde de Chatham*, el muy reverendo Francis Thackeray (1); porque no satisfecho con

(1) *A History of the Right Honourable William Pitt, Earl of Chatham, etc.*, by the Rev. Francis Thackeray, A. M., 2 vols. 4.<sup>o</sup>; London, 1827.

Este libro sirvió de pretexto á lord Macaulay para escribir el presente estudio.—N. del T.

obligarnos á reconocer que Mr. Pitt fué grande orador, ministro enérgico, persona respetabilísima, y alma superior, pretende probar que todas las virtudes y talentos posibles tuvieron en él su natural asiento. Aún hay más, y, contra Dios y los hombres, quiere que Mr. Pitt fuera poeta, y poeta capaz de producir un poema épico de primer orden, diciéndonos que deberíamos de hallar llenos de encanto versos suyos del tenor siguiente:

«Mist all the tumults of the warring sphere,  
My light-charged bark may haply glide:  
Some gale may waft, some conscious thought shall cheer,  
And the small freight unanxious glide (1).»

Pero no es esto sólo. Pitt fué militar algunos meses en tiempo de paz. Pues bien, Mr. Thackeray pretende que si no hubiera dejado el servicio de las armas habria llegado á ser uno de los primeros y más grandes generales del mundo. Además de ser gran poeta *in esse* y gran capitán *in posse*, tambien era Mr. Pitt, para Mr. Thackeray, dechado perfectísimo de virtudes, un justo perfecto, en una palabra, y tuvo razon siempre, lo mismo cuando se propuso dar primas al perjurio para que rodara la cabeza de Walpole, como cuando decia que Walpole habia sido excelente ministro; lo mismo cuando sostenia en la oposicion que no debía de hacerse la paz con España mientras no renunciase al derecho de visita, como cuando desde las esferas del poder daba su

(1) «En medio del tumultoso desorden del globo, tal vez pueda mi barca ligera deslizarse: tal vez impulsarla céfiro tenue, y deslizarse sin zozobra su carga!»

Así dice el texto; pero es posible que Mr. Pitt escribiera en el cuarto verso *guide* (guía) en vez de *glide* (deslizar), en cuyo caso el sentido sería: «y guiar, ó llevar, ó conducir su carga sin zozobra.»—N. del T.

asentimiento tácito á un tratado conforme al cual España no renunciaba al derecho de visita; lo mismo cuando se apartaba del duque de Newcastle, que cuando se asociaba con él; cuando clamaba contra los subsidios, que cuando los prodigaba de una manera inusitada; cuando fulminaba rayos y centellas contra el Hannover, que cuando decia que debía ser tan caro á los ingleses como el Hampshire; porque al decir de Mr. Thackeray, en todos los casos tuvo el lenguaje y observó la conducta de un hombre de Estado sabio y virtuoso.

Y es lo cierto que pocos hombres han tenido menos derecho que Mr. Pitt á semejantes elogios. Era indudablemente un grande hombre; pero no fué su grandeza completa ni proporcionada. La vida pública de Hampden ó de Somers semeja un drama bien ordenado que se puede criticar en el conjunto, pero cuyas diversas escenas se deben examinar antes en sus relaciones con la accion principal; mientras la vida pública de Pitt, por el contrario, es una obra dramática brillante, pero incompleta, en la que abundan las incongruencias; sin unidad de plan, pero salpicada de magnificas escenas y pasajes, que sirven principalmente para poner más de relieve la nulidad ó la extravagancia de lo que precede y sigue. Carecia de opiniones fijas; en las ocasiones más importantes de su vida, inspiró su conducta en el orgullo y el resentimiento, y tuvo además un defecto que, de cuantos son comunes á la humanidad, es el que ménos aparece acompañado de la verdadera grandeza: la afectacion; ejemplo casi único el suyo en la historia de un hombre de ingenio, de noble y poderoso y elevado espíritu, falto de sencillez y naturalidad de carácter. Lord Chatham era un actor en el despacho de S. M., en el

Consejo, en el Parlamento y hasta en la vida privada; porque en ninguna ocasion ni circunstancia pudo reprimir su voz, ni deponer sus ademanes teatrales. Tanto es así, que muchas veces hemos oído decir con referencia á uno de sus parciales más eminentes que se quejaba siempre de no poder entrar en la cámara de lord Chatham sin que todo en ella estuviera dispuesto para la representacion, ántes de que los muebles, las ropas y las cortinas estuvieran artística y convenientemente preparados, ántes de que las ventanas se cerrasen ó se abriesen en la medida y proporcion necesaria á producir efectos de luz á lo Rembrandt en la cabeza del aristocrático é ilustre comedianté, y que las colchas y las franelas de su cama tomaran pliegues de paños griegos, y que su baston de cayada estuviera colocado de modo tan elegante como pintan el de Belisario ó el del rey Lear.

Sin embargo, con todos sus defectos y toda su afectacion, lord Chatham poseia en alto grado la mayor parte de los atributos del genio: clarísimo talento, pasiones fuertes, sensibilidad exquisita, y tanto entusiasmo por todo lo bello y grande, que hasta las tergiversaciones tomaban en sus labios formas nobles y hermosas. Se apartó frecuentemente y mucho del camino recto; mas, para valernos de una frase de Wordsworth, «conservó en medio del rebajamiento aquello que habia recibido de la naturaleza, esto es, el alma entera, fuerte y animosa.»

Los tiempos eran de inoble y baja corrupcion; era la época de los Doddington y de los Sandys, y en circunstancias como aquellas algo era para Inglaterra poseer un hombre á quien si podian tentar perniciosas influencias á comprometer á su patria

en conflictos peligrosos, nunca se hubiera rebajado á robarla; un hombre cuyas faltas no debian el ser á inmoderados deseos de lucro, sino á sed insaciable de poder, de gloria y de venganza. Débele la historia este alto testimonio, y decir que en una época en la cual todo lo que no fuera el robo de los caudales públicos pasaba por legal y legítimo entre los hombres de Estado, dió pruebas de grande y escrupuloso desinterés; que en una época en la cual todos parecian conformes en reconocer que no podía marchar el gobierno sino por las sendas más innobles é inmorales, él apeló á los sentimientos más elevados y purós de la naturaleza humana; que hizo generosa y brillante tentativa para realizar por medio de la opinion pública, lo que ningun otro estadista creia entónces posible sino por medio de la corrupcion; que buscó su apoyo, no como los Pelham en un grupo aristocrático numeroso, ni como Bute en la gracia del monarca, sino en la clase media de Inglaterra; que supo inspirar á esta clase confianza firmísima en su integridad y aptitud; que, sostenido por ella, obligó á una corte y á una oligarquía mal dispuestas á confiarle mucha parte de poder, y que usó de él de tal manera que demostró claramente haberlo buscado no con deseo de riquezas ni de dominacion, sino con el propósito de adquirir grande y duradera fama, merced á servicios eminentes hechos al Estado.

La familia de Mr. Pitt era rica y respetable. Su abuelo fué gobernador de Madrás, y trajo de la India aquel famoso brillante que por consejo del duque de Saint-Simon compró el de Orleans, regente á la sazón, en más de dos millones de libras francesas, y que áun pasa por ser la más preciosa joya de la corona de Francia. El gobernador Pitt adquirió

tierras y estados y representó á Old Sarum en el Parlamento. Su hijo Roberto fué algun tiempo diputado por Old Sarum, y despues por Oakhampton. Roberto tuvo dos hijos: Tomás, el primogénito, heredó los bienes y los votos de su padre en el Parlamento; el segundo fué el célebre William Pitt.

Nació el mes de Noviembre de 1708, y se sabe muy poco de su juventud, como no sea que lo educaron en Eton, y que á los diez y siete años entró en el colegio de la Trinidad de Oxford. Miéntrascursaba el segundo año en la Universidad, pasó de esta vida el rey Jorge I, y los estudiantes de Oxford celebraron el suceso con poesías ménos que medianas, como era entónces costumbre. William Pitt publicó en aquella sazón unos versos latinos que Mr. Thackeray conserva y trasmite á la posteridad, y los cuales no sirven á demostrar otra cosa sino que nuestro jóven escolar era poco instruido, aún en las reglas materiales de su arte. Tanto es así, que los verdaderos estudiantes de Eton no podrán menos de saber con pena que su ilustre condiscipulo cometió la gravísima falta de hacer breve la primera sílaba de *labenti* (1). Por lo demas, el fondo del poema es tan insignificante como cualquiera otra obra escrita en el colegio por escolares ántes ó despues de aquella época. Dicho se está que se hace mención en ella de Marte, Neptunó, Thémis y el Coeyto, y que se llama con singular insistencia á las Musas para que acudan presurosas á llorar sobre la urna que guarda las cenizas de César, porque, y esto es lo mejor, César amaba las Musas, cuando es sabido que aquel César nunca pudo leer un verso

(1) Aunque Mr. Tackeray lo imprime así, pensando piadosamente, débese de suponer que Pitt escribiera *labenti*.

de Pope, ni gustó jamás de otras cosas que no fueran el ponche y las mujeres gordas y de carne apretada y recia.

La cruel enfermedad de la gota fué tormento que hubo de sufrir lord Chatham desde la infancia; y como á causa de esto los médicos le recomendaran los viajes, reputándolos eficaces para su alivio, abandonó la universidad de Oxford sin examinarse, y partió para Francia é Italia, de donde regresó, pasado que fué algun tiempo, sin lograr mejora; padeciendo hasta el fin de su vida de aquel achaque inherente á su naturaleza.

Su padre murió dejándole pocos bienes de fortuna, y le fué, por tanto, necesario ejercer una profesion lucrativa para ocurrir á sus necesidades. Optó por la milicia, y entró á servir en el regimiento de los Azules (1).

Mas, aún cuando no era rico, pues la mejor parte del patrimonio pasó al primogénito, su familia se interesó vivamente por él, y no lo abandonó á su suerte. De aquí que su hermano, deseando aventajarlo, al ser elegido diputado en 1733 por Old Sarum y Oakhampton, optara por este último distrito y le dejara el primero.

Catorce años hacía que Walpole se hallaba al frente de los negocios, habiéndose elevado al poder bajo los auspicios más favorables, y la totalidad del partido *whig*, que profesaba tan sinceramente los principios de la Revolución, y que poseía de una manera tan exclusiva la confianza de la familia reinante, habia sostenido su gobierno. Por su bien no estaba en el gabinete cuando se votó la ley del Mar

(1) William Pitt fué abanderado. La renta que su padre le dejó apenas llegaba á 100 libras esterlinas anuales.— N. del T.

del Sur, y aunque no parece haber previsto las consecuencias todas de aquella medida, se opuso á ella de la manera más enérgica, y del propio modo que lo hizo siempre con todas las medidas buenas ó malas del ministerio de lord Sunderland. Bien es cierto que lo propio le aconteció en otras muchas circunstancias, preservándolo su buen sentido del contagio general, lo mismo cuando la compañía del Mar del Sur votaba dividendos de 50 por 100, y que las acciones de 100 libras se cotizaban á 1.100, y que Threadneedle Street se veía frecuentada de duques y pares del reino y de prelados, cuando teólogos y filósofos se tornaron jugadores, que cuando parecieron en el horizonte de los negocios tantas otras bombas de jabon parecidas, como, por ejemplo, la empresa de las Pelucas, la de los Asnos de España, ó la de fijar el azogue. Pero, no obstante que censuraba en voz alta estas locuras tan de moda en aquel tiempo, en particular y bajo mano y con cautela se aprovechaba de ellas para realizar pingües beneficios. Así fué que al llegar la hora del previsto y natural desastre, al quedarse por consecuencia de él en el mismo día sin pan que comer diez mil familias ántes acomodadas, si no ricas, y que la nacion enfurecida de rabia y desesperacion lanzó protestas y gritos no sólo contra los agentes empleados en tamañas estafas, sino contra los favoritos hannoverianos, los ministros ingleses y el rey mismo; cuando el Parlamento se reunió ávido de sangre y de confiscaciones y de venganzas, y algunos diputados propusieron que se tratase á los directores de tales compañías del propio modo que se trataron en la antigua Roma los parricidas, los ojos de todos los partidos se volvieron á Walpole. Había caído del poder cuatro años ántes al esuerzo de las

intrigas de Sunderland y de Stanhope, y la direccion de la Cámara de los Comunes se puso en manos de Craggs y Aislachie. Stanhope murió; Aislachie quedó excluido del Parlamento á causa de su indigna conducta en los negocios de la Mar del Sur; parca propicia libró á Craggs de sufrir igual suerte infamante; y como numerosa minoría de la Cámara de los Comunes formulara un voto de censura contra Sunderland, creyó éste imposible permanecer en el Gobierno contra corriente tan impetuosa de la opinion pública, renunció, se retiró de los negocios y pasó de esta vida á poco tiempo. El cisma que separaba al partido *whig* habia desaparecido ya, y con esto Walpole no tenía más oposicion que temer sino la de los *tories*, partido hácia el cual sentia el Rey visible repugnancia y extremado recelo.

Durante algun tiempo los negocios marcharon á maravilla, con una facilidad y rapidez desconocidas desde la época de los Tudors. En la legislatura de 1724, por ejemplo, apenas si la oposicion dió muestras de vida, y aún así sólo en los *bills* de interes privado; pudiéndose casi asegurar que si Walpole hubiese adoptado por norma de su conducta la que despues observó Pelham, dando entrada en el gobierno á los hombres de valer y de talento que hubieran ido saliendo á la superficie, y haciendo lugar de tiempo en tiempo á un *lord* benévolo por la casa de Brunswick, habria podido evitar el terrible conflicto en que se halló los últimos años de su gobierno, y en el cual hubo de sucumbir: que la oposicion que lo derribó fué creada por su propia política y por su sed inextinguible de poder y de dominacion.

En el momento mismo de la formacion del minis-

terio, hizo enemigo mortal suyo de uno de sus adictos más capaces y resueltos. Hablamos de Pulteney, cuyos derechos públicos y privados á ocupar un cargo importante dentro de la nueva combinacion eran indubitables. Poseia inmensas riquezas; era honrado y digno del mayor respeto por sus costumbres; elocuente y peritísimo en los negocios, y habia permanecido siempre fiel al partido *whig* en todas las circunstancias; pero, á pesar de que cuando sobrevino la division de los *whigs*, Pulteney abandonó el puesto tan lucrativo que ocupaba para seguir la suerte de Walpole, cuando éste volvió al poder no lo llamó á formar parte del gabinete. Una explicacion animada, que luego tomó el carácter de violenta querrela, tuvo lugar entre ambos amigos con este motivo. Walpole ofreció á Pulteney para calmarlo un asiento en la Cámara de los Lores; mas el agraciado, á quien no se oscurecia el motivo de la oferta, la rehusó indignado; y aunque pasó algun tiempo pensando en la ofensa recibida y esperando la ocasion de vengarse, tan luego se presentó ésta, se alió á la minoria y llegó á ser el jefe más temible que haya tenido la oposicion en la Cámara de los Comunes hasta la hora presente (1).

De todos los individuos del gabinete, Carteret era sin duda el más letrado y elocuente: su oratoria era de primer orden; conocia el estado de las relaciones exteriores mejor que ningun otro político de su tiempo, y no era dudosa su fidelidad á la sucesion protestante; pero al lado de Walpole no podia continuar, y se retiró. Desde aquel momento fué uno de los adversarios más peligrosos y tenaces de su antiguo colega.

(1) 1834.

Sólo habia uno con quien Walpole hubiera consentido en partir el poder, y era lord Townshend, su pariente lejano y cuñado además. Amistad estrecha los unia desde la infancia: en Eton fueron compañeros de colegio; en Norfolk vecinos, porque sus heredades casi se tocaban; estuvieron juntos en el poder bajo la direccion de Godolphin; juntos fueron á la oposicion cuando Harley ocupó el poder; la misma Cámara los persiguió despues juntamente; unidos volvieron al gobierno al morir la reina Ana; unidos cayeron derribados por lord Sunderland, y del propio modo tornaron al declinar la influencia de éste: ambos pensaban lo mismo casi siempre acerca de los negocios públicos; eran francos los dos, y generosos y compasivos; pero aun cuando eran sus relaciones desde hacia mucho tiempo íntimas y afectuosas, ni los vinculos de la sangre y de la amistad, ni la memoria de grandes servicios recíprocos, y de triunfos y derrotas comunes pudieron ser parte á contener el espíritu ambicioso de Walpole, que se sobreponia siempre á todas sus virtudes y á todos sus vicios. Y como estaba resuelto, segun decia, á que la razon social de la casa fuera Walpole y Townshend, no Townshend y Walpole, llegó un momento en que ambos rivales se insultaron delante de numerosa concurrencia, infiriéndose golpes y poniendo á seguida mano á las espadas: gritaron y se desmayaron las mujeres; los hombres separaron á los combatientes; los amigos intervinieron y lograron evitar el escándalo de un duelo entre primos, cuñados, antiguos amigos y colegas de siempre. Pero ya no podian vivir juntos ambos antagonistas. Townshend se retiró, y dando muestra de una moderacion y de un espíritu público del que hay pocos ejemplos, renunció á intervenir

más en política, temeroso de su propio carácter; porque, según decía, la memoria de las ofensas privadas era ocasionada, tal vez, á llevarlo por la misma senda que á Pulteney, y á oponerse á medidas que en el fondo de su conciencia reputara por convenientes y buenas para su patria. Y tanto perseveró en esta idea, que después de presentar la dimisión de su cargo, ya nunca más volvió á Londres, y pasó el resto de sus días en su tranquilo y digno retiro de Raynham, en medio de sus árboles y de sus cuadros.

A Chesterfield aconteció en breve lo propio. También era *whig* y partidario de la sucesión protestante, y además orador, cortesano, de felicísimo ingenio, literato, y árbitro de la buena sociedad en una época en la cual para alzarse con esta dictadura no bastaba ciertamente ser fatuo y fastidioso. No sin dificultad se sometía Chesterfield á la supremacía de Walpole; y como murmuraba de la ley de Sisas, y sus hermanos votaron en contra en la Cámara de los Comunes, Walpole procedió con la prudencia y la energía que lo caracterizaban: con prudencia en la conducta de los negocios públicos, con energía en lo tocante á su autoridad personal, retirando la ley y arrojando del gabinete á todos aquellos de sus colegas que le resistían ó vacilaban. A Chesterfield lo hizo detener en la escalera principal de Saint James para despojarlo del bastón de lord intendente de la Casa Real, y con él, y al propio tiempo, una multitud de nobles y poderosos funcionarios, tales como los duques de Montrose y de Bolton, lord Burlington, lord Stair, lord Cobham, lord Marchmont y lord Clinton, perdieron los cargos y empleos que ejercían al servicio de la Corona.

Poco tiempo después se reforzó la oposición con

el duque de Argyle, hombre, á decir verdad, vanidoso é inconstante; pero esforzado, elocuente y popular. Debíase á sus esfuerzos en gran parte el pacífico triunfo del Acta de Asiento en Inglaterra inmediatamente después de la muerte de la reina Ana, y la represión del alzamiento jacobita que tuvo lugar en Escocia el año siguiente, y su adquisición fué de gran precio para la minoría, pues le llevó el apoyo de su nombre ilustre, de su talento y de la influencia dominante que tenía en su país natal.

Tomando separadamente cada caso particular y siendo abogado experto y hábil, podriase, ya que no defender, justificar al ménos la conducta de Walpole; pero cuando vemos durante una larga serie de años que todos toman el mismo camino, que todos los hombres más eminentes entre los políticos cuyas tendencias y cuyo espíritu se concertaba con las del ministro, lo abandonan unos en pos de otros, heridos y exasperados, es imposible no dar crédito á las palabras de su hijo cuando explica el fenómeno, diciendo: «Sir Roberto Walpole amaba el poder de tal modo que no podía sufrir rivales ni competidores.» Hume ha descrito felicísimamente al célebre ministro en una sola frase, muy lacónica por cierto: «Era moderado en el ejercicio del poder, pero no en su ambición de absorberlo todo.» En efecto, así era; y por más afable y jovial y de fácil acceso que fuese, no podía ningún hombre de aspiraciones elevadas y de alta superioridad estar largo tiempo de acuerdo con él. Así es que hubo de luchar con una oposición en la cual figuraban todos los hombres de Estado más distinguidos de la época, y esto sin otro apoyo que el de personajes como su hermano Horacio ó Enrique Pelham, los cuales no eran parte á excitar los celos con su

modesta laboriosidad, ó el de aventureros de talento, pero cuya situacion y carácter fueran tales, que apartaran del ánimo el temor que pudieran inspirar con su talento. A esta última clase pertenecian Fox, demasiado pobre para poder vivir sin empleo; sir William Younge, de quien decia Walpole mismo que sólo dotes tan raras cual lo eran las suyas podian sostener semejante reputacion, y que sólo reputacion como la suya podía destruirlas, y Warrington, en orden á cuya vida privada, con justicia ó no, recayeron las más graves sospechas.

Los *whigs* descontentos entraban por mucho, no tanto en razon de su número, como de su capacidad, de su experiencia y del prestigio que gozaban en las filas de la oposicion, formando su parte más principal; mientras que los *tories* sólo aportaban á ella cazadores de zorros, fuertes y vigorosos, procedentes de los condados de Strafford ó de Devon; gentes que brindaban con agua á la salud del Rey, que calificaban de judíos á todos cuantos poseian capitales de importancia, cuya religion consistia en detestar á los disidentes, y cuyas investigaciones políticas habian hecho temerosos de ver devoradas sus propiedades por la caja de amortizacion hannoveriana. Por lo demas, la elocuencia de tan cumplidos caballeros, restos vivientes del Club de Octubre, antaño tan formidable, no excedió nunca de los límites del *no* y del *sí*. Bueno será tambien consignar, ya que tratamos de ellos, que los individuos de esta colectividad que se habian distinguido en el Parlamento eran muy escasos, y que nunca hubieran podido por tanto ser llamados á ocupar puestos importantes, sobre todo desde que á fuerza de vivir en contacto con sus nuevos aliados practicaban como William Wyndham doctrinas de tolerancia y

de libertad política en tal medida que ántes merecian ser llamados *whigs* que no *tories*.

A la oposicion *whig*, á los patriotas, como entonces se llamaban, acudia en aquella época la juventud inglesa más distinguida para entrar en el palenque político. Y como los nuevos é inexpertos paladines sentian por la libertad el entusiasmo que naturalmente produce su nombre en los corazones jóvenes y ardientes, y consideraban la teoría de la oposicion *tory* tan en desacuerdo con los principios de la libertad como la práctica del gobierno de Walpole, se agrupaban afanosos de combates en derredor de la bandera levantada por Pulteney. Haciendo la oposicion al ministro *whig*, demostraban ser adictos de una manera inquebrantable á las doctrinas más puras del *whiguismo*; porque Walpole era el cismático, y ellos los verdaderos católicos, el pueblo escogido, los depositarios de la fe ortodoxa de Hampden y de Russell, la única secta que hubiera conservado intactos los principios de la Revolucion en medio de la corrupcion producida por el tiempo y el prolongado ejercicio del poder. Entre los jóvenes más aventajados de cuantos figuraban en este grupo aparecian en primera línea Lyttelton y Pitt.

Quando Pitt entró en el Parlamento tenía su atencion el mundo político en los progresos de un suceso que fué parte muy eficaz á robustecer la oposicion de allí á poco tiempo, y más principalmente aquel grupo en el cual militaba el novel estadista. Nos referimos con esto á la conducta del principe de Gales, el cual iba separándose más cada día de su padre y de sus ministros é inclinándose á los patriotas.

Nada más natural, dentro de las monarquías regi-

das por el sistema constitucional, que ver al heredero presuntivo de la corona ponerse al frente de la oposicion; porque lo impulsan á ello los móviles más eficaces de vanidad y de ambicion, estando cierto de no ser sino el segundo en concepto del partido gobernante, que no puede merecerle otra merced sino es la de que lo conserve al frente de los negocios, y de que será el primero en las filas de sus contrarios, que lo esperan todo de su mano; y más sabiendo que los hombres sienten y desarrollan más afecto hácia la persona de quien aguardan lo que no tienen, que hácia la del que sólo puede mantenerlos en el goce de aquello que ya poseen. Por esta causa, un heredero presuntivo que aspire á disfrutar en toda la extension de la palabra del placer, de los halagos, de las lisonjas más elocuentes y del respeto más profundo, deberá de aliarse á los que buscan por los medios legales la conquista del poder. Esta es, en nuestro concepto, la única y verdadera explicacion de un hecho que lord Granville atribuyó á circunstancias naturales de carácter de la ilustre familia de Brunswick, la cual, segun manifestó al Consejo cierto dia, tal vez despues de haberse bebido como de costumbre un par de botellas de Borgoña, «siempre fué propensa á las querellas.» Y aun cuando es cierto que mucho debía conocer el carácter de sus príncipes por haber servido á tres generaciones sucesivas de ellos, no podemos admitir en absoluto su explicacion, bien que convingamos en hallarla demostrada históricamente hasta cierto punto, pues desde la época de Jorge I cuatro han sido los príncipes de Gales, figurando los cuatro en la oposicion casi siempre.

Pero, sea de esto lo que quiera, es lo cierto que al unirse S. A. el príncipe Federico al partido que

hacia la oposicion á sir Roberto Walpole, su apoyo comunicó á muchos de sus individuos el valor y la energía que les faltaban. Cargo de conciencia se habia estado haciendo hasta entónces á los *whigs* descontentos el votar cada dia con los jacobistas declarados, corresponsables perpetuos de la familia desterrada, ó con los *torjes* que acusaron á Somers, que murmuraron de Harley y de Saint John, reputándolos por poco celosos en el servicio de la Iglesia y de la propiedad territorial, y que si no atacaban á la familia reinante, la consideraban como el menor de dos grandes males, como preservativo necesario, pero humillante y enojoso, contra el catolicismo, con tanta más razon, cuanto que bien podia sostener Walpole de una manera plausible que Pulteney y Carteret, esperando saciar su sed de poder y de venganza, no escrupulizaban servir los proyectos de facciones hostiles á la sucesion protestante. Pero la presencia de Federico á la cabeza de los patriotas puso término á estos escrúpulos, y los jefes de la oposicion pudieron al fin alabarse de haber merecido que sus actos fueran sancionados por un personaje tan interesado como el Rey mismo en la ley de sucesion, y de atraer á los *torjes* unidos á su carro en vez de servir sus planes. Fuerza es convenir en que á pesar de la conducta del Rey y del Príncipe, que no les hizo mucho favor por cierto, al padre por su dureza y al hijo por su falta de respeto, los esfuerzos pueriles en demasia de los dos, más sirvieron á consolidar que á debilitar el prestigio de la familia. Porque una clase de hombres políticos que se habia creído excluida para siempre del poder, y que desesperada por ello, estuvo á punto de afiliarse á la contrarrevolucion como único remedio de levantar la manera de os-

tracismo en que vivía, vió con placer inmenso abrirse ante sus ojos, á consecuencia de esta lucha, una vía llana, segura y espaciosa para llegar al punto de sus deseos, persuadiéndose de que más valía y más práctico era esperar que la corona llegara según el orden natural de las cosas al heredero de la casa de Brunswick, que no exponer vidas y haciendas sublevándose en favor de los Estuardos: con esto la situación de la casa reinante se hizo igual á la de aquellas familias escocesas de la época revolucionaria, en la cual el padre y el hijo seguían banderas diferentes para que no les fuera confiscado el mayorazgo en ningún caso.

El mes de Abril de 1736 contrajo matrimonio el príncipe de Gales con la princesa de Sajonia-Gotha, y andando el tiempo llegó á vivir con ella en relaciones tales que semejaban mucho las de su padre con la reina Carolina (1). Porque, aún cuando el Príncipe adoraba en su mujer y la reputaba por la más peregrina criatura y de más ingenio y prendas personales, como pensaba también que la fidelidad

(1) También se llamaba Carolina la mujer de Jorge IV, nieto del príncipe Federico, la cual fué repudiada por su marido al año siguiente de sus bodas (1796), comenzando entonces aquella vergonzosa serie de escándalos, en los cuales hubieron de intervenir las Cámaras y los tribunales, y que no terminó hasta 1820. De este matrimonio solo nació una hija, la princesa Carlota, que fué la primera esposa del príncipe Leopoldo, después rey de los belgas. Carlota, refiriéndose á las querellas de sus padres, dijo un día á su médico, el Dr. Stockmar, confidente y amigo de Leopoldo: «Mi madre vivió mal; pero no habría sido así si mi padre no hubiera vivido peor aún.» condensando en estas palabras la historia privada de ambos personajes de tan triste celebridad. Véase *Denkwürdigkeiten aus den Papieren des Freiherrn Christian Friedrich von Stockmar*, I, v. in 8.º, Brunswick, 1872.—N. del T.

conyugal no era virtud digna de príncipes, para imitar mejor á Enrique IV y al Regente, fingía ser liberalino contra su inclinación, y abandonaba no pocas veces á la única mujer á quien quería para requerir de amores á cortesanas feas y desagradables.

El mensaje que la Cámara de los Comunes presentó en aquella ocasión al Rey con motivo del casamiento de su hijo, como no fuera propuesto por el gobierno, sino por Pulteney, jefe de los *whigs* de la oposición, dió lugar al primer discurso de Mr. Pitt. «Un historiador contemporáneo — dice á este propósito Mr. Thackeray — gradúa la obra de estreno del futuro lord Chatham de maravilla superior á los modelos más perfectos de la elocuencia clásica; y según Mr. Tindal, —añade,— con ser su estilo más florido que el de Demóstenes, fué ménos difuso que el de Cicerón.» Palabras y alabanzas son estas que se han repetido á saciedad y cuya boga sólo es parte á demostrar la negligencia con que generalmente piensa la mayoría de las gentes; porque, preguntaremos nosotros, Tindal que las usó primero, y Coxe y mister Thackeray que las repitieron, ¿han oído jamás un discurso que no mereciera idéntico elogio? ¿quién tuvo nunca elocuencia ménos florida que Demóstenes, ni más difusa que Cicerón? Por lo que á nosotros toca, no sabemos de ningún orador de quien no sea posible decir otro tanto, y citándonos al discurso de Pitt de que tratamos, y tal cual lo reprodujo el *Gentleman's Magazine*, sólo diremos que no merece otro elogio que el de Tindal, no siendo más ni ménos que discurso de principiante, y tan vacío y lleno de verbosidad como es posible que fuera en semejante circunstancia. Sin embargo, la facilidad con que lo dijo y las prendas personales del joven orador, llamaron la atención del concurso, y desde

aquel día la Cámara lo escuchó siempre con singular benevolencia, desarrollando despues el estudio y la práctica los raros talentos que poseía.

Ahora el auditorio de un miembro del Parlamento es la nación; su voz y sus ademanes podrán agradar ó no á las trescientas personas que se hallan presentes cuando pronuncia un discurso; pero en el extracto de la sesion que leen al otro día centenares de miles de individuos, ya no hay diferencias entre la traza mezquina ó elegante, entre la voz sonora ó aguda, entre los ademanes distinguidos ó torpes. Hace un siglo apenas se consentía la publicidad de un extracto de la sesion, y de aquí que todo consistiera para un orador en el efecto que produjese sobre sus oyentes, consistiendo y basándose su fama con el público en general en las apreciaciones que hicieran sus oyentes. En los Parlamentos de aquel tiempo como en las Repúblicas, las cualidades que son parte á realzar el efecto inmediato de un discurso entraban por mucho más que hoy en los méritos de un orador, y Pitt las poseía en grado sumo. A ser cómico, nadie hubiera representado mejor á Coriolano ni á Bruto. Los que solamente alcanzaron el período de su decadencia, cuando su salud estaba destruida y como velado su espíritu, cuando abandonaba la tormentosa Cámara de los Comunes, cuyos caprichos conocía tan perfectamente, y sobre la cual ejercía ilimitada influencia, y se presentaba delante de un auditorio poco numeroso y mal dispuesto, esos dicen que balbuceaba sus discursos, que á veces levantaba la voz algunos minutos; pero que luégo volvía su oratoria á no ser sino confuso y monótono murmullo. Así era lord Chatham; pero así no fué William Pitt. Cuando pareció la primera vez en el Parlamento, era su

traza naturalmente agraciada y majestuosa, los rasgos de su fisonomía nobles y altivos, sus ojos llenos de vida y de animacion, y su voz tan flexible y extensa que, hablando bajo, se percibia en todos los extremos de la Cámara, y cuando la alzaba, desplegando todo su volúmen, entónces era como un órgano, cuyos acordes se percibian á traves de las escaleras y antecámaras, y en el recinto de Westminster Hall; cualidades importantísimas todas estas que Pitt cultivaba con asiduo esmero. Un observador malévolo dice que su accion era mejor y más dramática que la de Garrick, y es positivo que la movilidad de su fisonomía causaba maravilla. ¡Cuántas veces no desconcertó á un adversario con sola una mirada de indignacion ó de menosprecio! Todos los tonos, desde el acento más apasionado hasta el aparte más satírico, éranle familiares, siendo probable que su afán de perfeccionar las grandes dotes personales que poseía, diera tambien por resultado contribuir á desarrollar en él la pasion que tenía por los efectos teatrales, la cual, como ya hemos dicho anteriormente, fué uno de los vicios de su carácter.

Mas no fué única ni principalmente á sus dotes exteriores á lo que Mr. Pitt debió la influencia que logró gozar en la Cámara de los Comunes por espacio de treinta años, sino á sus condiciones de grande orador, condiciones cuya naturaleza y extension es fácil comprender leyendo las relaciones de sus contemporáneos y los fragmentos que nos quedan de sus discursos.

Pitt no preparaba nunca sus oraciones; y si algunas veces, en su larga carrera parlamentaria, contravino á esta regla, fué para fracasar completamente todas ellas, siendo buena prueba de esta

verdad su elogio del general Wolfe, que pareció á cuantos le oyeron la peor de sus arengas. Nunca ningún orador supo ménos que él aquello que había de hablar, dice un crítico que lo había oído con frecuencia. Pero esta facilidad suya se tornaba en defecto, no siendo por esa causa dueño, sino esclavo de su propia palabra; y tanto lo sabía y tan poco dueño era de sí una vez dado el primer impulso, que no quería tomar parte nunca en las discusiones cuando le preocupaba un secreto de Estado. «Fuerza es que me calle y esté quedo, dijo en cierta ocasión á lord Shelburne, porque cuando hablo es necesario que diga todo cuanto tengo en la cabeza.»

No era, sin embargo, hábil en la discusión. Ni tampoco tenía esto nada de extraño á los comienzos de su carrera, pues son pocos los que han logrado adquirir ese talento sin mucha práctica y grandes contratiempos. Lenta y gradualmente, como decía Burke, llegó Fox á ser en la discusión el orador más poderoso y brillante que haya existido jamás, y el mismo Fox atribuía su éxito á la resolución que formó, siendo aún muy jóven, de hablar, bien ó mal, una vez al ménos cada día: «Durante cinco legislaturas consecutivas (son sus propias palabras) he hablado diariamente, con excepcion de una sola vez, y nada siento tanto como no haber hablado ese día.» En efecto, excepcion hecha de Mr. Stanley, en quien la táctica parlamentaria parece instintiva, sería difícil hallar un gran orador que no haya dominado su arte á costa del auditorio, ó, mejor dicho, que no haya hecho su aprendizaje á costa de él.

Pero si los oradores de cuenta no han logrado adquirir estos talentos, con muy contadas excepciones, sino á virtud de larga práctica, raro es también que consagrándose á ella con asiduidad no le-

hayan conseguido, y es, por tanto, verdaderamente singular que Mr. Pitt, cuyos talentos fueron tan brillantes, cuya facilidad y atrevimiento de palabra excedió á toda ponderacion, cuya vida entera pasó en las lides parlamentarias, y que fué durante muchos años el ministro director de la Cámara de los Comunes, nunca pudiera conseguir llegar al primer rango en el arte de la discusión. Hablaba sin preparacion, hemos dicho; pero su discurso seguía el giro de sus propios pensamientos y no del asunto que se trataba, sucediendo á veces que al recoger una palabra suelta de su adversario y tomarla por tema de sus censuras ó de sus sátiras, lo hacía con tan buena fortuna, que muchos de sus arranques oratorios más famosos son debidos á una frase imprudente, á una sorpresa ó á un aplauso. Pero esta es la única manera de réplica en la cual parece haber brillado, siendo, tal vez, el único grande orador inglés que no haya reputado á ventaja el decir la última palabra en las discusiones, y que haya preferido hablar primero que sus más formidables adversarios. El talento de Pitt era casi exclusivamente obra de retórica, pues si no sabía exponer bien, ni defenderse tampoco, sus discursos rebosaban de imágenes llenas de vida, de axiomas notabilísimos, de anécdotas admirablemente referidas, de alusiones felices y de frases conmovedoras; la invectiva y el sarcasmo las manejó de una manera terrible siempre, y nunca hubo en Inglaterra orador más temido por esta causa.

Pero lo que imprimía más efecto á sus declamaciones era su aire de sinceridad, de sensibilidad, de elevacion moral que animaba cuanto decía; que por lo demás, su estilo no era siempre del gusto más puro, y más de un crítico de su tiempo lo

halló florido con exceso. Walpole, por ejemplo, en medio del elogio entusiasta que hizo de uno de sus discursos, reconoció que algunas de sus metáforas eran muy forzadas, y en lo tocante á citas y anécdotas clásicas, no pocas de las suyas aún en boca de un estudiante habrían parecido triviales. Sin embargo, el auditorio se preocupaba muy poco de estos detalles, porque el entusiasmo del orador se apoderaba de cuantos lo escuchaban, y su fuego y su noble actitud vivificaban los pensamientos más frios y laberínticos, y reflejaba la dignidad de su persona en las alusiones más pueriles.

El talento de Pitt comenzó en breve á dificultar la marcha del gobierno, y Walpole determinó de hacer un ejemplar con el abanderado patriota, dándole de baja en las filas del ejército. Mr. Thackeray dice que adoptó esta resolución el gabinete persuadido de que le sería inútil pensar en atraerse por otros medios á un adversario tan honrado y desprendido. No dudamos ni por un momento de la integridad de Pitt; pero no acertamos con las pruebas que hubiera podido dar de su desinterés ántes de perder su empleo, y estamos seguros de que Walpole no se hallaba dispuesto á pensar siquiera en la probidad inflexible de un aventurero que jamás se había visto en el caso de rehusar cosa ninguna. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que tampoco tuvo nunca Walpole la costumbre de comprar sus enemigos. Burke dice á este propósito con mucha verdad, en su llamamiento á los antiguos *whigs*, que Walpole ganó pocos individuos á la oposición, porque sabía su oficio, añadiremos nosotros, pues para cada boca que se cierra merced á una credencial, luego al punto se abren cincuenta, y porque sabía también que no es buena la política

que sirve á persuadir á las gentes de que más ventajas pueden reportarse oponiéndose á ella que apoyándola y defendiéndola: máximas son estas tan antiguas como la corrupcion parlamentaria en Inglaterra, y Pepys las aprendió, á lo que dice, de los mismos consejeros de Carlos II.

Nada perdió Pitt, sin embargo, con el contra-tiempo, porque á seguida fué nombrado gentil-hombre de cámara del príncipe de Gales, y continuó declamando contra los ministros con violencia igual y talento creciente siempre. El punto de derecho marítimo que á la sazón se ventilaba entre Inglaterra y España le brindó la ocasion de manifestar y desplegar todas sus fuerzas, clamando por la guerra de una manera incompatible con la razon ó la humanidad por su violencia, pero que le parece admirable á Mr. Thackeray. No discutiremos un negocio en orden al cual habíamos creído acordes y conformes á todos los hombres ilustrados, por más que nos fuera muy fácil demostrar que si los derechos internacionales merecen respeto; si la justicia, cuando se trata de las sociedades humanas, no es encubridora de la fuerza; si no adoptamos los principios de los filibusteros, que parecen ser los de Mr. Thackeray; si no sostenemos que los tratados nada significan á ménos de treinta grados al Ecuador, la guerra contra España fué injustificable. Ni tampoco habríamos menester de discutirlo cuando los mismos causantes de la guerra nos ahorran el trabajo de instruir su proceso, confesándose reos. «He visto, dice Burke, y examinado con esmero los documentos originales relativos á ciertos sucesos importantes de aquel tiempo, y ellos me han persuadido completamente de la notoria injusticia de aquella guerra y del aspecto falso bajo el cual, é inspirado de política de-

testable, permitió Walpole que fuera representada una medida que lo perdió. Algunos años después del suceso tuvo la suerte de hablar, así con los principales adversarios del ministro, como con aquellos que fueron los primeros en levantar bélicos clamores, sin que hallara uno solo que la defendiera y tratara de justificar su conducta; que todos la censuraban en términos tan acerbos cual si comentaran un hecho histórico en cuya realización no hubieran tomado parte alguna. En cuanto á Mr. Pitt, harto demostró andando el tiempo que también estaba confeso y contrito; pero aún cuando su conducta en aquella circunstancia le pareciese á él mismo criminal, á los ojos de su biógrafo continúa siendo la más admirable que pueda decirse ni pensarse.

Las elecciones de 1741 fueron tan contrarias á Walpole, que hubo de presentar al Rey la dimisión de su cargo, aunque no sin lucha prolongada y tenaz. El duque de Newcastle y lord Hardwicke entablaron negociaciones con los jefes de los patriotas, esperando formar un ministerio *whig*, y entonces, Pitt y sus más íntimos compañeros procedieron de una manera no nada honrosa, intentando ponerse de acuerdo con Walpole y ofreciéndole, si quería usar en favor de ellos de su influencia en el ánimo del Rey, ponerlo á cubierto de persecuciones. Pero Walpole sabía perfectamente que de nada le serviría el apoyo de los *chicos*, como él llamaba á los jóvenes patriotas, si Pulteney y Carteret permanecían inflexibles, y que si al cabo lograba traer á su partido á los jefes de la oposición, tampoco le sería de ninguna utilidad la gente menuda, y rehusó la oferta. Es muy extraño, ciertamente, que Mr. Thackeray, á quien le ha parecido indispensable

consignar en su libro los versos tan malos que hacía en el colegio Mr. Pitt, no haya escrito una sola palabra en orden á este asunto, cuando tantos testimonios hay del suceso, y, además, se halla referido en un libro tan generalizado como lo es sin duda la *Vida de Walpole*, de Mr. Coxe.

Pero los nuevos arreglos descontentaron á todos los individuos de la oposición, y á Pitt principalmente; y como ningún puesto le brindaron en el nuevo gobierno, prosiguió ejerciendo el oficio de patriota por su bien; que si hubiera formado parte de él, es muy probable que hubiera participado ámpliamente de la impopularidad de Sandys, de Carteret y de Pulteney. Mas, no siendo así, se tornó el más implacable y violento de cuantos excitaban á la venganza contra Walpole, y habló con mucho talento y energía en favor de las proposiciones más sañudas ó injustas de los enemigos del ministro caído. No satisfecho con esto, puso á la Cámara de los Comunes en el caso de nombrar un tribunal secreto cuya misión fuera investigar la conducta del precedente primer lord de la Tesorería. Pero, aún cuando se hizo así, y la mayoría de los inquisidores fué notoriamente hostil al hombre de Estado que se acusaba, es lo cierto que se vió forzada de los testimonios á declarar que no hallaba rastro siquiera de crimen ninguno. A pesar de lo cual, tanto era su empeño de llevar adelante la inquisición, que hubieron de pedir poderes para proseguirla, y además un *bill* de indemnidad para los testigos, ó, para decirlo más claramente, un *bill* que recompensara el servicio de cuantos fuesen á declarar, verídica ó calumniosamente, contra el conde de Orford. Pitt no tuvo el menor escrúpulo en apoyar el *bill* ante la Cámara, por más que hubiera ofrecido

antes al de Orford servirle de antemural contra la saña popular si llegaba el caso. Hechos son estos que no quisiéramos vernos obligados á consignar, y que Mr. Thackeray calla ó pasa por ellos como sobre ascuas, movido sin duda del deseo de no rendir sino alabanzas á su héroe. Así y todo, y aún cuando la vida de lord Chatham presenta rasgos más agradables que no los descritos, ninguna es más instructiva que la suya; porque ¿cuál sería entónces el estado general de la moralidad política cuando un jóven, á quien con justicia se reputaba por el hombre público más íntegro y más atento siempre al bien de la patria de cuantos eran en aquella sazón, trataba de abrirse el camino del poder empleando medios tan bajos y vergonzosos?

La Cámara rechazó el *bill* de indemnidad. Walpole desapareció silenciosamente de la escena, y el puesto tan elevado que ocupaba en ella fué para Carteret. Con esto, Pitt comenzó á combatir á Carteret tan sañudamente como lo habia hecho con Walpole, y abrumó al ministro con los epítetos injuriosos que tanto abundaban en sus discursos, llamándolo pérfido, inicuo, execrable, corrompido y odioso. Pero lo que más abundante asunto prestaba siempre á sus invectivas, era el cariño que demostraba el gobierno á las posesiones alemanas de la casa de Brunswick; y tan rudos y violentos y elocuentes eran sus ataques, y tanto ingenio demostró en aquella campaña parlamentaria censurando la práctica de pagar con el peculio de Inglaterra las tropas hannoverianas, que le bastó para ser tenido por uno de los más ilustres oradores. Todo conspiraba también para que así fuera; porque la Cámara de los Comunes acababa de perder algunos de sus principales ornamentos; Walpole y Pulteney habian

pasado á la de los Lores, y sir William Wyndham no existia, no siendo posible hallar entre los hombres nuevos ninguno que compitiera con Mr. Pitt.

En el intervalo de dos legislaturas del año 1744 pasó de esta vida la duquesa de Marlborough, legando á la posteridad el recuerdo de haber sido la persona que mejor supo aborrecer de cuantas fueron en su tiempo, sin que por esto pretendamos decir que su amistad no fuera más nociva que su mala voluntad, porque treinta años antes su afecto hundió al partido á que pertenecía y al marido á quien adoraba. Y como ni los años ni la experiencia lograron hacerla más dulce de carácter ni más prudente, aborrecia con la mayor sinceridad cuanto era grande y prosperaba en aquellos momentos. Habia odiado á Walpole ministro, y al dejar de serlo trasladó íntegro su enojo á Carteret. Mucho antes de su muerte predijo Pope el fin que tendrían sus riquezas diciendo que «pararian en manos de personas desconocidas, si el cielo no las repartía entre los pobres.» Aquella vez el cielo intervino y llevó hácia Pitt, que formaba entónces entre los pobres, una parte del caudal de la viuda tan altanera de Marlborough, pues le dejó diez mil libras esterlinas en consideracion á «la noble defensa que habia hecho de las leyes de Inglaterra, y de sus esfuerzos para impedir la ruina de la patria.»

El testamento se otorgó el mes de Agosto; la duquesa murió en Octubre, y en Noviembre ya era Pitt cortesano. Los Pelham habian obligado al Rey, mal de su grado, á separarse de lord Carteret, que ya se llamaba lord Granville, procediendo despues de tan señalada victoria á formar un gabinete sobre anchas bases, como entónces se dijo, y en el cual entraron Lyttelton en la Tesorería, y otros amigos

de Pitt, excepto él, que hubo de contentarse por aquella vez con promesas no más. Parece ser que la causa de su fracaso fué debida al recuerdo que conservaba muy vivo aún S. M. de ciertas palabras malsonantes pronunciadas por él en un debate parlamentario á propósito de las tropas hannoverianas; pero Newcastle y Pelham le aseguraron que harían cuanto pudieran para ir venciendo poco á poco el régio desagrado.

Nada tampoco descuidaba Pitt de cuanto fuera parte á facilitarle la entrada en el poder. Presentó la dimision del cargo que ocupaba en la servidumbre del príncipe de Gales, y al abrirse de nuevo las Cámaras empleó su elocuencia en apoyar al gobierno. Por su parte hacían los Pelham sinceros esfuerzos encaminados á disipar la mala voluntad del Rey, temerosos de no satisfacer á Pitt con promesas para lo porvenir, sabiendo que ni se le podía engañar fácilmente, ni ofender y quedar impune. Ni tampoco tenían interés alguno en corresponder sus servicios con palabras, porque los vínculos que los unían á todos eran poderosos y fuertes, y sus enemigos comunes. Los Pelham detestaban y temían á Granville, adversario animoso, elocuente y dominador, cuyas intrigas conocían, así como su influencia en el ánimo del Rey, sabiendo á saciedad que tan luego se presentara la ocasion propicia, su Majestad lo llamaría muy de su grado para ocupar el poder. Los tiempos, como se ve, no eran para restar, y deseando poner término á una situacion que se les antojaba y era en realidad violenta, empeñaron la batalla con el Monarca para saber si consentiría ó no en aceptar á Pitt en el gobierno. El momento lo escogieron con más acierto que generosidad, y fué aquel en el cual la Gran Bretaña se hallaba en plena

insurreccion, y el Pretendiente imperaba como dueño de la extremidad septentrional de la isla. Entónces ofrecieron las dimisiones de sus cargos, quedando el Rey abandonado de repente de las fuerzas todas del partido que asentó su familia en el trono. Trató Granville de formar gabinete; pero tardó poco en reconocer que la influencia de los Pelham era irresistible y que no podía el favorito contar con más de treinta lores y ochenta diputados de la Cámara baja. Desistió con esto, y se retiró riéndose del fracaso, y á seguida volvieron los ministros dimisionarios más fuertes que nunca, no quedando al Rey medio alguno de oponerse á sus pretensiones por contrarias que fueran á su voluntad; pero su Majestad se contentó con murmurar entre dientes que se le hacía duro sufrir la ley del duque de Newcastle, cuando este personaje apénas si tenía condiciones para ser gentil-hombre del príncipe más insignificante de Alemania.

Los ministros no abusaron, sin embargo, de su victoria, y decidieron dar un puesto á Pitt que no lo pusiera en contacto frecuente con el monarca. Por eso, en vez de nombrarlo, como en un principio querían, ministro de la Guerra, lo designaron para el cargo de vicetesorero de Irlanda, trasladándolo á poco tiempo al de pagador general del ejército, empleo en aquella sazón de los más lucrativos del gobierno, no tanto por el sueldo como por los gajes á que daba derecho en cierto modo. Porque como tenían en su poder constantemente los titulares del oficio sumas cuantiosas que no bajaban nunca, ni en tiempo de paz, de cien mil libras esterlinas, y era de uso corriente que se apropiaran sus intereses, práctica que ni era secreta ni deshonrosa, de aquí el lucro y la ventaja. Pero aun cuando así se

hizo, ántes y despues de Pitt, por personas que gozan fama de indisputable probidad, es lo cierto que se negó él resueltamente á percibir un solo céntimo que no fuera de su haber legal. Además, aquellos principes extranjeros que la Inglaterra subvencionaba, tenían tambien costumbre de gratificar al pagador general, con lo que sus emolumentos acrecían de un modo considerable; mas tampoco quiso Pitt aceptar estos tratos.

Raro era en aquel tiempo tamaño desinterés, y por tanto sorprendió en extremo á los hombres políticos, excitando la mayor admiracion en las masas, y siendo parte á que, á pesar de sus inconsecuencias y del contraste singularísimo que ofrecía su violencia en la oposicion y su calma sumisa en el poder, se granjeara la confianza del país. Esto es natural, despues de todo, porque las razones que puedan llevar á un hombre político á cambiar de actitud ó á separarse de su línea de conducta son las más de las veces incomprensibles y oscuras; pero á los ojos de nadie aparece velado y misterioso el desinterés en materia pecuniaria. De aquí que ya todos consideraran á Mr. Pitt como á persona invulnerable, incapaz de cometer ciertas indelicadezas, y al abrigo de toda sospecha de corrupcion, atribuyendo sus faltas á errores de juicio, á resentimientos, ó á desafortunadas ambiciones, pero no á codicia.

Ocho años pasaron así tranquilamente, ocho años durante los cuales la minoría, débil ya desde la caída de lord Granville, fué disminuyendo más y más hasta ser como si no fuera. En 1748 se celebró la paz con España y Francia; en 1751 murió el príncipe Federico, y con él desaparecieron hasta los últimos vestigios de oposicion: todos los políticos, así los

hombres distinguidos que sostuvieron á Walpole como sus adversarios, estaban reunidos bajo su heredero; la vehemencia y el fuego de Pitt no parecían, y estaban como reprimidos y velados; porque así aceptaba en silencio el sistema de medidas continentales que atacó poco tiempo ántes, como callaba en orden al tratado con España, por más que dejase á la Inglaterra en idéntica situacion que cuando pronunciaba sus tan violentos discursos contra la política pacífica de Walpole; como habia cesado de hablar descomedida é irrespetuosamente del Hannover por no incurrir en nuevo desagrado de S. M.; y áun cuando á intervalos brillaba su antigua elocuencia, eran cortos y fugaces á manera de relámpagos; cosa que sufría Pelham sabiendo con quién habria de luchar, y comprendiendo que bien podían tolerarse de tiempo en tiempo los caprichos de un aliado tan poco dócil al freno y tan capaz de hacer daño.

Dos hombres habia entónces no nada inferiores á Pitt en facultades intelectuales, si no le aventajaban, colocados como él en posiciones secundarias del gobierno. Era uno Mr. Murray, procurador general cuya poderosa razon, buen gusto y profunda variedad de conocimientos sobrepujaba con mucho á los de Pitt, y cuya elocuencia parlamentaria, si no tenía en ocasiones los arranques vigorosos de la de éste, permanecía siempre clara y serena, sin que jamás oscureciera su espléndida pureza la más leve nube. A nuestro parecer, no era inferior á Pitt bajo el punto de vista intelectual; pero carecia de las cualidades morales á que debió el futuro ministro su encumbramiento. Porque á Murray le faltaba la energía, el valor y la ambicion de intentar y exponerlo todo, que labra la fortuna de los grandes hom-

bres en tiempo de turbulencia; era frio, de carácter prudente hasta la timidez y de maneras tan graves y acompasadas que rayaban en tiesura; y como nunca quiso aventurar su porvenir ni exponer su nombre á contratiempos que le fuera licito evitar, aunque pudo cierta ocasion ser primer ministro, prefirió la magistratura y ser presidente del Tribunal Supremo; posicion que, si no era tan brillante como la otra, en cambio tenía para él la inapreciable ventaja del sosiego y de la seguridad, cosas todas que, á su parecer, no podían compensarse con ningun otro cargo por elevado que fuese.

El otro era Mr. Fox, á la sazón ministro de la Guerra, padre del varon eminente que hizo su nombre inmortal con sus esfuerzos poderosos en favor de la paz, de la justicia y de la libertad, favorito del Rey, del duque de Cumberland y de algunos de los individuos más influyentes de la camarilla directiva del partido *whig*. Sus dotes parlamentarias eran de primer orden; mas bajo muchos aspectos era su oratoria lo contrario de la de Pitt; su fisonomía, tal como nos la trasmitió el pincel de Reynolds y de Nollekens, si bien demostraba grande inteligencia, era tosca y adusta, y sus modales torpes, y su lenguaje vacilante y tardo, faltándole á veces las palabras; pero á pesar de tanto defecto, solamente su hijo consiguió aventajarlo en el talento de la discusion y en pericia en esa lógica firme, cerrada y poderosa que tanto conviene á las luchas parlamentarias, siendo en la réplica tan superior á Pitt, cuanto éste le aventajaba en la declamacion. Y aun cuando intelectualmente la balanza estaba casi equilibrada entre los dos rivales, tambien por este concepto las condiciones morales de Pitt hacian que se inclinara en su favor. Cierto es que Fox poseía muchas virtu-

des, y que tenía mucha semejanza su talento y su carácter con el de su hijo, pues como él era bondadoso y afable, franco, de pasiones violentas, atrevido é impetuoso, y tan benévolo con sus amigos como fácil en perdonar las injurias; pero habia sido por desgracia educado en mala escuela política, en una escuela que profesaba la doctrina de que la virtud política no es sino la coquetería de la corrupcion política, de que cada patriota tiene su precio, de que no pueden marchar los gobiernos sino por medio de la corrupcion y de que el Estado es y debe ser la presa de los hombres de Estado; máximas que se hallaban en boga entre los partidarios de segunda fila de Roberto Walpole, que á veces solia empeñarlos en esa conducta, y que á veces tambien solia empeñarse en observar la opuesta de una manera exagerada y ehocante. La relajada moralidad de Mr. Fox en materia política ofrecia, por otra parte, singular contraste con la integridad un tanto pretenciosa de Mr. Pitt, siendo esto causa de que la nacion desconfiara del uno cuanto se fiaba del otro; pero los hombres de Estado de aquel tiempo ignoraban todos que la confianza de la nacion es elemento de la mayor importancia, y debido á esto, si miéntras marcharon las cosas tranquilamente, si miéntras no hubo ninguna oposicion, si miéntras todo dependia del favor de una camarilla que gobernaba en todas partes, Fox reunió ventajas sobre Pitt, cuando llegó la ocasion del peligro, cuando la Europa se agitó y perturbó con motivo de la guerra, cuando se dividió el Parlamento en bandos y fracciones, cuando la opinion pública estuvo violentamente sobreexcitada, el favorito de la nacion ascendió á la cumbre del poder, y su rival se tornó en insignificante personaje.

A principios de 1754 murió repentinamente Pe-

lham, y el Rey al saberlo exclamó: «Ya no volveré á gozar un momento de tranquilidad.» Razon tenía para decirlo; porque Pelham había logrado reunir y mantener en la concordia á todos los hombres eminentes de la monarquía, y su falta dejaba vacante la posición más elevada y envidiable á que pueda un súbdito inglés aspirar, desapareciendo con él la influencia que había dirigido y sujetado al mismo yugo tantos hombres ambiciosos y turbulentos.

Ocho días despues del fallecimiento de Pelham, se acordó poner al duque de Newcastle al frente de la Tesorería; mas no con esto quedaron terminados los arreglos. Porque ¿quién sería el ministro director en nombre del Rey de la Cámara de los Comunes? ¿Podía confiarse este cargo á un hombre de cuenta? Quien lo ejerciera ¿no pretendería y obtendría una participación de poder y de influencia mucho mayor de la que el de Newcastle pudiera estar dispuesto á darle? ¿Habría que contentarse con un hombre vulgar, dispuesto á todo, sumiso y obediente? Pero ¿era posible que un individuo de tales condiciones pudiera manejar una Cámara numerosa, fácil de agitarse y poblada de hombres aptos y expertos en lides parlamentarias?

Decía Pope del avaro sir John Cutler que «veía impasible desalquilarse sus casas y á éstas caer en ruinas, sin que intentara siquiera llamar á los albañiles,» (1) y así era el amor que tenía Newcastle al poder como el de Cutler al dinero, porque su avaricia obraba en daño propio, celosa de dos cuartos y pródiga de pesos duros, económica de lo necesario y disipadora despues de lo que pudo ahorrarse. Si

(1) «Cutler saw tenants break and houses fall  
For very want: he could not build a wall.»

el Duque hubiera podido decidirse á ceder una parte de su autoridad, es probable que hubiese asegurado la restante; pero no fué así, y prefirió formar un ministerio débil, deleznable, que se conmovía y temblaba con el menor impulso, y que sucumbió al empuje de la primera tempestad, mejor que pagar lo necesario para procurarse materiales duraderos y sólidos. Quiso encontrar quien se hiciera cargo de dirigir la Cámara de los Comunes bajo condiciones parecidas á las que aceptó treinta y cinco años ántes de lord Sunderland el secretario Craggs, el cual no podía decirse que fuera ministro, sino lisa y llanamente procurador del ministro, á quien nunca se confiaban los grandes secretos del Estado, y que obedecía implícitamente las órdenes de su jefe, no siendo más que el hombre de lord Sunderland, para valerlos de las palabras de Doddington. Pero los tiempos habían cambiado, y desde la época de Sunderland aumentado mucho la importancia de la Cámara de los Comunes; y como hacía ya largo tiempo que representaba en ella el primer ministro al gabinete, no era probable que un hombre dotado de los talentos necesarios para ocupar tan elevada posición se aviniera, como en otros, á suscribir las condiciones que le impusiera el de Newcastle.

Hallábase Pitt enfermo en Bath; pero, áun cuando hubiera estado en Londres y en buena salud, ni el Rey ni el duque de Newcastle le habrían hecho proposiciones; y como el sabio y prudente Murray estaba enteramente consagrado al ejercicio de su profesión, sin que nada fuera parte á distraerlo de él, se pensó en Mr. Fox, conduciéndose el primer ministro en aquella circunstancia, como en todas, con baja pueril, pues propuso al ministro de la

Guerra trasladarlo á la secretaria de Estado, con encargo de dirigir la Cámara de los Comunes, quedando al cuidado del primer lord de la Tesorería el manejo de los fondos secretos, ó, para decirlo con más claridad, la compra y el soborno de los diputados, aunque prometiendo tener al corriente á Fox de las operaciones del mercado de los votos.

Fox aceptó; pero al día siguiente Newcastle cambió de parecer, y la conversacion que tuvo lugar con este motivo entre Fox y el Duque, fué una de las más curiosas de la historia de Inglaterra. «Mi hermano, dijo el de Newcastle, no dió jamás cuenta á nadie del uso de los fondos secretos, y yo tampoco quiero dar cuenta de ello.» La respuesta era muy fácil, porque no solamente Pelham era primer lord de la Tesorería, sino director de la Cámara, y no tenía por tanto necesidad de confiar á ninguna otra persona la parte secreta de sus relaciones con los individuos del Parlamento.

Pero, replicaba Fox, ¿cómo podré dirigir la Cámara de los Comunes sino estoy al corriente de su historia secreta? ¿Cómo hablar á sus individuos si no sé quiénes han recibido gratificaciones y quiénes no? Y, además, ¿quién dispondrá de los destinos?

—Yo,—le contestó el duque.

—Entonces; ¿cómo dirigiré la Cámara?

—Diciendo á sus individuos—concluyó el de Newcastle—que vayan á verme.»

Y como aludiera Fox á las próximas elecciones generales cuya fecha se acercaba, y preguntase á quiénes se había de dar los distritos pertenecientes al ministerio, «de nada os inquietéis, le contestó el Duque, porque todo está ya convenido y conforme.»

Esto era pedir demasiado á la naturaleza humana, y Fox rehusó el cargo de secretario de Estado bajo

tales condiciones. El Duque llamó entonces á sir Tomás Robinson, personaje inofensivo y escaso de luces, y cuyo nombre casi está olvidado, y le confió la direccion de la Cámara de los Comunes.

Al regresar Pitt de Bath, dió muestras de mucha moderacion por más que rebosara su alma de resentimiento: no se quejó de que lo hubieran eliminado; pero dijo sin ambages que Fox era el más á propósito para dirigir la Cámara. Y reconciliados los dos rivales por intereses y enemistades comunes, concertaron un plan de operaciones para la próxima legislatura.

—«Dirigirnos sir Tomás Robinson!—decia mister Pitt á Mr. Fox;—ya lo veremos.»

Llegó la época de las elecciones, y aun cuando fueron las de 1754 favorables al gobierno, el aspecto de los negocios comenzó á ser amenazador en el extranjero. En la India, ingleses y franceses no hacian sino reñir batallas desde la paz de Aquisgram, conducta que imitaban á la sazón en América. Fácil era prever que se acercaban tiempos de mucha turbacion, y que se necesitaban para ese caso en el poder hombres de otras condiciones que lo eran Robinson y el duque de Newcastle.

Las Cámaras se reunieron durante Noviembre, y ántes de acabar el mes, se hallaba ya tan quebrantado el nuevo secretario á impulso de los golpes certeros del pagador general del ejército y del ministro de la Guerra, que sólo anhelaba dejar el puesto. Fox atacaba con violencia y acritud; Pitt con desprecio compasivo hacía sir Tomás Robinson; pero dirigiendo siempre la puntería del lado de Newcastle, permitiéndose decir cierta ocasion con voz de trueno que no se reunian únicamente los Comunes para conocer y archivar las disposi-

ciones de un súbdito harto poderoso. El Duque no sabía con esto lo que le pasaba, y así temía destituir á los rebeldes como elevarlos; pero siendo necesario resolver algo en tan crítica circunstancia, prefirió á Fox, considerándolo ménos altivo é intratable que Pitt, y le ofreció un puesto en el gabinete bajo la condicion precisa de apoyar eficazmente al ministerio en la Cámara. En mal hora para su fama y su fortuna renunció Fox á su alianza con Pitt y aceptó la promesa del duque de Newcastle, porque jamás se lo perdonó.

Sir Tomas, con el auxilio de Mr. Fox, logró salir aquel año del mal paso. Pitt esperó. Las negociaciones pendientes entre Francia é Inglaterra tomaban cada dia peor aspecto. Al concluir la legislatura envió S. M. un Mensaje á la Cámara, diciendo que se habia visto en la necesidad de hacer preparativos de guerra. La Cámara contestó dando las gracias y votando los créditos necesarios. Pero en el intervalo de las dos legislaturas, sucesos desastrosos aumentaron la enemiga de las dos naciones rivales; y como fuera detenido un convoy de tropas inglesas que iba la vuelta de América, y caido en poder de los ingleses muchos barcos mercantes del comercio francés en los mares de las Indias occidentales, se hizo inminente la declaracion de guerra.

El primer cuidado del Rey fué poner á cubierto de cualquier contratiempo el Hannover, y Newcastle, que se mostraba dispuesto á contentar y satisfacer en todo á S. M., celebró, segun costumbre de aquel tiempo, tratados con varios principes alemanes, obligándose á comprarles reclutas para el ejército. Demas de esto, como habia recelos de que Federico II se preocupaba mucho de los Estados electorales de su tío, hicieron de modo los ministros

ingleses que la Rusia tomara una actitud amenazadora respecto de la Prusia.

Cuando fueron conocidas las condiciones de estos tratados, se levantó un rumor en todo el reino que pronosticaba recia tempestad. Comenzó el conflicto con la oposicion que halló el duque de Newcastle por parte de los mismos á quienes habia siempre considerado por instrumentos suyos: el canciller del Sello, Legge, se negó á firmar los bonos del Tesoro para que fueran eficaces los tratados, y aquellas personas que gozaban de la confianza del príncipe de Gales y de su madre preferian sin empacho las palabras más agresivas. Perplejo entonces y sin saber qué hacerse, Newcastle llamó á Pitt, le abrazó, le sonrió, lloró y le dijo cuantas palabras más lisonjeras supo, y lo abrumó con los cumplidos más pomposos y las promesas más brillantes. El mismo Rey, que siempre habia estado tan mal dispuesto hácia Pitt, se mostraria en la primera audiencia lleno de afecto á su persona. El pagador general entraria en el gabinete, seria el asesor universal de sus colegas, y todo á cambio de una sola cosa: de su benevolencia, de su apoyo ante la Cámara de los Comunes del subsidio estipulado con el de Hesse. Pero todo fué inútil, y Pitt rehusó el puesto friamente, dando muestras de su respeto hácia el Monarca, y añadiendo que si S. M. tenia grande interes personal en el tratado con Hesse, él se complaceria en secundarlo.

—«Perfectamente,—le contestó el duque;—¿y el subsidio ruso?»

—«No, porque no estoy dispuesto á ver erigidos en sistema los subsidios.»

En vano fué que acudiera en auxilio de Newcastle lord Hardwicke, porque Pitt permaneció inflexible;

y como Murray nada queria sino en la magistratura, y Robinson era impotente para la lucha, el jefe del gabinete se dirigió de nuevo á Fox, nombrándolo secretario de Estado, revistiéndolo de las condiciones necesarias á ejercer la direccion de la Cámara de los Comunes, y trasladó á sir Tomas á Irlanda con un cargo relativo á la posicion que abandonaba.

Las Cámaras se reunieron el mes de Diciembre de 1778. La expectacion pública era imensa, porque al cabo de diez años iba á verse una oposicion apoyada por el heredero presuntivo del trono, y á cuyo frente aparecia el orador más brillante de la época. En efecto, la discusion del mensaje dió lugar á una de las batallas parlamentarias más memorables de aquel tiempo, habiendo comenzado á las tres de la tarde y acabado á las cinco de la siguiente. Durante la noche pronunció Gerardo Hamilton el discurso que tanta fama le dió, eclipsando con su elocuencia á todos los demas oradores, excepto á Pitt, que habló tambien por espacio de hora y media contra los subsidios con energia y éxito extraordinarios, desplegando las facultades de su ingenio, que otro tiempo puso miedo en las filas de Walpole y de Carteret, y que á la sazón se hallaba en la plenitud de su incomparable perfeccion ante un auditorio que habia perdido la costumbre de tan grandiosos espectáculos. Conocemos un fragmento de su memorable discurso, bastante bien apuntado, y es el en que compara la coalicion de Fox y de Newcastle con la union del Rhona y del Saona. «Lleváronme, dijo Pitt, á ver en Lyon el lugar aquel en donde los dos rios mezclan sus aguas y se confunden: la corriente del uno es tranquila, silenciosa y lánguida, careciendo, sin embargo, de profundidad su caudal; el

otro es un torrente impetuoso y rápido; mas, á pesar de tan grandes diferencias, al cabo se juntan.» La enmienda propuesta por la oposicion fué rechazada por gran mayoría, y Pitt y Legge quedaron separados inmediatamente de sus cargos.

La lucha continuó muy animada en la Cámara de los Comunes por espacio de algunos meses; y aún cuando hubo luchas muy empeñadas en orden al presupuesto de gastos, y más aún cuando se trató de los subsidios, el gobierno tuvo siempre mayoría. Sin embargo, como la fama y la elocuencia de Pitt y el prestigio de su nombre iban creciendo de una manera extraordinaria, y los acontecimientos que siguieron á la legislatura fueron de tanta trascendencia, se hizo á todos evidente que sólo él podia dirigir el Parlamento y gobernar la nacion.

La guerra comenzó en todas las partes del mundo de una manera desastrosa para la Gran Bretaña, y aún más que desastrosa, llena de ignominia. La pérdida más humillante que sufrió fué la de Menorca. Porque el duque de Richelieu, que pasó la vida desde los diez y seis años á los sesenta ocupado de conquistas amorosas, desembarcó en la isla y se apoderó de ella; y aún cuando salió de Gibraltar con refuerzos para Mahon el almirante Byng, como no creyera oportuno trabar batalla con la escuadra francesa, regresó sin realizar su proyecto. La nacion llegó con esto al paroxismo de la locura, y la tormenta estalló con tanta impetuosidad que puso miedo á los mismos que aún recordaban los tiempos de la Sisa y de la Compañía del Mar del Sur: la prensa no publicaba sino libelos y caricaturas; las paredes se veian tapizadas de pasquines; la City de Londres gritaba venganza, y el eco de sus gritos volvia de los extremos de Inglaterra; y los condados

de Dorset, de Huntington, de Bedford, de Buckingham, de Somerset y de Lancaster, el Shropshire, el Suffolk y el Surrey enviaron al Rey enérgicas exposiciones, y encargaron á sus representantes hacer lo necesario para que se abriera informacion sobre las causas de los últimos desastres. Lo propio sucedia en las grandes poblaciones que pasaba en los condados, llegando algunas á dar por instrucciones á sus procuradores que se diera de mano á los subsidios. La nacion se hallaba, en fin, en tal estado de rabia y desesperacion, que no ha tenido semejante.

Antigua es la costumbre de repntar por mejor que lo presente cualquiera tiempo pasado; mas no será posible decir esto tratando del año 1756 en Inglaterra, época en la cual persuadió fácilmente á todos *La Estadística* de Brown, libro del cual nadie se acordaria hoy á no ser por las alusiones que á él hicieron Cowper en sus *Conversaciones*, y Burke en sus *Cartas sobre la paz regicida*, de que la nacion se hallaba entregada en manos de una cuadrilla de malhechores cobardes, que nada sería eficaz á salvarla, que la faltaba muy poco para ser esclava de sus enemigos, y que merecia su destino. ¿Cuál sería el estado de los ánimos cuando tales cosas se decian, leian, creian, admiraban y aplaudian al comenzar la guerra más gloriosa que haya sostenido jamás la Gran Bretaña!

Con estas manifestaciones del espíritu público empezó Newcastle á temer por su cargo, y por lo que amaba más aún: su cabeza; que la nacion parecia necesitar sangre para calmarse. Pero si bastaba por el momento sacrificar Byng á sus iras, ¿qué holocausto sería necesario si ocurrían nuevos desastres? ¿Qué sucedería si era proclamado rey un príncipe

mal dispuesto en favor del gobierno? ¿Qué si la Cámara volvía hostil de los comicios?

Con el mes de Noviembre llegó la crisis decisiva. El nuevo secretario de Estado, á quien causaba constantes motivos de disgusto la perfidia y la ligereza del primer lord de la Tesorería, y que además temia ya con razon ser víctima propiciatoria de las intrigas y amaños de Newcastle, quien á pesar de sus muestras repetidas de ineptitud no carecia de habilidad para eludir peligros y responsabilidades, presentó la dimision de su cargo. El Duque recurrió á Murray; pero éste se hallaba entónces á punto de lograr el objeto de sus ambiciones por estar vacante la plaza de presidente del Tribunal Supremo, y resuelto, si no la obtenia sin más tardanza, á engrosar las filas de la oposicion. Newcastle le hizo cuantas proposiciones son imaginables, la presidencia del ducado de Lancaster, entre otras, una plaza de contador en el Echiquier, una pension, tan considerable como quisiera, de dos mil libras esterlinas ó de seis mil, que la cifra importaba poco; pero cuando así el Duque como sus colegas se persuadieron de la inutilidad de sus esfuerzos y de que Murray ni vacilaba siquiera en sus propósitos, le pidieron que nada hiciera en contra del Gabinete aquella legislatura, ó á lo ménos por un mes, ó por una semana, ó siquiera por un dia. ¿Se prestaria Murray á presentarse una vez todavía, no más de una, en la Cámara de los Comunes? Y si aparecia en ella, ¿querria no más que una vez hablar en pro del mensaje? A todo contestó Murray de una manera categórica que podian darle ó no la presidencia del Tribunal Supremo, pero que no sería por más tiempo fiscal.

En aquella circunstancia intentó el de Newcastle

vencer resueltamente las preocupaciones del Monarca, y dió principio á su empresa entablando negociaciones con Pitt por medio de lord Hardwick. Pero Pitt conocia su situacion, y lo demostró contestando al enviado que no formaria parte de ningun gabinete presidido por el de Newcastle.

Este fué para el Duque el golpe de gracia, y ya no supo qué hacerse. A todos pedia consejo, sin atender á lo que le decian, é iba de una parte á otra profiriendo amenazas ó llorando. Y como el dia de abrirse la legislatura se acercaba, y la opinion pública seguia en gran modo excitada, y nadie reunia las condiciones necesarias para luchar con Fox y Pitt en la Cámara de los Comunes, á Newcastle le faltó el valor y se retiró de los negocios.

El Rey mandó llamar á Fox y lo encargó de la formacion de un gabinete de acuerdo con Pitt; pero éste, que no habia olvidado las pasadas ofensas de aquél, rehusó hacer cosa ninguna de concierto con Fox.

Llamó entonces S. M. al duque de Devonshire, y Pitt cedió á su mediacion, encargándose el primero de la Tesorería; Legge, del Echiquier; lord Temple, con cuya hermana estaba casado Pitt, del Almirantazgo, y Pitt, de la direccion de la Cámara de los Comunes, con el carácter de secretario de Estado.

Mas tampoco podia durar mucho tiempo esta combinacion, que apenas logró cinco meses de existencia, durante los cuales Pitt y lord Temple hubieron de sufrir desaires del Monarca y de la Cámara, cuyo apoyo fué débil y de poca cuenta, dándose el caso de que la oposicion lograra impedir á varios de los nuevos ministros el ser reelegidos. Pitt mismo, que representaba uno de los distritos propios de los Pelham, no sin mucha dificultad pudo

encontrar distrito despues de haber aceptado los sellos: tan falto se hallaba el nuevo gobierno de la influencia que servia en aquel tiempo á darles vida. Uno de los argumentos más usuales contra el *bill* de reforma ha sido siempre decir que con el sistema de la representacion popular podria darse el caso de que hombres cuya presencia en la Cámara de los Comunes fuera indispensable á la direccion de los negocios públicos se hallaran en la imposibilidad material de tener distrito; pero es lo cierto que si este peligro se presentara nada seria más fácil que hallarle remedio y aplicárselo, y los que nos amenazaban con él habrian hecho bien recordando que, con arreglo al antiguo sistema, un grande hombre llamado al poder en momentos criticos por la voz unánime de la nacion, podia correr el riesgo de quedar excluido de la Cámara cuyo más principal ornamento fuera, por obra de cábalas aristocráticas.

El suceso más importante que tuvo lugar bajo el gabinete Devonshire fué la causa de Byng, y áun cuando la opinion pública se halla todavía dividida en orden á este asunto, de nosotros diremos que lo hecho con el almirante nos parece injusto y arbitrario por demas. Porque si la traicion, la cobardía, ó la *crassa ignorantia*, para emplear lenguaje de lejistas, pueden merecer castigos severos, Byng no era culpado de traicion, de cobardía ni de ignorancia de su oficio, sino que pagó con la vida un hecho que habria podido cometer el súbdito más leal, el marino más experto y el militar más esforzado, muriendo por haberse equivocado, del propio modo que se equivocaron Federico, Bonaparte y Wellington, segun ellos mismos reconocieron. Errores de tal índole no merecen castigo, porque impo-

niéndoselo no se impiden, sino que se da ocasion á ellos, pues si el temor de muerte ignominiosa puede ser eficaz á que los traidores vuelvan á sus banderas y á que los cobardes no huyan, carece de virtud para desarrollar el talento que permite á los hombres tomar en las circunstancias difíciles rápidas y acertadas disposiciones; que puede no hacer buena puntería el mejor ballestero cuando la cabeza de su hijo sirve de base al blanco. Nada es tampoco tan ocasionado á privar de calma y serenidad á un oficial en el momento que más la necesita, como la certeza de que si su parecer no logra estar de acuerdo con el de sus jefes, sufrirá la pena de muerte precedida y acompañada de las accesorias más ignominiosas. Dicen que las reinas se hallan al dar á luz en mayor peligro que las demas mujeres, porque sus médicos no tienen, respecto de ellas, la calma necesaria para obrar cual conviene, y que por eso, viendo Napoleon que la perdia el cirujano de María Luisa, le dijo: «Tranquilizaos y tratad á la emperatriz como á una vecina de la calle Saint Denis,» demostrando con esta conducta más prudencia y cordura que no aquel rey de Oriente de quien hacen mencion *Las mil y una noches*, y que mandó decapitar á todos los médicos que no acertaran á curar su hija. Pero Bonaparte conocia mucho el corazon humano, y por esa causa procedió siempre con sus oficiales como con el médico de su mujer; y es lo cierto que, si ningun soberano fué más indulgente con los errores de apreciacion, tampoco ninguno tuvo á su servicio mayor número de militares propios para ejercer grandes mandos.

Pitt se condujo en aquella ocasion de una manera honrada y viril, exponiendo su popularidad y su poder en defensa de Byng, por quien abogó en la

Cámara y en el despacho de S. M.; pero el Rey permaneció inflexible.

—«Señor,—le dijo,—la Cámara de los Comunes parece inclinarse á la clemencia.»

—«Caballero,—le contestó el Rey,—vos me habeis enseñado á buscar fuera de la Cámara el espíritu de mi pueblo.»

La réplica fué más sutil de lo que solian ser las frases de Jorge I, y áun cuando su inteligencia era sardónica en grado sumo, envolvía un cumplido justo y grande hácia Pitt.

Pero si el Rey no amaba á Pitt, á lord Temple lo tenia en aversion. «El nuevo secretario de Estado, decia S. M., no conoce á Vatel, y es vano y fastidioso; pero circunspecto conmigo. En cambio, el primer lord del Almirantazgo es impertinente y grosero.» Así era, en efecto, y para demostrarlo refiere Walpole una anécdota, sobrado chistosa para ser cierta, pues asegura que Temple, para defender á Byng ante S. M., se permitió hacer un largo paralelo entre la conducta del almirante en Menorca, y la del Rey en Oudenarde; paralelo, dicho sea de paso, en el cual todas las ventajas resultaban á favor del encausado.

Fácilmente se comprende que no podia durar un estado de cosas tal. A principios de Abril fueron despedidos Pitt y sus amigos, y llamado el duque de Newcastle á Saint James. Pero el descontento de la opinion no habia pasado, sino encalmándose con la entrada de Pitt en los negocios. El fuego ardia bajo la ceniza, y al faltar él, brotaron las llamas de nuevo: bajó la bolsa; el municipio londinense le otorgó el título y los derechos de burguesia de la *City*, siguiendo su ejemplo todas las corporaciones análogas de las grandes ciudades; y como es costumbre

inglesa poner estos diplomas en cofrecillos de metales preciosos, Walpole decia que «durante algunas semanas llovieron cajas de oro en la morada de Mr. Pitt.»

Fué aquella la ocasion decisiva de la vida de Pitt. Habiérase creído que un hombre de carácter tan altivo y airado, que habia recibido del Rey tantos desaires, al sentirse apoyado del pueblo con tal entusiasmo se diera prisa en tomar desquite, sobre todo cuando no le faltaban pretextos. Fué uno la actitud de los representantes de muchos condados y ciudades principales, que recibieron de sus comitentes el encargo de proponer una investigacion de las causas que produjeron los desastres del año anterior; proposicion que se adoptó sin dificultad, y cuyos trabajos comenzaron pocos dias despues de la salida de Pitt del poder. Newcastle y sus colegas habian obtenido un voto absolutorio; pero la minoría era tan fuerte que no se atrevieron á pedir la sancion de su conducta, como se propusieron en un principio, no faltando personas sagaces para decir que si Pitt hubiera puesto entónces en juego todos sus recursos, la investigacion habria seguido su curso, resultando de ella un voto de censura, ya que no un proceso en forma.

Pero Pitt demostró en aquella circunstancia una moderacion é imperio sobre sí mismo desusados en él. Consistia esto tambien en que sabia por experiencia propia no serle posible sostenerse solo; y que, áun cuando su elocuencia y su popularidad habian hecho mucho en su favor, tanto que, careciendo de bienes de fortuna, siendo de modesto nacimiento, sin distritos propios, y aborrecido del Monarca y de la clase noble, no sólo habia conseguido ser un personaje importante, sino formar gabinete

y pronunciar un fallo de exclusion contra sus rivales, contra el ilustre magnate más poderoso del partido *whig* y el orador más hábil de la Cámara de los Comunes, habia ido demasiado lejos; que si el elemento popular entraba por mucho ya entónces en la Constitucion inglesa, la preponderancia pertenecia en la mayor parte de los casos á otros elementos. La confianza y el afecto del pueblo podian hacer temible á un hombre público que acaudillara las oposiciones, y abrumarlo bajo el peso de cofrecillos de oro y de pergaminos iluminados, y en ciertos casos, como los del año anterior, elevarlo á las regiones del poder; pero en un Parlamento tal cual se hallaba entónces constituido, no podia el favorito del pueblo contar con la mayoría, ni siquiera en la Cámara popular. A su vez, el duque de Newcastle, por más despreciable que fuera bajo el punto de vista de la moralidad, de los modales y de la inteligencia, era enemigo peligroso, y su rango, sus riquezas y la incomparable cantidad de distritos que poseia hubieran bastado siempre á darle importancia. Y si á esto se agrega que la nobleza *whig* lo consideraba por su jefe; que habia ejercido el poder tanto tiempo que parecia tener derecho á ejercerlo siempre á virtud de una manera de prescripcion; que la Cámara de los Comunes era hechura suya; que todos los representantes de los distritos ministeriales los habia designado él, y que los cargos públicos rebo-saban de sus protegidos, la importancia se trasformaba en omnipotencia casi.

Pitt deseaba el poder con ánsias vivas y por motivos elevados y generosos, siendo, en toda la extension de la palabra y en su sentido más exacto, un patriota, sin que por eso pudiera decirse de él que fuera un filántropo modelado al contacto de las

ideas preconizadas por los grandes publicistas franceses del siglo anterior. Amaba á Inglaterra como los atenienses amaban á Atenas, y los romanos á Roma; y al ver á su patria insultada y vencida, al ver abatido su antiguo valor, y sabiendo cuán grandes recursos contenía en su seno y de cuánto auxilio podrian serle en tan difíciles circunstancias, empleados de una manera vigorosa y tan fuerte y tan incontrastable cual lo haria él, podía decir en cierta ocasion al duque de Devonshire: «Milord, estoy seguro de salvar á mi patria, y tambien de que soy el único capaz de hacerlo.» Deseaba, pues, el poder con toda la vehemencia de su alma; pero como comprendía tambien al propio tiempo que su capacidad y la confianza que le dispensaba la nacion no bastarian á sostenerlo en él á despecho de la corte y de la clase noble, comenzó á preoocuparse de una coalicion con el duque de Newcastle.

Tambien Newcastle se hallaba bien dispuesto á la reconciliacion; que no habia sido en vano para él la experiencia de las cosas pasadas y aprendido, además, que la corte y la nobleza, por fuertes y poderosas que sean, no lo son todo en el Estado. Porque si una fuerte agrupacion oligárquica, un número considerable de distritos sometidos al gobierno, grandes medios de defensa y fondos secretos en cantidad considerable podian ser en tiempos tranquilos y bonancibles cuanto hubiera menester un ministro, no era cuerdo fiarlo todo á tales elementos en dias de agitacion, de guerra y malestar. Además, la Cámara de los Comunes no se componia sólo de la clase aristocrática; y aun cuando así hubiera sido, el espíritu de las grandes asambleas es siempre más ó ménos popular, y allí donde hay debates libres y prensa que goza de libertad, la elocuencia debe de

tener admiradores, la razon conversos, y los gobernantes actitud penetrada de respetuoso temor hácia los gobernados.

Por tal manera estos dos hombres de carácter tan diverso, hácia poco mortales enemigos, se hallaron menesterosos uno de otro. Newcastle habia caido el mes de Noviembre por faltarle aquella confianza pública que Pitt poseia tan de lleno, y aquel apoyo en la Cámara que ningun otro en su tiempo era capaz de dar como él; y Pitt habia caido el mes de Abril por faltarle aquella manera de influencia que Newcastle pasó toda su vida ganando y atesorando. Ni éste ni aquél tenían fuerza bastante para sostenerse por sí solos, y si uno y otro habian sido bastante poderosos para derribarse mutuamente, unidos, llegarían á ser invencibles, y ni el Rey, ni partido alguno podrian, no ya echarlos del poder, pero ni hacerles frente siquiera.

En tal coyuntura, no se hallaba dispuesto Pitt á extremarse contra los que lo habian precedido en los negocios. Y aun cuando algo debia de hacer en obsequio á la consecuencia y para conservar su popularidad, y lo hizo, aunque fué poco, logró causar tanta impresion como si hubiera ejecutado mucho: se presentó en la Cámara con todos los arreos de un gotoso: cayada, franelas y vendajes; y dirigiéndose á su escaño con paso vacilante, tomó asiento, dando muestras de sufrir extremadamente, sin abandonar su puesto por espacio de algunos dias, durante los cuales hizo uso de la palabra diversas veces con lenguaje lleno de vehemencia en ocasiones, pero en general penetrado de moderacion.

Cuando la informacion terminó sin que recayera votacion favorable ni contraria en ella, el grande

obstáculo de la coalicion habia desaparecido; pero aún quedaban otras dificultades por vencer, porque S. M., que se complacia pensando haberse librado aquella vez del ministro ambicioso y altivo que le impuso la opinion pública otro tiempo, montó en cólera sabiendo que Newcastle, á quien tantas muestras de confianza y afecto dispensaba desde hacia treinta años, y que le habia prometido de la manera más solemne no aliarse jamás con Pitt, premeditaba esa nueva perfidia. De todos los hombres de Estado de aquel tiempo, era Fox el más agradable al Rey, siendo la coalicion entre Newcastle y Fox el arreglo que más deseara S. M.; pero el Duque tenía sobrada malicia para cometer esa torpeza. Porque si á título de orador elocuente podia ser Fox tan útil en la Cámara de los Comunes como su ilustre rival, en cambio era uno de los hombres más impopulares de Inglaterra. Por otra parte, Newcastle sentia, tratándose de Fox, los celos que siempre han existido entre personas de la misma profesion. Fox hubiera pretendido intervenir en el departamento que Newcastle se reservaba para sí, y en órden al cual no transigia con nadie, esto es, en el mercado de las conciencias, y Pitt, por el contrario, se mostraba dispuesto á dejar el monopolio de la corrupcion á quien quisiera ejercerlo.

La nacion estuvo entónces once semanas sin ministerio, con las Cámaras abiertas y en pleno periodo de guerra, siendo causa de las demoras que sufría el proyectado acuerdo entre Pitt y el Duque la mala voluntad del Rey, las pretensiones tan altivas de Pitt, y los celos, la ligereza y la perfidia de Newcastle. Y como Pitt conocia demasiado al Duque para fiarse de su palabra sin garantías, y el Duque amaba demasiado el poder para ofrecerlas.

miéntras regateaban el concierto, Jorje buscaba en vano el medio de producir un rompimiento entre ambos, ó de formar gobierno sin ellos. Al efecto, se dirigió á lord Waldegrave, hombre sensato y honrado, pero sin práctica ninguna de los negocios públicos; mas aún cuando el noble lord se atrevió á encargarse de la Tesorería, presto conoció que no podria sostenerse una semana con el gabinete que formara.

Cedió al fin el Rey á la necesidad, no sin haberse ántes expresado con acritud, y hasta cierto punto con razon, acerca del concepto que le merecian los *whigs*, los cuales nunca hubieran debido hablar de libertad cuando se contentaban con ser los lacayos del de Newcastle. A su vez, la influencia de Leicester House logró que Pitt cediera un tanto de sus grandes pretensiones, y entónces se vió salir repentinamente del caos en que desde hacia tiempo se agitaban los partidos elevándose y cayendo, y aliándose y separándose, un gobierno tan poderoso en lo interior como el de Pelham, y tan incontrastable en lo exterior como el de Godolphin.

Encargóse de la Tesorería Newcastle; Pitt de la Cámara de los Comunes y de la direccion suprema de la Guerra y de los Negocios exteriores con la Secretaria de Estado, y Fox de la Pagaduría general del ejército. Merced á este oficio, el más lucrativo del gobierno durante la guerra, se cerró la boca del único individuo que hubiera podido causar molestias al gabinete. Pero aún cuando Fox estaba pobre y el cargo era muy tentador, parece increíble que consintiera merced al sueldo en aceptar una situacion secundaria, y en votar silenciosamente los acuerdos de un gobierno en cuyas deliberaciones no tomaba parte alguna el hombre que tan princi-

pal papel había representado en la política de su patria, cuyas facultades fueron siempre superiores, que había sido ministro y director de la Cámara de los Comunes, que había recibido encargo dos veces de formar gobierno, que gozaba fama de ser rival de Pitt y que pareció un momento serlo venturoso.

Antes revistieron las primeras medidas de la nueva administración carácter enérgico que no prudente. Salieron expediciones contra diversas partes de la costa francesa, que obtuvieron muy escaso resultado: la isleta de Aix cayó en poder de los ingleses, amenazaron á Rochefort, quemaron algunos barcos en Saint-Malo, y llevaron á su patria cierto número de cañones y morteros tomados al enemigo en Cherburgo. Pero no pasó mucho tiempo sin que conquistas y victorias de mayor importancia llenaran pronto de júbilo, regocijo y orgullo á los ingleses, porque una serie de triunfos, á cual más glorioso, y que reputaban á la sazón por muy fecundos en bienes para la patria, elevaron al más alto grado la fama del ministro en cuyas manos se hallaba la dirección de la guerra. Luisburgo quedó por las armas británicas el mes de Julio de 1758, y luégo la isla entera de Cabo Breton, y á seguida fué desbaratada la escuadra en que fiaba la corte de Versalles la defensa de la América francesa. Las banderas tomadas al enemigo fueron llevadas en triunfo del palacio de Kensington á la City, para ser suspendidas en la iglesia de San Pablo con gran ceremonia y mucho estruendo de artillería, timbales y aclamaciones de la multitud. Todas las ciudades de Inglaterra enviaron calurosas felicitaciones, y el Parlamento se reunió para dar un voto de gracias al gobierno, acordar la erección de monumentos que perpetuaran la gloria de sucesos tan famosos, y con-

ceder sin vacilaciones ni reservas créditos dos veces más considerables que los otorgados durante la guerra de la Grande alianza.

El año de 1759 se inauguró con la conquista de Gorea, y á seguida se apoderaron también los ingleses de la Guadalupe, de Ticonderoga y de Niágara; la escuadra de Tolon quedó completamente deshecha por Boscawen, á la altura del cabo Lagos, y en las alturas de Abraham alcanzó el general Wolfe su famosa victoria, la más gloriosa de aquel año. Las nuevas de la heroica muerte del caudillo inglés y de la toma de Quebec llegaron á Lóndres la semana misma en que se reunía el Parlamento. Todo era plácemes y alegría, y hasta la envidia y la mala voluntad tuvieron que batir palmas á compas de los más entusiastas; *tories* y *whigs* se deshacían unánimes en alabanzas del ingenio y de la energía de Pitt; nadie pensaba en sus colegas, y así la Cámara de los Comunes, como la nación entera, las colonias, los aliados y los enemigos de la Gran Brataña, todos tenían en él los ojos fijos.

Apénas habían votado las Cámaras un monumento al general Wolfe, la noticia de otro suceso importantísimo vino á reclamar nuevos festejos. Porque como la escuadra de Brest se hubiera hecho á la mar bajo las órdenes de Conflans, una flota inglesa, mandada por el almirante Hawke le dió caza, y al querer refugiarse el francés en las costas de su patria, su contrario lo abordó. Era de noche, peligroso el paraje por estar sembrado de peñascos, el tiempo duro, la mar embravecida, la oscuridad profunda y temerosa y la ocasión terrible; pero Pitt había logrado infundir en el ánimo de cuantos servían á su patria una entereza desconocida de mucho tiempo atrás. Tampoco ningún marino, recordando la suerte

de Byng, se hallaba dispuesto á cometer faltas como la suya. Por eso, cuando el práctico dijo á Hawke que no era posible atacar sin aventurarse á muy grandes peligros, le contestó el almirante: «Habeis cumplido con vuestro deber; pero respondo de todo. Ahora ponedme al costado de la capitana francesa.»

Dos navíos de línea franceses arriaron bandera; cuatro quedaron desbaratados, y los demas fueron á refugiarse á las riberas de la Bretaña.

Los triunfos continuaron el año 1760: Montreal y la provincia entera del Canadá quedó por los ingleses, y las escuadras francesas sufrieron una serie no interrumpida de contratiempos desastrosos en los mares de América y de Europa.

Por entónces tambien se realizaban conquistas en Oriente que así rivalizaban en rapidez con las de Hernan-Cortés y Pizarro, como las aventajaban con exceso en extensión. Porque tres años no más habian bastado á que los ingleses fundaran un imperio poderoso en aquella parte, miéntras que los franceses sufrían derrotas sobre derrotas en todas las partes de la India. Chandernagore se habia rendido á Clive (1), y Pondichery á Coote, y en todo Bengala, Bahar, Orissa y el Carnate más absoluta era la autoridad de la Compañía de las Indias que ántes logró serlo nunca la de Achar ó de Aurungzeb.

En el continente europeo no parecia que la fortuna sonriera de igual modo, porque sólo tenía la Inglaterra un aliado importante en el rey de Prusia, y á ese lo atacaban, además de Francia, Rusia y Austria, y sin embargo, en el continente tambien triun-

(1) Véase el tomo XVI de esta Biblioteca: *Ensayos históricos* de lord Macaulay, en el cual se contiene la biografía de lord Clive. —N. del T.

fó la energía de Pitt de todas las dificultades. Habia combatido con vehemencia extraordinaria la práctica de dar subsidios á los príncipes extranjeros; pero él la ejerció más ampliamente aún que Carteret hubiera osado hacer nunca; y como el soberano de Prusia era capaz y activo, recibió auxilios pecuniarios que le permitieron sostener la lucha con armas iguales contra enemigos formidables. Sobre ningun asunto habia declamado Pitt con más fuego y elocuencia como tratando de los peligros que tenía la solidaridad de Inglaterra con el Hannover; pero en aquella circunstancia Pitt declaró á vueltas de grandes razonamientos que sería indigno de los ingleses el sufrir que su rey se viera despojado de los dominios electorales que poseía en una guerra relacionada con la Gran Bretaña, y prometió á sus compatriotas que nada perderían en ello y que para ellos haría en Alemania la conquista de América; conducta que le concilió la benevolencia del Rey sin mermar en lo más mínimo el prestigio de que gozaba en la nacion, siendo tanto el ascendiente que su elocuencia, sus triunfos, su elevada posicion política, su orgullo y su intrepidez le conquistaron en el Parlamento, que llegó en ocasiones á tomarse libertades con él nunca vistas ántes y que despues nadie ha osado imitar. No era lícito acusarlo de inconsecuencia, porque no lo consentía, y un orador que cierta ocasion lo intentó, quedó tan desconcertado con la actitud despreciativa del ministro, que sólo pudo balbucear algunas palabras, y volvió á sentarse confuso y corrido. Los mismos caballeros del campo afiliados al partido *tory* á quienes hacia poco tiempo era tan odioso el solo nombre de Hannover, votaban sin vacilar, unos en pos de otros, cuantos subsidios les pedia; cambio singular de conducta que

una sátira de la época describe, con frases más punzantes que delicadas, de esta manera:

•No more they make a fiddle-faddle  
About a Hessian horse or saddle.  
No more of continental measures:  
No more of wasting British treasures.  
Ten millions, and a vote of credit.  
'Tis right. He can't be wrong who did it. (1).

El éxito de las medidas continentales adoptadas por Pitt fué tal y como de su vigor podía esperarse. Cuando subió al poder, el Hannover corría gravísimo riesgo de perderse, y á los tres meses todo el electorado se hallaba en manos de la Francia; pero no tardó mucho en mudar la faz de las cosas, siendo rechazados los invasores, y sufriendo consecutivamente dos derrotas de un ejército formado de tropas inglesas, hannoverianas y de los pequeños Estados de Alemania: una en Crevelt el año 1758, y otra más completa y humillante aún en Minden.

La nación prosperaba sin embargo de la guerra; como que nunca dieron los comerciantes de Londres muestras más señaladas de opulencia, y que la importancia de algunos grandes centros mercantiles y manufactureros, de Glasgow, por ejemplo, data de aquella época; circunstancia que se halla consignada en el monumento elevado á lord Chatham en Guildhall por ser la opinion general de sus contemporáneos con las siguientes palabras: «Bajo su mi-

(1) «No más ruido á propósito de caballos ni de sillas de Hesse; ni una palabra más en orden á la conducta observada en el continente, ni contra el derroche de los caudales públicos. Si se piden diez millones y un voto de confianza, se dan; que nada es más justo, tratándose de un personaje infalible.»

nisterio, el comercio fué aliado de la guerra y le debió su grandeza.»

Fuerza es reconocer tambien que hasta cierto punto y en cierto modo estos signos de prosperidad eran engañosos; fuerza es confesar que hizo conquistas ménos útiles que brillantes, y que los gastos de la guerra no entraron nunca por nada en las consideraciones de Pitt, pudiéndose afirmar asimismo que la satisfacción que le producian sus victorias se aumentaba en la medida de lo que costaban. Al contrario de otros hombres que se han visto en su caso, gustábale á Pitt exagerar la importancia de las sumas que la nación gastaba durante su gobierno, y lo enorgullecian los sacrificios y los esfuerzos que su elocuencia y sus triunfos habian obtenido de los ingleses; y el precio con que gustaba de pagar tan nobles y leales prestaciones y decisivas victorias pesó largo tiempo y cruelmente sobre el país, siendo, con ser inmenso, inferior en mucho á las disipaciones de su hijo, el más pródigo é incapaz de todos los ministros de la Guerra, para no recoger en cambio sino traiciones, derrotas y vergüenza.

Si consideramos á Pitt como ministro de la Guerra, escasamente lo hallaremos merecedor de los elogios que le prodigaron sus contemporáneos. Posible será que así nos lo parezca por efecto de nuestra ignorancia; mas es lo cierto que no acertamos á descubrir en sus planes muestra ninguna de hábiles y profundas combinaciones. Muchas de sus empresas, particularmente aquellas que acometió en las costas de Francia, fueron dispendiosas y absurdas á un tiempo, y en cuanto á las conquistas en la India, si bien ilustran la época de su gobierno, á decir verdad, no fueron la ejecucion de sus pensamientos. Cierta es que su energía, su resolucion y

sus recursos eran muy grandes, y su espíritu fuerte y emprendedor; pero no lo es ménos que tuvo siempre para secundarlo en la realizacion de sus proyectos más atrevidos las riquezas de un pueblo inmensamente rico y el esfuerzo indomable de sus hijos.

Bien es verdad que hasta cierto punto y en cierto modo merecia todos los elogios y alabanzas que se le tributaban; porque aun cuando los triunfos de las armas inglesas más eran debidos á los recursos y al entusiasmo popular que no á la inteligencia y habilidad de sus disposiciones, á él se debieron el entusiasmo nacional que tanto subió de punto en aquellas circunstancias, y el afan sin ejemplo que demostraron todas las clases en ocurrir á las necesidades de la guerra. Hubiérase dicho que el fuego de su alma inflamaba el reino entero, lo mismo á las masas que á los soldados de Québec, que á los marineros en los combates navales contra los franceses en medio de los peñascos de Bretaña. Ni tampoco necesitó mucho tiempo en el poder para lograr este resultado é infundir en el ánimo de todos la impetuosidad de su carácter aventurero y agresivo, y disponerlos, como él lo estaba siempre, á exponerse á las mayores aventuras, á fracasar ántes que no intentar y á no darse por satisfechos mientras algo quedara por hacer; pues si á sus ojos el exceso de temeridad podia disculparse, el exceso de prudencia, faltas como la de lord Jorge Sackville no hallaban misericordia. En otra época, y luchando con otros enemigos, esta manera de hacer la guerra tal vez hubiese sido desastrosa; pero la situacion en que se hallaban el gobierno y el pueblo franceses eran sólo eficaces á darle cuantas ventajas son imaginables; que los intrigantes y los fatuos de Versalles

quedaron sobrecogidos de asombro y turbados de su energía; pánico terror cundió en todas las clases, y tácitamente convinieron los franceses de cualquiera condicion que fuesen que debian ser derrotados siempre por los ingleses; y por tal manera la victoria engendró la victoria, y cada vez que las fuerzas de las dos naciones rivales combatian en la mar ó en tierra, mientras para los ingleses la lucha era preludio del triunfo para sus rivales lo era de humillaciones, vergüenzas y desastres.

Resumiendo: la posicion que ocupaba Pitt á fines del reinado de Jorge II era la más envidiable que haya tenido ningun hombre político en la historia de Inglaterra, pues se habia conciliado la benevolencia del Rey, dominaba la Cámara de los Comunes, lo adoraba la nacion y lo admiraba la Europa, y el gran burgués, como solian apellidarle sus compatriotas, podia desdeñar los títulos nobiliarios y las condecoraciones, bastándole con su nombre y la fama de sus hechos para ser amado, respetado y temido. La nacion estaba ebria de alegría y de orgullo; el Parlamento tan sosegado y tranquilo como en tiempo de Pelham; las antiguas diferencias de los partidos eran cual si no fuesen, de tal modo se hallaban desvanecidas, sin que otras nuevas más importantes las hubieran reemplazado todavía; una generacion de propietarios rurales y de clérigos que no habian conocido á los Estuardos poblaba los campos y presbiterios; existia verdadera tolerancia para los disidentes; no se perseguia de una manera cruel á los católicos; la Iglesia vivia un período de calma; la gran lucha civil y religiosa que comenzó al despuntar de la Reforma parecia concluida, y en su plenitud el reposo, la quietud y la paz universal; y *whigs* y *tories*, individuos de la Iglesia y puritanos

hablaban con igual respetuosa y circunspecta deferencia de la Constitución, y con igual entusiasmo de los talentos, virtudes y servicios del ministro.

Pocos años bastaron para operar una transformación completa en el aspecto de los negocios. La patria trastornada y maltrecha de las facciones; el trono combatido de las invectivas más violentas; la Cámara de los Comunes aborrecida y despreciada de la nación; Inglaterra en querrela con Escocia; la Gran Bretaña contra América; un Parlamento rival legislando allende los mares al otro lado del Atlántico; la sangre inglesa escapándose de las heridas abiertas por bayonetas y espadas inglesas; los ejércitos británicos forzados á capitular y á rendirse; las conquistas tan preciadas de la metrópoli arrancadas á su imperio; los enemigos de su nombre no dando vagar á la venganza de pasadas humillaciones, y su pabellon ántes tan temido sosteniéndose apenas aun en su propio litoral: hé aquí el espectáculo doloroso y tristísimo que habia de presenciar Pitt. Pero como quiera que la historia de tan radical transformación exige capítulo aparte, daremos de mano á nuestra tarea por ahora, dejando al célebre ministro en el apogeo de su grandeza y reservando para despues narrar el término de su vida y su fin postrero, aunque brillante, melancólico y lúgubre por extremo.

## II.

Más de diez años há que comenzamos un estudio de la vida política del gran lord Chatham, y que dimos punto á nuestra tarea con la muerte de Jorge II, proponiéndonos reanudarla en breve. Una serie de circunstancias muy enojosas para ser explicadas nos han impedido por espacio de tanto tiempo el poner en ejecución nuestro pensamiento; pero al cabo y todo bien considerado no deploramos la tardanza, porque los materiales que teníamos á nuestra disposición en 1834 eran escasos y no nada satisfactorios comparados con los que ahora poseemos. Así y todo, aun cuando hayamos logrado penetrar secretos y compulsar documentos que no son todavía del dominio público, no podemos por ménos de dolernos de que la historia de los diez primeros años del reinado de Jorge III sea conocida de manera tan imperfecta como lo es; razon esta última que nos anima y conforta en la obra emprendida, por hallarnos persuadidos de que á pesar de sus defectos no carecerá de interes. novedad y noticias curiosas (1).

Dejamos á Pitt al concluir el estudio anterior en el colmo de la prosperidad y de la gloria, ídolo de Inglaterra, terror de Francia y admiracion del mundo civilizado; porque de cualquier parte que soplara el viento era mensajero de nuevas batallas

(1) Las obras que dieron ocasion al presente estudio fueron la *Correspondence of William Pitt, Earl of Chatham*, 4 vol. in 8.º, London, 1840, y las *Letters of Horace Walpole, Earl of Orford, to Horace Mann*, 4 vol., 8.º, London, 1843-44.—N. del T.

ganadas sobre los enemigos de la Gran Bretaña, de fortalezas conquistadas, de provincias incorporadas á su imperio, y porque las facciones en lo interior del reino habian caído en una manera de letargo, desconocido hasta entónces desde el día en que por efecto del gran cisma religioso del siglo XVI despertó y se reanimó el espíritu público.

Bueno será, para mejor inteligencia de los sucesos que vamos á referir, fijarnos por un espacio en las causas que fueron eficaces á suspender por algun tiempo en Inglaterra el movimiento y la vida de los dos grandes partidos en que se dividian sus hombres políticos. Porque si dando de lado á los rasgos puramente accidentales, investigamos cómo es el carácter esencial del *whig* y del *tory*, podemos considerarlos como representantes de dos grandes principios necesarios á la felicidad de las naciones; siendo el uno custodio de la libertad, y el otro del orden; fuerza motriz aquél, conservadora éste del Estado; vela el uno sin la cual no avanzaría nunca nada la sociedad, lastre el otro sin el cual ni sería prudente navegar, ni posible tampoco resistir la tormenta. Mas durante los cuarenta y seis años siguientes al entronizamiento de la casa de Hannover en Inglaterra, los caracteres distintivos de los partidos parecieron borrarse, y así como creía el *whig* servir mejor la causa de la libertad política y religiosa sosteniendo con todas sus fuerzas la dinastía protestante, así el *tory* entendía que de ninguna manera demostraba mejor su mala voluntad á las revoluciones que combatiendo cada día sin tregua un gobierno nacido de la Revolución. Uno y otro fueron con el tiempo dando más importancia á los medios que al fin, y de esta suerte lentamente adoptando un modo de ser no natural y propio en

ellos, sino parecido al de los animales que habitan por acaso climas que no siendo los suyos les hacen languidecer y degenerar. Apartado el *tory* del sol de la corte, parecia un camello en las nieves de Siberia; y gozando el *whig* del calor de los palacios reales, se antojaba oso blanco en los arenales africanos.

Dice Dante (1) que vió en *Malebolge* una lucha extraña entre un sér de forma humana y una serpiente. Despues de inferirse ambos crueles heridas, quedaron un espacio contemplándose inmóviles y amenazadores. Una nube los envolvió entónces, y velados por ella se verificó una metamorfosis en los dos contendientes, tomando cada uno la forma de su enemigo: la cola de la serpiente se dividió en dos piernas; las piernas del hombre se retorcieron y formaron una cola; dos brazos salieron luégo del cuerpo de la serpiente; los del hombre se ocultaron en su cuerpo; despues la serpiente se levantó hecha hombre y habló, y el hombre trocado en serpiente dió consigo en el suelo, y culebreando y lanzando silbidos se alejó del lugar de la batalla. Tal fué la trasformacion verificada en Inglaterra durante el reinado de Jorge I entre los dos partidos, pues cada uno revistió con poca diferencia la forma y color de su enemigo; como que el *tory* acabó por llevar alta la frente y hacer alardes de mucha devoción á la libertad, y el *whig* por arrastrarse y morder el polvo á los piés del poder.

Cierto es que cuando discutian asuntos especulativos, y más cuando discutian puntos relacionados con la conducta de sus predecesores, ambos partidos degenerados diferian aún, al ménos en aparien-

(1) *Inferno*, c. XXIV.

cia, tanto como sus antepasados. El *whig*, que durante tres legislaturas no había votado una sola vez contra la corte, y que se hallaba dispuesto en toda ocasión á vender su alma para merecer un oficio palatino, alardeaba todavía de profesar las doctrinas políticas de Locke y de Milton, parecía venerar la memoria de Pym y de Hampden, y hubiera brindado el 30 de Enero á la memoria del enmascarado, y luégo á la del que sin máscara hubiera hecho lo mismo (1). El *tory* á su vez, al propio tiempo que profería injurias y denuestos contra Walpole, contra el dulce y moderado Walpole, reputándolo por enemigo mortal de la libertad, nada veía que mereciera censura en la férrea tiranía de Strafford y de Laud. Pero cualquiera que fuese la opinion que *whigs* y *tories* de aquel tiempo tuvieran formada en orden á sucesos pasados hacía ya mucho tiempo, está fuera de duda que en los asuntos prácticos pendientes el *tory* era reformador hasta la imprudencia, y el *whig* conservador hasta la superstición. Causas análogas produjeron en Francia idénticos efectos; y así hemos visto á M. Guizot y á M. Villemain defender la propiedad y el orden social, ¡quién lo hubiera dicho! contra los ataques de adversarios tales como M. de Genoude y de M. de la Rochejaquequin.

Así, pues, mientras los descendientes de los antiguos caballeros se habían tornado demagogos, los de las Cabezas redondas eran cortesanos; pero, no obstante, fué necesario que trascurriera mucho tiempo todavía para que sus reciprocas enemistades comenzaran á bajar de punto: que los partidos

(1) El 30 de Enero de 1649 fué decapitado Carlos I por un enmascarado —N. del T.

conservan por su naturaleza más largo tiempo el odio primero que sus primeros principios; y de esta suerte, una generacion de *whigs* que Sidney hubiera rechazado con el pié como esclavos, prosiguió haciendo guerra mortal á una generacion de *tories* que Jeffreys habria mandado ahorcar por republicanos.

Durante todo el reinado de Jorge I, y casi la mitad del de Jorge II, fueron tenidos los *tories* por enemigos de la casa reinante y estuvieron excluidos del favor de la corona; y aun cuando la mayor parte de los nobles de las provincias fueran *tories*, solamente los *whigs* lograban ser creados pares y barones; y aun cuando la mayoría de los individuos del clero fuera *tory* tambien, solamente los *whigs* lograban ser deanes y obispos. Y en todos los condados se oian las quejas de los propietarios *tories*, ricos y de buena casa, viendo que no parecian sus nombres en la lista de los jueces de paz, en tanto que hombres de origen oscuro, sin bienes de fortuna, y partidarios de la tolerancia, de la Sisa, de los Parlamentos nombrados por siete años y de los ejércitos permanentes, presidian las sesiones trimestrales de justicias de paz, y eran subgobernadores de sus condados.

Poco á poco fueron dándose pasos hácia un acomodo; y como durante la administracion de Walpole la guerra declarada por los contrarios á su autoridad arrastró un cuerpo numeroso y fuerte de *whigs* dirigido por el heredero de la corona, que se alió con los *tories* y hasta concluyó una tregua con los jacobistas, y despues de la caída de sir Roberto el partido *tory* dejó de ser sospechoso á la corte, aun cuando los principales cargos del gobierno continuaron ejercidos por los *whigs* y que

hubiera sido difícil en verdad fiarlos á otras manos, porque los grandes y los caballeros *tories*, á pesar de la fuerza que les daba el número y la riqueza, no contaban apénas en sus filas un hombre distinguido por su talento y la práctica ó la discusión de los negocios, algunos comenzaron á ejercer funciones secundarias, dió por resultado esta condescendencia calmar á todo el partido. Así fué que con motivo del primer besamano de Jorge II despues de la dimision de Walpole, ofreció el salon del trono un aspecto singular y desacostumbrado; porque confundidos con los fieles partidarios de la casa de Brunswick, con los Russell, los Cavendish y los Pelham, se vió aquel dia una multitud de personajes absolutamente desconocidos de los pajes y gentiles-hombres; una multitud de señores del campo, cuyos parques y alquerías gozaban de mucha fama en las cercanías de Mendip ó del Wrekin; pero que jamás habian traspasado los umbrales de palacio desde los tiempos en que Oxford con la pértiga blanca en la mano tomaba puesto detras del sillón de la reina Ana.

Durante los diez y ocho años que siguieron á aquel dia, uno y otro bando fueron empeñándose más y más en el reposo. La grande apatía de que daba entónces muestra el espíritu público débese atribuir en parte á la injustificada violencia de los ataques contra el gobierno de Walpole, porque así en el organismo humano como en el político sucede siempre languidez enfermiza á las perturbaciones violentas. Habían exaltado á la nacion á fuerza de sofismas, de calumnias, de retórica y de estimulantes del orgullo nacional, y aun cuando abundaba el pan, los ánimos parecían agitados é inspirados del hambre, y aun cuando se gozaba de cierta mesurada li-

bertad religiosa y civil, que ninguna otra nacion poseia, llamábase con grandes voces á un Timoleon ó á un Bruto que fuera osado á dar muerte al opresor. Tal era el estado de los ánimos, cuando tuvo lugar el cambio de ministerio, y entónces pudieron todos darse cuenta de que no habia ocurrido ningun cambio en el gobierno; descubrimiento que produjo sus naturales efectos, sucediendo al celo furioso la más completa indiferencia, y llegando el caso de que no sólo no fuera grato al público el lenguaje del patriotismo, sino que llegase á ser hasta repugnante, del propio modo que llegó á serlo la jerga del puritanismo despues de la caída del *Rump*. Los accesos de calentura pasaron, el acceso de sudor frio comenzó, y con ellos hubieron de pasar muchos años ántes de que artificios sediciosos ó verdaderos agravios pudieran reproducir el ardoroso paroxismo que tuvo ántes su curso y su término.

Dos tentativas se hicieron para turbar la tranquilidad. El heredero de la casa de Estuardo, que vivia en el destierro (1), se puso al frente de una sublevacion; y el heredero de la casa Brunswick al frente de un grupo contrario al gobierno. La batalla de Culloden aniquiló al partido jacobista, y la madre del principe Federico dispersó á los parciales que, bajo su conducta, se habian esforzado en dificultar la

(1) Carlos Estuardo, nieto de Jacobo II, cuya vida comenzó de una manera tan brillante al intentar la reconquista del solio de sus mayores, y que no sabiendo ó no pudiendo soportar los contratiempos de su adversa suerte con la grandeza de alma necesaria, murió victima de la embriaguez en Roma el año 1788. Su mujer, la princesa Luisa de Stolberg, lo abandonó algunos años ántes por el poeta Victor Alfieri. Véase *La Condesa de Albany*, estudio biográfico de M. Saint-René-Taillandier, trad. de M. Juderías Bender, Madrid, 1876, en 8.º, III, 107.—N. del T.

marcha de los negocios dirigidos por los ministros de su padre, apresurándose sus principales partidarios á transigir y hacer paces con el gobierno, y quedando despues todo en la más completa calma.

A los cinco años del fallecimiento del príncipe Federico, volvió por un momento á sentirse violentamente agitado el espíritu público; pero no por efecto de las antiguas discordias de los *whigs* y los *tories*, sino porque la Inglaterra se hallaba en guerra con la Francia, y porque habiendo sido floja y débilmente conducida, perdieron sus armas á Menorca, y el pabellon nacional hubo de huir á la vista de las flores de lis de la casa de Borbon; vergüenza superior á todas, humillacion incomparable para el pueblo más altivo y bravo de la tierra, conflicto terrible para ingleses, y tan grande que les hizo poner en olvido cuanto no fuera la venganza. El clamor de los condados y de las grandes ciudades del reino pidió á una voz la entrada en el poder de un gobierno que fuera capaz de vindicar la honra de las armas inglesas; y como los dos hombres más poderosos del país eran el duque de Newcastle y Mr. Pitt, y una serie alternada de triunfos y derrotas les habia hecho comprender que ni el uno ni el otro podian subsistir por sí solos, de una parte los intereses del Estado y de otra los de su ambicion propia los impulsaron á coligarse, resultando de su alianza el ministerio que se hallaba en el poder al advenimiento de Jorge III.

Cuanto más atentamente se considera la estructura de aquel célebre Gabinete, más razones hallamos de admirar el suceso que dió por resultado reunir en conjunto armonioso fuerzas tan diferentes y en apariencia tan incompatibles en sus elementos; porque, merced á esta obra de habilidad ó de inge-

nio, se fundieron en una sola toda la influencia que da la integridad inmaculada y la influencia que dan los manejos de corrupcion más viles, el poder de las relaciones aristocráticas y el poder del entusiasmo democrático; aportando el de Newcastle una gran suma de poder que recibió en herencia de Walpole y de Pelham: los empleos y oficios públicos, la Iglesia, los tribunales, el ejército, la marina, y el cuerpo diplomático poblados de sus hechuras; los distritos electorales del gobierno representados por candidatos suyos, y las grandes familias *whigs*, acostumbradas desde hacía ya generaciones á la disciplina de los partidos y á formar una falange inquebrantable, que lo reconocian por su jefe; y aportando Mr. Pitt todo cuanto faltaba á Newcastle: la elocuencia que conmueve y agita las pasiones y persuade y domina los ánimos, y la fama de su integridad, y con ella la confianza y el amor de las masas.

Tambien fué por extremo feliz la division que hicieron ambos ministros de los poderes gubernamentales, porque cada cual ocupó aquel departamento para que se hallaba más indicado, y ninguno tenía inclinacion á intervenir en el de su colega. Newcastle se encargó de la Tesoreria, del patronato eclesiástico y civil y del manejo de aquella parte de los fondos secretos, que á la sazón se invertian en comprar individuos del Parlamento. Pitt era secretario de Estado con la direccion de la guerra y de los negocios extranjeros. Por tal manera el cieno de las inmundas y pestilentes cloacas del gobierno salia por un canal, mientras que sólo manaba del otro una corriente clara, cristalina y pura. Los políticos mezquinos ó interesados que suspiraban por empleos, honores y condecoraciones iban á formar

cola en las antecámaras de la gran casa de la esquina de Lincoln's Inn Fields, donde se veían cada mañana diez y ocho ó veinte prelados; que no había uno sólo entónces en Inglaterra que no debiera su elevacion ó su traslado á una Sede codiciada al duque de Newcastle; y con ellos, diputados cuyos votos y cuyo silencio constituían la fuerza principal del Gobierno: éste para pedir un empleo en los Consumos para su lacayo, aquél para solicitar una prebenda en favor de su hijo, y el otro para decir al Duque por lo bajo que había sido siempre de una fidelidad á toda prueba, no sólo á su persona, si que también á la sucesion protestante; que los gastos de la última eleccion le habían obligado á empeñar su hacienda, y que ahora no sabía qué hacerse para encontrar quinientas libras esterlinas para rescatarla. El Duque apretaba todas las manos que se alargaban hácia él, echaba el brazo sobre los hombros de unos pocos, daba golpecitos amistosos en las espaldas de los ménos, y despedía la nube de pretendientes satisfecha ó esperanzada. Pitt permanecía, entretanto, alejado de tales manejos, y no sólo era incorruptible tratándose de sí propio, sino que se negaba en absoluto siempre al repugnante trabajo de corromper á los demas. Sin embargo, como no había ocupado por espacio de veinte años un asiento en la Cámara de los Comunes y diez en el poder sin darse cuenta de los medios usuales entónces y corrientes de gobernar, aunque sabía que sus compañeros ejercían la corrupcion en gran escala, y detestaba esas prácticas viciosas, desesperado de hacerlas desaparecer de las costumbres políticas, y dudando mucho de que pudiera prescindir de ellas ningun gobierno, determinó de cerrar los ojos, no queriendo ver, ni saber,

ni creer nada de cuanto sucedía. Por esta causa las personas que acudían á él con pretensiones de cierta índole perdían su aplomo al estrellarse en su altiva humildad. «Mehonrais mucho suponiendo que puedo influir en esos asuntos, les decía; pero por su naturaleza son superiores á mis facultades. Cierito es que S. M. oye con indulgencia mis pobres consejos acerca de la guerra y de los tratados de paz. Si se tratara solamente de saber quién debería mandar en la América del Norte ó quién sería embajador en Berlin, mis colegas deferirían probablemente á mis indicaciones; pero en cuanto á influir en el ministerio de la Tesorería, eso está vedado para mí, pues no creo poder pedir ni un destino de aduanero en el último puerto de Inglaterra.»

Fácil es comprender si no debería Pitt su popularidad tanto á la pureza fastuosa de su carácter como á su talento y elocuencia y á su habilidad en la conducta de la guerra, y fácil también explicarse por qué decían todos entónces con orgullo y admiracion que el gran burgués, sin necesidad de haber nacido en noble cuna, ni de ser rico, á pesar de la corte y de la nobleza juntas había logrado ser el primer hombre de Inglaterra y hacer de su patria la primera nacion del globo; que su nombre se pronunciara con miedo en todos los palacios, desde Moscow á Lisboa; que sus trofeos se levantaran en las cuatro partes del mundo, y que no obstante todo esto, se llamaba todavía William Pitt, sin títulos honoríficos, condecoraciones, ni más bienes de fortuna que su haber de ministro, por cuya causa el día que dejara de serlo, despues de haber salvado á la patria, tendría que vender los caballos de su carruaje y sus candelabros de plata para ocurrir á sus necesidades. Porque por extendida que se hallara entónces la

mancha de la corrupcion, sus manos estaban puras, no habiéndose contaminado tomando para sí ni dando á otros el precio de la infamia. Por tal manera logró reunir la coalicion á un tiempo el apoyo de cuanto hay de noble y de cuanto hay de bajo en la naturaleza humana, poseyendo juntamente las fuerzas de la virtud y del vicio, del bien y del mal.

Newcastle y Pitt eran ambos primeros ministros *ex æquo*. Los cargos inferiores se habían distribuido con arreglo al principio á virtud del cual debian coligarse para fundar el gobierno todos los partidos y todos los matices de partidos, á excepcion tan sólo de los jacobistas declarados, y de que debian tener cabida en todos los cargos públicos cuantos hombres politicos pudieran ser útiles al gobierno por su posicion ó su talento, ó peligrosos en la oposicion.

Conforme al derecho que se consideraba entonces adquirido por prescripcion á los *whigs*, éstos habian tomado para sí la parte más considerable del poder. Despues de todo, el principal apoyo del Gobierno consistia en lo que debe llamarse el bando *whig*, bando que durante cerca de medio siglo habia ejercido habitualmente influencia poderosa en el país, y que gozaba de inmenso prestigio por el rango de las personas que lo formaban, sus riquezas, los distritos de que disponian y la union tan estrecha de sus individuos. En este bando, acaudillado por el de Newcastle, figuraban las familias de los Cavendish, de los Lennox, de los Fitzroy, Bentinck, Manners, Conway, Wentworth y tantos otros no menos ilustres por el rango, el caudal y el talento.

Además habia otros dos bandos *whigs*, cada uno de los cuales hubiera podido ser elemento eficaz de fuerte oposicion; mas tambien se les hizo lugar en

el gobierno. Denominábanse Grenvillistas y Bedfordistas.

El jefe de los primeros era Ricardo, conde Temple; y aún cuando no tenia grandes talentos administrativos ni oratorios, sus cuantiosos bienes de fortuna, su carácter turbulento y sin escrúpulos, su incansable actividad y sus mañas y destreza tan ejercitadas en los vergonzosos manejos de las facciones politicas, hacian de él uno de los más temibles enemigos que pudiera tener un gobierno. Diósele, pues, el sello privado, y á su hermano Jorge se le nombró tesorero de la marina. Gozaban fama entrambos de ser muy amigos de Pitt, que se hallaba casado con una hermana de ellos, la cual, segun dicen, ejerció siempre ilimitada influencia sobre su marido.

Los Bedfordistas, ó como los llamaban sus enemigos en són de menosprecio, la trinca de Bloomsbury, aparentaban dejarse guiar del duque de Bedford; pero en realidad ellos lo llevaban las más de las veces donde les placia, y en ocasiones á donde nunca hubiera ido él de su grado. No por eso carecia de talento ni de corazon; mas es lo cierto que habria sido respetable y hasta ilustre no sometiéndose tan de lleno á la influencia de sus amigos ó teniendo mejor acierto para escogerlos. Bueno será decir, ya que la ocasion se presenta, que los tenia buenos y de ingenio; pero á todo esto deben concretarse nuestras alabanzas. Sandwich y Rigby eran hábiles en las lides parlamentarias, agradables de sobremesa, doctores en intrigas, maestros sapientísimos en el arte de manejar los negocios y las elecciones; pero así en la vida privada como en la pública, destituidos de moral en absoluto. Weymouth poseia elocuencia natural en tanto grado que admiraba en

ocasiones á los que sabian cuán escasos eran sus estudios y sus conocimientos; mas era, en cambio, apático y de muy mala conducta, y habia conseguido en poco tiempo abrir ancha brecha con el juego en su cuantioso caudal, y resentir su buena salud abusando de la bebida. Y como la riqueza y el poder del Duque, y el talento y la osadía de algunos de sus parciales hubieran podido causar graves dificultades al gabinete mejor constituido, Newcastle y Pitt se aseguraron su auxilio nombrando al de Bedford lugarteniente de Irlanda y á Digby su secretario, con lo cual la *trinca* entera sostuvo unánime todas las medidas del gobierno.

Poco tiempo ántes de que tuvieran lugar estos sucesos, habian parecido en el horizonte de la política dos hombres capaces de disputar á William Pitt la direccion de la Cámara de los Comunes: nos referimos á Murray y á Enrique Fox; pero el primero pertenecia ya á la Cámara de los Lores, y era, demas de esto, presidente del Tribunal Supremo; y el segundo, áun cuando seguia formando parte de la de los Comunes, como se hubiera encontrado medio de hacerlo enmudecer, era un contrario que no lo parecia. Fox era pobre y padre amantísimo, y el cargo que se le confirió de pagador general del ejército durante una guerra dispendiosa, si no estaba en relacion con sus empleos anteriores, era el más lucrativo de que pudiera disponer el gobierno. Fox no supo resistir á la tentacion de labrar en poco tiempo un caudal considerable y de proveer generosamente al porvenir de su hijo Carlos. Mucho descendia, es cierto, aceptando una posicion secundaria, despues de haber sido jefe de la Cámara de los Comunes y de haber recibido encargo del Rey de formar gabinete; pero el destino lo era de mucho

provecho, y además ciertas delicadezas propias de la dignidad personal no las conoció nunca Enrique Fox ni cupieron en su carácter.

Difícil nos sería enumerar todos los hombres de cuenta que, por una ú otra causa, se afiliaron al gobierno; pero, no obstante, recordaremos á Hardwicke, que gozaba fama de ser el primero de los abogados, y á Legge, que pasaba por ser el primero de los hacendistas; al discreto, sagaz y activo Oswald; al atrevido y oportuno Nugent; á Carlos Townshend, el más brillante y versátil de los hombres; á Elliot; á North, á Barrington y á Pratt. Y si la memoria nos es fiel, sólo recordamos en la Cámara de los Comunes dos hombres distinguidos que fueran hostiles á la situacion; pero que se hallaban tan desprestigiados en el concepto público, que su misma hostilidad era el más señalado servicio que pudieran prestarle: nos referimos con esto á lord Jorge Sackville y á Bubb Doddington.

Pero áun cuando la mayoría de los personajes oficiales y todos los individuos del Gabinete fueran reputados *whigs*, no por eso quedaron los *tories* excluidos de los empleos y cargos públicos: que Pitt logró dejar satisfechos á gran número de ellos dándoles mandos militares, que así aumentaban sus rentas como su importancia en sus condados; razon por la cual se hallaban más dispuestos á la benevolencia que lo habian estado nunca despues de la muerte de la reina Ana. Ciertamente es que habia unos pocos descontentos entre los *tories* que murmuraban del gobierno cada vez que se reunian á beber ponche en el *Cocoa Tree*; pero no lo es ménos tambien que no habia uno solo en la Cámara de los Comunes que fuera osado á levantar los ojos delante de Pitt.

Con esto queda dicho que no habia oposicion, y como ningun signo indicaba tampoco hácia qué lado de la Cámara podria surgir el primer adversario, trascurrieron muchos años durante los cuales pareció haber renunciado el Parlamento á las funciones más principales de su ministerio. En efecto, por espacio de cuatro legislaturas consecutivas los extractos de las sesiones de la Cámara de los Comunes no contienen una sola votacion sobre asuntos políticos y de partido; como que los subsidios, con ser los más considerables que hasta entonces se hubieran conocido por causa de la guerra, se votaban sin discusion, y que los debates más importantes y trascendentales de la época versaban sólo acerca de leyes de carreteras y de acotamientos.

El Rey estaba contento; y no decimos esto porque tuviera importancia su disgusto, siéndole imposible, como era, emanciparse de un gobierno tan poderoso, sino para que conste la satisfaccion con que veia la marcha de los sucesos. Bien es cierto que tuvo mucha enemiga contra Pitt en otro tiempo, y que Newcastle se condujo mal con él algunas veces; pero la guerra de Alemania se habia llevado con tanto rigor y coronádola éxito tan brillante, y los negocios públicos iban tan feliz y fácilmente, que al cabo se verificó en el ánimo de S. M. reaccion favorable.

Tal era el estado de las cosas, cuando el 25 de Octubre de 1760 falleció repentinamente Jorge II, sucediéndole su hijo, el tercero de este nombre, á la edad de veintidos años. Mucho diferia la situacion de Jorge III de la de su abuelo y bisabuelo, porque habian transcurrido largos años sin que ningun rey de Inglaterra poseyera el afecto de parte alguna de su pueblo. Los dos primeros monarcas de la casa de

Hannover, por ejemplo, ni poseyeron los derechos hereditarios que á las veces suplen al mérito personal, ni el mérito personal que á las veces suple los derechos hereditarios; que los príncipes, así pueden ser populares sin tener grandes virtudes y talentos, si reinan por derecho hereditario derivado de antiguo é ilustre abolengo, como los usurpadores si su genio ha sido parte á salvar de la ruina ó á elevar el rango de la nacion á cuyos destinos presiden. Ningun soberano ha ejercido más predominio en la época moderna sobre sus vasallos que Francisco, emperador de Austria, ó su yerno el emperador Napoleon; pero, si suponemos un monarca sin derechos más auténticos que los de Bonaparte, y sin más superior inteligencia que la de Francisco, resultará un personaje semejante á Ricardo Cromwell, y veremos que tan luego se alce una mano contra él, caerá del pedestal de su quimérica grandeza en medio de las burlas de todos. La situacion de Jorge I y la de Jorge II tuvieron cierta semejanza con la de Ricardo Cromwell; y si pudieron evitar su triste y menguada suerte, fué debido á los enérgicos esfuerzos y habilidad suma del partido *whig*, y al convencimiento unánime de la nacion que se creyó en el caso de optar entre la casa de Brunswick y el catolicismo; pero es lo cierto que ninguna clase social daba muestras á los descendientes de los Guelfos de aquel afecto, de aquel amor intenso y profundo que tuvieron á Carlos I, á Carlos II y á Jacobo II, á pesar de las faltas más grandes y de las mayores desgracias. Porque los *whigs*, que con sus espadas y haciendas sostenian de una manera tan vigorosa la nueva dinastía, obraban así en virtud de principios extraños y aún contrarios al espíritu de la lealtad acrisolada; y los *tories* moderados, á su vez, consi-

deraban la dinastía extranjera como un gravísimo mal, pero preferible á otro mayor que sobrevendría en defecto suyo; y los exaltados del partido declaraban al Elector por el más odioso de los usurpadores, ladrones y tiranos; como que la corona de otro brillaba en su cabeza, y traía manchadas las manos de la sangre de los más bravos y fieles caballeros de Inglaterra. No de otra manera, y durante muchos años, fueron objeto los reyes de la Gran Bretaña de cruel encono personal por la mayor parte de sus vasallos, sin lograr serlo de amor verdadero para ninguno. Estaban, es cierto, sincera y resueltamente defendidos de los Estuardos; mas también lo es que aquel apoyo lo recibían, no por ellos, sino por el sistema religioso y político que su caída hubiera puesto en peligro, y aún así tenían que pagar este auxilio indirecto sacrificando en toda ocasión sus propias inclinaciones al partido que los asentó en el trono y los mantenía en él.

Sin embargo, aún cuando á fines del reinado de Jorge II la mala voluntad que de mucho tiempo atrás tenía el pueblo inglés á la casa de Brunswick se había desvanecido, no por eso sentía ningún afecto hácia ella. A decir verdad, tampoco era el carácter del anciano rey muy ocasionado á inspirar estimación ni afecto á los ingleses, porque ni era su compatriota, ni había pisado el suelo de la Gran Bretaña sino después de haber cumplido treinta años; y su acento y su educación extranjeras, su amor al lugar de su nacimiento y á sus costumbres, y el afán y el placer con que abandonaba siempre que podía el palacio de Saint James para trasladarse á Herrenhausen no eran por cierto partes que lo hicieran amable á sus vasallos isleños, que veían con malos ojos empleadas todos los años

sus escuadras en trasportarlo al continente, y que los intereses de su reino nada fueran para él en comparación de los de su electorado. Demas de esto, no poseía ni las cualidades que hacen respetable la nulidad, ni las que prestan seducción al libertinaje: ninguno de sus actos había revelado grandeza de alma ó humanidad siquiera, como que fué mal hijo, peor padre, marido infiel y torpe amante, y su vida toda una larga serie de rasgos de ruindad, de bajeza y de mal corazón que habrían podido causar la desventura de su pueblo sin el poderoso correctivo y la eficacia de la ley fundamental.

Murió, y luego al punto pareció entreabrirse nuevos horizontes al amor del pueblo inglés. El joven Rey había nacido en Inglaterra; sus costumbres y sus gustos, buenos ó malos, eran los propios de sus compatriotas; ningún inglés tenía nada que condenar en él; aquellos mismos que aún permanecían adictos á los Estuardos no podían acusarlo de usurpador, y ni era responsable de la Revolución, ni del Acta de sucesión, ni de la represión de los alzamientos de 1715 y de 1745, ni tampoco de la sangre de Derwentwater y Kilmarnock, de Balmerino y de Cameron. Había nacido medio siglo después del destronamiento de la familia real antigua, y era el cuarto descendiente y tercer monarca de la dinastía hannoveriana, y con estos títulos bien podía pretender á ciertas apariencias de legitimidad. Su edad, su aspecto y cuanto se sabía de su persona y de su carácter le conciliaban la voluntad del pueblo: era joven, de agradable presencia y de maneras afables, y ni la calumnia le imputaba vicios, ni se antojaba lisonja de cortesano atribuirle virtudes de príncipe.

No parecerá, pues, extraño que á partir del día

de su advenimiento al trono comenzara entre sus súbditos á nacer y desarrollarse la lealtad hácia él, muestra de afecto que habia desaparecido de las costumbres inglesas del propio modo que la fe de otros tiempos en las brujas y en los maleficios. Los *tories* principalmente, que siempre tuvieron natural inclinacion al culto de los reyes, y que se dolian con amargura de las ausencias de un ídolo ante quien prosternarse, mostrábanse tan gozosos como los sacerdotes de Apis cuando tras largo intervalo hallaban otro buey á quien adorar. Presto fué á todos evidente que una parte de la nacion consideraba al rey Jorge III de muy diverso modo que á sus predecesores, á los cuales, en verdad, miraba no como si fueran monarcas, sino lisa y llanamente los primeros magistrados del país, *duxes* ó *stathouders*, á la manera de Venecia ó de Holanda; mas él era estimado, en toda la extension de la palabra, cual ungido del Señor y aliento de su pueblo. Los años de viudez y de luto eran pasados para el partido *tory*; que harto tiempo fué Dido fiel á las frias cenizas del primer esposo, y ya echaba de ménos el amoroso consuelo de otras veces. La edad de oro de Harley renacia; los Somerset, los Lee, los Wyndham iban de nuevo á rodear el trono; los obispos latitudinarios que no tuvieron vergüenza de tratar con Doddridge y de apretar la mano de Whiston estaban á punto de ser reemplazados por servidores de Dios que se parecian á South y á Atterbury; en una palabra, el amor y la lealtad que lograron inspirar los reyes de la casa de Estuardo, que se mostró á prueba de confiscaciones, derrotas y destierros, y que ni la perfidia, ni la tiranía, ni la ingratitude fueron parte á mermar en ningun caso, se veian mudar de rumbo y ser todo para la casa de

Brunswick; y si Jorge III consentia solamente aceptar el homenaje de los caballeros y de los hijos exaltados de la Iglesia, era seguro que seria para ellos todo lo que Carlos I y Carlos II fueron en su época.

El príncipe cuyo advenimiento al trono habia sido saludado con las aclamaciones de un gran partido por largos años hostil á su familia, heredaba de la naturaleza firme voluntad, tan firme que ántes merecia nombre más duro, é inteligencia, si no vasta y sagaz, por lo ménos tan clara como era necesario para entender y dirigir los negocios públicos. Y si su carácter no habia llegado aún á la plenitud de su desarrollo, debíase, tal vez, á la manera de reclusion tan estrecha en que su madre lo educó. Decian entónces los detractores de la princesa viuda de Galles que tuvo siempre apartados á sus hijos de todo comercio con la sociedad, á fin de dominarlos mejor; mas ella explicaba su conducta de muy diverso modo, porque decia que nada la hubiera sido tan grato como ver á su prole participar de los goces honestos de la vida y del trato de gentes, si este su deseo hubiera podido lograrse sin peligro para su virtud; pero que las desordenadas costumbres de su tiempo le sujetaron la voluntad. En efecto, los jóvenes eran licenciosos, y las damas, por ser dignas de tales caballeros, ántes hacian que no esperaban las declaraciones amorosas; motivos que pesarian en el ánimo de la Princesa para no consentir en exponer lo que más amaba á tan corruptoras influencias. Sin embargo, no por eso deberemos aplaudir el método ni las ventajas morales del sistema que adoptó para educar al duque de York, al de Cumberland y á la reina de Dinamarca. Por lo que hace al rey Jorge III, no era libertino,

pero en cambio su inteligencia no se había desarrollado al ocupar el trono, y pasó algún tiempo bajo la tutela, por decirlo así, de su madre, y de su gentil-hombre de Cámara, Juan Stuart, conde de Bute.

La nación que Bute iba á gobernar en breve apenas si lo conocía siquiera de nombre. Cierto es que poco despues de su mayor edad ocupó en el Parlamento una vacante producida en el curso de una legislatura entre los pares diputados escoceses; pero como incurrió varias veces en el desagrado de los ministros *whigs*, votando silenciosamente con los *tories*, perdió su distrito en las primeras elecciones, y no volvió más á la Cámara. Cerca de veinte años habian trascurrido desde aquel entonces sin volver á figurar en política Juan Stuart, pasando parte de este tiempo en su residencia señorial establecida en una de las islas Hébridas, de donde salió para entrar al servicio del príncipe Federico. El ocio de la vida pública lo distrajo el conde por varios modos, ora representando comedias caseras y alcanzando triunfos señalados en algunos papeles, como el de Lotario, por ejemplo, triunfos en los cuales tenía por aliados poderosísimos de sus aptitudes artísticas, aparte de las maneras más distinguidas, la buena hechura de sus piernas, que immortalizaron pintores y caricaturistas; ora inventando trajes caprichosos para las máscaras; ora ocupándose de geometría, de mecánica y de historia natural; ora de antigüedades y de objetos de arte, mereciendo por ello entre sus más amigos la reputacion de peritísimo en pintura, poesia y arquitectura. A lo que dicen, su ortografía dejaba que desear; pero aún cuando en nuestros dias son estas faltas consideradas como prueba de mala educacion, injusto sería juzgar con el criterio de hoy á

los hombres de hace un siglo. La novela de sir Carlos Grandison apareció poco más ó ménos en la época que se presentó Juan Stuart en Leicester-House, y nuestros lectores recordarán tal vez la descripción que hace Carlota de sus dos amantes: el uno es un baronet, afiliado en la buena sociedad, que habla muy bien frances é italiano, pero que no escribe un renglon en su propia lengua sin cometer faltas de ortografía; el otro es una muestra de la jóven aristocracia, un casi artista, y que sabe bastante de ortografía para ser nacido en noble cuna. Todo bien considerado, puédese decir con justicia que Bute fué persona ilustrada y de honor intachable, pero de inteligencia era tan escasa, y de modales tan frios y altaneros, que S. A. el príncipe Federico, que á las veces solía divertirse burlándose de sus familiares, pudo decirle con sobra de razon, resumiendo sus títulos al papel de hombre de Estado, las siguientes palabras: «Bute: pareceis hecho de encargo para ser enviado á una de esas cortes alemanas microscópicas, pero muy altivas, donde nunca ocurre la menor cosa que hacer.»

Decian los maldicientes que Juan Stuart tenía trabada pendencia de amores con la Princesa viuda; pero, sea de esto lo que quiera, es lo cierto que fué siempre muy su amigo, y que la influencia ejercida por ambos en el ánimo del Rey duró algún tiempo de una manera ilimitada. La Princesa era extranjera, y si como mujer no tenía condiciones de aconsejar bien respecto á los negocios del Estado, como nacida y criada fuera de Inglaterra era ménos apta todavía para el caso de acertar en materias relativas á la gobernacion de un país en el cual no había vivido desde la infancia. En cuanto al Conde, podíase decir que aún era novicio en política, toda vez que

obsequio á la dignidad de su carácter rehusando recompensas pecuniarias de parte del Monarca, la opinion pública permaneció invariable respecto de su talento, de sus virtudes y servicios. Buena muestra de ello le dieron algunas ciudades importantes enviándole felicitaciones, y Lóndres mismo, que le manifestó su afecto y su admiracion con las pruebas más significativas. Porque como aconteciera pocos dias despues de su dimision la fiesta del lord alcalde, y fuesen á comer á Guildhall el Rey con su familia, en el tránsito de palacio al ayuntamiento, y yendo S. M. en carroza de ceremonia, recibió una enseñanza memorable, viendo que, mientras nadie se fijaba en él siquiera, los ojos de todos estaban puestos en el ministro caído, y oyendo que las aclamaciones eran para este. En efecto, las calles, ventanas y tejados resonaban con vitores y aplausos dirigidos á él, y las damas agitaban sus pañuelos, y las gentes del pueblo se agolpaban al paso de su carruaje, y daban la mano á sus lacayos y hasta se abrazaban á los caballos, gritando con voces desaforadas: «¡Viva Pitt! ¡Abajo Newcastle! ¡Abajo Bute!» Al entrar en Guildhall, todo el público allí congregado, incluso los ediles, saludó á Pitt con aplausos y vivas, y mientras, lord Bute al pasar por Cheapside tenía que sufrir silbidos y pedradas, y tal vez habria corrido su persona grave riesgo á no haber rodeado su coche una guardia formidable de boxeadores.

Muchos censuraron la conducta observada por Pitt en aquel dia, calificándola de irrespetuosa para con el Rey. Él mismo convino despues en su falta; pero bueno será decir que la cometió como tantas otras posteriores, y algunas más graves, inspirado de su turbulento y peligroso pariente lord Temple.

Los acontecimientos que siguieron inmediatamente la retirada de Pitt elevaron su fama á mayor altura que lo estuvo nunca, demostrando que la guerra con España era inevitable, como habia previsto. Además, recibió el Gobierno la noticia de la toma de la Martinica, expedicion que mandó Pitt. Despues cayó la Habana en poder de los ingleses, y Manila tambien; y como se sabia de público estos proyectos suyos, á él atribuyeron el suceso. Pero la flota de América que habia propuesto en Consejo interceptar, llegó felizmente á Cádiz, desembarcando un inmenso cargamento en lingotes ántes de que Bute se hubiera persuadido de que la corte de Madrid alimentaba hostiles propósitos hácia los ingleses.

La legislatura que siguió á la retirada de Mr. Pitt pasó sin tempestades parlamentarias. Bute se encargó del papel principal en la Cámara de los Lores; y como era secretario de Estado y en realidad primer ministro, sin haber hablado jamás en público sino en comedias caseras, todos estaban llenos de curiosidad por oirlo: gran número de diputados se agolpó el primer dia, invadiendo hasta las gradas del trono en la Cámara alta, y generalmente aguardaban verlo eortarse y quedar deslucido ante tan respetable concurso; pero luégo que pronunció su discurso, tuvieron que confesar hasta los más malévolos que habia estado mejor de lo que pudiera esperarse. Bien es cierto que se burlaban de su estilo hinchado y de sus ademanes teatrales, y que se divertían remedando las pausas que hacia, no por falta de seguridad en el discurso, sino por afectacion en aquellos párrafos á su parecer más importantes y en orden á los cuales queria producir efecto. Carlos Townshend dijo con este motivo que

se detenía de tiempo en tiempo para dar ocasion á periódicos aplausos de sus parciales; pero, no obstante, la generalidad sostuvo, despues de oirlo, que si hubiera tomado años atras el hábito de las discusiones parlamentarias, habria conseguido ser orador capaz de producir efecto en las Cámaras.

La direccion de la de los Comunes la tenia Jorge Grenville, no siendo muy ardua su tarea, pues por el momento, como no juzgó Pitt oportuno levantar bandera de oposicion, sus discursos brillaron aquella temporada, aparte de la elocuencia, incomparable siempre, por la moderacion y la modestia, cualidades que no revistieron otras veces por avenirse mal con su carácter. Y cuando se declaró la guerra á España, si reivindicó la honra de haber previsto lo que al cabo era manifesto á todos, se abstuvo de pronunciar la menor palabra que pudiera herir las susceptibilidades de los demas; conducta reservada y prudente, tanto más meritoria en él, quanto ménos propia era de su modo de ser, no nada pacífico, y entónces, sobre todo, que lo mortificaba la gota y la calumnia. En cambio, la corte adoptó contra él un sistema de guerra que, dicho sea de paso, se volvió en su propio daño con peligroso resultado, pues de los escritores de un orden secundario que poblaban las buhardillas de Grub-Street, bien podia decirse que la mitad vivia de calumniarlo, y que su guerra de Alemania, sus subsidios, su pensión y los honores conferidos á su mujer, fueron para estos una manera de plaza de abastos. No pareciendo suficiente, se recurrió á insultarlo en la misma Cámara de los Comunes, y un día fué objeto en ella de ataques tan violentos y maliciosos que hicieron montar en cólera á los hombres de todos los partidos. Pitt sufrió el ultraje con ad-

mirable paciencia; y si cuando más jóven se mostró siempre harto fácil y presuroso en tomar desquite de aquellos que le ofendian, entónces el convencimiento de sus grandes servicios y del alto rango que ocupaba, no sólo á los ojos de sus compatriotas sino del mundo entero, le impusieron gran circunspeccion y mesura, no dejándole descender á querellas personales. «No es la ocasion presente—dijo en el debate sobre la guerra de España—de altercados y reerimaciones, sino de que todos los ingleses empuñen las armas por la patria. ¡A las armas, pues,—gritó;—mostraos unidos y compactos, y olvidad cuanto no sea la cosa pública. Seguid mi ejemplo. Ved cómo perseguido por la calumnia y abrumado por el sufrimiento y las enfermedades, olvido juntamente agravios y dolencias para no atender sino á los intereses públicos.» Recorriendo y abarcando de una ojeada el conjunto de su vida, nos inclinamos á creer que nunca brillaron con resplandor más puro su genio y su virtud como durante la legislatura de 1762.

Casi al término de la legislatura y confortado lord Bute con el asentimiento de las Cámaras, determinó de dar un gran golpe y alzarse con el nombre de primer ministro, ya que lo era de hecho. La coalicion, que parecia omnipotente algunos meses antes, se habia disuelto, y con la retirada de Mr. Pitt quedaba el Gobierno privado de popularidad. El duque de Newcastle, que recibió lleno de satisfaccion las nuevas de la salida del ilustre colega que tanto envidiaba y temia, sin advertir que con ella se acercaba la hora de la suya, se halagó de la vana esperanza de hallarse á la cabeza del Gobierno, hasta que acumulándose los desaires y los agravios, su pesadumbre lo persuadió de la realidad de las cosas

Destinos que siempre consideró el de Newcastle como propiedad suya para repartirlos entre sus deudos, se dieron sin consultarlo, y sus protestas y reclamaciones no le valieron sino palabras evasivas en las cuales le hicieron entender que la hora de abandonar los negocios era llegada para él. Tanto es así, que insistiendo cierto día con lord Bute á favor de un prelado *whig*, y enumerando sus títulos para ocupar la sede arzobispal de York, el conde le contestó: «Si tan elevado concepto teneis de ese prelado, me sorprende que no le dierais esa silla cuando estabais en el poder y en condiciones de hacerlo.» El anciano se asía, sin embargo, de una manera desesperada á los despojos del naufragio; y á decir verdad, pocas veces ha ofrecido tan altos ejemplos de humildad y benevolencia la virtud cristiana como su paciente, abyecta y miserable ambicion, hasta que al fin hubo de comprender que todo habia concluido para él, y entónces abandonó aquella corte cuyos más elevados empleos ocupó durante cuarenta y cinco años, y fué á ocultar entre los cedros de Claremont su vergüenza y su dolor. Lord Bute lo reemplazó á seguida en la Tesorería.

El favorito cometió con esto una falta gravísima; pues no era posible imaginar instrumento más apropiado á sus designios que lo era el rechazado por él, ó mejor dicho, que el arrojado por él al odio de sus enemigos. Porque si hubiera seguido lord Bute dejando al de Newcastle representar papel de primer ministro, habria gozado tranquila y pacíficamente de la realidad del poder, y colocado poco á poco, unos en pos de otros, á los *lories* en todos los cargos públicos, sin excitar clamores entre los *whigs*, cuyo pontífice máximo hubiera sido en puridad de verdad responsable ó cómplice

cuando ménos del suceso. Lord Mansfield, que puede reputarse con justo título padre del *torismo* actual, del *torismo* reformado, hizo á lord Bute las observaciones que acabamos de apuntar, para identificarlo con el orden de cosas á virtud del cual la Cámara de los Comunes constituye la corporación más poderosa del Estado; que la sutil y penetrante inteligencia de Mansfield no se dejaba deslumbrar por las teorías que tanto imperio ejercían sobre Bute, y la temeridad con que provocaba éste la enemiga y la saña de los intereses más poderosos y más profundamente arraigados, repugnaba de todo en todo á la tímida y fría naturaleza de aquél; mas fueron en vano los consejos. Bute los recibía con impaciencia, y sólo ansiaba ser de hecho y de derecho, pública y secretamente, jefe del gobierno, sin advertir que se habia empeñado en una empresa para el mejor éxito de la cual, y hasta para su propia seguridad, necesitaba de una pantalla, que se le ofreció tal y tan ocasionada como para satisfacer al más exigente, y que daba con ella al traste, quedando sin defensa por vanidad ú orgullo.

Entónces comenzó el nuevo sistema de gobierno, alcanzando la plenitud de su apogeo el partido *tory* por la primera vez desde que la casa de Hannover ocupaba el trono. Bute era *tory*; lord Egremont, sucesor de Pitt en la secretaría de Estado, también era *tory*, é hijo de *tory*; sir Francis Dashwood, hombre de muy escaso talento, de ménos experiencia y de notoria inmoralidad, canciller del Sello, era *tory* asimismo y ex-jacobista; y la casa real lo propio que el Gabinete se pobló de personajes que pocos años ántes no brindaban sino por el Rey desterado. La posición respectiva de los dos grandes centros universitarios de la nación cambió de re-

rente: la universidad de Oxford había sido largo tiempo el foco principal de los desafectos; en los tiempos de turbulencia se vieron brillar las bayonetas en High-Street, y á los emisarios del Rey hacer pesquisas en los colegios, y en el anfiteatro, á los doctores más graves y sesudos, pronunciar sediciosos discursos en lenguaje ciceroniano, y á los estudiantes, brindar por Jacobo y entonar himnos jacobistas, y á uno de los cuatro cancilleres que se sucedieron al frente de la Universidad, públicamente al servicio del sucesor de Carlos, y á los tres restantes gozar fama de ser corresponsales de la familia expatriada: la de Cambridge á su vez había sido especialmente favorecida de los príncipes de la casa de Hannover, y mostrándose reconocida en gran modo á sus beneficios: Jorge I enriqueció su biblioteca, y el segundo de este nombre contribuyó con esplendidez á embellecer su salón de gradós; las prebendas y obispados fueron como patrimonio de sus discípulos; tuvo por canceller al duque de Newcastle, jefe de la nobleza *whig*, y por segundo á lord Hardwicke, el maestro de los juriscóntulos del partido, habiendo sido sus dos representantes individuos del gobierno bajo los *whigs*; pero luego mudó el aspecto de las cosas, y mientras á la universidad de Cambridge se dispensaba frío acogimiento en Palacio, la de Oxford era objeto de gracias sin medida y de benevolencia suma.

La consigna del nuevo ministerio fué *Prerogativa é Integridad*, y que no fuera el Rey juguete de individualidades ni parcialidades, pues Jorge III no quería verse obligado á tomar por sus ministros personas que no le fueran gratas, como aconteció á su abuelo con Pitt, ni tampoco á separarse de los que merecieran su confianza, como sucedió con

Carteret. El sistema de corrupcion parlamentaria, que nació bajo los dos últimos reinados, debía tambien desaparecer; y en prueba de ello se anunciaba ya con grande aparato de palabras que desde los primeros dias del advenimiento del nuevo Rey ni electores ni elegidos recibian la menor cosa de los fondos secretos. Así, pues, libertar á la Inglaterra del soborno y de las cábalas oligárquicas, separarla de sus alianzas continentales, y poner término á la guerra sangrienta y dispendiosa que sostenia con Francia y España, tales fueron los proyectos que lord Bute pretendia realizar.

Sólo en parte logró su objeto. A costa de una mancha indeleble de mala fe, rompió con sus aliados alemanes. La guerra franco-española terminó, merced á una paz honrosa ciertamente para ella, pero no tanto como hubiera podido esperarse al cabo de una larga serie de victorias por mar y tierra, conseguidas en todas las partes del mundo. Por lo que hace á lo interior del reino, el único resultado de la política de Bute fué hacer más violentas las facciones y más vergonzosa que nunca la corrupcion parlamentaria.

La mutua odiosidad que se tenian los partidos *whig* y *tory*, que comenzó á debilitarse con la caída de Walpole, y pareció luego casi extinguida y acabada de todo punto á fines del reinado de Jorge II, renació con su fuerza primera, por más que aun estuvieran muchos *whigs* en el poder, tales como el duque de Bedford, firmante del tratado con Francia; el duque de Devonshire, que aun cuando de mal talante, seguía ejerciendo el cargo de gentil-hombre de cámara; Grenville, director de la Cámara de los Comunes, y Fox, que seguía disfrutando en silencio de los inmensos beneficios de su empleo: que la

masa del partido, de un extremo á otro de la nacion, miraba con horror al nuevo ministro. Consistia esto hasta cierto punto en que á Bute no lo miraban los ingleses con buenos ojos por suponerlo privado, y en que siempre fueron aborrecidos de sus compatriotas; como que nunca despues de Buckingham ejercieron favoritos el poder, y que, á partir del día de su muerte á manos de Felton, ni el más arbitrario y frívolo de los Estuardos puso en olvido que sólo debia de confiarse la suprema direccion de los negocios á quienes hubieran dado muestras de talento en la discusion ó en la administracion. Strafford, Falkland, Clarendon, Clifford, Shaftesbury, Lauderdale, Danby, Temple, Halifax, Rochester y Sunderland, enalesquiera que hubiesen sido sus faltas, eran hombres de aptitud reconocida, que no debieron su nombre únicamente al favor del soberano, sino al contrario, y cuya mayor parte fijó primero los ojos del monarca en su persona, desplegando raras cualidades en la oposicion. Y aún cuando parecia que la Revolucion hubiera puesto á cubierto el Estado de influencias como la de Carr ó de Villiers, gracias al afecto personal del Rey, acababa de pasar entónces un hombre, inexperto en política, y que no habló ántes nunca en el Parlamento, por sobre una multitud de oradores, de hacendistas y de diplomáticos eminentes, trasformándose de funcionario palatino en secretario Estado, y pronunciando su primer discurso cuando ya se hallaba en plena posesion del gobierno. El vulgo, que no lo es en vano, buscó á seguida y halló presto, en su sentir, la explicacion del fenómeno, y publicó su descubrimiento sin más tardanza, por medio de soeces canciones, que se oyeron en todas las callejuelas de Lóndres, y se leyeron en todas sus esquinas.

Más aún. Al sacudir su letargo el espíritu de partido por obra de las torpes provocaciones del conde de Bute, despertó á su vez una furia más terrible y peligrosa todavía, cual era el espíritu de animosidad nacional; uniéndose por tal modo al encono de los *whigs* contra los *tories*, el encono de los ingleses contra los hijos de Escocia. Porque como las dos partes que forman el pueblo de la Gran Bretaña no se habían fundido todavía de una manera indisoluble, y los sucesos de 1715 y de 1745 hubieran dejado crueles y profundas huellas, los comerciantes de Cornhill temieron ver saqueadas sus tiendas por los montañeses de piernas desnudas, y recordaron aquel *viernes negro* ya pasado en que supo la *City* que los rebeldes se hallaban ya en Derby, en que los almacenes se cerraron, y el Banco de Inglaterra hizo sus pagos por primera vez en plata menuda. Por su parte, los escoceses recordaban con memorias de venganza la severidad del castigo impuesto á los insurgentes, las humillaciones militares, las leyes vejatorias, las cabezas expuestas en Temple-Bar, las hogueras y los cadalsos de Kensington-Common. Y como el favorito no era hombre que hiciera olvidar á los ingleses su origen, sino al contrario, se levantaba en toda la extension del Mediodía un clamor constante contra el espectáculo escandaloso que ofrecia, repartiendo á manos llenas los empleos y los cargos públicos, en el ejército, la marina y la administracion, entre sus paisanos los Drummond, los Erskine, los Macdonald y los Macgillivray, que no hablaban lengua de cristianos, y de los cuales algunos empezaban entónces á traer pantalones. Los cuales aventureros hubieron de sufrir de nuevo cuantas burlas son imaginables en orden á las montañas sin árboles, á las muchachas en

piernas, á los hombres que comían el mismo grano que los caballos, y lo que aún es peor, á cierta no nada limpia costumbre de arrojar las inmundicias por la ventana. Bueno será decir, en honor de la verdad y de los escoceses, que su prudencia y su orgullo les vedaron replicar, y que, como aquella princesa de las *Mil y una noches*, se taparon los oídos, y sin dejarse intimidar de las mayores injurias, ni volver siquiera el rostro, siguieron derechamente su camino hácia la fontana de oro.

Bute, que siempre fué considerado como persona instruida y de buen gusto, no bien llegó á las esferas del poder aspiró á representar el papel de Mecenas; más si esperaba conciliarse la opinión pública protegiendo la literatura y las artes, cruel hubo de ser su desengaño. Porque entre los que recibieron más señaladas muestras de su munificencia no hallamos en verdad uno sólo bien escogido, excepto Johnson, y aún así, el público atribuyó la elección del doctor Johnson, ántes que á sus merecimientos literarios, á sus opiniones políticas; conjetura esta muy ocasionada en vista de que un escritorzuelo llamado Shebbeare, imposible de comparar con Johnson, como no fuera por la violencia de sus ideas jacobistas, y que fué otro tiempo á purgar en la picota cierto libelo suyo sobre la Revolución, recibió iguales testimonios de la régia munificencia que los merecidos por el autor del *Diccionario inglés* y de la *Vanity of Human Wishes*. Un escocés llamado Adam obtuvo la plaza de arquitecto de Palacio; y Ramsay, escocés también, la de pintor de Cámara, mereciendo ser preferido á Reynolds. Mallet, que si como escritor gozaba de poca reputación, tenía mucha y mala como hombre, obtuvo grandes larguezas sólo por ser de Escocia; y otro llamado John

Hume recibió al propio tiempo en recompensa de su tragedia *Douglas* una pensión y un empleo; pero cuando el autor del *Bardo* y de la *Elegía escrita en un cementerio del campo*, se atrevió á pedir una cátedra, cuyo sueldo le hacía suma falta para ocurrir á las necesidades más urgentes de la vida, y que habria desempeñado mejor que ninguno de sus contemporáneos, le negó su apoyo el favorito, y dió el oficio al dómine cuyos afanes lograron hacer de su yerno, sir James Lowther, un personaje tan aprovechado en punto á virtudes tranquilas y apacibles.

Por tal manera consiguió en poco tiempo el primer lord de la Tesorería ser aborrecido de una multitud de personas por ser *tory*, de otras por ser favorito, y de muchas más por ser escocés, y toda la mala voluntad que destilaban estos diversos mantiales, al reunirse y mezclarse en un sólo caudal, corrió impetuosa como un torrente contra el tratado de paz. El de Bedford, que fué su negociador, se vió asaltado en las calles á silbidos; á lord Bute lo acometieron é insultaron cuando iba en su silla de manos cierto día, y á duras penas pudo rescatarlo una seccion de guardias, llegando el caso de serle muy difícil pasearse con seguridad sin ir disfrazado. El populacho no lo conocía sino por el apodo de *Jack Boot* (zapatones), y no pocas veces llevaba en procesion el emblema del mote que le habia puesto con una saya de mujer, aludiendo á la madre del Monarca, y arrojaba entrambas cosas al fuego en la plaza pública. Los libelos que á la sazón se daban á luz excedían en audacia y violencia á cuanto pudo verse ántes, é iban en aumento progresivo. Wilkes, por ejemplo, con festiva insolencia comparaba la princesa con la madre de Eduardo III, y el ministro favorito con el lindo Mortimer; y

Churchil, desahogando en el papel la cólera de que se hallaba penetrado, se dolía de la suerte de su patria, invadida de nuevos bárbaros, de una raza más cruel y de peores instintos que los Pietos ó los Dinamarqueses, por los miserables y orgullosos hijos de la Lepra y del Hambre. Conviene apuntar, para mejor inteligencia del suceso, un detalle, y es que aquel año se atrevieron los libelistas por primera vez á imprimir enteros los nombres de los burlados, y que mientras Jorge II fué siempre el R... y sus ministros sir R... W..., Mr. P... y el duque de N... para sus contemporáneos, los de Jorge III, de la princesa madre y de lord Bute no perdonaban una letra.

Sospechábase generalmente que lord Temple incitaba en secreto á los enemigos más osados del Gobierno, y á decir verdad, los que conocían sus hábitos bien podían seguirle la pista como se sigue la de un topo, y allí donde vieran levantarse el fango suponerlo debajo sin cometer ofensa, pues se gozaba en ello y en todos los trabajos subterráneos y tortuosos. Pitt, por el contrario, se apartaba con repugnancia de obras tan inmundas, y decía en alta voz que los insultos que se proferían contra los escoceses le infundían mucho disgusto contra sus autores, y con esto exaltaba la bizarría y la lealtad que los regimientos de Highlanders habían desplegado durante toda la guerra. Mas, aún cuando Pitt no quisiera valerse de armas que no fueran legales, harto se sabía que sus golpes, aún siendo como lo eran de buena ley, tenían más probabilidad de causar estrago que no los misteriosos y alevos de su cuñado.

Bute sintió que comenzaban á faltarle las fuerzas. Y como las Cámaras debían reunirse de allí á poco,

y á seguida comenzaría la discusión sobre el tratado, era probable que Mr. Pitt, la fracción *whig* y las masas se inclinaran del mismo lado. Cierto es que había profesado el favorito el principio de no apelar á los medios de corrupción para mantener unida en favor del gobierno á la Cámara de los Comunes; mas también lo es que comenzaba por aquellos días á persuadirse de que había sido por extremo escrupuloso, y con esto á ver desvanecerse sus imaginaciones de gobiernos utópicos, y á quedar convencido de que no sólo había menester de apelar á la corrupción, sino á corromper más y mejor que otros y más de prisa para desquitar el tiempo perdido; que la mayoría era indispensable á cualquier precio y por cualquier medio. ¿Sería útil Grenville dada la circunstancia? ¿Sabría ó querría serlo? Porque ni su habilidad ni su firmeza estaban probadas en la ocasión del peligro, habiendo pasado siempre por humilde acólito de su hermano lord Temple y de su cuñado Pitt, y se suponía, injustamente por cierto, que aún estaba ganoso de servirlos. En vista de esto, ¿sería necesario llamar á otro en auxilio del gobierno? ¿Dónde hallarlo?

Había un hombre cuya lógica varonil é incisiva en las discusiones se mostró siempre dispuesta en el Parlamento á medirse con el arte oratorio majestuoso y apasionado de Mr. Pitt; que así valía para el despacho de los negocios como para la discusión; cuya intrepidez no retrocedía, ni se intimidaba en ningún caso ante las dificultades ni los peligros, y que así estaba exento y libre de temor como de escrúpulos. Este hombre no era otro, ni tampoco podía serlo, sino Enrique Fox, único que á la sazón fuera capaz de hacer frente á la tempestad próxima. Sin embargo, aún en aquella ex-

tremidad Jorge y su favorito se resistieron á llamarlo, en razon á que siempre fué tenido por el mayor *whig* de todos. Es lo cierto que habia sido amigo y discípulo de Walpole; que fué grande su intimidad con el duque de Cumberland; que los *tories* lo detestaban más que á ningun otro personaje político, y que tal era el odio y mala voluntad que le tenían, que cuando intentó bajo el reinado precedente formar un partido en contra del de Newcastle, arrojaron todo su peso en el platillo del Duque. Por otra parte, los escoceses detestaban á Fox por ser el amigo confidencial del vencedor de Culloden; y la princesa madre lo aborrecia por razones personales, tanto, que no bien hubo quedado viuda rogó á Jorge II que lo relevara del cargo de dirigir la educacion de su hijo, el heredero presuntivo de la corona. Independientemente de estos agravios y quejas, Fox habia ofendido no hacia mucho tiempo á la corte, dejándose halagar, no sin fundamento, de la esperanza por todo extremo ambiciosa y temeraria de ver á su hermosísima cuñada Sara Lennox compartir con el rey el trono de Inglaterra (1). Por lo tanto, parecia que de todos los hombres políticos de su tiempo fuera Fox el último en quien lord Bute, el *tory*, el escocés, el favorito de la princesa madre,

(1) Habíase advertido, y era objeto de muchos comentarios, que á ciertas horas pasaba el Rey á caballo por las cercanías de Holland-House, y que siempre coincidía con su paseo el de la hermosa lady, que vestida de pastora salía orillas del parque á la carretera como al encuentro de S. M. A causa tal vez de la parte activa que tomó Mr. Fox en esta manera de intriga, fué el único individuo del Consejo privado á quien no se citó para el en que Jorge puso en conocimiento de sus demas colegas su proyecto de matrimonio con la princesa de Mecklemburgo,

podiera llamar á su lado, y sin embargo, no tuvo más remedio.

Muchas cualidades amables tenia Fox en la vida privada que lo hacian caro á sus hijos, amigos y deudos; pero en la vida pública le faltaban por completo títulos á la estimacion de las gentes. Porque participaba de los vicios comunes á toda la escuela de Walpole, mas con la circunstancia, en verdad agravante, de que como sus talentos para la discusion y los negocios eran eficacisimos á poner de relieve sus defectos, y su valor cívico, su natural vehemente y el desprecio que hacia de la opinion de los demas lo llevaban siempre á mostrar aquello mismo que los otros encubrian pudorosamente, consiguió ser el más impopular de los hombres de Estado de su tiempo, no por la grandeza de sus pecados, sino por su falta completa de hipocresía.

Conocia su impopularidad, pero á la manera de las almas fuertes, y en lugar de hacer alto en ella y corregirse, despreció la opinion pública y arrojó sus iras, y si fué apacible y generoso cuando joven, á fuerza de sufrir contrariedades y molestias y disgustos, se tornó iracundo y discolo, modo de ser que á todos sorprendia, no siendo natural en él. Tal era el hombre á quien Bute fué á pedir auxilio en último extremo.

Hallábase Fox dispuesto á dispensar buen acogimiento á las ofertas que pudieran hacersele; porque, aun cuando no fuera envidioso de suyo, habia visto sin duda ninguna con cierto enojo el éxito y la popularidad de Mr. Pitt. Reputábase por su igual en la discusion y por superior en el despacho de los negocios; ambos fueron considerados largo tiempo como dignos rivales; emprendieron *ex æquo* la car-

rera de la ambicion, y juntos marcharon largo tiempo: Fox se adelantó, y Pitt quedó rezagado: luego se trocaron los papeles; pero Fox resbaló en el fango, cayó, y no sólo perdió, sino quedó manchado y sucio, y Pitt alcanzó la meta y ganó el premio. Y como los emolumentos de pagador, si pudieron ser eficaces á que se resignara en silencio á la supremacía de su rival, no lo fueron á satisfacer una inteligencia como la suya, ni á curar sus heridas de amor propio, de ahí que tan luego comenzó á formarse un partido contrario á la guerra y á la autoridad de Pitt, renacieran las esperanzas de Fox; el cual se hallaba pronto á olvidar su enemiga con la princesa madre, con los escoceses, con los *torios*, todo, con tal de reconquistar, merced al auxilio de sus antiguos enemigos, la importancia perdida y de hallarse frente á frente de Pitt algun dia en condiciones idénticas.

Poco tardaron, pues, en quedar conformes Fox y Bute, prometiéndole éste al primero, si queria ser timonel de la nave gubernamental durante la borrasca parlamentaria y la conducía con felicidad á puerto seguro, el tan deseado asiento en la Cámara de los Lores. Por otra parte, como Fox alcanzaba una victoria señalada sobre su contrario, consiguiendo por buenos ó malos medios una votacion en favor de la paz, á virtud de los arreglos mencionados, tomó la direccion de la Cámara de los Comunes, y Grenville, mal de su grado, consintió en el cambio.

Fox habia imaginado que merced á su influencia y mediacion atraeria en favor de la corte á ciertos *whigs* de mucha cuenta, sus amigos personales, y más principalmente á los duques de Cumberland y de Devonshire; pero muy luego quedó defraudado en sus esperanzas, viendo que, como complemento

de sus dificultades anteriores y presentes, debía contar con la oposicion del más capaz de los principes de la sangre y de la poderosa casa de los Cavendish.

Sin embargo, como se habia comprometido á ganar la batalla y no era hombre que retrocediera nunca, ni fuese la ocasion de muchos escrúpulos, hizo comprender á lord Bute que sería imposible salvar al Ministerio, á ménos de seguir las prácticas de Walpole y de llevarlas á un extremo que hubiera maravillado al célebre ministro. Con esto las oficinas del pagador general se trocaron en mercado de votos, á donde acudian diariamente y se cerraban en su despacho centenares de diputados, que despues salian satisfechos y persuadidos con el precio de su infamia en el bolsillo. Tanto es así, que afirman personas bien informadas haberse repartido de la manera indicada en una sola mañana 625.000 pesetas, costando el diputado que ménos 5.000.

No bastando la corrupcion, se le añadió la intimidacion, y entónces supieron todos que S. M. queria ser obedecido. Comenzó la obra separando de sus cargos á varios lores lugartenientes de condados, y entre las víctimas principales, como escogida de intento para ser la más propiciatoria, figuró el duque de Devonshire, poderoso magnate cuya desgracia serviría de advertimiento á los de su clase, viendo que ni el rango, ni la riqueza, ni la influencia, ni el carácter respetabilísimo de la persona, ni el afecto inalterable de la familia del Duque á la casa de Hannover podian salvarlo ni ser parte á evitarle groseros insultos personales. Sabíase que el de Devonshire censuraba la conducta del Gobierno, y esto bastó para inmolar al principe de los *whigs*, como lo apellidaba la Princesa madre. Es el caso,

que como fuera el Duque una mañana con objeto de saludar al Rey, S. M. se negó á recibirlo, encargando á quien lo anunciaba le dijera «que no quería verlo;» y al advertir el Monarca que vacilaba el mensajero en transmitir su recado, Jorge repuso con muestras de mal humor: «Repetidle al pié de la letra mis propias palabras.» Lo cual oído de Devons-hire, se arrancó la llave de gentil-hombre que traía puesta y se retiró de la antecámara encendido en cólera. Al saber sus deudos lo sucedido, presentaron las dimisiones de los cargos que ejercían. Pero no satisfecho el Rey aún, pidió al cabo de algunos días la lista de sus consejeros privados y borró de ella el nombre del Duque.

Actos eran estos que demostraban energía, pero no cordura y benevolencia, y á virtud de los cuales nada quedó exento y libre de la saña palaciega, ni los magnates por su grandeza, ni los pequeños por su oscuridad relativa; y á contar de aquel día, se hizo sentir la persecucion, sin ejemplos ántes ni después, en todos los centros administrativos, quedando privada de medios de subsistencia una multitud de funcionarios modestos y laboriosos, lisa y llanamente porque debían sus destinos á la recomendacion de algun personaje hostil á la paz; manera de proseription que se hizo extensiva en los diversos departamentos hasta los porteros, sin excluir á no pocas viudas y pensionistas, á quienes valió verse despojadas de sus exiguos haberes la sospecha solamente de que las unieran al partido en desgracia vinculos de simpatía ó de gratitud. Fácil es comprender cuánto subiría de punto el clamor público; pero cuanto más exaltados se mostraban los ánimos, tanta más resolucion tenía Fox para proseguir la obra comenzada. Sus antiguos amigos no acertaban

á explicarse su tenacidad y su encono, y el mismo Cumberland, que lo conocia de antiguo, solia decir: «De buen grado perdonaria sus locuras políticas á ese hombre; mas no su crueldad presente; que ántes, á lo ménos, era bueno y humano.»

Y tan léjos fué Fox en este camino, que se atrevió á consultar con los letrados si las cartas patentes otorgadas por Jorge II eran obligatorias para Jorge III; y que si no se hubieran opuesto sus colegas, habria cometido los mayores y más inauditos atropellos.

Así las cosas, se reunió el Parlamento, y los ministros, aunque más aborrecidos que nunca lo fueron otros por la masa del país, estaban seguros de la mayoría tan amañada por Fox, y esperanzados de alcanzar la victoria en la discusion y el escrutinio, porque, á mayor abundamiento, Pitt adolecia de un gravísimo ataque de gota. Propusieron los amigos del ex-ministro aplazar la discusion del tratado hasta que pudiera tomar parte en ella; pero en vano. Llegó el día, comenzó el debate, y ya duraba cierto tiempo, cuando se oyó en el patio de la Cámara tumulto de voces y aclamaciones incesantes que se acercaba; ábrese de repente la puerta del salon, y entónces vieron todos á Pitt traído en brazos de sus criados, y rodeado de la multitud que lo vitoreaba. Cubria su rostro demacrado palidez mortal, traía la cayada y venia cubierto de franela: dejáronlo cerca de la barra, sus amigos lo rodearon á seguida, y con su ayuda pudo llegar hasta su escaño. De este modo, habló durante tres horas y media contra la paz, no sin tener que interrumpir su discurso varias veces para descansar y tomar algun cordial. No hemos menester decir que tenía la voz apagada, el ademan lánguido y frio, y que su dis-

curso aunque brillante y enérgico á las veces, resultó flojo y pálido en comparacion de las magnificas oraciones que habia pronunciado en aquel mismo sitio. Sin embargo, los que recordaban sus triunfos y veian cuánto sufría entónces, lo escuchaban penetrados de una emocion que no es parte á producir por sí solo el lenguaje más elocuente. No pudiendo esperar á la votacion, lo sacaron de la Cámara en medio de aclamaciones tan espontáneas y nutridas como las que lo acompañaron á su llegada.

La paz se aprobó por considerable mayoría, y la corte no pudo contener su gozo al saberlo. «Ahora será verdaderamente rey mi hijo,» exclamó la princesa. El Soberano añadió que al fin se veía libre de la esclavitud en que vivió su abuelo; y los palaciegos decían que S. M. abrigaba el propósito inquebrantable de no llamar jamás á sus consejos, cualesquiera que fuesen las circunstancias, á los magnates *whigs* que tanto humillaron á sus predecesores y habian pretendido humillarlo á él.

No pasaba de ser esto alarde prematuro de poder, debido al engreimiento de la victoria, porque las fuerzas efectivas del favorito no guardaban relacion ninguna con el número de votos alcanzado sobre un punto concreto, y las dificultades comenzaron á renacer sin más tardanza. El artículo más importante de su presupuesto era un impuesto sobre la sidra, y esta medida la combatieron, no sólo sus adversarios, sino mucha parte de sus parciales, en razon á que siempre fueron los *tories* enemigos de las contribuciones indirectas; como que la preferéncia dada por Walpole á estos medios de allegar recursos les pareció en todo tiempo criminal, y que Johnson, el *tory*, dió en su Diccionario una definicion tan depri-

mente y ofensiva de la palabra *Excise*, bajo la cual se comprenden los dichos impuestos en Inglaterra, que los empleados del ramo se propusieron llevarlo á los tribunales por ella. Los condados que perjudicaba principalmente la contribucion habian sido siempre *tories*, y por eso John Philips, el poeta de las vendimias inglesas, cantando la comarca de la sidra, decia que fué fiel en todo tiempo al trono, y que los jornaleros de sus mil huertecillos hicieron espadas de sus hoces durante la guerra para defender á los desgraciados Estuardos. El plan fiscal de lord Bute dió por resultado convertir á los caballeros del campo y á los labradores de la comarca productora de la sidra en aliados de los *whigs* de la capital, y con esto el fuego que ardia en los condados de Hereford y de Worcester se comunicó á la *city* de Lóndres, que aún no teniendo paridad de intereses con ellos, tomó parte tan activa en sus quejas cual si fuera la más agraviada. De todos modos, y aparte de lo expuesto, la discusion del asunto causó un daño irreparable al Gobierno, debiéndose hasta cierto punto al desórden de los proyectos rentísticos de Dashwood y á su exposicion, que fueran acogidos con carcajadas por la Cámara. Y como tenía bastante buen sentido para comprender cuán poco apto era para el cargo tan elevado que desempeñaba, en un acceso de cómica desesperacion profirió las siguientes palabras: «¿Qué voy á hacer? Hasta los niños me señalarán con el dedo por las calles gritando: Ahí va el canciller del Echiquier más detestable de cuantos han sido!» Jorge Grenville acudió en su auxilio y disertó largamente sobre su tema favorito, es decir, la prodigalidad de los gastos realizados durante la última guerra, los cuales habian hecho indisensables los impuestos tan

crecidos que ahora se pedían y que tanto escándalo causaban; y volviéndose á los bancos de la oposicion, preguntó á los diputados dónde hallarian hueco para un nuevo tributo, insistiendo en órden á este punto con su habitual prolijidad hasta el extremo de hacerse molesto en demasia. «¿Dónde será posible hallarlo? ¿que lo digan?» repetia con monótono acento. «Que lo digan, señor Presidente, que lo digan; ¿dónde será? ¿Dónde será, señor Presidente?» Por su desgracia, Pitt habia ido aquella noche á la Cámara, y como estaba impaciente de las recriminaciones de su hermano político acerca de la guerra, se vengó repitiendo á media voz, pero de manera que todos pudiesen oirlo imitar el acento plañidero de Grenville, el verso tan conocido de una cancion, que dice:

«¿Dó será, pastor amado?»

«Si un caballero—prorumpió entónces Grenville—se ve tratado, señores, de la manera que yo acabo de serlo...» Pero Pitt no le dejó continuar, y haciendo como en otro tiempo cuando queria demostrar su desprecio á un importuno, se levantó, saludó y salió, dejando á su cuñado con la palabra en la boca, y produciendo en la Cámara un acceso de hilaridad. Mucho tiempo hubo de pasar ántes de que Grenville perdiera el sobrenombre de Pastor amado.

Pero áun tenia que sufrir el Ministerio más grandes contrariedades que no estas. Porque como fuera implacable la mala voluntad que *tories* y escoceses tenían á Mr. Fox, si bien consintieron en la ocasion del peligro colocarse bajo su direccion, no bien hubo pasado la crisis, el odio estalló con tanta más

violencia cuanto más comprimido estuvo siquiera por corto espacio; y así, miéntras aquéllos lo atacaban por sus cuentas en la época que fué pagador general, éstos interrumpian sus discursos de una manera brutal con risas y aclamaciones irónicas: motivos todos que le hacian desear salir de una situacion tan penosa, y á virtud de los cuales pidió pasar á la Cámara de los Lores, como se le habia prometido.

Dicho se está que hacia falta modificar el Gabinete; pero lo que nadie podia imaginar siquiera, ni entre aquellos que por su posicion tenian sobrado motivo de hallarse bien impuestos de la cosa pública, es lo que sucedió en realidad, á saber: la retirada de lord Bute, nueva inesperada que sorprendió igualmente á las Cámaras y al país.

Como acontece siempre que sobrevienen sucesos parecidos, á falta de una explicacion clara del hecho, se hicieron innumerables comentarios para suplirla, y en tanto que los unos atribuian su dimision á cálculo profundo, los otros la suponian obra del miedo; éstos decian que los libelos eran causa de su fuga del campo de batalla, y aquéllos, que como sólo empuñó las riendas del poder con el propósito de acabar la guerra, una vez logrado su objeto, las soltaba. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que oficialmente alegó motivos de salud para retirarse de los negocios, y que particularmente se lamentó de no haber sido apoyado con la eficacia y el empeño debidos por sus compañeros de Gabinete, y áun ménos por lord Mansfield en la Cámara de los Pares, á pesar de haberlo hecho ministro. A decir verdad, lord Mansfield era demasiado sagaz para no comprender que la situacion de lord Bute se hallaba rodeada de peligros, y además sobradamente tí-

mido para exponerse por salvar á otro. Pero, sin embargo de las suposiciones y conjeturas de todos y de las declaraciones de Bute, nos sentimos inclinados á creer que la conducta del favorito reconocido por causa en aquella circunstancia, como la de tantos otros hombres en muchos casos parecidos, motivos diferentes, no uno solo. A nuestro parecer, estaba cansado de su oficio, achaque más general de lo que parece á las gentes alejadas de la vida pública, entre aquellos que desempeñan cargos de mucha responsabilidad y fatiga, y sobre todo, en quienes llegan á las regiones del poder como lord Bute. Ordinariamente los hombres de Estado suben con lentitud, trascurriendo largos años consagrados á improbos trabajos antes de llegar al término de sus aspiraciones, que es el poder. Durante la primera época de su laboriosa existencia tienen constantemente á su vista en el horizonte aquel objeto que los atrae y hace marchar sin darse reposo ni sentir la fatiga del camino; y así, al propio tiempo que suben por la senda escarpada y llena de obstáculos que conduce á él, se forman para la lucha gradualmente, se vigorizan y endurecen con los mismos sinsabores, y cuando llegan á la meta, así son incansables en el trabajo como rudos en la batalla; permaneciendo fieles á su vocacion, primero por la fuerza de la esperanza, y despues por la fuerza de la costumbre, que labran en ellos segunda naturaleza. Mas no acontecia esto con Bute, porque toda su vida pública escasamente duró algo más de dos años, siendo ministro el mismo día que fué hombre público, y encontrándose al cabo de algunos meses á la cabeza del Gobierno, sin más que desear. Y si entónces se le antojó vanidad cuanto poseía, y tormento del alma, ¿cómo confortar su espí-

ritu si ya no le alentaba la esperanza de hallar algo más allá? Siendo así, su mal no tenia remedio, pues ántes de haberse formado para sufrir los tormentos de la ambicion experimentaba el hastio de sus goces. Los hábitos de su vida tampoco fueron los que fortifican y preparan á los hombres públicos para resistir los embates de la opinion: habia permanecido hasta la edad de cuarenta y ocho años vegetando en paz y tranquilo, sin saber por experiencia propia qué cosa sea la traicion del amigo, ni la calumnia del contrario, y de improviso, sin pasar ántes por el duro y necesario aprendizaje, se vió en medio de un torbellino de injurias y de sátiras tan furioso cual ántes nunca hubo de arrostrar ningun ministro. ¿Qué habia, pues, de extraño en su conducta? Por otra parte, ni el sueldo ni los emolumentos de su cargo tenian importancia para él, pues sobre ser rico, acababa de recoger la herencia pingüe de su padre político; gozaba de todos los honores y prerogativas que pudieran otorgársele, y habia obtenido la Jarretiera para sí, y para su hijo un título de par de Inglaterra. Tambien parece ser que al abandonar la Tesorería esperaba eludir las injurias y evitar los peligros, sin desprenderse del mando por completo, y continuar ejerciendo en la intimidad palaciega influencia preponderante sobre S. M.

Al retirarse Bute, Fox buscó refugio en la Cámara de los Lores, y Jorge Grenville quedó encargado de la Tesorería y del Echiquier.

Los que dispusieron las cosas de esta suerte, se propusieron, á nuestro entender, convertir al primer lord de la Tesorería en pantalla de Bute, dando así muestra de no conocerlo á pesar de frecuentar su trato. Porque si bien Grenville pasaba por ser no más que laborioso, y reunía la prolijidad, activi-

dad, rigorismo y enojosa exactitud que son atributos del tipo, también poseía otras cualidades que aún no eran conocidas, á saber: ambición devoradora, intrepidez, confianza exagerada en sí mismo, y carácter incapaz de sufrir dificultades, ni resistencias, ni ménos imposiciones. Así fué que al subir al poder ni estaba dispuesto á servir de instrumento á lord Bute, ni sentía por él afecto alguno personal ó político. La verdad es que nada tenían de comun estos dos personajes, como no fuera su inclinación á las medidas violentas é impopulares: sus principios políticos diferían de una manera radical y completa: Bute fué siempre *to-y*; Grenville habria montado en cólera contra quien sospechara no más de su acendrado y profundo amor á las doctrinas *whigs*; y aún cuando era más propenso que no Bute á los rasgos de tiranía, sólo gustaba de practicarla cuando era posible revestirla con el ropaje de la libertad constitucional. Y empleando un procedimiento no nuevo entónces en Inglaterra, mezclaba las teorías republicanas del siglo XVII con las máximas técnicas de la ley inglesa, combinando, merced á esta operacion, las especulaciones anárquicas con la práctica de la arbitrariedad. «La voz del pueblo—decía—es la de Dios; pero el órgano legítimo y único por el cual deba el pueblo hacerse oír es el Parlamento.» «Del pueblo nacen—añadía—todos los poderes; pero el Parlamento es su depositario delegado.» Ni tampoco ningun teólogo de Oxford durante la época más inmediata de la Revolución exigió para el monarca obediencia más abyecta y destituida de razón que la exigida por Grenville para el Parlamento en nombre de lo que consideraba como principios *whigs*. Y en su afán inmoderado de ver predominante siempre y en todas partes al Par-

lamento, y no satisfaciéndole que fuera tirano de la nación, deseaba convertirlo además en tirano de la corte, porque á su parecer, gozando el primer ministro de la confianza de la Cámara de los Comunes, debía ser prefecto de palacio, y el Rey ni más ni ménos que Chilperico, y estimarse venturoso con el usufructo de un tan espléndido alcázar como el de Saint-James y de un tan magnífico parque como el de Windsor.

Las opiniones de Bute y de Grenville no se compadecían, pues; y para colmo de su desavenencia tampoco eran amigos: que ni entraba el perdón de las ofensas en las prácticas del nuevo canceller, ni habia olvidado cómo y por qué hubo de ceder algunos meses ántes á Mr. Fox la direccion de la Cámara de los Comunes.

Por lo demas, tenemos el convencimiento de que la gestión gubernamental de Jorge Grenville fué la peor de cuantas ha conocido la Inglaterra desde la época revolucionaria, y de que todos sus actos públicos pueden clasificarse bajo dos epígrafes, uno comprensivo de los ultrajes hechos á las libertades de la nación, y otro de las ofensas inferidas á la dignidad de la corona.

Grenville comenzó rompiendo el fuego contra la prensa, y Wilkes, diputado por Aylesbury, fué la víctima escogida. Poco tiempo ántes del suceso conociase á Wilkes en todas partes por uno de los calaveras más impíos, licenciosos y aménos de la capital. Era instruido, de buenos modales y de mejor gusto literario, y su conversacion agradable hacia las delicias de sus amigos, logrando cautivar aún á los más graves personajes cuando se abstenía en sus pláticas de referir á la menuda los pormenores tan escabrosos de sus aventuras amorosas, y de

tomar por tema de sus chanzas el Nuevo Testamento. La vida desordenada que hizo siempre lo llevó como por la mano á caer en las tupidas redes de la usura, quedando muy luego completamente arruinado. Entónces determinó de probar fortuna en aventuras políticas. Tomó asiento en la Cámara de los Comunes; pero fracasó por ser su oratoria pobre, y aunque animada y viva no tanto como fuera necesario á distraer sus oyentes de la fealdad de su cara, cuya traza repugnante no acertó á reproducir nunca el lápiz de los caricaturistas sino haciéndole favor. Pero como sus escritos valian más que su elocuencia parlamentaria, fundó un periódico semana, titulado *The North Briton*, el cual, por su estilo jocoso, audaz é impudente logró reunir en breve considerable número de lectores. Cuarenta y cuatro números llevaba dados á luz cuando se retiró del poder lord Bute, y á pesar de que cada uno de ellos era un libelo por su violencia y su procacidad, el Conde nada hizo por perseguirlo; mas al aparecer el 45, inofensivo y cándido en comparacion de cualquiera de los anteriores, y que no contenia ciertamente nada que no pueda leerse cada dia en los artículos editoriales del *Times* y del *Morning-Chronicle*, ya estaba Grenville á la cabeza de los negocios, y con esto animado de nuevo espíritu el Gobierno. El cual, persuadido de que se hacia necesario sostener á toda costa el principio de autoridad, y de que no debia en modo alguno tolerarse ciertas trasgresiones de la prensa en menoscabo de su prestigio, dispuso la prision de Wilkes en la Torre, donde fué objeto de inusitado rigor, recogién dose sus papeles y quedando en poder del secretario de Estado. Estas medidas ilegales y violentas provocaron una explosion de cólera en el pueblo, que se trocó de allí

á poco en demostraciones de alegría y vítores de triunfo, al declararse por los tribunales improcedente la prision de Wilkes y ser puesto en libertad; victoria sobre Grenville y demas compañeros de Gabinete que celebró Lóndres con el mayor entusiasmo, imitando su conducta los condados productores de sidra.

Pero no solamente iban haciéndose los ministros más odiosos al pueblo cada dia, sino tambien á la corte, llegando á dar á entender al Rey cierta ocasion que no se hallaban dispuestos á ser ni á parecer agentes de lord Bute, y arrancándole la promesa de que no daría oídos á ningun consejero privado. Y como tuvieran ocasion de persuadirse muy luego de que S. M. no habia cumplido fielmente la palabra empeñada, le hicieron observaciones nada respetuosas en orden al caso y nunca oídas ántes del Monarca, dándole quince dias de plazo para decidirse de una vez y escoger entre los ministros y el privado.

Con esto fué grande la sorpresa de S. M. Pocas semanas ántes habia mostrado gran contento al persuadirse de su victoria sobre los *whigs*, y declarado con tal motivo que, libre ya de su tutela, no los llamaria jamás á los consejos de la corona; pero hé aquí que de improviso advertia que no sólo estaba en esclavitud, sino que sus nuevos señores eran más imperiosos y rudos que los otros. En trance tan apurado para su decoro, pensó en Mr. Pitt, pareciéndole tal vez posible obtener de él condiciones más aceptables que de Jorge Grenville ó del partido acaudillado por el duque de Newcastle.

Al regresar Grenville de una excursion campestre se dirigió á Buckingham-House, y quedó sorprendido viendo á la éntrada una silla de manos.

cuya forma y adornos exteriores así él como todo Londres conocía. En el acto comprendió de lo que se trataba, y pensó para sí que su cuñado había ido á palacio por sugerencias de lord Bute, quien ofendido sin duda de la conducta del Gabinete, y tachándola de hostil é ingrata de todo en todo, sería el inspirador de aquel paso.

Pitt fué recibido por el Rey dos dias consecutivos. Lo que pasó en la primera entrevista le persuadió de que las negociaciones entabladas llegarían á término feliz; pero al dia siguiente halló á Jorge III ménos blando. La mejor relacion, ó más bien, la única fidedigna de aquellas conferencias, es la que recogió lord Hardwicke de los labios del mismo Pitt. El cual, á lo que parece, manifestó al Rey cuán importante sería para él reconciliarse con los jefes del partido *whig*, que habian temido la desgracia de incurrir en su desagrado, porque siempre fueron los amigos más adictos y fieles de la casa de Hannover. Además, su poder y su influencia eran grandes, y estaban versados de largo tiempo hacia en el manejo de los negocios públicos, y si se mantenía la sentencia de exclusion contra ellos por tiempo indefinido, se corría el riesgo de no lograr durante todo él un ministerio fuerte y capaz. Pero el Rey no pudo hacerse á la idea de caer de nuevo bajo el yugo de aquellos á quienes hacía tan poco arrojó de su corte con señaladas muestras de cólera, y contestó á Pitt: «Lo siento; mas no es posible que yo haga lo que decis. Mi honra está empeñada en ello, y fuerza es que mire por mi honra.» Presto veremos de qué modo logró S. M. volver por su honra.

Mr. Pitt se retiró de la cámara, y el Rey quedó reducido á recurrir á los ministros que habia estado

á punto de separar, rogándoles que continuaran desempeñando sus cargos. Durante los dos años que siguieron á este dia, estrechamente unido Grenville á los Bedfords fué árbitro de la corte. Sabía que se hallaba en el poder porque Jorge III no quería llamar á los *whigs*; y como estaba persuadido de que no los llamaría nunca, y la última tentativa hecha para desembarazarse de él, ántes sobreexcitó que no aplacó su encono, y su fracaso lo relevó de temor, sobre no haber sido nunca palaciego cortés, se tornó desatento é irrespetuoso, y comenzó á emplear con el Rey un lenguaje que ningun Monarca inglés oyó nunca desde los tiempos del presidente Bradshaw (1).

Sólo en un punto, y para eso á costa de la libertad y de la justicia, satisfizo Grenville las pasiones de la corte, juntamente con las suyas. Nos referimos á Wilkes, á quien persiguió con verdadera saña. Acababa éste de hacer una parodia del ensayo de Pope acerca del hombre titulada *Ensayo acerca de la mujer*, y le añadió ciertas notas en són de burla del famoso comentario de Warbuton. La obra resultaba licenciosa por extremo; pero en nuestro sentir no lo era más que algunas otras del mismo Pope, tales como su imitacion de Horacio en la segunda sátira del primer libro. Conviene advertir que si Wilkes solia escribir obscenidades, no las daba jamás al público, lo cual sí hacía Pope sin miramiento alguno. La obra de que tratamos se imprimió, pero en muy corto número de ejemplares, tomando grandes precauciones para la tirada y destinándola en totalidad á ser repartida entre varios

(1) Presidente del tribunal que condenó á muerte á Carlos I.—N. del T.

amigos del autor, cuya moral y costumbres así podrían relajarse con su lectura como un negro atezarse por un día de sol. Sin embargo, un agente del Gobierno logró sobornar al impresor, y obtuvo un ejemplar del libro. Con el cuerpo del delito en las manos, determinaron entonces los ministros de aplicar á Wilkes la ley con todo rigor por el ultraje que hacía en él á la decencia; y excusado nos parece decir cuánta sería la sinceridad y la buena fe de los autores de la persecucion, despues de consignar que uno de los más partidarios de ella y de los que con más violencia pedían el inmediato é inexorable castigo del poeta libertino, fué lord March, duque de Queensberry, que no le iba en zaga en orden á impiedad y malas costumbres. Así las cosas, el primer día de la legislatura se presentó en la Cámara el conde de Sandwich, quien á la proteccion del duque de Bedford debía el cargo de secretario de Estado, y puso en la mesa el libro conseguido por medios tan vergonzosos. Su desdichado autor ni aún sospechaba el suceso, y seguía creyendo la obra bajo la custodia del impresor y en manos de unos pocos amigos, cuando Sandwich la traía nada ménos que al Parlamento; y aunque fuera de carácter fácil, no nada corto de genio, enemigo de peligros y poco susceptible al rubor, la sorpresa, la deshonor y la perspectiva de quedar arruinado para siempre, lo pusieron fuera de sí; y sospechando que aquella máquina sería, tal vez, artificio de un amigo de Bute para perderlo, se batió con él en duelo, quedando herido gravemente, y habiendo menester de buscar asilo en Francia no bien se hubo repuesto algun tanto. Entonces quedaron sus enemigos por dueños del campo en el Parlamento y en los tribunales, y Wilkes fué objeto de un voto de

censura, excluido de la Cámara y declarado fuera de la ley, debiendo, además, ser quemados sus escritos por mano de verdugo. El pueblo, sin embargo, no lo abandonó, y aún á los ojos de muchos hombres de moralidad y piedad reconocidas, comparado su delito con el de sus acusadores, se antojaba cosa baladí. La conducta de Sandwich principalmente excitaba indignacion universal, en razon á que sus propios vicios eran notorios, y á que quince días, no más, ántes de llevar á la Cámara el *Ensayo* de Wilkes, lo vieron muchos en uno de los *clubs* peor notados de Lóndres, bebiendo con su víctima y cantando coplas obscenas. Debido á esto, cuando algunos días despues se representó en Covent-Garden *El Mendigo*, al pronunciar Macheath las palabras que dicen: «Lo que me ha sorprendido, en verdad, es que Jemmy Twitcher me acuse,» resonó una explosion de carcajadas en el patio, los palcos y el paraíso, no conociéndose desde aquella tarde á lord Sandwich en todas partes sino bajo el nombre de Jemmy Twitcher. Pero volvamos á Wilkes. La ejecucion de la sentencia que condenaba sus obras al fuego en la plaza pública fué interrumpida por un motin, quedando maltrechos los agentes de policia y salvos de la hoguera los papeles, arrojándose á las llamas en su lugar una bota y unas faldas. Y como hubiera Wilkes repetido contra el subsecretario de Estado por la recogida de sus papeles, el jurado le concedió veinticinco mil pesetas para indemnizarlo del daño sufrido. Pero ni estas manifestaciones ni otras más eficaces aún á expresar el estado de la opinion pública fueron parte á influir en el ánimo de Grenville, que teniendo á su favor el Parlamento, y siendo segun su credo político, el único barómetro de los deseos y aspira-

ciones de la nacion, no se curaba de otra cosa.

Poco tardó, sin embargo, en temer que le faltara este apoyo. Porque al discutirse las actas, como la oposicion tenia en su favor las buenas prácticas y principios y todas las autoridades constitucionales, y la voz unánime de la nacion acudió fuerte y numerosa, atrajo á su partido á muchos individuos de la Cámara que votaban generalmente con el Gobierno y no le dejó triunfar cierta ocasion solemne sino por catorce votos de mayoría. La tempestad pudo disiparse al cabo, merced á la frialdad que comenzó á demostrar la oposicion cuando parecia tener más segura la victoria, y con esto acabó la legislatura sin ocurrir ningun cambio. Pitt, cuya elocuencia brilló ántes tantas veces en los principales debates del Parlamento, y cuya popularidad era entónces más grande que nunca, guardaba silencio en el hogar doméstico, y Grenville, igualmente, aborrecido de la corte y de la masa general del pais, conservaba el poder.

No bien hubo terminado la legislatura, Grenville adoptó una medida que demostraba más claramente aún que todos sus actos anteriores cuánto era despótico de suyo y temerario. Es el caso que uno de los diputados no siempre hostil al gobierno, pero que votó contra él al discutirse las actas, llamado Enrique Conway, hermano del conde de Hertford, bizarro militar, orador mediano y político de rectas intenciones, si no de mucho alcance y energía, por el hecho de haber obrado como le dictaba su conciencia, quedó sin el regimiento de su mando, recompensa merecida de nobles y leales servicios prestados en dos guerras consecutivas. Conviene también añadir que S. M. se prestó con la mejor voluntad á esta injusticia; por lo ménos así se decia confidencialmente.

Mas por grande que fuera el placer que proporcionase á S. M. las persecuciones dirigidas contra Wilkes y la destitucion de Conway, es lo cierto que no por eso se hacian simpáticos al Rey sus ministros, sino al contrario, y sobre todos Grenville, que hasta en los asuntos de poca importancia se conducia de modo á herir las susceptibilidades de Jorge III. Entre otros casos dignos de mencion, diremos que Grenville se mostraba siempre tan económico de los caudales públicos, que deseando el Rey adquirir ciertos terrenos lindantes con el jardin de Buckingham-House, cuyo precio no excedia de algunos miles de libras, se negó á ello de mala manera, y que habiéndose comprado por varios particulares para edificar, los Reyes quedaron expuestos en sus paseos reservados á la curiosidad de los inquilinos de una fila de cien casas, lo cual desagradó por extremo al Monarca, y aumentó si era posible su mala voluntad hácia el primer lord de la Tesorería. Pero no era su ridícula economia la peor cualidad de Grenville, pues así fué siempre avaro de dinero como pródigo de palabras, y en vez de hablar con aquella concision, claridad y vida que tan ocasionadas han sido siempre á fijar el ánimo de los jóvenes nuevos en los negocios, disertaba en la cámara de S. M. del propio modo que lo hacia en la de los Comunes, y al cabo de dos horas de ejercicio, no sin excusarse de la extension de su discurso, lo reanudaba y volvía de nuevo á sus pesadeces é interminables amplificaciones. Los diputados pueden reducir al silencio á un orador enojoso á fuerza de toser, y si el remedio no basta, dejándolo solo en el salon con el presidente y la mesa, sistema que observaban con Grenville por regla general; más el desdichado Rey habia de sufrir pa-

ciente y en silencio la incontinencia de palabras de su ministro; tormento que recordó medroso hasta el fin de sus días.

Por entónces ocurrió uno de los incidentes más singulares de la vida de Pitt. Había un baronet *whig* del condado de Somerset, llamado sir William Pynsent, que perteneció á la Cámara de los Comunes en tiempo de la reina Ana, el cual, cuando el partido *tory* cobró ascendiente y predominio en los consejos de la Corona, se recogió á sus tierras á vivir en la tranquilidad del hogar doméstico. Era su carácter singular y extraño, y su moralidad más que dudosa; pero fué siempre fiel á su partido: y como durante los cincuenta años que pasó apartado de los negocios públicos no pensó sino en las circunstancias que le forzaron á separarse de ellos, en la desgracia de los *whigs*, en la paz de Utrecht y en el abandono de los aliados, creyó descubrir analogía y relacion estrecha entre los sucesos de su juventud, tan vivos en su memoria, y los que presenciaba en la vejez, entre la desgracia del duque de Marlborough y la de Pitt, entre la elevacion de Harley y la de Bute, entre el tratado suserito por Saint John y el suscrito por el duque de Bedford, entre los errores de la casa de Austria en 1742 y los errores de la casa de Brandeburgo en 1762. Y se apoderó de tal modo esta idea de la imaginacion del anciano, que determinó dejar todo su caudal á Mr. Pitt, quien merced á la generosidad del donante se halló en posesion de una renta de 3.000 libras esterlinas, sin que la malicia de sus enemigos pudiera descubrir en ello cosa censurable, pues ni habia heredero con mejor titulo, ni en su vida vió á sir William Pynsent.

El caudal de Mr. Pitt prosperaba; pero su salud

iba en tanta decadencia que ni una vez asistió á la Cámara de los Comunes durante la larga legislatura que comenzó el mes de Enero de 1765, permaneciendo algunos meses en su retiro favorito de Hayes, sin hacer otro ejercicio que ir de la cama al sitial y del sitial á la cama, y sirviéndole su mujer de secretario para la correspondencia reservada. Con este motivo decian sus detractores que por tanto entraba el artificio como la gota en la vida solitaria que hacia entónces; y es lo cierto que su modo de ser consentia tales suposiciones, porque á pesar de la grandeza y elevacion de su carácter carecia de naturalidad y sencillez, y poseyendo talento superior y alma nobilísima, circunstancias que hacian innecesario el empleo de recursos teatrales y debian darle superioridad bastante para no emplearlos nunca, la verdad es que toda su vida los puso en juego. Añadian, que despues de haber adquirido la consideracion merecida á su elocuencia y á la importancia de sus servicios, se habia propuesto no gastarse pareciendo á menudo en público, y que por esa causa tomaba pretexto de su mala salud para rodearse de misterio y no dejarse ver sino á muy largos intervalos y en ocasiones solemnes, concretándose lo demas del tiempo á pronunciar oráculos á corto número de privilegiados y devotos peregrinos que merecian el favor singularísimo de acercarse á su ermita y de adorarlo en el relicario que labró su vanidad de concierto con el fanatismo de sus fieles. Si se propuso este objeto, fuerza es reconocer que lo alcanzó por completo durante cierto tiempo, pues nunca fué más poderosa la magia de su nombre, ni mereció de su patria veneracion más supersticiosa que durante aquel año de silencio y de aislamiento.

Durante la verdadera ó supuesta dolencia de Mr. Pitt, y que por ella en realidad ó para fingirla mejor no parecía en la Cámara, propuso Grenville una medida que habia de producir grande revolución en la especie humana, y cuyos efectos serian de alcance incalculable. Nos referimos al proyecto por el cual se imponia la contribucion del timbre á las colonias de la América del Norte; proyecto eminentemente característico de su autor, y en el que se descubren sus huellas, como en el hijo la semejanza del padre. Un hombre de Estado tímido hubiera retrocedido á la sola idea de acometer una empresa de la cual dijo Walpole mucho ántes, y cuando las Colonias no eran tan poderosas, que quien fuera osado á empeñarse en ella seria más bravo que él; pero Grenville fué siempre por naturaleza insensible al miedo. Un hombre de Estado que lo hubiera sido de mucho alcance, habria comprendido que tratar de imponer tributos desde Westminster á la Nueva-Inglaterra, si no se oponia en modo alguno á la letra del libro de los estatutos, ni á ninguno de los acuerdos consignados en las actas de las sesiones, chocaba con los principios de buen gobierno y con el espíritu de la ley fundamental. Un hombre de Estado prudente habria comprendido, además, que aún siendo el producto de los derechos del timbre diez veces mayores que lo serian en realidad, habria de pagarse muy caro, ó, cuando ménos, á costa de una querrela entre las Colonias y la metrópoli. Pero Grenville no conocia el espíritu de la Constitución, sino la letra, ni otros intereses nacionales que los ingresos del Tesoro. En cuanto á que su política pudiera producir el descontento dentro y fuera de la patria, así en Lóndres como en los grandes lagos ó el seno mejicano; y que

Francia y España se aprovecharan de la ocasion para vengar pasados agravios; y que sufriera desmembraciones y quebrantos el imperio británico; y que la deuda de Mr. Pitt, con cuya enormidad estaba siempre dándole en rostro, se duplicara por efecto de su propia conducta, eran cosas que jamás se ocurrieron á su fria y singular imaginacion.

Mas, aún cuando nunca podrá olvidarse el acta del timbre, en aquellos momentos llamó ménos la atencion de los ingleses que otra ley, al presente casi olvidada de la memoria de todos. Es el caso que cayó enfermo el Rey con apariencias de peligro, adoleciendo, en nuestro sentir, del achaque mismo que lo inhabilitó varias veces más adelante para ejercer su oficio; y como el heredero presuntivo de la corona sólo tuviera dos años, era evidente la urgencia de ocurrir á las necesidades del Gobierno en caso de una minoría. Pero las discusiones que tuvieron lugar con este motivo, determinaron una crisis entre la corte, propiamente dicha, y el Ministerio; porque miéntras el Rey queria ser investido de la facultad de nombrar regente por su testamento, los ministros temian ó fingian temer que si esta facultad se le otorgaba, luégo al punto designaria para el cargo á la Princesa madre, ó tal vez al mismo Bute, razon por la cual insistian con empeño para que la ley contuviera una cláusula en cuya virtud quedara limitada la eleccion del monarca enfermo á la real familia. Logrado esto, y con ello la exclusion del favorito, representaron á S. M. la conveniencia y la necesidad [de hacer lo propio con la Princesa viuda, y le manifestaron con tantas muestras de verdad que la Cámara de los Comunes á no hacerlo el Rey la inhabilitaria para la eventualidad de la regencia, que sobrecogido Jorge con la idea de que

podiera realizarse un pronóstico tan humillante, suscribió cuanto le pedían. Pocos días después fué notorio á todos que las razones empleadas por los ministros para determinar al Rey á inferir tan grande y público agravio á su madre carecían de fundamento, porque como los parciales de la Princesa en la Cámara propusieran la inclusion de su nombre en la ley, y los ministros no pudieran decorosamente atacar á la madre del soberano, mientras esperaban que la oposicion acudiera en su auxilio y les hiciera la tan deseada violencia, vieron con dolor que á pesar de ser esta señora no nada simpática en verdad á la mayoría de los contrarios del Gobierno, por serles Grenville más odioso todavía, se gozó en su derrota y contribuyó á restablecer su nombre augusto en la lista de las personas aptas para el ejercicio de la Regencia.

El resentimiento del Rey contra los ministros llegó entónces á su colmo, pareciéndole los males presentes peores y más intolerables que cuantos pudieran sobrevenir, como que la misma junta de magnates *whigs* no hubiera observado con él peor conducta que la de Grenville y sus compañeros de Gabinete. En aquel trance llamó á su tío, el duque de Cumberland, y le confió sus amarguras. No era el Duque persona ocasionada en modo alguno al afecto, pero sí á la confianza. Era de carácter intrépido y de superior inteligencia, y estaba dotado de hidalgos y elevados sentimientos en punto á honra y deber; y si como general pertenecía Cumberland á esa clase de caudillos cuyo sino ha sido siempre perder casi todas las batallas que han dado, y que, á pesar de sus reveses, logran formarse reputacion de militares hábiles y de cuenta, clase, dicho sea de paso, en la cual podemos incluir á Coligny, Guiller-

mo III y hasta el mariscal Soult, su bizarría y su denuedo le hicieron famoso aun entre los príncipes más valerosos de su raza tan ilustre por la bravura. Mas no era la indiferencia con que marchaba en el campo de batalla por los sitios de mayor peligro la mayor prueba de su ánimo esforzado, sino las crueles enfermedades y las terribles operaciones quirúrgicas que hubo de sufrir, y en las cuales demostró siempre la impassibilidad y la calma que sólo dan el valor en grado sublime. Y con el valor tenia Cumberland aquellas otras virtudes sus hermanas: decia siempre la verdad, era franco y abierto en odios y amistades y de mucha rectitud en todos los detalles de su conducta. En cambio, era inexorable y duro, y raras veces logró la compasion atemperar los arranques de lo que le parecia justo. De aquí su impopularidad en Inglaterra por espacio de muchos años. Su conducta con los rebeldes en Culloden le valió el sobrenombre de verdugo, y sus esfuerzos para introducir en el ejército inglés, á la sazón victima del desórden, la disciplina por extremo rigurosa de Postdam produjeron universal reprobacion, llegando todos á suponerlo capaz de cometer cuantos excesos y crímenes son imaginables. Debido á esto fué tambien, cuando se trató de la Regencia, que muchas gentes honradas se persuadieran del absurdo y craso error de que si la ejercia durante la menor edad de sus sobrinos, la Torre de Lóndres veria de nuevo lúgubres sacrificios de tiernos infantes. Mas por fortuna, en los momentos de que tratamos se habian desvanecido para la generalidad los odios y las preocupaciones contra el Duque; y los ingleses, que aborrecian á los de Escocia, sobre todo desde la época de Bute, acabaron por convenir en que si algo podia y debía en justicia culparse á S. A. R., era el

haber dejado con vida tantos Camerons y Macphersons como el favorito colocó en todos los empleos y cargos públicos; siendo por tanto en aquella ocasión el de Cumberland muy popular entre sus compatriotas, y más todavía entre los ciudadanos de Londres.

No tenía motivos de amar al Rey, y había demostrado claramente, aunque sin hacer alardes inoportunos de su desvío, una manera de alejamiento de la política observada los últimos años; pero como al propio tiempo tenía un concepto elevado y caballeresco de sus deberes de príncipe de la sangre hacía el jefe de la casa, determinó sacar de la esclavitud á su sobrino y conseguir una reconciliación entre el trono y los *wigs*, bajo condiciones honrosas para entrambas partes.

Y poniendo en ejecución su pensamiento, se dirigió á Hayes, siendo recibido en la cámara del paciente, porque Mr. Pitt ni quería dejar su habitación, ni conferenciar con mensajero de rango ménos elevado que lo era el de Cumberland. Entónces comenzó por parte del hombre de Estado una serie lamentable de faltas y errores que ocasionaron á su patria dificultades y miserias más grandes que cuantas ocurrieron en épocas anteriores y él fué parte á resolver favorablemente para ella. Empleó un lenguaje altanero, sin razón ó ininteligible, siendo la única cosa que pudiera comprenderse, á vueltas de sus frases vagas y desatentas, que no quería el poder en aquellos momentos. Mas la verdad del caso era, en nuestro concepto, que lord Temple, demonio inspirador de Mr. Pitt, acababa de fraguar un nuevo plan político para que su cuñado lo realizara. Porque poseído Temple de odio profundo contra lord Bute y la Princesa madre, se había indispuerto

con su hermano Jorge Grenville sólo por verlo aliado de la Princesa y de lord Bute; pero al presente que Grenville parecía enemistado con ambos, Temple se afanaba en conseguir la reconciliación general de la familia, pues una vez realizada, los tres hermanos, como el público llamaba generalmente á Temple, Grenville y Pitt, podrían formar un gobierno sin necesidad del auxilio de lord Bute y de la camarilla *whig*. En la esperanza de lograr este plan, lord Temple hizo uso de toda su influencia y su persuasión para convencer á Mr. Pitt y reducirlo á rechazar las proposiciones del duque de Cumberland; y áun cuando no pudo alcanzar lo primero, sí lo segundo; que tenía sobre su cuñado más influencia que ninguna otra persona. Eran muy amigos de antiguo y parientes cercanos, y si el talento de Mr. Pitt y su celebridad fueron útiles á lord Temple, la caja de lord Temple sacó de grandes apuros á Pitt; nunca se habían separado, ni disentido nunca en política; dos veces entraron y salieron juntos del poder, y Pitt no podía conformarse á la idea de tomar las riendas del gobierno sin su aliado de siempre. No obstante, en aquella ocasión comprendía que no sólo cometía una falta muy grave cediendo á los consejos de su cuñado, sino que rechazaba una oportunidad de servir á su patria. Buena prueba de las dudas y vacilaciones que lo asediaban en aquellos momentos fué la manera sibilina, oscura, vaga, intransigente con que contestó á las indicaciones del duque de Cumberland, y que más parecía propia de un espíritu intranquilo y no nada satisfecho de sí mismo que del ánimo de Mr. Pitt. Refieren á este propósito que, conversando con lord Temple, le comentó melancólicamente aquellos versos de Virgilio, que dicen:

Extinxi te meque, soror, populumque, patresque  
Sidonios, urbemque tuam;

y en verdad que la prediccion no podia ser más justa.

No hallando Cumberland términos hábiles de reducir á Mr. Pitt, aconsejó al Rey que se sometiese á la necesidad y mantuviera en sus puestos á Grenville y los Bedford; que tampoco era la ocasion de aquellas que consienten crisis prolongadas ni vacantes ministeriales de cierta duracion, porque la incertidumbre y la inseguridad en que se hallaba el gobierno desde hacia tiempo, produjo una manera de relajamiento general en todos los centros administrativos, cuyos efectos se dejaban sentir en los diversos ramos del servicio público: reuniones populares que habrian sido inofensivas en otras épocas, se trocaron en tumultos y llegaron á revestir el carácter de revueltas; el palacio del Parlamento fué sitiado por los tejedores de Spitalfields, y Bedford-House asaltada por el populacho enfurecido, siendo necesario defenderla con fuerzas de infantería y caballería. Y mientras unos achacaban estos desórdenes á los amigos de Bute, y otros á los de Wilkes, lo cierto y averiguado es que no eran sino efecto de la inquietud general y del desasosiego y desconcierto que reinaba en todas partes. En tal estado las cosas, no podia el Rey vacilar por más tiempo, aumentando con su conducta el malestar universal del país, y así, haciendo un gran esfuerzo y bien contra su voluntad, anunció á sus ministros que habia resuelto mantenerlos en sus puestos.

Grenville y sus compañeros de Gabinete contestaron á S. M. conformándose á su deseo; pero exigiéndole palabra solemne de no volver á consultar en lo sucesivo á lord Bute, en lo cual vino el Rey.

Mas, no bien hubieron obtenido esta promesa, formularon otra pretension. Porque como un hermano de Bute, llamado Mr. Mackenzie, ocupara en Escocia un puesto lucrativo, pidieron á Jorge su destitucion inmediata, y áun cuando el monarca les contestó que aquel empleo se lo habia dado en circunstancias especiales, y ofreciéndole no privarlo de él mientras viviera, Grenville persistió, y el Rey hubo de ceder.

Habia concluido la legislatura; el triunfo de los ministros era completo, y el Rey estaba tan prisionero y atado como Carlos I en la isla de Wight. Tal habia sido el término de la política proclamada pocos meses ántes por garantía cierta y positiva del trono contra toda dictadura de súbditos insolentes.

Pero como el resentimiento natural de S. M. se traslucia en todos sus actos y palabras y hasta en sus miradas, al sentirse oprimido y vejado y en tanta extremidad, se volvió hácia la camarilla *whig*, ántes objeto de saña y temor para él. El duque de Devonshire, á quien habia tratado con tan inexcusable dureza tiempo atras, habia muerto, sucediéndole su hijo casi niño todavía; y el Rey, que deseaba mortificar á sus ministros, quiso dar el pésame de viva voz al huérfano y juntamente decirle cuánto sentia lo pasado con su padre, invitándolo al efecto á venir á su cámara, donde se presentó el jóven magnate acompañado de sus tíos, y fué objeto de singulares y muy expresivas muestras de aprecio.

Este síntoma y otros muchos de igual carácter que se presentaron, produjeron grande irritacion en los ministros, los cuales, en desquite, infirieron al Rey nuevo insulto, y tan grande, que á tener Jorge las condiciones de carácter de su abuelo, habrian salido á puntapiés de su despacho. Bedford y Grenville le

pidieron audiencia, y recibidos que fueron, dieron lectura en su presencia á un capitulo de cargos contra S. M., que habian redactado con gran extension y esmero, y en el cual lo acusaban de haber faltado á su palabra y tratado á sus consejeros con insigne mala fe. La Princesa, madre del Rey, era objeto de palabras no nada lisonjeras en este papel, y se añadia, si bien de una manera velada, que la vida de lord Bute corria inminente peligro, y de una manera clara y terminante que no debia el monarca mostrarse, como lo hacía, descontento de la situacion, sino, al contrario, parecer afable con sus ministros en público. Jorge interrumpió la lectura del documento varias veces para decir que no sostenia relaciones con lord Bute; pero los ministros continuaban impertérritos sin hacer caso de las palabras del Rey, quien al fin hubo de ceder, callar y oír en silencio hasta el fin, aunque reprimiendo la cólera de que se hallaba poseido. Cuando hubieron terminado la lectura, expresó Jorge III su deseo de quedar solo con un ademán significativo, y algun tiempo despues confesó á sus amigos que por contenerse habia estado á punto en aquel trance de caer con un ataque cerebral.

Desesperado el Rey, acudió de nuevo al duque de Cumberland en demanda de auxilio, y éste, tambien de nuevo, á Mr. Pitt; mas aun cuando Mr. Pitt se hallaba realmente ganoso de tomar la direccion de los negocios públicos, manifestó, no sin grandes muestras de respeto hácia el monarca, que las condiciones ofrecidas por S. M. eran cuanto podia desear un súbdito; pero que Temple seguia inquebrantable, y que, sin su cooperacion, aunque deplorándolo mucho, no podia encargarse del gobierno.

En este caso, no vió el duque sino una esperanza

de salud para su sobrino, y era en su concepto la de formar un Gabinete de la oposicion *whig*, sin el auxilio de Pitt. Sin embargo, las dificultades que se ofrecian para lograrlo parecian invencibles, porque como la muerte y las deserciones habian cercenado de una manera terrible las filas del partido ántes tan poderoso en el Estado, aquellos entre quienes hubiera querido escoger el de Cumberland podian clasificarse en dos categorías: la de los hombres demasiado ancianos para ejercer cargos importantes, y la de los que nunca los ejercieron, á virtud de lo cual el Gobierno habria de formarse con reclutas é inválidos, extremos ambos peligrosos.

Malo era esto; pero no carecia de algo bueno, pues si los hombres de Estado *whigs* no tenian mucha experiencia de los negocios ni de la discusion, en cambio estaban limpios y puros de aquella inmoralidad política que tan profundas manchas echó sobre sus predecesores; pudiendo decirse que si prolongada prosperidad fué parte á corromper al gran partido que arrojó del trono á los Estuardos, limitó la régia prerogativa y domoñó el despotismo de la jerarquía eclesiástica, la desgracia, por el contrario, iba purificándolo y produciendo en él los más saludables efectos. El advenimiento de Jorge III puso fin á la supremacia del partido *whig*, y desde aquel momento comenzó su depuracion. Los jefes que lo acandillaban á la sazón eran hombres muy diferentes de los Sandys, de los Winnington, de sir William Yongé y de Enrique Fox, dignos bajo todos conceptos de pelear al lado de Hampden en los llanos de Charlgrove, y de dar un abrazo de adios postero á lord Russell en el cadalso de Lincoln's Inn Fields; que inspiraban su conducta política en los mismos elevados principios de virtud que regian su

vida privada, y que nunca se hubieran rebajado á perseguir los fines más nobles y saludables por medios reprobados del honor y de la probidad. Así eran lord John Cavendish, sir Jorge Savile y tantos otros cuya memoria veneramos, por haber sido los segundos fundadores del partido *whig* y los que lo restablecieron en su salud y vigor primero al cabo de medio siglo de postracion, abatimiento, ruina y miseria degradante.

Era jefe de este grupo tan respetable el marqués de Rockingham, personaje acaudalado, de muy recto juicio y de intachable reputacion, y áun cuando experimentó siempre hasta el fin de sus dias cierta invencible timidez de hablar en la Cámara de los lores, donde tenía su asiento, y que por efecto tal vez de su cortedad no pudo brillar nunca en el Parlamento, poseía en cambio y en alto grado algunas de las cualidades de los estadistas. Además sabía escoger sus amigos, y atraérselos y sujetarlos á su voluntad cautivados de sus prendas y honrada manera; y la complacencia y la fidelidad con que se agruparon en torno suyo durante largos años de oposicion sin esperanza casi de conquistar el poder no fué tan admirable ciertamente como el desinterés hidalgo y generoso y la delicadeza extremada de la cual dieron tan señaladas pruebas en la hora del triunfo, cuando el de Rockingham subió al poder.

Nada será en nuestro concepto más ocasionado á dar á conocer el uso y el abuso del espíritu de partido como un paralelo entre las dos tan importantes fracciones acaudilladas por Rockingham y los Bedford. Era el partido de Rockingham para nosotros lo que debe ser un partido: lo constituian hombres unidos por los vínculos de la mútua esti-

macion y de la comunidad de ideas y propósitos, que deseaban llegar á la direccion suprema de los negocios; pero por medios honrados y constitucionales, como así lo declaraban en todo momento, y que, áun cuando fueron solicitados á menudo para ocupar cargos elevados y recibir mercedes, siempre los rehusaron al serles ofrecidos en condiciones incompatibles con sus principios. A su vez, el partido del duque de Bedford carecía, como tal partido, de principios. Sandwich y Rigby tenían necesidad de las subvenciones del Tesoro público, por ejemplo, y persuadidos de que podrian explotarlo mejor juntos que separados, no se apartaban uno de otro; que, de no entenderlo así, su concordia no habria subsistido mucho tiempo, ni hubieran obligado tampoco á obrar de concierto con ellos á un hombre cual lo era Bedford, de más importancia y virtudes que no ellos.

El duque de Cumberland acudió entónces al marqués de Rockingham en demanda de auxilio para el Rey. Vino en ello el marqués, y se hizo cargo de la Tesorería; y como el de Newcastle, á quien los *whigs* habian reconocido por su jefe durante largos años, no podia quedar fuera del nuevo gobierno, fué nombrado Canciller del Sello. Un caballero de notoria lucidez de ingenio y honrada fama, llamado Mr. Dowdeswell, ocupó el puesto de Canciller de Hacienda; el general Conway, que habia servido bajo las órdenes del duque de Cumberland y era muy adicto á S. A. R., fué secretario de Estado y tomó la direccion de la Cámara de los Comunes, y un magnate *whig*, que á la sazón se hallaba en la flor de la vida y en quien se fundaban entónces grandes y dignas esperanzas, el duque de Grafton, obtuvo la otra secretaría.

No recordaban los ancianos un Gabinete más débil en punto á oradores y á experiencia en los negocios, siendo por esta causa general la opinion de que los ministros no podrian permanecer en sus puestos sino el intervalo de dos legislaturas, y que desaparecerian de la escena política con la primera dis-cusion parlamentaria. Carlos Townshend decia que aquello era «un Gabinete de tafetan, bueno para el verano, pero que no valia nada llegado el invierno.»

Sin embargo, lord Rockingham, comprendiéndolo así, tuvo el acierto de atraerse un aliado poderoso, porque la persona de quien hablamos reunia elocuencia superior á la de Pitt, habilidad más grande que la de Grenville, y talento más aventajado, claro y extenso que los de Pitt y Grenville juntos. Llamábase O'Burke, habia nacido en Irlanda, y abandonó su país natal para buscar fortuna en Lóndres, donde trabajó mucho para los editores, y se dió principalmente á conocer con un tratadito en el cual logró imitar de una manera felicísima el estilo y la lógica de Bolingbroke, y expuso la teoría más ingeniosa que sólida de los goces que nos proporcionan las obras de buen gusto. Gozaba de mucha reputacion de conversador fácil y ameno, tanto que los literatos que se reunian á cenar en *La cabeza del Turco* (The Turk's Head) lo reputaban por el único que pudiera disputar con el Dr. Johnson. Rockingham lo eligió para su secretario particular, y su influjo le abrió las puertas del Parlamento, no sin lucha, porque el duque de Newcastle, que iba siempre por todas partes sembrando la zizania, dijo al primer lord de la Tesorería que tuviera mucha cuenta con el aventurero irlandés, pues á él le constaba que no era otra cosa sino un jacobista, católico y jesuita por añadidura. Pero Rockingham despreció el men-

saje cual merecia, y el partido *whig* ganó fuerza y prestigio trayendo á sus filas á Edmundo Burke.

Menesterozo estaba en verdad el partido de adquisiciones importantes, porque no pasaria mucho tiempo sin sufrir una pérdida irreparable casi en la persona del duque de Cumberland, su principal apoyo, cuyo rango ilustre y esclarecido nombre servian en cierto modo de contrapeso á la fama de Mr. Pitt; que desempeñaba como mediador entre los *whigs* y la corte un papel irremplazable, y cuya energia de carácter suplía lo que más faltaba en el Gabinete. Conway, por ejemplo, con los mejores propósitos y más honradas intenciones, era el hombre irresoluto por excelencia, y habia menester de los consejos de aquel espíritu varonil y fuerte para cobrar el ánimo y el vigor que le negó naturaleza. La muerte del Duque ocurrió ántes de abrirse las Cámaras, y se consideró por todos como indicio de gran perturbacion y desconcierto; el cual presentimiento, unido al respeto que inspiraban sus virtudes personales, fué causa de hondo pesar, mereciendo consignarse que las demostraciones de duelo hechas con tan triste motivo excedieron á cuanto hasta entónces se habia visto en Lóndres, y que aquel luto, no sólo llegó á ser más general y riguroso, sino más largo que lo prescribió la *Gaceta Oficial*.

Entre tanto, cada correo de América era mensajero de peores nuevas, y los sucesores de Grenville recogian la cosecha de la siembra de Grenville; porque si las Colonias no se hallaban en estado de insurreccion, les faltaba poco: quemaban los timbres, untaban de brea y emplumaban á los recaudadores del impuesto, y las transacciones mercantiles entre las provincias descontentas y la metrópoli se hallaban en suspenso, con lo cual la bolsa de Lón-

dres sentía los efectos del pánico, y la mitad de las casas de comercio de Bristol y de Liverpool estaban amenazadas de quiebra, y en Leeds, Manchester y Nottingham se decía que las fábricas iban á despedir el treinta por ciento de sus trabajadores. En una palabra, la guerra civil parecía inminente, y nadie dudaba de que si la nacion inglesa, por su mal, se dividía en dos campos, revolviéndose contra si misma, Francia y España tardarian poco en tomar parte en la querrela.

Tres caminos se ofrecian al Gobierno para ocurrir al daño. Era el primero hacer cumplir la ley del timbre por la fuerza de las armas; partido al que su Majestad y Grenville se inclinaban igualmente: que ambos sentian la misma natural propension por las medidas arbitrarias y violentas, y si se parecian demasiado para ser amigos, tambien por razon de su misma semejanza debian considerar bajo idéntico punto de vista casi todas las cuestiones importantes y prácticas. Ninguno podia consentir que lo gobernara el otro; pero á seguida se concertaban y quedaban conformes en orden á gobernar el pueblo.

Pitt aconsejaba otra conducta, pues decía que con arreglo á la Constitucion no era el Parlamento competente para votar una ley á virtud de la cual se impusieran cargas á las colonias, reputando por tanto la ley del timbre documento tan falto de validez como la Real orden de Carlos I sobre el impuesto de los barcos, ó la proclama de Jacobo II suspendiendo las leyes penales; doctrina que nos parece insostenible.

Demas de estos partidos extremos, habia otro intermediario. Profesaban á la sazón los hombres de Estado más moderados y juiciosos que la Constitucion inglesa no habia puesto límite alguno al po-

der legislativo del Rey, de los Lores y de los Comunes de Inglaterra en toda la redondez del imperio británico, y estimaban que así eran competentes las Cámaras para imponer contribuciones y gabelas en las Colonias, como para cometer cualquiera otro acto de locura ó de iniquidad, lo mismo para confiscar los bienes de todos los comerciantes de Lombard-Street, que para condenar por crimen de traicion á cualquier ciudadano á la pérdida de sus derechos civiles, sin curarse de oír testigos, ni de oirlo á él mismo en su propia defensa, por ser á sus ojos la ley más bárbara de confiscacion ó degradacion tan válida como la del *Habeas corpus*. Pero si los legisladores se hallan obligados por todos los preceptos morales á oponerse sistemáticamente á las leyes de confiscacion y degradacion, análogo deber preceptuaba tambien á los legisladores ingleses negarse á imponer contribuciones á las Colonias americanas, con tanta más razon, cuanto que la ley del timbre, justificable si se quiere bajo el punto de vista de la competencia constitucional del Parlamento, era inicua, impolitica, estéril en productos y fértil sólo en agravios y turbulencias. Tan sana y discreta doctrina se adoptó por lord Rockingham y sus colegas, y tuvo por abogado á Burke, durante muchos años, dando asunto á discursos elocuentísimos, algunos de los cuales durarán tanto en la memoria de las gentes quanto dure la lengua inglesa.

Con la llegada del invierno se reunió el Parlamento y comenzaron los debates acerca del estado de las Colonias. Pitt, cuya salud se habia restablecido algun tanto merced á los baños de Bath, acudió á la Cámara de los Comunes y elevó la discusion á grande altura, impugnando con patética y enérgica

elocuencia la ley del timbre, aplaudiendo la resistencia opuesta por Massachusetts y Virginia, y sosteniendo, lleno de vehemencia y de fuego, contra toda razón y justicia, en nuestro sentir, que conforme á la Constitución inglesa el poder soberano de legislar no implica el de imponer contribuciones. A su vez, el lenguaje de Grenville tenía mucha semejanza con el que sin duda emplearía Strafford en los consejos de Carlos I, cuando llegaran nuevas de la resistencia que hallaba la liturgia en Edimburgo, porque á sus ojos los colonos no eran sino traidores, y los que buscaban excusas á su conducta tan perversos como ellos; no habiendo más razones posibles con los rebeldes que las armas y la guerra.

Los ministros plantaron su tienda entre los dos campos, pidiendo á las Cámaras que declarasen onnimodo siempre y en todo el imperio británico el poder legislativo del Parlamento inglés, y autorización para relirar la ley del timbre. Opúsose Pitt á lo primero; mas en vano, porque se votó casi por unanimidad. En cambio, apoyó enérgicamente la idea del Gobierno respecto de la ley del timbre; mas el Gobierno vió entónces avanzar contra él en órden de batalla una coaliccion formidable. Grenville y los Bedford parecían furiosos, y Temple, que se habia reconciliado y unido con su hermano despues de separarse de Pitt, no era enemigo despreciable. Más aún: el ministerio carecía de fuerza propia desde la muerte del duque de Cumberland, y en estas condiciones, no sólo tenía que luchar contra sus enemigos declarados, si que tambien contra la hostilidad del Monarca y de un grupo de hombres que comenzaron á ser por entónces designados bajo la denominacion de Amigos del Rey.

Burke trazó por aquel tiempo, con valentia y vida

extraordinarias áun en él mismo, los rasgos característicos de este grupo; y á pesar de que cuantos conocen la influencia tan decisiva que las pasiones ejercieron en su ánimo siempre podrán, sin que la sospecha se antoje á ninguno extraña y fuera de lugar, entender que ántes hizo una caricatura que no un retrato, es lo cierto que tal vez no haya en el cuadro un solo rasgo cuya exactitud no pueda demostrarse merced á hechos de indubitable autenticidad.

Era en vano que lord Bute hiciese alarde continuo de no intervenir en política; en vano que con singular perseverancia hubiese renunciado por completo á presentarse más en las recepciones de palacio; en vano que fuese á Escocia y á Roma, porque la generalidad de las gentes consideraba los Amigos del Rey como un cuerpo cuya alma fuera el Conde; llegando á tal extremo las imaginaciones y las conjeturas, que ántes de suponerlo extraño á la conducta de Jorge III, preferían creer que por cualquier medio inexplicable lo inspiraba y dirigia todo, no siendo las personas de posicion elevada las que ménos abundaban en tan vulgares preocupaciones. Por lo que á nosotros respecta, entendemos que la sospecha carecía de fundamento, y que las relaciones políticas de lord Bute con el Rey acabaron por completo algun tiempo ántes de la salida de Grenville. Y en verdad que nada es tan inútil como suponer influencias secretas de lord Bute para explicar los orígenes y progresos del nuevo partido. Porque su Majestad no era ya el año de gracia de 1763 aquel jóven inexperto é ignorante que se dejaba llevar de los consejos de su madre y de su gentil-hombre de cámara, pues por espacio de algunos años habia observado la lucha de los partidos y conversado

cada día en orden á los más arduos problemas de gobierno con políticos capaces y expertos, y á mayor abundamiento, su sistema de vida y su régimen doméstico habia sido efficacísimo á desarrollar su carácter é inteligencia. No era, pues, el Rey una figura decorativa, ni un maniquí á la disposición de sus allegados, sino un hombre de convicciones y muy conocedor tanto de los personajes políticos como de las cosas. Y siendo así, ¿qué cosa más natural de su parte que haberse formado muy alta idea de su prerogativa, que sufrir con impaciencia la oposición, y que desear que los hombres públicos se disgregaran unos de otros, para no depender sino de él única y exclusivamente? Y si halló á su alcance instrumentos apropiados á la ejecución de sus designios, ¿qué cosa más natural que así lo hiciera en el estado en que á la sazón se hallaba el mundo político?

Entonces se dió á luz una especie de reptiles políticos desconocidos antes en Inglaterra, y que no ha procreado. Eran hombres que no reconocían ningún vínculo político, excepto aquellos que los ligaban al trono. Allí donde se les mandaba, iban á seguida, fuera cual fuese la colectividad política en que hubieran de militar, y así estaban dispuestos en toda ocasión á coligarse con ella, como á separarse, como á minarla el terreno, como á correr á su asalto; que á sus ojos todos los gobiernos y todas las oposiciones eran iguales, y tanto les importaba Bute como Grenville, Rockingham como Pitt, siendo lo único interesante para ellos el Rey, sin que tanta sujeción y amistad á su persona implicara la menor enemiga para otros. No por eso les habia dispensado nunca el Rey la confianza que su padre á Doddigton, y que, andando el tiempo, mereció

Sheridan á su hijo, porque ni cazaban en su compañía, ni comían á su mesa, ni jugaban con él á las cartas. Sólo uno ó dos de estos amigos habia tenido la ocasión de ver á S. M. fuera de los actos oficiales y de las ceremonias públicas; mas no por eso estaba mal y tardamente informado el bando de sus deseos personales. Ninguno de sus individuos ocupaba puesto de lucimiento en el gobierno ni en los diversos ramos administrativos, siendo necesario buscarlos en aquellos cargos cuyos sueldos eran considerables, corto el trabajo y la responsabilidad nula; cargos que conservaban siempre tranquilos y seguros, mientras los gobiernos se sucedían y se modificaban cinco ó seis veces. Porque su misión, como ya tenemos indicado, no consistía en apoyar al Gabinete contra la oposición, sino al Rey contra el Gabinete, y por tal manera, cada vez que S. M. se hallaba en el trance de dar su asentimiento á un proyecto que le repugnaba, y que sus ministros constitucionales reputaran necesario, podía estar cierto de que sus amigos de la Cámara de los Comunes hablarían y votarían contra la ley y arrojarían en su camino cuantos obstáculos fueran compatibles con las prácticas parlamentarias. Y si el Rey se veía en la necesidad de recibir por su secretario de Estado ó por su primer lord de la Tesorería un personaje antipático, tampoco desperdiciarían sus adictos una ocasión de contrariar ó de humillar al ministro importuno. En buena correspondencia, S. M. los protegía, y era en vano que los ministros se quejaran uno y otro día de las traiciones y dificultades que les hacían y oponían aquellos hombres, porque, ó justificaba á los culpados ó los excusaba, ó si reconocía sus faltas, decía que antes de tomar ciertas determinaciones con ellos era su

chedumbre de admiradores que le sirve de escolta y lo acompaña con grandes aclamaciones por las calles que conducen á su casa. Preséntase Grenville, y apenas lo reconocen resuena una tempestad de silbidos y denuestos que pone miedo en el ánimo. Vuélvese furioso y ase de uno de los alborotadores con trazas de querer matarlo. Queda todo en silencio un instante, porque si la lucha se traba no es posible prever su desenlace. Por fortuna, el agredido no rechaza con violencia el ataque, y se satisface diciendo: «Si no puedo silbar, podré á lo ménos reirme;» y rompió en una estrepitosa carcajada, dando con ella en rostro á Grenville.

La mayoría fué tan decisiva que todos los individuos de la oposicion, excepto uno, se mostraban dispuestos á dejar pasar la ley sin más resistencia. Pero las observaciones y los ruegos fueron inútiles con Grenville, porque su resolución se hacia más incontrastable cuanto más hallaba hostil la opinion pública, y quiso mantener enhiesta su bandera tenazmente hasta el fin. A la tercera lectura tuvo con su cuñado Pitt una discusion por extremo acalorada: Pitt habló lleno de fuego contra el hombre que habia querido manchar el armiño de un rey de Inglaterra en la sangre de su pueblo, y Grenville dijo con su rudeza y resolucion habituales que si la contribucion no existiera, la impondria, y en cuanto á los males que pudiera ocasionar, su acusador, y no él, sería responsable de ellos, por haber sido sus prodigalidades la causa de su necesidad en aquel punto, y sus declaraciones contra los derechos constitucionales del Rey, de los lores y de los comunes las que hacian su necesidad más apremiante. «No envidio, prosiguió, los aplausos que recibe; ántes siento grande orgullo de los silbidos de que

soy objeto, atendida la causa. Tanto es así que si la ocasion de mi presente impopularidad no existiera, la provocaria.»

La anulacion de la ley del timbre fué, sin duda, el acto más importante del ministerio de lord Rockingham; mas, á parte de esto, le corresponde tambien la gloria de haber puesto fin á dos costumbres opresivas que llamaron justamente la atencion pública y excitaron sus pasiones en alto grado con motivo del asunto de Wilkes, pues á propuesta del Gobierno se votaron por la Cámara de los Comunes dos proposiciones condenando la práctica de los mandamientos de prision, y el secuestro de papeles en materia de prensa.

Bueno será tambien añadir para honra eterna de lord Rockingham que fué su gobierno el primero que tuviera el valor y la virtud necesarias, al cabo de largos años de corrupcion, para no sobornar los individuos del Parlamento. Y aun cuando sus enemigos lo acusaron, asi como á los suyos, de mucha debilidad, de orgullo desmedido y de inspirarse más de lo conveniente y usual en el espíritu de partido, ni la calumnia fué osada nunca en ningun caso á establecer relacion alguna entre su nombre y la palabra soborno.

Por desgracia, con ser su Ministerio uno de los mejores que hayan existido en Inglaterra, fué uno de los más débiles. Los Amigos del Rey lo atacaban y le oponian obstáculos á cada paso; y cuando los ministros acudían á S. M. en queja, el Monarca procuraba contemporizar, atenuar, paliar su conducta, y formulaba promesas ó las renovaba, y luego las eludia, pretendiendo siempre persuadirlos de que habia en el fondo de todo no más que faltas leves y errores de apreciacion ó de concepto. El Rey enten-

dia que lord Rockingham obraría más prudentemente parlamentando con sus contrarios, y si esto no daba resultado, entónces S. M. concertaría el modo de imponerles correctivo eficaz á la primera ocasion. Llegaba esta en seguida; pero Jorge III, en vez de cumplir su promesa, comenzaba de nuevo á disculpar y á prometer para eludir como de costumbre. El sistema era indigno. Mas el Rey decia que puesto se hallaba tan próxima la suspension de las sesiones, más valia esperar el interregno parlamentario para traer á buen camino durante él á los malcontentos, añadiendo que si entónces no renunciaban á sus prácticas, no sería él ciertamente quien los defendiera del justo enojo de los ministros. Sin embargo, S. M. habia resuelto deshacerse de lord Rockingham mucho ántes de que reanudara sus tareas el Parlamento.

Llegamos ahora en nuestra narracion á una parte de ella que no podemos tratar sin pena, por más que admiremos sinceramente, como lo hacemos y declaramos, las grandes cualidades de Pitt, pues tenemos el convencimiento de que así estaba en sus manos entónces dar el triunfo á los *whigs* como á los Amigos del Rey, y que si se hubiera ligado estrechamente con Rockingham, la corte no habria tenido más que una alternativa: los *whigs*, ó Grenville, en cuyo caso la eleccion del Monarca no era dudosa. Porque Jorge III recordaba todavía, lleno de amargura, y no sin sobra de razon, la esclavitud de que lo libertó su tío, y en aquel tiempo le oyeron decir muchos con toda su alma que preferiria ver al diablo en el poder que no á Grenville.

¿Ni qué podia ser parte tampoco á impedir que Pitt se aliara con lord Rockingham? En todas las materias importantes pensaban de idéntica manera:

habian estado conformes y acordes en censurar la paz, la ley del timbre, los mandamientos de prision y el secuestro de papeles; en cambio, los puntos acerca de los cuales no se hallaban acordes eran pocos y de muy escasa importancia. En orden á integridad, desinterés y odio á la corrupcion, no disientian, y sus intereses personales tampoco podian chocar, porque ni pertenecian á la misma Cámara, ni Pitt trataba de ser primer lord de la Tesorería, cosa que declaró más de una vez categóricamente para no dar ocasion ni pretexto á dudas.

Si no se aprovechó la ocasion de formar una liga útil al Estado y honrosa para cuantos en ella tomaran parte, no fué la culpa de los ministros *whigs*; porque tuvieron con Pitt tantas deferencias, que á no ser hijas del afecto, del respeto y del interés que mostraban por los negocios públicos, habríanse podido calificar con justo título de obsequiosidad servil; llegando el caso de que más de una vez le dejaran entrever que si gustaba de afiliarse con ellos lo recibirían no á título de aliado, sino proclamándolo por su jefe, y demostrándole, además, la consideracion que le tenían en el hecho de nombrar par del reino al hombre que por entónces gozaba de la plenitud de su confianza, el presidente del Supremo tribunal de Justicia. Siendo así, como lo era, en efecto, ¿qué podia separar á Pitt de los *whigs*? ¿Qué habia de comun entre los Amigos del Rey y él para que se prestara de buen grado á sus designios, cuando nada debió en ningun tiempo á la lisonja ni á la intriga, cuando su elocuencia y su celo independiente lograron dominar por el femor dos generaciones consecutivas de ilotas y de agiotistas políticos, cuando habia sido impuesto dos veces por el entusiasmo de un pueblo

de admiradores á un príncipe [que no lo quería]. Desgraciadamente, la corte había ganado á Pitt á su causa, no por los medios innobles que solía emplear cuando trataba de atraerse hombres tales como Rigby ó Wedderburn, sino con aquel cebo que tan ocasionado era y tan eficaz á sujetar la voluntad de su naturaleza noble hasta en las aberraciones. El Rey, pues, se propuso traer á su partido al único personaje político que fuera capaz de ahuyentar los *whigs* sin dejar franco el paso á Grenville y los suyos, pues sólo él podía poner término á las facciones y desafiar la coalición de los bandos más temibles y fuertes, así de los *whigs* como de los *tories*, de los Rockingham y de los Bedford como de los Grenville; cosas estas que á vueltas de lisonjas, de muestras de afecto y de seductoras promesas se decían al ídolo de la patria, y que produjeron al cabo el efecto deseado. Porque, aun cuando era noble y elevada el alma de Pitt; aun cuando su elocuencia se hubiera empleado más de una vez contra la corte con formidable resultado; aun cuando sus teorías de gobierno se inspirasen casi todas en la escuela de Locke y de Sidney, siempre consideró con profunda veneración la persona del Monarca, y desde que se hallaba en presencia del Rey, su imaginación y su sensibilidad se sobreponían á sus principios, su *whiguismo* desaparecía y sólo quedaba en él un *tory* á la manera de lord Ormond. Por otra parte, sin necesidad de más excitaciones que las suyas propias se hallaba Pitt dispuesto y propicio á contribuir de una manera eficaz á la proyectada disolución de las facciones políticas, pues las veía con notoria repugnancia, y no establecía grandes diferencias entre las cuadrillas de malhechores asociados para robar, y las

agrupaciones de hombres honrados que consagraban sus esfuerzos á la realización de grandes ideales ó intereses públicos. Al pensar y obrar así, no se daba cuenta de que sus enérgicos esfuerzos para destruir los partidos sólo serían ocasionados á establecer la supremacía de otro, el más vil y odioso de todos.

Tal vez no hubiera procedido así á gozar de la plenitud de sus facultades, pues á decir verdad, se advertía en él desde algun tiempo ya una manera de sobrexcitación del espíritu nada natural, por más que ninguna sospecha en orden á este punto hubiera trascendido todavía. Pero aun cuando jamás brilló su elocuencia tanto como en las últimas discusiones habidas, luégo comenzaron las gentes á recordar ciertos hechos y cosas que, á ser notados antes, habrían sido eficaces á dar la voz de alarma. Porque cada día se hicieron sus costumbres más extrañas, comenzando por aborrecer los sonidos fuertes, como dicen acontecía á Wallenstein, y que siendo el padre de familia más cariñoso, la voz de sus hijos se le hizo insoportable, determinando, para que no lo molestase rumor alguno de vecindad, labrar y comprar viviendas contiguas á la de Hayes, donde se instalaran sus parientes y deudos. Luégo vendió la quinta de Hayes y adquirió una *villa* en Hampstead, y allí volyó á la manía de comprar casas por todos lados para los suyos, rivalizando entónces en gastos con los más opulentos conquistadores de Bengala y de Tanjore. En Burton Pynsent mandó plantar cedros gran parte del terreno; y no siendo posible hallar en el condado de Somerset la cantidad necesaria de ellos, los hizo buscar en Lóndres, encargando se los trajeran sin más tardanza, como así se realizó, trabajando noche

y día y relevándose los portadores en los caminos. Nadie más sobrio siempre que Pitt, y, sin embargo, la profusion de su cocina era entonces para causar sorpresa ciertamente á los mismos epicúreos, porque siempre se hallaban sus criados preparando manjares, en razon á que como tenía el apetito caprichoso, no bien lo sentia, queria satisfacerlo sin demora. Podríamos citar otros muchos ejemplos que, si bien separadamente carecen de importancia, considerados en conjunto y relacionándolos con los extraños sucesos que siguieron, nos autorizan á pensar que su inteligencia sufría de cierta perturbacion ó enfermedad.

Poco despues de haberse cerrado el Parlamento, quedó separado de la direccion de los negocios lord Rockingham, el cual se retiró seguido de todos los amigos fieles, á cuya consecuencia politica y lealtad personal rindieron tributo en aquella ocasion hasta la enemiga y el encono más desacordado, pues no solamente abandonaron los puestos que ocupaban, sino que ninguno solicitó ni obtuvo, directa ni ménos indirectamente, merced ni gracia ni pension; desinteres desusado entre los hombres políticos de aquel tiempo. No era su jefe persona dotada de grandes condiciones y circunstancias, y de aptitudes brillantes, pero supo conquistar la fama tan envidiable de honradez que conservó inmaculada toda su vida, y á pesar de dificultades que parecian invencibles abolió grandes abusos y conjuró los peligros de la guerra civil que parecian inminentes. Diez y seis años más tarde y en momentos terribles acudió de nuevo á dirigir los negocios, llamado para salvar la patria que habian puesto en peligro de ruina y estrago la misma obstinacion y perfidia

que fueron partes á crear obstáculos y á derribar su primer Ministerio.

Ocupado en faenas agrícolas se hallaba Mr. Pitt, en el condado de Somerset, cuando recibió una carta del Rey, llamándolo á la corte. Acudió presuroso, y la disposicion irritable de su espíritu y de su cuerpo se agravó más todavía con la rapidez del viaje. Cuando llegó á Lóndres adolecia de fiebre. No obstante, vió á S. M. en Richmond y emprendió la obra de formar Gabinete.

No era, sin embargo, la situacion de Pitt la más ocasionada en aquel caso, y cuando tenia que dirigir negociaciones árduas y delicadas, porque se lamentaba, escribiendo á su mujer, de que las conferencias y discusiones en las cuales tomaba parte tan activa, le producian calentura. Otros afirman á su vez que su lenguaje, aun con aquellos cuya colaboracion habia menester y solicitaba, era por demas extraño, despótico y exigente, citándose al efecto algunas de sus cartas á determinados personajes, redactadas en un estilo que Luis XIV mismo no habia empleado con ningun caballero francés.

Halló Pitt algunas dificultades en realizar su tentativa de disolver los partidos, porque ciertos *whigs* á quienes la corte hubiera querido separar de lord Rockingham rechazaron cuantas ofertas les hizo, y los Bedford, que hubieran roto con Grenville de la mejor voluntad, formulaban pretensiones á las cuales no se prestaba Pitt. A su vez lord Temple, á quien se proponia Pitt ofrecer la Tesoreria, estuvo intratable con exceso, efecto tal vez del enfriamiento de relaciones que reinaba ya entre los dos cuñados, ántes tan estrechamente unidos en la prosperidad y en la desgracia politica, y separados ahora, éste de aquél porque se opuso á sus propósi-

tos en orden á la ley del timbre; aquél de éste porque se negó en definitiva á secundarlo en su acariciado proyecto de la liga de familia. Y si bien al cabo cedió el Conde, fué para pedir la division por igual del poder, á trueque de separarse de Grenville; pretension que se antojó descomedida y exorbitante á Pitt, quien la rechazó no sin trabar querrela con él. Cada cual permaneció despues fiel á su carácter, envenenando el despecho y la cólera el corazon de Temple, y llenándose hasta rebosar el de Pitt de acerbo y profundo desprecio hácia su hermano político. Temple calificó á Pitt de hipócrita, falso y traidor; y Pitt, á su vez, dijo que Temple no tenia otros títulos á los honores y distinciones que los bienes de fortuna, y el ameno jardin, y el lago, y las quintas de recreo que poseia, y que, á no haberle cabido la dicha de ser cuñado de un grande orador y estadista, nunca hubiera conseguido por sus propios méritos llegar á ciertos cargos de importancia. El concepto tan elevado que tenia de sí propio el futuro lord Chatham, le habia perturbado el cerebro y persuadido de que así podia formar gobiernos como regir imperios; extremidad dolorosa ciertamente á que llegó aquel hombre de recta intencion en fuerza de forjarse ilusiones acerca de su talento y demas circunstancias.

A pesar de tantas dificultades consiguió Mr. Pitt formar ministerio á gusto de S. M., es decir, un ministerio en el cual entraron casi exclusivamente los Amigos del Rey, como que aparte de ellos apenas si contaba cuatro individuos que tuvieran costumbre de asociarse para fines políticos. El cargo de pagador general se dividió entre dos personas que ni siquiera se habian saludado ántes, y los puestos principales los ocuparon en su mayor parte ó

deudos de Pitt ó miembros del anterior Gabinete, á quienes persuadieron de que debian continuar en el nuevo, despues de la salida de Rockingham. Figuraban entre los de primera línea el presidente del Tribunal Supremo, Pratt, recién nombrado lord Camden, que aceptó el Gran sello, y lord Shelburne, que fué secretario de Estado; y entre los de segunda, el duque de Grafton, que pasó á ser primer lord de la Tesorería, y el general Conway, que conservó su antiguo puesto en el Gabinete y en la Cámara de los Comunes. Carlos Townshend, que habia figurado en todos los partidos y no se curaba de ninguno, fué canceller de Hacienda, y Pitt, áun cuando se denominó primer ministro, excusó el encargarse de trabajo alguno. El Rey le hizo merced de título de conde bajo la denominacion de Chatham (1), y además quedó bajo su custodia el sello privado.

Inútil nos parece decir que el fracaso, el completo y vergonzoso fracaso de aquella combinacion, no puede ni debe atribuirse á falta de capacidad en las personas mencionadas, pues ninguna carecia de talento, y Pitt, Shelburne, Camden y Townshend eran de reconocida superioridad intelectual; que no consistia el mal en los materiales, sino en el principio mismo que habia servido á manera de argamasa para unirlos. Sin embargo, al mezclar elementos tan contrarios entre sí abrigaba Pitt la firme confianza de poder mantenerlos subordinados á su persona y en armonía perfecta unos con otros. Presto veremos el resultado del ensayo.

El mismo dia que se presentó el nuevo Ministerio á S. M. perdió Mr. Pitt las tres cuartas partes de

(1) Con el condado de Chatham le hizo merced S. M. del vizcondado de Burton-Pynsent.—N. del T.

aquella popularidad que gozó exclusivamente por tantos años, y á la cual debía en gran parte su prestigio é influencia, no por efecto de su conducta en lo que merecia juicio severo, sino en lo que á nuestro parecer no lo merecia, pues al aceptar un título de nobleza produjo un clamor general de indignacion. Ningun título empero estuvo mejor adquirido, ni tampoco ningun hombre de Estado tuvo más necesidad del reposo y sosiego de la Cámara de los Lores. Pitt envejecía, no tanto por efecto de los años como de las enfermedades; en muchas ocasiones, con riesgo inminente de la vida, cumplió sus deberes parlamentarios; pero durante la legislatura de 1764 no pudo ni una sola vez tomar parte activa en los debates, y como tampoco se hallaba en estado de asistir todas las noches al Parlamento, nada más natural que su deseo de pasar á la Cámara alta, tranquila y ociosa comparada con la de los Comunes. Pero el pueblo inglés no tuvo en cuenta estas consideraciones tan atendibles, y los mismos que lo habian amado y honrado cuando lo apellidaban el gran burgués, fueron los primeros en lanzarle acerbas y ruidosas invectivas al verlo convertido en conde de Chatham. Lóndres le habia permanecido fiel á pesar de todas las vicisitudes y contratiempos de la fortuna. Cuando supieron los habitantes de la gran ciudad que S. M. le habia escrito llamándolo; que celebraba conferencias con el Rey en Richmond, y que se acercaba la hora de que fuera primer ministro, no cupieron en sí de júbilo é hicieron preparativos para celebrar fiestas é iluminaciones, y ya estaban los vasos y farolillos dispuestos en las fachadas de los monumentos, cuando publicó la *Gaceta* el decreto haciéndolo conde. El entusiasmo acabó en aquel punto, se dió contraór-

den para los festejos y se descolgaron los aparatos de la luminaria. Los periódicos iniciaron el ataque, y entónces, al sentirse hostigada la opinion pública por la prensa, el tumulto no tuvo limites, llenándose de libelos las librerías, y siendo los más infamantes y calumniosos de éstos los que inspiraba el mal espíritu de lord Temple. Se hizo de moda comparar los dos William: el William Pulteney y el William Pitt: ambos, decian las gentes, habian adquirido grande ascendiente así en la Cámara de los Comunes como en la nacion por su elocuencia y su patriotismo simulado; ambos recibieron el encargo igualmente de reformar el Gobierno; pero ambos tambien se dejaron seducir del brillo de coronas condales en la cumbre del poder y en el apogeo de la popularidad, y al ser creados títulos se tornaron en objetos de aversion y menosprecio para el pueblo que ántes los idolatraba.

Estos clamores contra Mr. Pitt trascendieron al exterior é influyeron mucho en las relaciones de Inglaterra con las demas potencias; porque su nombre, que habia producido siempre maravillosos efectos en Versalles y San Ildefonso, perdió toda influencia, como que las Córtes extranjeras recibieron juntamente las nuevas de su entrada en el poder y de su impopularidad y desprestigio. Al perder el amor de sus conciudadanos, nadie lo temió ya en el extranjero, y fué inútil y en vano que los embajadores de la Gran Bretaña intentaran emplear como exorcismo el nombre de Chatham. ®

Las dificultades naturales que se oponian á la marcha de lord Chatham por efecto de la impopularidad en que cayó, se aumentaban cada dia por efecto de la manera despótica y soberbia que usaba con cuantos lo rodeaban. Lord Rockingham cuando

subió al poder procedió mesurada y discretamente; mostró el deseo de ver á los nuevos gobernantes adoptar los principios de sus predecesores, é intervino para impedir que muchos amigos de la situación pasada presentaran las dimisiones de sus cargos, logrando así recabar, entre otros, de Saunders y de Keppel, oficiales de gran mérito, que permanecieran en el Almirantazgo, donde prestaban importantes servicios. Lo propio sucedió en la casa Real, pues el duque de Portland continuó ejerciendo el oficio de lord gentil-hombre. Mas al cabo de tres meses, las altanerías de lord Chatham habian herido de tal modo á todos, que ninguno estaba en su puesto; que si en el despacho de S. M. empleaba términos corteses y penetrados de urbanidad, en el ejercicio de sus funciones, con sus colegas y cuantos se le acercaban, era modelo de incivilidad y tiranía, como que los demas ministros se le antojaban meros escribientes encargados de los asuntos navales, rentísticos ó diplomáticos. ¡Cuánta no sería la brutalidad de su proceder cuando Conway, el tímido, irresoluto y bondadoso Conway, exasperado de la conducta de lord Chatham, llegó á decir que nunca se vió fuera de Constantinopla despotismo como el suyo, y que no sin pena logró disuadirlo Horacio Walpole de presentar la renuncia de su cargo y de volver despechado á las filas de lord Rockingham!

Con el auxilio de los Bedford se habia propuesto llenar Mr. Pitt la brecha que dejaron abierta en él al retirarse los de Rockingham; pero no podia tratarlos como á los demas partidos, y en vano fué que hiciera ofertas importantes á varios individuos del grupo, en la esperanza de separarlos del tronco principal, porque nada quisieron oír si no se hacian

extensivas á la colectividad en masa. Cierto es que hubo fluctuaciones y disputas entre ellos; mas tambien lo es que al cabo prevalecieron los consejos sagaces y prácticos de Rigby, á virtud de los cuales determinaron permanecer unidos y manifestar categóricamente á lord Chatham que si no tomaba la fraccion entera, no conseguiria ninguno de sus individuos aislado. El suceso demostró la prudencia y alcance del consejo, y que aventajaban en habilidad política á todas las agrupaciones de su tiempo, porque al cabo de pocos meses ya se hallaban en el caso de dictar la ley.

Fué la medida pública más importante del Ministerio de lord Chatham su célebre intervencion en el comercio de los cereales. Porque como la cosecha hubiera sido mala y los precios subieran con exceso, creyó necesario tomar sobre sí la responsabilidad de prohibir la exportacion de granos, medida que al reunirse las Cámaras fué atacada por inconstitucional, defendiéndola el Gobierno á título de absolutamente indispensable. Al cabo se llegó á un acomodo, y el Parlamento votó un acuerdo concediendo cierta indemnizacion á los perjudicados á consecuencia del embargo.

Las primeras palabras que Chatham pronunció en la Cámara de los Lores fueron enderezadas á defender su conducta en el asunto de los cereales, y habló con aquella mesura, dignidad y calma que tan ocasionadas son al auditorio á quien se dirigia. No estuvo circunspecto en igual grado al pronunciar su segundo discurso; y olvidando el lugar en que se hallaba, increpó á las diversas fracciones aristocráticas que allí tenian asiento con una rudeza y arrogancia á la cual no estaban acostumbrados los pares, y con tono y ademan que ántes convenian á las

asambleas numerosas y turbulentas que al cuerpo en que acababa de ingresar. Esto fué ocasion de un debate animado, en el curso del cual se le dijo de una manera categórica que la nobleza de Inglaterra no consentiría en modo alguno ser tratada sin la consideración y el respeto que merecía.

Pero llegó un momento en que comenzó á ser notorio á todos el desequilibrio de sus facultades. Porque como le llamara por entónces la atención el engrandecimiento territorial de la Compañía de las Indias orientales, y se propusiera someter á las Cámaras el asunto, comenzó por negarse á conferenciar con sus colegas acerca de él, siendo en vano que Conway, encargado de la Cámara de los Comunes, y Townshend, responsable de la gestión rentística, le pidieran, y le rogaran como gracia, siquiera un rayo de luz en orden á sus proyectos, pues sus contestaciones fueron evasivas y misteriosas, dejando entrever que no podía ni debía discutir el caso con ellos, ni necesitaba de su auxilio, toda vez que ya tenía escogida y designada la persona que hubiera de apoyar sus medidas en la Cámara baja. Referíase con esto Mr. Pitt á un individuo del Parlamento que no formaba parte del Gobierno, á quien la Cámara no gustaba de oír, que tampoco le merecía, demagogo bullicioso, envaneido de sus bienes de fortuna, ignorante además, y cuyo inglés no nada culto y cuyas citas latinas, dichas de una manera que sólo era parte á mostrar que ni aún tenía la más leve noción del modo de pronunciar la lengua de M. Tulio, eran objeto de las sátiras periodísticas cada vez que hacía uso de la palabra. Este personaje no era otro que el concejal londinense Beckford. Fácil es darse cuenta del efecto que producirían estos procedimientos anómalos y extraños

entre los hombres políticos. La *City* se sintió presa de grande agitación; la Compañía de las Indias orientales invocó la fe de sus capitulaciones; Burke pronunció discursos vehementísimos contra el Ministerio, y los ministros se miraban unos á otros sin saber qué hacerse. En medio de tanta confusión y desórden dijo lord Chatham que adolecía de la gota, y se retiró á Bath en busca de alivio. Avisó poco despues que ya estaba mejor, que volvería y todo entraría en su cauce; despues señaló el día de su llegada, y cuando los suyos lo esperaban supieron que apenas apeado en la *Hostería del Castillo*, de Marlborough, se cerró en su alcoba con propósito de no salir de allí en algunas semanas, como así sucedió en efecto. Durante su estancia en aquel lugar, cuantos pasaban por la vivienda de lord Chatham quedaban sorprendidos viendo el número tan considerable de criados y lacayos de librea que poblaba la posada, con ser una de las más grandes de Inglaterra, y que circulaban por las calles del pueblo, siendo el hecho que había exigido el inválido lord, no bastándole su servidumbre, que todos los mozos y palafreneros de la hostería trajeran puesta su librea mientras estuviera en ella.

Los colegas de Pitt estaban desesperados. El duque de Grafton propuso que fueran todos á Marlborough á fin de consultar el oráculo; mas hubo de renunciar al proyecto, sabedor de que lord Chatham no se hallaba dispuesto á pláticas políticas. Entretanto, aquellas fracciones que habían quedado excluidas del poder, tales como los Bedfords, los Grenvilles y los Rockinghams se unían con el propósito de combatir al Gobierno vacilante cuando se discutiera y votara la contribución territorial, acuerdo en que los apoyaban casi todos los repre-

sentantes de los condados, merced á lo cual obtuvieron, llegado el caso, mayoría considerable. Aquella fué la primera derrota sufrida por un gobierno en la Cámara de los Comunes con ocasion de un asunto importante desde la caída de sir Roberto Walpole. Pero si se hallaba reciamente combatido el Gobierno por adversarios de fuera, no eran por cierto sus enemigos exteriores los que más en peligro ponían su existencia, sino las disensiones intestinas. Porque, cuando se formó, como no tuvo por base un principio determinado, cualquiera que fuese, sólo pudo ser eficaz á evitar que vinieran á las manos desde el primer día los diversos contingentes, hostiles todos unos á otros, que lo componían, el prestigio y la influencia de Pitt; pero al relajarse y desaparecer uno y otra cundió la desunión y la discordia y la lucha. Conway, por ejemplo, militar bizarro en el campo de batalla; pero en la vida civil el más irresoluto y pusilánime de los hombres, temeroso de disgustar al Rey, temeroso de ser blanco de las críticas acerbas del periodismo, temeroso de pasar por rebelde si salía del Gabinete, y de pasar por interesado si continuaba en él, temeroso de todo, hasta de que lo creyeran temeroso de algo, iba como un volante de la raqueta de Horacio Walpole, que deseaba verlo primer ministro, á la de lord John Cavendish, que deseaba traerlo á las filas de la oposición. A su vez Carlos Townshend, hombre de claro talento, de principios no nada sólidos y de vanidad y presuncion sin límites, no quería someterse á nadie. Hasta entónces no habia manifestado nunca toda la extension de su mérito, ni de sus ambiciones, ni de su arrogancia, porque lo contuvieron el orgullo y el ingenio de Mr. Pitt, pero al pasar éste á la Cámara de los Lores dejando de parecer

en la de los Comunes y advirtiéndole en él aquellos indicios praeursos de las abdicaciones, comenzó á sacudir el yugo que lo sujetaba.

Así las cosas, llegó lord Chatham á Lóndres. Lo mismo hubiera sido que prolongara su estancia en Marlborough, porque se negó á recibir á todos, y aún más resueltamente á tratar de asuntos políticos: el duque de Grafton le rogó con vivas instancias que le concediera una entrevista de una hora, de media, de cinco minutos á lo ménos; pero en vano: el Rey mismo y con insistencia vino en rogarle también y en reprenderle por su conducta para obtener idéntico resultado. «Vuestro deber, le escribió, vuestra propia honra exigen de vos un esfuerzo:» pero las respuestas que daba Chatham á estas excitaciones, por lo general escritas de mano de su mujer y dictadas por él, pues ni fuerzas tenía para tomar la pluma, estaban reducidas á decir que se ponía respetuosamente á los piés de S. M.; que no sabía cómo agradecer á S. M. las grandes y señaladas muestras de afecto que dispensaba á su ministro, el más desgraciado de los hombres, y que tuviese todavía con él cierta condescendencia, porque no podia ocuparse aún en los negocios públicos, ni ver á sus colegas, ni mucho ménos tener una conferencia con S. M., pues la emocion lo acabaría.

Algunos entendían que todo esto era estudiado y efecto de haber reconocido su falta; que habia perdido para siempre la reputacion de hombre de Estado, y con ella su inmensa popularidad; que, ciego de orgullo, acometió una empresa superior á sus fuerzas, y que, no viendo ya en toda ella sino humillaciones y peligros, forjaba dolencias para eludir las contrariedades que no tenía valor de arrostrar. Pero aún cuando estas suposiciones parecieran

verosímiles, supuesta la debilidad de su carácter, carecían de fundamento en aquella ocasion. Porque ántes de ser primer ministro Mr. Pitt, ya dijimos que no gozaba de la plenitud de su inteligencia, y en los momentos de su vida que narramos, por efecto de funesto concurso de causas físicas y morales, el desórden de sus facultades era completo. La gota, martirio de su existencia, cedió á remedios enérgicos, y entónces por primera vez desde los dias de su juventud consiguió pasar meses enteros sin sentir una punzada; mas en cambio del alivio de sus manos y piés adolecia de los nervios. Se tornó melancólico, caprichoso é irascible; y como la situacion política era grave y más todavía su responsabilidad, y se hallaba convencido de sus errores, y sus colegas estaban desunidos y discordes, y la opinion clamaba contra él, desmayó su espíritu. Sólo una cosa, decia el desgraciado ministro, seria eficaz á salvarlo: el retiro de Hayes. Lady Chatham corrió en busca del nuevo propietario, y no sin gran trabajo y muchas súplicas y lágrimas recabó de él la finca. Chatham al verse en su antigua casa pareció más tranquilo; mas no por eso se podia tratar de política ni asuntos relacionados con el Gobierno delante de él, porque toda su actividad y grandeza de alma de otro tiempo se habian trocado en un modo de ser propio solamente de mujeres histéricas, como que la menor cosa lo estremecia y arrasaba en lágrimas sus ojos.

Esperaron en vano sus colegas que al cabo se restableciera y abandonara el retiro donde se habia recogido, pero los meses se sucedian á los meses, y él continuaba en misterioso alejamiento de todo y escondida soledad, sabiéndose no más que se hallaba por extremo abatido. Al cabo cesaron de

guardar su vuelta y de temer la menor cosa de su parte; y áun cuando tenia y conservaba el título de primer ministro, adoptaron sin escrúpulo ciertas medidas diametralmente opuestas á todas sus tendencias y opiniones, aliándose á quienes habia proscrito, proscribiendo á quienes más amaba, ó imponiendo contribuciones á las Colonias, á pesar de cuanto con tanta energia manifestó recientemente.

Cuando hubo pasado lord Chatham cerca de veintin meses en su apartado asilo de Hayes, recibió el Rey carta de puño de lady Chatham, dictada por su marido, en la cual pedia permiso á S. M. para desenvolver el Sello privado. No sin apariencias de cortés vacilacion, admitió el Rey la renuncia del primer ministro. A decir verdad, tan olvidado se hallaba entónces Pitt, como si ya estuviera muerto y enterrado bajo las bóvedas de Westminster.

Y ¡cosa singular! las tinieblas que velaron su poderosa inteligencia comenzaron á disiparse, acabando por desaparecer completamente. Volvió la gota y su tormento, y con ella quedó libre de la enfermedad más cruel todavía que lo inhabilitó para ejercer su oficio. Se vigozaron sus nervios, su inteligencia despertó reanimada y fuerte, y volvió á la vida por decirlo así. Curacion extraña fué la suya, y tanto efecto produjo y tanta sorpresa en todos, que cuando se presentó por primera vez en besamanos, como habian hablado de él los últimos tiempos cual de un hombre que hubiera muerto, lo miraron del propio modo que si volviera del otro mundo. Treinta meses hacia que no se dejaba ver de nadie.

No era él quien ménos tuviera que sorprenderse de los cambios ocurridos en aquellos dos años y medio. Todo cuanto veia era nuevo y diferente de

lo que habia dejado al partirse de Londres, á empezar por el Ministerio cuyo personal, si no cambió por completo en un dia mismo, habia sufrido tantas modificaciones y reformas, que lord Chatham no conocia su obra. Townshend habia muerto; lord Shelburne hubo de abandonar su puesto á virtud de un decreto de separacion; Conway estaba reducido á la nulidad y á la impotencia; el duque de Grafton, en manos de los Bedford, y éstos á su vez, que habian rendido á Grenville y acabado con él, en paz con el Rey y sus amigos, y dueños de los empleos y cargos públicos. Lord North era canciller de Hacienda, y su importancia crecia por momentos; la Córcega estaba en manos de la Francia, que se apoderó de la isla sin lucha; las querellas con las Colonias, más enconadas que nunca, y durante las elecciones que acababan de verificarse, á pesar de hallarse Wilkes fuera de la ley, habia vuelto á Inglaterra, presentado su candidatura y sido electo por el distrito de Middlesex. Las masas lo querian como siempre; pero la camarilla de palacio, que lo aborrecia más y más, resuelta á perderlo, no reparaba en su saña que para lograr esto tendria que minar los cimientos mismos de la ley fundamental. Entonces fué cuando la Cámara de los Comunes, atribuyéndose autoridad que sólo corresponde legalmente á entrambas, tomó sobre sí la responsabilidad de incapacitar á Wilkes de ir á ella; y no pareciendo esto bastante, trató de poner á otro en lugar suyo. Rehusaron los electores designar persona que fuése grata en palacio, y en vista de su actitud la Cámara se ocupó de proveer á la necesidad; hecho indigno que aun siéndolo mucho no fué único de la mala voluntad de la camarilla, ni la más vergonzosa tampoco de sus obras. Las cuales, unidas á otras muchas con-

causas, habian producido universal descontento en el país, que acrecentaron los enemigos de la situacion, merced á estimulantes tan fuertes y eficaces como nunca se aplicaron ántes á la opinion pública. Por aquel tiempo entró en liza *Junius* (1), hollando de tal modo á sir William Draper, hiriendo tan profundamente á Blackstone, y deshaciendo en tan menudos pedazos la reputacion del duque de Grafton, que su excelencia sentia náuseas de pensar en el poder, no teniendo más proyecto ya que uno: el de retirarse á las frondosas y sombrías arboledas de Euston. Por lo demas, todos los principios de política exterior, interior y colonial que tan caros habian sido á lord Chatham, fueron violados durante aquel eclipse de su talento por el mismo Gobierno que formó.

Los años que le restaban de vida los empleó en luchar estérilmente contra esta política fatal, tarea que pudo haberse ahorrado no favoreciéndola cuando debió destruirla de un golpe; mas el fruto de sus improbos esfuerzos quedó reducido á salvar su nombre de ruina, quedando estériles de todo punto para su patria.

Encontró dos partidos en órden de batalla contra el Gobierno, el de los Grenvilles y el de lord Rockingham, y aun cuando ambos se acordaban respecto del asunto del Middlesex, en órden á otros muchos de grande importancia estaban tan discordes entre sí como eran los dos opuestos á la corte. Perseguian los Grenvilles á los Rockinghams, de mucho

(1) Llamábase Felipe Francis este distinguido publicista, que despues pasó á la India en calidad de consejero durante la administracion de Warren Hastings. Véase el tomo XVI de esta *Biblioteca*, estudio sobre Warren Hastings.—N. del T.

hacia, en la prensa por medio de libelos acerbos y sangrientos. Tardaron los Rockinghams en contestar y volver por su honra; pero un malicioso folleto inspirado por Grenville y titulado *A State of the Nation* triunfó de su paciencia, poniendo la pluma en manos de Burke, quien defendió y vengó á sus amigos con habilidad y energía extraordinaria, quedando por vencedor en todo, y aún más al tratar de las cuestiones de Hacienda, en las cuales se fundaba principalmente la fuerza y el prestigio de Grenville, dejándolo fuera de combate. Gesticulaba y profería gritos de dolor y de vergüenza todavía Grenville cuando apareció lord Chatham en la palestra. Nada hubiera sido eficaz entonces á poner paz entre los combatientes, y muy difícil á lord Chatham aliarse á ninguna de las dos facciones enemigas; pero, no obstante, á pesar de las afrentas hechas y recibidas, como quiera que sus inclinaciones lo llevaban hácia el partido de los Grenvilles, por ser en él fortísimos los lazos de familia, y su carácter benigno aunque altanero, y aún cuando entre sus cuñados y él existían diferencias de apreciación en lo tocante al impuesto colonial, acabó por reconciliarse con ellos. Chatham hizo una visita á Stowe, allí se dieron las manos, y los propietarios del condado de Buckingham pudieron brindar en sus banquetes á la unión de los tres hermanos.

Cierto es que las opiniones de lord Chatham lo acercaban más á los Rockinghams que á sus parientes; pero no lo es ménos que habia entre aquellos y él un abismo difícil de salvar, pues les habia inferido profundas heridas que causaron también inmenso daño á la patria, en razon á que cuando la balanza oscilaba entre la corte y los de Rocking-

ham, él echó todo el peso de su fama, de su talento y de su popularidad en el platillo donde se habian puesto las probabilidades del mal gobierno. Bueno será decir también que muchos hombres de cuenta entre los de Rockingham recordaban todavía con amargura el tono despreciativo y descortés que usó al tratar de ellos cuando tomó la dirección de los negocios públicos, y los folletos y discursos de Burke, y más todavía sus cartas particulares y conversaciones declaraban claramente que su mala voluntad por Chatham la inspiraba el odio. Pero Chatham, que tenia conciencia del error cometido y deseaba repararlo, pasó por el trance de ver acogidas sus primeras explicaciones, á pesar de la forma sincera, franca, espontánea y hasta humilde que usó con lord Rockingham, de una manera fria y adusta. Con el tiempo se hicieron más afables las relaciones de ambos y llegaron á ser hasta casi amistosas; pero sin olvidar el ofendido la memoria de lo pasado.

No quedó solo por eso Mr. Pitt, pues de allí á poco lo rodeaba una falange, si no fuerte por el número, sí por la grandeza y variedad de talentos de sus individuos. En ella figuraban lord Camden, lord Shelburne, el coronel Barré y Mr. Duning, que fué más adelante lord Ashburton.

La inteligencia de lord Chatham no sufrió la menor alteración ni menoscabo desde entonces hasta pocas semanas ántes de su muerte, al ménos todo parece indicarlo así, y fué su elocuencia tan arrebatadora como siempre. No era, sin embargo, la suya ocasionada en modo alguno á la Cámara de los Lores. Porque sus arengas majestuosas y vehementes, llenas de movimiento y de vida; su acción teatral, su mirada trágica, sus acentos propios de Garrick ó de Talma, holgaban en un pequeño re-

cinto y ante un auditorio que las más de las veces no excedía de tres ó cuatro prelados soñolientos, de tres ó cuatro magistrados encanecidos en la carrera judicial, y que desdenaban las galas de la retórica porque su hojarasca les encubría y velaba las razones y los hechos, y de tres ó cuatro caballeros de buena casa, presumidos y necios, y que hacían alarde siempre de sonreír compasivamente al entusiasmo. En la Cámara de los Comunes, una mirada suya ó un ademán, habían aterrado á veces á Murray; en la de los Lores, toda su vehemencia y sus más patéticos acentos no lograban producir la mitad del efecto que la moderación, la templanza, la razón fría y serena, el método, claridad y aplomo tranquilo y digno que caracterizaron la oratoria de lord Mansfield.

Las tres secciones de la oposición obraron de concierto en el negocio electoral del Middlesex, y ningún orador logró defender entonces en la Cámara de los Comunes con tanto entusiasmo y elocuencia como lord Chatham lo hizo en la de los Lores la causa que se considera en nuestros días por la verdaderamente constitucional. Antes de que hubiera cesado la expectación pública respecto del asunto, Jorge Grenville pasó de esta vida, disgregándose su partido, desapareciendo como tal de la arena política, y pasando de allí á poco la mayoría de sus afiliados á figurar en los bancos del Ministerio.

Si Jorge Grenville hubiera vivido algunos meses más, los lazos de amistad que reanudó con él lord Chatham, al cabo de largos años de alejamiento y de hostilidad, se habrían roto, sin duda, de una manera violenta por segunda vez. Las diferencias y querellas entre Inglaterra y América del Norte iban tomando aspecto muy sombrío y amenazador. La

opresión provocaba la resistencia, y ésta, nueva y más rigurosa opresión; y como los advertimientos de los hombres de Estado más eminentes eran en vano para la corte y para la nación, ciegas ambas, ésta de orgullo, aquélla de ira, presto se vió un Senado en las Colonias enfrente del Parlamento británico, y rebelde, y luégo la milicia colonial que cruzaba sus bayonetas con las tropas inglesas, y más tarde, al cabo de lucha pertinaz y sangrienta, desgarrarse la nación en dos partes, separándose de la metrópoli dos millones de ciudadanos de la Gran Bretaña que quince años ántes eran tan fieles á su rey y se hallaban tan satisfechos y estaban tan activos de la patria común, cual pudieran estarlo los habitantes de Kent ó de York. En un principio se creyó que los insurgentes combatirían sin éxito contra los inmensos recursos pecuniarios y militares de la madre patria; pero una rápida sucesión de catástrofes desvaneció á seguida prontamente cuantas ilusiones pudo forjarse la vanidad nacional hasta que al fin, de uno en otro desastre, llegó el caso tristemente memorable de que numeroso ejército inglés, hambriento, acosado, perseguido por todas partes, no de tropas regulares y disciplinadas, sino de campesinos, hubo de someterse á la humillante necesidad de rendirse á ellos. Con esto, los gobiernos del continente á quienes tanto abatió la Inglaterra la última guerra, y que desde mucho hacía suspiraban por la hora de tomar el desquite de Quebec, de Minden y del Morro, se sintieron renacer á la esperanza y cobraron aliento y brío, reparando que la ocasión de la venganza se acercaba. Francia reconoció la independencia de los Estados Unidos, y seguramente la corte de Madrid imitaría su ejemplo sin tardanza.

Chatham y Rockingham habian unido sus esfuerzos para oponerse de todo en todo á la política funesta que llevó al Estado á tan peligrosa extremidad; mas, á partir de aquel día siguieron rumbos diferentes. Porque lord Rockingham creia, y el suceso demostró cuánto estaba en lo cierto, que las Colonias sublevadas habian roto por completo con la metrópoli, y que la prolongacion de la guerra en el continente americano sólo sería eficaz á dividir fuerzas y elementos que se hacia necesario concentrar, y que, renunciando á la empresa desesperada de someter la Pensilvania y la Virginia, tal vez pudiera conjurarse la guerra con la casa de Borbon y caso de no ser así, por hacerla fatalmente necesaria la desgracia, sostenerla no sólo con éxito y gloria, sino hasta resarciéndose en cierto modo de las pérdidas y daños sufridos á costa de los enemigos extranjeros que aguardaban con ansias vivas aprovecharse de los disturbios y alteraciones intestinas del país. Lord Rockingham y los suyos entendian, pues, que la conducta más prudente que debiera seguir la Gran Bretaña era reconocer la independencia de los Estados-Unidos sin tardanza, replegar sus fuerzas, concentrarlas y volverlas contra sus enemigos del continente.

Lord Chatham hubiera debido en nuestro concepto afiliarse á esta opinion, con tanto más motivo, cuanto que ántes de tomar partido Francia en la contienda entre las colonias y la Metrópoli, habia declarado muchas veces con gran energía cuán convencido estaba de la imposibilidad de triunfar de América, y que sin caer en grosera contradiccion no debía sustentar el absurdo de que fuese más fácil conseguir la victoria en América y Francia juntamente, que sólo en América. Pero la pasion era

más poderosa en él que no el juicio, y lo cegaba en orden á su propia consecuencia. Bueno será decir tambien que las circunstancias mismas que hacian inevitable la pérdida de las Colonias, aumentaban á sus ojos la magnitud del quebranto, porque la desmembracion del imperio británico le parecia ménos humillante y ruinoso, viendo en ella el resultado de las disensiones intestinas, que la obra del extranjero. Herviale la sangre al pensar en la degradacion de la patria. Cuanto redundaba en su daño y pudiera disminuir su importancia entre las demas naciones le afectaba cual si fuera ultraje inferido á su honra personal, y era esto así tambien porque la hizo tan grande y poderosa con su esfuerzo, y se gozó tanto en su obra, y se sintió tan orgulloso de ella, y ella le pagó con tanto amor y tanto entusiasmo sus afanes, que la patria y él formaban en su corazon una cosa misma. Y recordando el modo cómo veinte años ántes, en momentos de luto y espanto, al ver arrancadas de su corona imperial joyas de gran valía y deshonoradas sus banderas, acudió á él en demanda de auxilio, y el repentino y glorioso cambio que logró verificar en ella su energía, su entereza y su brío, y la serie interminable de triunfos que le proporcionó, y los trofeos militares, y los dias de regocijo, y las luminarias, y el entusiasmo indescriptible de las muchedumbres, determinó apartarse de cuantos aconsejaban la conveniencia de reconocer la separacion de las Colonias. Sus partidarios más fervorosos no podrán ciertamente negar que cometió entónces una falta; en cuanto á nosotros, diremos que fué obra de sus parciales más decididos y de su hijo predilecto el tratado á virtud del cual se reconoció algunos años más tarde la república de los Estados-Unidos.

El duque de Richmond había propuesto una exposición al Rey contra la guerra de América. Lord Chatham, que no asistía, por efecto de sus dolencias, cada vez más graves, al Parlamento, determinó de concurrir en aquella ocasión para manifestar que pensaba, respecto del asunto, precisamente lo contrario de cuanto pretendía el partido de lord Rockingham. Se hallaba sobreexcitado por extremo, y sus médicos le rogaron con mucha insistencia que antes debía preocuparse de aquietar su espíritu que no de ir al Parlamento; mas en vano. Su hijo Guillermo y su yerno lord Mahon lo acompañaron á Westminster. Deseansó un espacio en el despacho del canceller, y á seguida, sosteniéndose asido á los brazos de los suyos, pudo llegar, no sin trabajo, hasta su escaño. La sesión fué solemne y memorable; y como la historia conserva todos sus detalles, hasta los más insignificantes, sabemos que saludó con mucha urbanidad á los pares que se levantaron para dejarlo pasar; que llevaba la cayada; que vestía, según su costumbre, rico traje de terciopelo; que su peluca era tan grande y que tenía el rostro tan demacrado, que á cierta distancia sólo se distinguía en él la curva pronunciada de su nariz aguileña, y algun destello de sus ojos.

Cuando hubo hablado el duque de Richmond, se levantó lord Chatham. Por un espacio fueron sus palabras ininteligibles; luego se hicieron claras y distintas; pero sólo á grandes intervalos percibía el silencioso é inmóvil auditorio conceptos ó ideas que le recordaran el William Pitt de otro tiempo. Ya no era el orador que todos habían conocido: perdía el hilo del discurso, vacilaba, repetía las mismas palabras, y experimentaba tanta turbación que al referirse á una ley no logró recordar el nom-

bre de la electriz Sofia. La Cámara escuchaba en profundo silencio; las fisonomías de todos los circunstantes revelaban la compasión, la pena y el respeto; nadie osaba moverse, y los ojos de cuantos allí había seguían los movimientos del orador con ansiedad; calló: el duque Richmond contestó entonces con frases mesuradas y corteses; pero se advirtió que mientras lo hacía, el anciano daba muestras de grande agitación: cesó el Duque; se levantó de nuevo Chatham, y al comenzar se llevó la mano al pecho y cayó en su asiento desplomado de un ataque de apoplejía. Tres ó cuatro lores de los que se hallaban más próximos á él lo recogieron; el concurso salió desordenadamente del salón; llevaron al moribundo á una pieza contigua, donde se repuso, pudiendo después resistir el viaje á Hayes. Allí pasó algunas semanas entre la vida y la muerte, y espiró al cabo (1) á los setenta años de edad. Su mujer y sus hijos rodearon el lecho del paciente hasta la hora postrera con amoroso afán y merecido anhelo, porque si fué con harta frecuencia sobrado altanero y rudo para otros, para los suyos fué siempre manantial inagotable de bondades y cariño, y porque si durante toda su vida sus adversarios políticos lo temieron, y sus aliados lo admiraron, ántes penetrados de respeto que de afecto, en el seno del hogar todos lo quisieron de una manera entrañable y espontánea, movidos de su bondad, de sus generosos impulsos, y de los infinitos rasgos de su benévolo y amable carácter.

Al pasar lord Chatham de esta vida, escasamente le quedaban diez partidarios en ambas Cámaras; que la mitad de los hombres políticos de su tiempo se

(1) El 11 de Mayo de 1778.—N. del T.

había separado de él por sus faltas, y la otra mitad por los esfuerzos que hizo para enmendarlas. Su postrer discurso fué un ataque simultáneo á la política del Gobierno y á la preconizada por la oposición; pero la muerte lo redimió y le restituyó el amor de su patria. ¿Ni quién tampoco hubiera podido ver con ánimo sereno y ojos enjutos la caída de aquel coloso? Hasta las circunstancias mismas de su muerte, ántes parecen pertenecer al género trágico que no á la vida ordinaria de los hombres: orador famoso, gloria de la tribuna inglesa, gran ministro, colmado de honores, abrumado de los años y de incurable dolencia, se dirige al Senado apoyándose en el brazo del hijo querido, que con ser muy jóven todavía ya promete muchas esperanzas; y allí, en medio del consejo, en la ocasion misma que se esfuerza para reanimar el espíritu decadente de su patria, cae como herido del rayo, y muere luego. ¿Era imposible que aquel modo de acabarse una vida tan cumplidamente llena de servicios á la patria no quedara grabada en la memoria de las gentes entre sus recuerdos más tiernos y afectuosos! Así fué que los enemigos callaron, y la misma voz de la justicia no fué osada entónces á pronunciar su fallo; que nadie pensaba sino en la grandeza de su carácter, en la claridad de su ingenio, en su intachable probidad y en sus indisputables y evidentes servicios. Todos los partidos declararon esto á una voz, como si la muerte hubiera concertado sus voluntades para honrarlo. El Parlamento se apresuró á votar la suma necesaria para sus funerales y la ereccion de un monumento á su memoria; pagó además sus deudas, y aseguró el porvenir de su familia, y la *city* de Lóndres pidió que los restos del gran ciudadano, á quien tanto amó y

honró tan largo tiempo, descansaran bajo la cúpula de su magnífica basilica; pero la solicitud llegó tarde y cuando todo estaba ya dispuesto para su entierro en Westminster (1).

Aun cuando los hombres de todos los partidos contribuyeron á rendir los honores póstumos á lord Chatham, casi fueron solos en su acompañamiento los adversarios del Gobierno. Llevó la bandera señorial de Chatam el coronel Barré, con Richmond y Rockingham á los lados; Burke, Savile y Dunning tenían las cintas del féretro, y lord Camden iba en lugar que todos lo vieran: presidia el duelo el jóven William Pitt, que veintisiete años despues había de ir tambien con pompa igual para recibir sepultura en aquel sagrado recinto, y en ocasion parecida de tristes presagios.

Yace lord Chatham cerca de la puerta septentrional de la iglesia, en un lugar que desde entónces se ha reservado á los políticos, así como la otra parte de la nave se guarda de antiguo para los poetas. Allí descansan los restos de Mansfield, y los del segundo William Pitt, y los de Fox, Grattan, Canning, y Wilberforce. No existe ciertamente otro panteon que reúna en ménos espacio más cenizas de grandes ciudadanos. Pero sobre las tumbas venerables de tantos varones ilustres se alza el monumento suntuoso de lord Chatam, y desde lo alto su imagen esculpida por hábil cincel, parece infundir á la Inglaterra, con su ademan de imperio y su mirada de águila, valor y brio. La generacion que construyó reconocida suntuoso mausoleo á su memoria, no vive ya, y la hora de que la historia pueda revisar

(1) Las deudas de lord Chatham ascendian á su muerte á 20.000 libras esterlinas.—N. del T.

con serena calma los juicios temerarios y absolutos que pronunciaron sus contemporáneos en orden á su carácter, ha llegado. Por eso, al escribir en sus páginas para enseñanza saludable de las almas apasionadas y audaces la relación de los grandes y muchos extravíos de lord Chatham, consignará también que de cuantos personajes célebres yacen bajo las baldosas de Westminster á su alrededor, no hay ninguno, tal vez, cuyo nombre pueda pasar á la posteridad más puro, ni más ilustre tampoco y glorioso.

## MIRABEAU.

Los demócratas, que habían tomado la costumbre de considerar á Mr. Dumont como de los suyos, debieron quedar confusos y no nada satisfechos sabiendo que trataba con muy poco respeto de la Revolución francesa y de sus autores en sus *Souvenirs sur Mirabeau*, (1) y á su vez los de opiniones con-

(1) Dumont fué amigo de Mirabeau, y en su excesiva modestia no hizo alarde nunca de lo mucho que le debió el renombrado tribuno en el apogeo de su gloria, y cuando él era, por decirlo así, su colaborador. Pero si en los principios de su vida, pudiendo brillar por su talento, prefirió ser útil que ilustre, al fin de su carrera, bajo las modestas apariencias de traductor y vulgarizador de Bentham, contribuyó más á la gloria del filósofo inglés, trasformando y embelleciendo sus obras á pretexto de verterlas á la lengua francesa, que no el mismo autor original, aun cuando éste merezca ciertamente por la extensión y profundidad de su saber ocupar, como dice un renombrado publicista, puesto de preferencia en la historia junto á Locke y Galileo, por haber hecho la luz en el caos de la jurisprudencia.

La obra de Mr. Dumont, que ha servido de pretexto á lord Macaulay para escribir el Ensayo que ahora publicamos, se titula *Souvenirs sur Mirabeau et sur les deux premières assemblées législatives*, y se publicó en Paris el año 1832, despues de su muerte.—N. del T.

con serena calma los juicios temerarios y absolutos que pronunciaron sus contemporáneos en orden á su carácter, ha llegado. Por eso, al escribir en sus páginas para enseñanza saludable de las almas apasionadas y audaces la relación de los grandes y muchos extravíos de lord Chatham, consignará también que de cuantos personajes célebres yacen bajo las baldosas de Westminster á su alrededor, no hay ninguno, tal vez, cuyo nombre pueda pasar á la posteridad más puro, ni más ilustre tampoco y glorioso.

## MIRABEAU.

Los demócratas, que habían tomado la costumbre de considerar á Mr. Dumont como de los suyos, debieron quedar confusos y no nada satisfechos sabiendo que trataba con muy poco respeto de la Revolución francesa y de sus autores en sus *Souvenirs sur Mirabeau*, (1) y á su vez los de opiniones con-

(1) Dumont fué amigo de Mirabeau, y en su excesiva modestia no hizo alarde nunca de lo mucho que le debió el renombrado tribuno en el apogeo de su gloria, y cuando él era, por decirlo así, su colaborador. Pero si en los principios de su vida, pudiendo brillar por su talento, prefirió ser útil que ilustre, al fin de su carrera, bajo las modestas apariencias de traductor y vulgarizador de Bentham, contribuyó más á la gloria del filósofo inglés, trasformando y embelleciendo sus obras á pretexto de verterlas á la lengua francesa, que no el mismo autor original, aun cuando éste merezca ciertamente por la extensión y profundidad de su saber ocupar, como dice un renombrado publicista, puesto de preferencia en la historia junto á Locke y Galileo, por haber hecho la luz en el caos de la jurisprudencia.

La obra de Mr. Dumont, que ha servido de pretexto á lord Macaulay para escribir el Ensayo que ahora publicamos, se titula *Souvenirs sur Mirabeau et sur les deux premières assemblées législatives*, y se publicó en Paris el año 1832, despues de su muerte.—N. del T.

trarias hubieron de mostrarse complacidos viendo confirmadas sus doctrinas hasta cierto punto con las palabras mismas de un testigo á quien no podía tacharse de parcialidad. En nuestro concepto, la fecha de la obra lo explica todo; porque si se hubiera escrito diez años ántes, al despuntar de los primeros albores de Revolucion, ó veinte más tarde, cuando fueron notorios y evidentes á todos, aún á sus mayores adversarios, sus beneficios prácticos, y no en aquellos tristísimos momentos en los cuales cedió el entusiasmo sin que se tocan las sólidas ventajas de la obra realizada, sería muy distinta de como es. El libro á que nos referimos trae la fecha de 1799, de funestos augurios acerca de los resultados de la empresa ejecutada por la Asamblea Nacional aún para los más optimistas. Y en verdad que los males y daños que forman el séquito de los grandes cambios y revoluciones se habian hecho sentir de una manera cruel y dolorosa en toda la redondez de la Francia, la cual habia pagado muy caras sus conquistas; pero no gozaba de lo adquirido á tanta costa. La Europa rebosaba de franceses emigrados; las flotas y los ejércitos de la segunda coalicion vencian en todas partes, y si el aborrecido imperio del Terror habia cesado, el tan amable de la ley no lograba implantarse. Cierto es que hubo durante tres ó cuatro años una Constitucion escrita, en la cual se definian derechos y asentaban garantías; pero no lo es ménos que así se violaron aquéllos como se hallaron éstas insuficientes; que las leyes promulgadas para deslindar los poderes ejecutivo y legislativo, la libertad de discusion oral y escrita, y la individual de los ciudadanos eran letra muerta, y los golpes de Estado, base del sistema, como que unas

veces se veian los consejos legislativos sometidos de los directores á la presion de las bayonetas, y otras los directores destituidos por los consejos legislativos; que el poder ejecutivo daba de lado al principio de la eleccion, y que publicistas y oradores salian deportados á cargamentos la vuelta de la Guyana para morir allí de la fiebre, hallándose la Francia en el estado en que las revoluciones consumadas por medio de la fuerza postran á los pueblos casi siempre. Los hábitos de obediencia se habian perdido, y ni lo pasado ni lo presente merecia respeto en el órden político; las relaciones tradicionales de los ciudadanos, en cuya virtud se mantienen más eficazmente la influencia, el prestigio y autoridad de los magistrados que no con razones y argumentos en pro del órden social y de los intereses materiales, perdidas estaban y borradas, y el poder del gobierno residia íntegro, no en la fuerza moral, que no tenia en modo alguno, sino en la material de que disponia. Ni tampoco el gobierno era otra cosa sino producto de recientes convulsiones, ni se apoyaba en otro fundamento que no fuera el de que las insurrecciones pueden justificarse, demostrando con el hecho mismo de su existencia que las insurrecciones podian triunfar. El pueblo, á su vez, estaba familiarizado desde hacia muchos años á resistir por el más frívolo pretexto á las autoridades constituidas y á verlas tambien ceder á la resistencia, pudiendo decirse, para condensar en pocas palabras aquel modo de ser de la Francia entónces, que en el órden político nada tenia forma ni cuerpo, ni era más que una manera de torbellino incesante de átomos contrarios que formaban á cada momento combinaciones nuevas. Y como el único ciudadano que fuera capaz por sí de organizar con

arreglo á un plan fijo, duradero y exacto los revueltos elementos de la sociedad, perseguía ideales extravagantes de gloria y dominacion al traves de los desiertos de la Siria, y los tiempos de que «la confusion oyera su voz y el tumulto desordenado hiciese alto, vencido» no habian llegado todavía; tiempos en los cuales debieran salir del caos de la disuelta sociedad antigua, nueva dinastía, nueva nobleza, nueva Iglesia y Código nuevo, muchos de los hombres mejor dispuestos en favor de la libertad repetian entónces las postreras palabras de madame Roland: «¡Oh libertad, cuántos crímenes se perpetrar en tu nombre!»

En uno de sus admirables folletos ha definido Mr. Guizot con mucha exactitud á Mr. Lainé como buen liberal, pero hastiado de la Revolucion; y del propio modo en la época en que Mr. Dumont escribia sus Memorias, podian definirse y clasificarse casi todos los liberales honrados de la Europa y á él con ellos; que á la fanática preocupacion de los años pasados, cuando todos adoraban las bondades, virtudes y excelencias del pueblo juntamente con su sabiduría y su cordura y su discrecion, habia sucedido la de que sus locuras y vicios harian inútiles cuantos esfuerzos se intentaran en lo porvenir. Los arranques entusiastas que acogieron con increíble vehemencia la toma de la Bastilla ya no parecian, y en lugar suyo veíanse no más que abatimiento, tristeza y lúgubres pronósticos. Habia pasado la época de los filósofos y de los filántropos, y las gentes se preguntaban cuyo era el éxito de sus predicaciones, sin hallar respuesta satisfactoria, porque si la filosofía trajo en pos de sí farsas más absurdas y ridiculas que las prácticas de la supersticion, la filantropía provocó crímenes tan horribles como la

Saint-Barthelemy, reduciéndose á esto la pretensa emancipacion del humano espíritu y el fruto de la victoria tan famosa conseguida por la razon sobre las preocupaciones; y como la Francia rechazó la fe de Pascal y Descartes á título de cuento para niños, y aceptó el culto de una cortesana y el sacerdocio de un loco; y como se alzó contra Luis XVI reclamando su libertad y se prosternó delante de Robespierre, por espacio de algun tiempo creyeron los hombres que la tan decantada sabiduría del siglo XVIII no era sino vanidad y quiméricas fantasías, y que las grandes y lisonjeras esperanzas de mejoramiento político y social, prometidas por Voltaire y Condorcet, eran de todo punto falsas y engañosas.

Bajo estas influencias escribió Mr. Dumont, llegando á decir que los discursos de Mr. Burke sobre la Revolucion francesa, á pesar de las exageraciones en que incurre y de las doctrinas subversivas de toda libertad que los inspira, quedaron plenamente confirmados con el suceso y fueron eficaces á salvar tal vez la Europa de inmensos desastres. Que un amigo y colaborador de Mr. Bentham haya formulado estas opiniones cosa es que preocupa en gran manera el ánimo de los políticos no nada caritativos; en cuanto á nosotros, diremos que las Memorias de Dumont no han logrado persuadirnos de que la Revolucion francesa fuera estéril en bienes para la humanidad, sino de que se hace necesario mucha indulgencia para juzgar á los que la consideraban con odio y mala voluntad en los momentos mismos que se realizaba. Pero si podemos indicar en qué consistia su error, y añadir que los males lamentados eran pasajeros y la cosecha de bienes grande y duradera, no afirmaremos cierta-

mente que si hubiéramos nacido en aquel tiempo habríamos podido libertarnos de caer como ellos en tristeza y desaliento igual, no viendo en tan señalada y memorable victoria del pueblo francés sino una serie de locuras y de crímenes.

No puede ménos de llamar la atención el hecho de que unos hombres sean alabados y otros cubiertos de vituperio sin más razón para ello que ser como todos sus contemporáneos, y haberse dejado arrastrar sin resistencia del curso de los sucesos, y adolecer de las pasiones y profesar los principios de la generación á que pertenecian. Los amigos del Gobierno popular hablan generalmente de Mr. Pitt con severidad suma y de Mr. Canning con afecto y respeto, consistiendo á nuestro parecer toda la diferencia que hay entre ambos, en que Mr. Pitt murió en 1806 y Mr. Canning en 1827, pues durante los años que son comunes á la vida pública de ambos, Canning no fué por cierto un político más liberal que Pitt, siendo el caso que Mr. Pitt entró en la vida política á la conclusion de la guerra de América, y cuando la Inglaterra sufría los efectos de vicios y males pasados, y la terminó en medio de las calamidades producidas por la Revolucion francesa, y cuando aún se hallaba su patria bajo la influencia terrible del desórden y de la anarquía. También es cierto que habia modificado mucho sus opiniones, porque si en la juventud propuso proyectos de reforma, en la edad madura propuso proyectos de represion; cambio que, deplorable y todo como lo fué, hallamos lógico y natural, y hasta de posible justificación, puesto que se verificó en él y en la gran mayoría de sus compatriotas al propio tiempo. Cuando Mr. Canning entró en la vida pública, la única preocupacion de la Europa entera consistia en te-

mer a los Jacobinos, y al terminarla, toda ella se hallaba puesta bajo el yugo de la Santa Alianza. La uacion cambió de ideas con esto, y Canning siguió su curso, y así como los amigos de los Jacobinos tornaron al maestro en casi un *tory*, los sucesos posteriores al Congreso de Viena, hicieron del discípulo casi un *whig*. Véase pues, cómo son los hombres hijos de las circunstancias; razon por la cual diremos que si Mr. Dumont hubiera muerto el año 1799, habria pasado de esta vida dejando fama de *conservador*, para servirnos de un vocablo de la nueva jerga política, y que si Mr. Pitt hubiera vivido el año de gracia de 1832, estamos persuadidos de que habria llegado á ser resuelto partidario de la Reforma.

Sólo á beneficio de inventario deben, pues, aceptarse los juicios emitidos por M. Dumont en la obra de que tratamos sobre la Revolucion francesa, con tanto más motivo cuanto que son á manera de crítica de un drama cuyo primer acto únicamente se hubiera puesto en escena, ó de un monumento cuyos andamios y empalizadas impidieran apreciar la belleza del conjunto, y que por otra parte abrigamos el convencimiento íntimo de que si hubiera revisado sus Memorias treinta años despues de haberlas escrito, habria suprimido no pocas apreciaciones y añadido no pocas restricciones y explicaciones al texto.

No decimos con esto que hubiera retractado las censuras justas, aunque severas, pronunciadas por él en órden á la vanidad y pedantería de la Asamblea Nacional, sino que habria convenido al fin en que, á pesar de sus defectos, y tal vez á causa de ellos mismos, prestó inmensos servicios á la humanidad. Es evidente que la ciencia política se hallaba

entonces muy atrasada todavía en Francia. Ni tampoco era posible otra cosa bajo el régimen de la censura, de los mandatos de prision y de los Parlamentos presididos por el Rey (1): de aquí que ni los electores ni los elegidos supieran su deber, cosas ambas que se propuso remediar en la medida de sus fuerzas M. Dumont, enseñando prácticamente á los de Montreuil cómo debían ejercer el derecho de sufragio, para lo cual los halló en buenas condiciones, y luego, de concierto con Mirabeau, intentando inculcar á la Asamblea Nacional el admirable sistema de la táctica parlamentaria, que de tan antiguo rige las deliberaciones de la Cámara de los Comunes, y que, á pesar de sus defectos, hace de ella el lugar más ocasionado á imparciales deliberaciones de cuantos hay en el mundo. Pero aquellos legisladores, tan ignorantes de la práctica parlamentaria como el populacho de Montreuil del ejercicio electoral, se mostraron menos dóciles en la Asamblea que los otros en las urnas, y se negaron á oír lecciones, alegando que no habían menester de ir á la escuela de los ingleses para saber qué hacerse; á consecuencia de lo cual, sus debates quedaron reducidos á lecturas interminables de malos folletos y discursos, que comenzaban generalmente remontándose á las leyes primitivas del contrato social, ó al hombre en estado salvaje, ó á cualquiera otro absurdo parecido. Estas lecturas se amenizaban de tiempo en tiempo con toda clase de ruidos y tumultos, gritando y gesticulando, y profiriendo dieterios y amenazas, sin que hubiera términos hábiles de restablecer el orden entre los pretensos oradores, como no fuera las voces y ame-

(1) *Lettres de cachet y lits de justice.*—N. del T.

nazas que les lanzaba con perfecta impunidad el público de las tribunas. Hacían alto en los negocios de poco momento, y los trataban y discutían con la mayor solemnidad, mientras acordaban las resoluciones más graves y trascendentales con diligencia extraordinaria; como que perdieron meses enteros en discutir acerca de los términos en que debía redactarse su absurda y pueril declaración de derechos, sobre la cual tenían la pretension de asentar la nueva ley fundamental, sin darse cuenta de que se hallaba en desacuerdo irreconciliable con cada una de sus bases, y que por otra parte abolieron en una sola noche trascendentales privilegios, los más de los cuales, por hallarse identificados con la naturaleza misma de la propiedad, no debieron tocar sino es tomando las más prolijas precauciones. Se denominaron Asamblea Constituyente, y á decir verdad nunca hubo nombre peor aplicado, porque no fueron constituyentes sino demoleedores, y no edificaron nada estable ni que mereciera durar tampoco, ni tuvieron ni podían tener los conocimientos y los hábitos que son tan necesarios para construir esa máquina que se llama gobierno, la más complicada y difícil de todas; y que la inconcebible algarabía metafísica que pusieron en cabeza de su Constitución sirve de tema de burlas y sarcasmos á todos los partidos hace mucho tiempo, y su misma Constitución, la obra que consideraban perfecta en absoluto y declararon inmortal, desapareció en algunos meses, sin dejar huella de su efímera existencia.

En esto precisamente consiste la gloria de la Asamblea Nacional. Eran sus individuos en verdad, como decía Mr. Burke con austero sarcasmo, los más hábiles arquitectos de ruina que hayan existi-

do, y se hallaban incapacitados de realizar obra ninguna que reclamara discernimiento en el proyecto y habilidad en la ejecución; pero la obra urgente y necesaria entónces era destruir y arrasar. Y como los abusos existentes eran tan horribles y se hallaban tan profundamente arraigados, así hubiera servido á remediarlos la más profunda sabiduría y la más consumada prudencia como la temeridad insensata de los llamados constituyentes. Vulgar empresa es demoler, y digna de loa edificar; pero hay momentos en los cuales se construye y otros en que se derriba, del propio modo que el genio de los jefes revolucionarios y el de los legisladores tiene su tiempo y sazón, siendo ley natural y casi universal la de que las insurrecciones y las proscripciones preceden á los buenos gobiernos, en los cuales se asientan la libertad moderada y el orden sin tiranía.

¿Ni cómo podría tampoco ser de otra manera? ¿Acaso aprendemos los hombres á echar el paso cuando estamos en mantillas? ¿Acaso cerrados en la oscuridad llegamos á distinguir los colores? ¿Acaso la tiranía es academia de libertad? El sofisma que generalmente se invoca para defender los malos gobiernos es ni más ni ménos que como sigue, cuando se plantea con claridad, á saber: El pueblo debe quedar en esclavitud, porque la esclavitud ha engendrado en él los vicios propios de los esclavos; si es ignorante, debe continuar sometido al poder que lo hizo así y así lo deja; si es feroz y bárbaro, fuerza será que siga eternamente sujeto al mal gobierno. Si el sistema bajo el cual viven, ó, mejor dicho, gimen estos hombres, fuera tan suave y liberal que pudieran tornarse buenos é ilustrados merced á su influencia bienhechora, podrían inten-

tarse los cambios con seguridad; mas como el sistema sólo ha sido eficaz á destruir en ellos hasta el germen de la moral y á impedir el desarrollo de las inteligencias, como ha tornado en animales feroces ó estultos los hombres que la educación habria civilizado y hecho felices y virtuosos, el sistema debe, por tanto, durar siempre. Dicen que la Revolucion de Inglaterra fué verdaderamente grande y gloriosa, porque corrigió graves males y daños sin cometer excesos, ni decretar confiscaciones en masa, ni suspender apénas por corto espacio la natural acción de las leyes, ni coartar en lo más mínimo la completa libertad de discusión del Parlamento, demostrando el pueblo con su actitud tranquila, mesurada y digna de reivindicar y afirmar la libertad que merecía gozar de sus beneficios inapreciables. Por el contrario, es la Revolucion francesa el suceso más horrible de que haga mención la historia, y toda ella un compuesto de crímenes y locuras, de absurdos en la teoría y de atrocidades en la práctica. ¡Cuánta demencia en sus leyes! ¡Qué afectación tan grotesca y ridícula en sus ceremonias! ¡Qué fanatismo el suyo! ¡Qué licencia, crueldad y barbarie! Anacarsis Clootz y Marat; las fiestas del Sér Supremo y los casamientos del Loire; los árboles de la libertad y las cabezas puestas en las puntas de las picas forman una manera de farsa infernal, en que lo extremadamente ridiculo y lo extremadamente pavoroso van asidos como por la mano prestándose mutuo auxilio. Hé ahí las consecuencias de romper las cadenas de quienes carecen de cordura y de virtudes.

No solamente hombres corrompidos é interesados en defender ciertos abusos han opuesto argumentos idénticos á los planes de reforma política, sino que

algunos de los más famosos por la elevacion y nobleza de sus sentimientos llegaron á sentir tanto desprecio y odio hácia las locuras y crímenes de la Revolución francesa, que al ser testigos de su triunfo renegaron de las opiniones liberales que ántes profesaban á pesar de la persecucion y de los mayores peligros. Y si preguntamos por la causa que les hizo dudar de los beneficios de la libertad, hallaremos que sus dudas no tuvieron más origen, sino es que los sucesos demostraron de la manera más evidente ser la libertad generadora del orden y de la virtud, y que acabaron de aborrecer la tiranía precisamente porque un memorable y señalado ejemplo puso en claro que tenía más eficacia para producir la inmoralidad y el embrutecimiento en el corazón y la inteligencia humana de la que sospecharon nunca los partidarios celosos del derecho popular; que pueden deducirse argumentos más incontestables contra la derrocada monarquía francesa de los suplicios de los Jacobinos que de la Bastilla y del Pare-aux-Cerfs, siendo constante á nuestro parecer que la violencia de las revoluciones corresponde á la maldad de los gobiernos que las producen.

¿Por qué fué tan sangrienta y destructora la Revolución francesa? ¿Por qué la Revolución inglesa de 1641 fué relativamente suave? ¿Por qué lo fué más todavía la segunda de 1688? ¿Por qué la de América, considerada en su historia interna, fué la más suave de todas? La respuesta no es difícil. Bajo Jacobo I y Carlos I estaban los ingleses menos oprimidos que los franceses de Luis XV y Luis XVI, y menos todavía bajo la Restauracion que ántes de la Gran rebelion. En cuanto á la América, menos oprimida se hallaba en tiempo de Jorge III que la misma

Inglaterra de los Estuardos, siendo la reaccion exactamente proporcionada en todo á la presion y el desagravio á la injuria.

Cuando recordaban á Mr. Burke al término de su vida el celo que habia demostrado en favor de los americanos, se defendia del cargo de inconsecuencia invocando el contraste que ofrecia la prudencia y la moderacion de los insurgentes de las Colonias en 1776 con el fanatismo y la crueldad de los Jacobinos de 1792, sin advertir que aducia un argumento *à fortiori* contra sí mismo, porque las circunstancias en las cuales apoyaba su justificacion probaban plenamente que tenía más necesidad de cambio radical el antiguo régimen frances que no el Gobierno de América. En efecto, la diferencia entre Washington y Robespierre; la diferencia entre Franklin y Barrère; la diferencia entre la destruccion de algunas toneladas de té y la confiscacion de algunos miles de leguas cuadradas de terreno; la diferencia entre emplumar á un recaudador de contribuciones y las matanzas de Setiembre, da la diferencia entre la manera de ser del Gobierno de América bajo las leyes de Inglaterra, y la del Gobierno de Francia bajo las leyes de la casa de Borbon.

Luis XVI hizo á su pueblo espontáneamente grandes concesiones, y sin embargo, su pueblo lo envió al cadalso. Carlos X violó las leyes fundamentales del reino, estableció el despotismo y persiguió á los franceses que no se sometian dócilmente á su voluntad, y al fracasar en tan culpada tentativa y quedar á merced de los agraviados en los momentos mismos en que las calles de Paris estaban obstruidas de barricadas y cañones, y los hospitales llenos de muertos y heridos, y mil familias lloraban la pérdida de sus parientes, y cien mil hombres empuña-

ban las armas, ninguno tocó á un cabello suyo. La primera revolucion se dió por satisfecha con los testimonios más insignificantes, los cargos más frívolos y los jueces más parciales para condenar á muerte millares de victimas; despues de la segunda, los ministros que firmaron los decretos de Julio, los ministros cuya culpabilidad era tan grave y evidente, sólo fueron reducidos á prision por todo castigo. En la primera revolucion se ataeó la propiedad; en la segunda se trató como cosa sagrada. Cierto es que ambas produjeron gran perturbacion en el espíritu público, y que una y otra trajeron un séquito de insurrecciones; pero no lo es ménos que despues de la primera los rebeldes fueron en la mayoría de los casos más fuertes que la ley, y que despues de la segunda la ley ha sido constantemente más fuerte que los rebeldes. Cierto es tambien que la situacion actual de Francia (1832) puede con justa causa excitar la inquietud en los que desean verla libre, feliz, tranquila y poderosa; mas si comparamos su estado actual con el en que nuestros padres la vieron, ¡cuán grande y feliz cambio no se advertirá! ¿Qué fuerza, si no, por ejemplo, hubiera tenido una sentencia judicial durante la primera revolucion sobre un partido en armas y victorioso? Si despues del 10 de Agosto, ó de la proseripcion de los Girondinos, ó del 9 de Termidor, ó de la matanza de Vendimiario, ó de las prisiones de Fructidor hubiera fallado un tribunal contra los vencedores y en favor de los vencidos, ¿con qué sarcasmos y burlas y menosprecio no se hubiera recibido su pronunciamiento? Pero no sólo habria sucedido esto, sino que los jueces hubieran ido al patíbulo por su temeridad, ó á una colonia mortífera, y su intervencion habria sido eficaz solamente á empeorar la situacion de sus de-

fendidos. Ahora, por el contrario, acabamos de ver que la ley es más poderosa en Francia que no la espada, pues su Gobierno en la ocasion misma del triunfo y de la venganza se ha sometido á la autoridad de un tribunal de justicia, respetando, acatando y cumpliendo un fallo equitativo y libre y digno del antiguo renombre de aquella magistratura á la cual pertenecen los recuerdos más ilustres de su historia; de aquella magistratura que produjo á L'Hôpital en un siglo de persecucion, á D'Aguessau en un siglo de cortesanos, y que en un siglo de locura é iniquidad ofreció al género humano el dechado de todas las virtudes imaginables en la vida y en la muerte de Malesherbes. El respeto mismo con que fué acogida esta sentencia demuestra por sí sólo cuánto difieren de sus padres los franceses de la presente generacion.

¿Cómo explicar esta diferencia cuando raza, suelo y clima son los mismos? Si algunos ingleses honrados, pero de corto alcance, no faltan á la verdad cuando explican los acontecimientos de 1793 y 94, diciendo que los franceses son frívolos y crueles por naturaleza, ¿por qué ahora no funciona la guillotina? No será ciertamente por falta de carlistas, de aristócratas, de ciudadanos culpados de incivismo, de personas sospechadas de sospechosas, sino porque los franceses de 1832 han sido mejor gobernados que los de 1789, porque no han presenciado el espectáculo humillante de los privilegios opresores de una casta, porque han adquirido en cierto modo la costumbre de discutir los asuntos políticos, y de ocupar los empleos públicos; y finalmente, porque han vivido algunos años bajo la influencia de instituciones que, á pesar de todos sus defectos, son infinitamente más benéficas y mejores que cuantas

rigieron hasta entonces los destinos de la Francia (1).

Del propio modo que la segunda Revolución francesa fué mucho más pacífica que la primera, también el último cambio que se verificó en Inglaterra con motivo de la reforma de la Cámara de los Comunes, con ser tan grande y trascendental ha sido más pacífico aún que la segunda Revolución francesa y que cuantas revoluciones consigna la historia. Sin embargo de ser esto así, y de que ciertos oradores calificaron la reforma de la Cámara de los Comunes de revolución, no pocos negaron la pro-

(1) A nuestro parecer, la propensión del autor á las antítesis, lo ha inducido á error en el caso presente, porque si se admite su afirmación en absoluto, ¿cómo relacionar, entonces, los horrores y estragos de la *Commune* de París en 1871, con el progreso y adelantamiento natural que más de medio siglo de instituciones liberales ha debido producir en el pueblo francés, según lord Macaulay? Y si tenemos en cuenta que aquel carnaval de sangre y fuego tuvo lugar en plena república democrática y cuando los ejércitos enemigos invadían el suelo patrio, circunstancia esta última tan eficaz á excitar en alto grado las virtudes cívicas, la duda sube de punto. Porque, si se admite, como dice algunas líneas antes el autor, que la violencia de las rebeliones se halla siempre relacionada con la maldad de los gobiernos que las ocasionan, el argumento se vuelve contra la república, ó sea el gobierno de la defensa nacional, toda vez que la *Commune* fué una rebelión violentísima contra él; y si se admite que la práctica de los principios proclamados en 1793 hace progresar al pueblo francés bajo el punto de vista político, el ejemplo tan reciente de los mismos horrores y crímenes de la *Commune* nos obligará, sin duda ninguna, ó á dudar de la eficacia de esos principios para el verdadero progreso, ó á dudar de las condiciones y aptitudes del pueblo francés para realizarlos; siendo necesario, por consiguiente, atribuir á otras causas la conducta observada por los vencedores de Julio de 1830 con Carlos X y sus ministros.—N. del T.

piedad del término; mas aún cuando el caso se halle reducido en apariencia á serlo sólo de dudosa definición, presta materia á muchas consideraciones curiosas é interesantes. Porque si se atiende á la importancia de la reforma, se la puede llamar revolución, y si á los medios á virtud de los cuales se realizó, sólo fué un acuerdo del Parlamento, propuesto, leído, examinado y votado de una manera regular y corriente. Pero así y todo, la historia no registra suceso que más honre al pueblo inglés, por haber sido un cambio que no hubiera podido efectuarse nunca en ningún país del globo sin violencias y sacudimientos materiales, y que se realizó en Inglaterra por la fuerza de la razón y pasando por todos los trámites legales, ejecutando el Parlamento en tres legislaturas la obra de tres guerras civiles, atacándose con valor, y defendiéndose con obstinación un sistema completo de añejos abusos, fuertemente arraigados, y cayendo sólo á la violencia incontrastable del impulso sin necesidad de poner mano á la espada, ni de confiscar un palmo de tierra, ni de poner en el caso de abandonar su patria y refugiarse en el extranjero á un solo ciudadano. Antes por el contrario, mientras que la lucha era más empeñada y más viva, el Banco de Inglaterra gozaba de la integridad de su crédito, los fondos públicos se sostenían, los hombres iban tranquilos al trabajo en el campo como en la ciudad, y no se cometió, ni aún en los momentos de mayor agitación, un solo acto sangriento, y si se hubiera cometido y hecho víctima de él á cualquiera de los hombres impopulares que á la sazón había en el país, la nación entera, sin que fuese parte á impedirlo la diferencia de opiniones políticas, habría lanzado un grito de horror y de indignación.

Tampoco despues de alcanzada la victoria se ha visto abusar de ella á los vencedores. Una parte inmensa de poder ha pasado de manos de una oligarquía fortísima á las del pueblo, sin que los oligarcas vencidos sintieran por eso destruida su seguridad, ni pareciera dispuesta la nacion á ejercer la tiranía. ¿No gozan de sus bienes, rentas y honores quieta y tranquilamente aquellos mismos que supuesto diverso estado social habrian sufrido todo el peso de la venganza del partido triunfante, perdiendo la libertad ó teniendo que buscar asilo en tierra extranjera? ¿No participan en los negocios públicos tan libremente como ántes, ó más si cabe? De dominadores han pasado á ser vencidos, y sin embargo de tan radical trasformacion, el pueblo miraria con horror á quien fuera osado á proponer medidas de venganza; estando tan extendidos y arraigados estos sentimientos en la nacion inglesa que la generalidad de sus individuos apenas podrán comprender el mérito de una conducta que nosotros hallamos admirable.

¿A qué deberemos atribuir la moderacion y la humanidad incomparables que demostró el pueblo inglés en esta circunstancia? Lisa y llanamente á ciento cincuenta años de libertad; que, desde hace muchas generaciones, han tenido los ingleses Asambleas legislativas, que á pesar de todos sus defectos de organizacion, contuvieron en la mayoría de los casos individuos escogidos entre las clases populares y por ellas mismas, y no todos ganosos de alcanzar fama y prestigio entre las masas; Asambleas en las cuales reinaba la más completa libertad de discusion, y donde las minorías, por exiguas que fueran, podian hacerse oír, y los abusos, si no remediarse, cuando ménos quedar descubiertos y expuestos á la luz del

dia. Tambien es cierto que desde hace muchas generaciones se hallan los ingleses en posesion del Jurado, del *Habeas corpus*, de la libertad de imprenta, del derecho de reunion para discutir los negocios públicos y del de peticion al Parlamento. Y mientras una parte muy considerable del pueblo inglés se halla desde hace largo tiempo acostumbrada al ejercicio de los deberes políticos y se siente preparada y aguerrida á las agitaciones que traen consigo, en la mayoría de los demas países no hay término medio entre la servidumbre absoluta y la rebelion declarada. Además, en Inglaterra dura constantemente la oposicion constitucional desde hace siglos, habiendo sido siempre sus instituciones tan benéficas, que han preparado á sus hijos á recibir otras más perfectas sin extrañarlas; como que no hay una sola ciudad importante en todo el reino que no contenga mejores elementos para formar una Cámara legislativa que la Francia entera de 1789; que no hay tampoco en Lóndres un solo círculo de conversacion, cuyo asiento sea el café más insignificante, y en el cual no se comprendan con más exactitud las formas y reglas de discutir que se observaron en la Constituyente, y que no existe, tal vez, en Inglaterra una fraccion politica que no pueda redactar en media hora una declaracion de derechos muy superior á la que por espacio de tantos meses ocupó y preocupó la sabiduría colectiva de la Francia.

Los límites del cuadro que nos hemos trazado son tan estrechos, que nos vedan entrar en el examen, siquiera superficial, de las causas que produjeron la Revolucion francesa. Sólo si diremos que resalta un hecho con notoria evidencia, y es el de que así el Gobierno como la clase noble y la Igle-

sia recogieron la cosecha de lo que sembraron, hallándose frente á frente del pueblo tal cual lo hicieron, y que si las masas entónces asumieron un poder irresistible sin haber adquirido la más leve noción del arte de gobernar; si los más arduos problemas prácticos quedaron al arbitrio y á la resolución de personas que nunca vieron otra cosa en la política sino asunto de teorías y discursos pomposos; si la Asamblea legislativa fué una reunión de hombres que apenas supo discurrir; si la nación entera se mostró propicia siempre á dar oídos á cuantos aduladores halagaron sus pasiones, sus vicios y sus instintos de venganza, culpa fué del mal gobierno y resultado natural de su persistencia en seguir un camino peligroso y absurdo, á despecho de los advertimientos más solemnes, y á pesar de los indicios más seguros de que se acercaba la hora de rendir cuenta estrecha de todo á un tribunal ignorante, inexorable y feroz.

Tanto es así como decimos, que las causas del desastre comenzaron á ser evidentes y á producir sus naturales efectos en los tiempos mismos en los cuales parecia gozar la institucion monárquica de la plenitud de su fuerza y vigor, siendo fácil seguir su curso desde el cadalso de Luis XVI hasta el solio de Luis XIV, cuyo reinado presentan los ultra-realistas como la edad de oro de la Francia, no habiendo sido en verdad sino una época de ficticio esplendor, precursora, cual todas sus semejantes, de oscuridad y decadencia.

Por lo que hace á Luis XIV, parece haberse formado ya la opinion para juzgarlo de una manera equitativa. No era gran general ni grande hombre de Estado; pero sí gran rey en una de las acepciones de la palabra, porque nunca hubo maestro más

perfecto que lo fué Luis de Borbon en lo que Jacobo I de Inglaterra hubiera llamado *arte de reinar*, ó *oficio de rey*, es decir, en el arte de poner más de relieve y en mejor luz los méritos de un príncipe, velando cuidadosamente sus defectos. Así es que, áun cuando su administracion interior fuera mala; áun cuando los triunfos militares que tanto brillo dieron á la primera parte de su reinado no fueran obtenidos por él; áun cuando los postreros años de su vida fuesen una serie de humillaciones y derrotas; áun cuando su ignorancia no le consintiera comprender el latin de su libro de misa; áun cuando estuvo bajo la dominacion de un jesuita falso y de una vieja mojigata y más hipócrita todavía que el jesuita, logró pasar á los ojos de su pueblo por un sér superior á la humanidad. Y esto es tanto más extraordinario, cuanto que no se ocultaba de sus vasallos á la manera de los déspotas orientales, cuyo rostro nadie mira, y cuyo nombre no es osado ninguno á pronunciar sino con la mesura y circunspeccion debidas; pues aquel adagio que dice que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, él lo desmintió, presentándose á los ojos de todo el mundo cual hubiera podido hacerlo á los de sus más íntimos criados. Quinientas personas se reunian todas las mañanas para verlo afeitarse y vestirse; luego se arrodillaba junto á la cama y hacia sus oraciones mientras él concurso esperaba con muestras de gran recogimiento: los eclesiásticos de rodillas, los seglares con el sombrero delante de la cara. Si paseaba por los jardines de Versalles, iba detras de él una comitiva de doseientos cortesanos; la ciudad entera lo veia comer y cenar; se acostaba rodeado de una multitud tan numerosa como la que asistia por la mañana á su tocador; tomaba los

eméticos con ceremonia, y vomitaba, perdonémos el vocablo, con la solemnidad y grandeza debidas, á presencia de cuantos concurrían por derecho propio y adquirido á sus recepciones más ó menos aparatosas. Y, sin embargo, á pesar de ofrecerse continuamente de la manera expresada y sin rebozo alguno á la expectacion pública y en ocasiones en las cuales no es posible á nadie conservar mucha dignidad personal, inspiró á sus vasallos y á cuantos lo rodearon hasta el postrer instante de su vida, no sólo respeto, sino adoracion; siendo la ilusion que producía en sus devotos como aquellas á cuya influencia quedan tradicionalmente sometidos los amantes mientras galantean al objeto de su amor, es decir, á una ilusion que influía en gran manera sobre los sentidos. ¿Cómo, si no, hubieran creído los contemporáneos de Luis que S. M. era de estatura elevada? Voltaire mismo, que pudo verlo, y que trató á varias personas de su corte, habla con insistencia de su estatura majestuosa, y no obstante, cosa es averiguada y pública que antes era pequeño que no alto. Pero no lo es ménos que tuvo siempre, á lo que parece, un modo de andar, de enderezar el cuerpo, de sacar el pecho, de erguir la cabeza que á todos engañaba. Ochenta años despues de su muerte, y con motivo del atentado cometido en el panteon de Saint-Denis, en tiempo de la república, vieron sus autores, al sacar su cuerpo del ataúd, que aquel príncipe cuya majestuosa estatura tanto les habian ponderado, era en realidad pequeño (1), pareciendo entónces singularmente apro-

(1) M. de Chateaubriand conviene tambien en esto, diciendo en sus memorias sobre el duque de Berry: «C'est une erreur de croire que Louis XIV était d'une haute stature. Une cuirasse qui nous reste de lui et les exhuma-

piadas á él, en su sentido literal y figurado, las hermosas palabras de Juvenal cuando dice:

Mors sola fatetur

Quantula sint hominum corpuscula.

Con su gobierno aconteció lo propio que con su persona, pues tuvo el arte de imprimir á entrambos apariencias de grandeza y majestad, cuando la evidencia demostraba de una manera indubitable que así el uno como la otra estaban por bajo de la medida ordinaria y corriente. Pero la muerte y el tiempo se hicieron cargo de poner al descubierto estos engaños, y del propio modo que los revolucionarios midieron la estatura del gran rey con más exactitud que los cortesanos, que no se atrevían en ningun caso á levantar los ojos de las hebillas de sus zapatos, ha sido estudiado su carácter público por hombres libres del temor y la esperanza que sujetó las voluntades de Molière y de Boileau, y por tal manera mientras en la tumba resultó no tener más de cinco piés y tres pulgadas el príncipe tan majestuoso que mereció ser llamado de sus contemporáneos *el rey sol*, en la historia, el héroe y el político resulta no ser sino un tirano vanidoso y débil, esclavo del clero y de las mujeres, pequeño en la guerra, pequeño en el consejo, pequeño en todo lo que no fuera el arte de simular la grandeza.

Este rey legó al niño que le sucedía en el trono de la Francia un pueblo miserable y hambriento, un ejército vencido y humillado, provincias transformadas en desiertos por el mal gobierno y la persecucion, la corte dividida en facciones, la Iglesia destrozada del cisma, deudas enormes, el tesoro

tions de Saint-Denis n'ont laissé sur ce point aucun doute.»

exhausto, palacios inmensos, innumerable servidumbre y joyas y muebles de valor inestimable; como que toda la savia y la sustancia del Estado parecían haberse absorbido para contribuir al desarrollo de una excrecencia linfática, y enferma. En efecto, si la nación estaba yerma, la corte parecía floreciente. Así y todo, los lazos que unían el pueblo á la monarquía no se aflojaron bajo el reinado de Luis XIV, pues si abandonó y sacrificó los más caros intereses de sus vasallos, supo impresionarlos deslumbrándolos de tal suerte, que los mismos abusos que debían haberlo hecho impopular, los prodigios de lujo y de magnificencia de que se rodeaba, en tanto que fuera de las verjas de su parque sólo había miseria y desesperación, ántes parecía subir de punto el amor respetuoso que sentían hácia su persona. Nada es más elemental y cierto sino que los gobiernos existen para labrar la dicha de los pueblos; pero demuestra la historia, sin embargo, que no hay verdad más oculta; y por tanto, nada es parte á maravillarnos menos que verla tan poco entendida y practicada desde las esferas del poder, sabiendo cuán largo y áspero y difícil es el camino que deben recorrer los pueblos para comprender esta verdad trivial por todo extremo.

Empero había un francés cuya inteligencia logró descubrir por aquel tiempo los principios que al presente nos parece imposible ignorar, esto es, que las naciones no existen para el uso de los reyes; que los gobiernos verdaderamente buenos son aquellos que difunden el bien y lo propagan en el pueblo, no los que concentran y acumulan tesoros de magnificencia en torno de un príncipe; y que un soberano victorioso en los campos de batalla y que dilata las

fronteras de sus Estados á fuerza de conquistas, nunca merecerá el aplauso, sino el odio y el desprecio de la humanidad. Tales fueron las máximas de Fenelon.

Si se considera el *Telemaco* á título de poema épico, no parecerá muy superior al *Leonidas* de Glover, ó á la *Epigoniada* de Wilkie, y si á título de tratado de moral y de política, se verá que abunda en errores de detalle, y que las verdades contenidas en él ántes parecen al lector moderno rebatidas que no predicadas; pero si se compara el espíritu que lo inspiró con el de que se halla penetrada toda la literatura francesa de aquel tiempo, luégo se ve claramente que las *Aventuras de Telemaco* es en realidad una de las obras más originales que se hayan escrito. Los principios fundamentales de la moral política de Fenelon, la piedra de toque con la cual ensayaba la ley de las instituciones y de los hombres, eran de todo en todo nuevos para sus compatriotas, y áun cuando los inculcó, á decir verdad, con éxito feliz á su regio discípulo, para comprender cuán incomprensibles parecían á la mayor parte de sus contemporáneos, se hace necesario leer á Saint-Simon. El cual refiere, como si fuera la cosa más extraordinaria y estupenda, que S. A. el duque de Borgoña se confesaba convencido de que los reyes existían para bien de los pueblos, no los pueblos para bien de los reyes; pero si la bondad contenida en esta máxima lo seduce, su novedad lo sorprende y su atrevimiento lo aterra, y añade que no era prudente difundir estas ideas en plena corte de Luis XIV; palabras notables en boca de Saint-Simon por ser el ménos cortesano de todos. Demas de esto, siempre se halló dispuesto á profesar opiniones contrarias á las generalmente

admitidas en su tiempo; era de carácter altivo, acerbo y mordaz, jansenista en religion, y en política realista muy libio. Su temperamento y sus principios lo preservaron de la manera de fascinación que la presencia y el porte de Luis XIV producian en otros, acabando por hacerle indiferente y no nada respetable la persona del Rey. Y sin embargo de cuanto dejamos expuesto, y de ser uno de los hombres más liberales que hubiera en Francia, Saint-Simon enmudecía de asombro al oír formular ese axioma fundamental de los gobiernos que nadie sería osado á discutir en nuestros días en Inglaterra ni en Francia, y en orden al que se hallan conformes así el *tory* más tenaz como el radical más intransigente, los realistas como los republicanos de la extrema izquierda.

Sólo teniendo muy en cuenta que Fenelon escribió el *Telémaco* en circunstancias tales de tiempo y lugar que los pensadores atrevidos é independientes daban muestras de sorpresa oyendo decir que veinte millones de criaturas humanas no habían venido al mundo para labrar la dicha ó satisfacer los caprichos, ó los goees, ó las ambiciones de una sola, podrá rendirsele tributo de justicia. Generalmente se considera el libro del arzobispo de Cambray como una obra buena sólo para los niños, en razón á la facilidad de su estilo y á la sana doctrina que contiene, y en ningún caso digna de ocupar mucho ni poco á los hombres de Estado y los filósofos; pero es lo cierto que sin esfuerzo se puede advertir en él los primeros y débiles reflejos de nueva y espléndida luz intelectual, una como velada y misteriosa promesa de redención, y el gérmen aún no definido de la Carta y del Código.

¡Cuántos intereses y esperanzas descansaban en

el duque de Borgoña, y qué rumbo tan diferente habrían tomado los negocios públicos á lograr él los años de su abuelo ó de su hijo, y poder demostrar los inmensos beneficios que reporta siempre la humanidad cuando las virtudes más esclarecidas tienen su asiento en el trono de los reyes! El carácter brusco é impetuoso de que dió tantos ejemplos en su primera juventud, el cambio tan completo que realizó en él su bien dirigida educación, su fervorosa piedad, su benevolencia suma, la severidad con que se juzgaba en toda ocasión á sí propio, y su manera discreta y generosa refiriéndose á los demás, su valor sin segundo en la corte para resistir los mandatos del Soberano cuando se trataba de sus escrúpulos religiosos, la caridad de que dió muestra defendiendo de calumnias cortesanas al duque de Orleans, á pesar de conocer sus vicios y desórdenes; sus grandes proyectos en orden al porvenir de su pueblo, su actividad y aptitud para los negocios, sus aficiones literarias, los vínculos tan poderosos que lo unían al hogar doméstico, y hasta su misma traza, en cierto modo ruda y tosca, y sus modales tímidos y sin gracia, que ocultaban á los ojos de los palaciegos de su abuelo tantas otras cualidades como tenía tan relevantes, hacían de él la persona más merecedora de afecto é interés de la familia. El Duque había resuelto, si ocupaba el trono algún día, dispersar aquella corte fastuosa cuyo sostenimiento era la ruina de la nación; establecer la paz sobre sólidas bases; corregir los abusos que abundaban en todos los ramos del gobierno; abolir ó modificar los privilegios opresores; reformar la administración de justicia, y restablecer la institución de los Estados Generales. Si el de Borgoña hubiera gobernado la Francia por espacio de cua-

renta años, tal vez aquellas grandes corrientes del espíritu que ningún buen gobierno era eficaz á contener, y que los malos hacían más violentas é incontrastables, hubieran podido encauzarse pacíficamente y llegar por ese medio á feliz y tranquilo término.

Pero las enfermedades y la tristeza minaron su salud y arrebataron al mundo el tesoro de sus virtudes, que no merecía, y la Francia se vió regida por esta causa, durante dos generaciones, de individuos que con los vicios de Luis XIV no heredaron el arte de hacerlos pasar á los ojos del pueblo por virtudes. Entónces apareció ante todos la tiranía despojada de los afeites y galas de que la revistió la magnificencia de Luis, quedando al fin desnuda la vil Duesa (1) de sus valiosos adornos. Horrible había sido siempre; mas, si por arte de encantamiento se ofreció hermosa y rodeada de gloria en toda ocasión á las miradas de sus esclavos, al desaparecer la influencia del maleficio, luégo al punto quedó al descubierto la oculta deformidad, y huyeron con horror y asco los ántes tan solícitos de sus favores.

Primero vino la Regencia. El rigor tan extremado con que al término de su vida exigió Luis XIV de cuantos lo rodeaban la observancia ostensible de los deberes religiosos, produjo en Francia idéntico efecto que las austeridades puritanas en Inglaterra; y si madame de Maintenon pudo decir en los tiempos de su valimiento que la religion estaba de moda, despues pasaron las prácticas piadosas como las modas; que más daño hizo á la moralidad de las

(1) *Duesa* es un personaje alegórico de la *Reina de las Hadas*, de Spenser, que representa la doblez, el fraude y el espíritu del mal, en tanto que *Una* personifica la sencillez, la rectitud de carácter y el espíritu del bien.

clases superiores el ascetismo senil del tirano que no los devaneos de su juventud, pues, sin haberlas hecho abandonar la senda del vicio, forzándolas á la hipocresía quebrantó la fe que áun pudieran tener en la virtud; y como hallaron fácil el ejercicio de la mojigatería, concluyeron por persuadirse de que la religion no era otra cosa. Pero los tiempos habían cambiado: ya no se merecían las pensiones, los mandos de regimientos, ni las abadías presentándose con puntual regularidad en el tribunal de la penitencia, y cumpliendo con cuanto manda la Iglesia católica romana, sino haciendo precisamente lo contrario, y en su virtud los cortesanos obsequiosos y aduladores que tantos ayunos y tantas abstinencias se impusieron las anteriores cuaremas, que juntaban las manos sobre el pecho y ponían los ojos en blanco devotamente al oír ciertos pasajes conmovedores de los sermones predicados á presencia de S. M., hicieron tantos esfuerzos para graduarse de malas costumbres como ántes para ganar fama de piadosos, acudiendo la Semana Santa á las orgías escandalosas del Palais-Royal con el mismo solícito afán que fueron en vida de Luis XIV á prosternarse al pié de los altares y á oír la palabra elocuente de Massillon.

Bajo muchos aspectos tenía el Regente gran semejanza con Carlos II de Inglaterra, porque como él era insensible, pero bueno; de talento natural, pero inútil al Estado á causa de su indolencia; incrédulo en orden á la virtud y al desinterés de los hombres, sin odiarlos por eso; como que la especie humana le merecía el mismo concepto que á Gulliver, con la diferencia de que no llegaba por eso á las conclusiones del capitán, y que toda ella, empezando por su propia individualidad, le parecía una

dilatada familia de monos de buen trato. Nunca hubo príncipes más sociables que Carlos II y Felipe de Orleans; pero tampoco ménos ocasionados á la amistad, pues en ambos el hábito hacia veces de afecto y los tornaba en instrumentos de los mismos á quienes despreciaban. En materia de amor, fueron sensuales sin delicadeza ni ternura, y en política, la fe jurada y la honra nacional les pareció siempre cosa baladí. Carlos suspendió los pagos que la tesorería estaba realizando á los acreedores por anticipos al Estado, y Felipe protegió á Law y su sistema; el oro de Barillon inspiró los consejos de Carlos, y el de Walpole los de Felipe; y del propio modo que por razones particulares Carlos hizo la guerra á Holanda, su aliada natural, Felipe la hizo á España, en cuyo trono se asentaba un príncipe de la familia de Francia, puesto allí por obra de su política. El paralelo entre ambos personajes podría seguirse hasta en los más menudos detalles, porque así el uno como el otro gustaban de la filosofía experimental, y pasaban en el laboratorio el tiempo que hubieran debido emplear en el consejo, y porque si Carlos y Felipe profesaron más cariño á las mujeres de sus familias respectivas que á otras, en los dos casos hicieron dudar de la pureza de sus relaciones con ellas. Fué Felipe de Orleans superior á Carlos II en punto á valor personal y á las virtudes que con él se relacionan. Carlos apenas pudo librarse del epíteto de cobarde. Felipe, á más de bizarro, era franco y leal. Carlos, disimulado y falso.

No fué ménos aciaga y sí más escandalosa la gestión del Regente que la del monarca difunto, pues si Luis XIV arruinó la Francia con guerras gigantescas y magníficas construcciones, Felipe de Orleans consumó la obra cometiendo fraudes que habrían aver-

gonzado á Robert Macaire. Por esta causa si aún en medio de las mayores calamidades y desastres respetó el pueblo al conquistador, despreció al ladrón.

Quando el duque de Orleans y el miserable Dubois hubieron desaparecido de la escena, pasó el poder á manos del de Borbon, príncipe despreciado del pueblo por sus manejos tan escandalosos, que le reportaron pingües ganancias, y por la mansedumbre que mostraba sometiéndose dócil y bajamente á los caprichos de una mujer soberbia y desenfrenada. Hubiérase dicho que la Divina Providencia permitía en sus inescrutables designios que unas en pos de otras fueran pasando todas las ramas de la familia real por la criba del odio y del escarnio.

No obstante, hubo un intervalo de algunos años entre la caída del duque de Borbon y la muerte del cardenal Fleury, en que gozó la Francia del beneficio inapreciable de un gobierno moderado y económico. Luégo siguió la monarquía con paso firme hácia el abismo. Escándalos en la corte y en Palacio, desorden y extravagancia en la gestión de las rentas públicas, cisma en la Iglesia, facciones en el Parlamento, guerras injustas, paces vergonzosas, y todo cuanto es parte á producir indignacion y afrenta y ruina y rebajamiento; tal es la historia de aquel periodo de miserias y corrupcion, durante el cual, mientras en el exterior eran vencidos los franceses y humillados por mar y tierra, donde quiera que los habia, en el Elba como en el Rhin, en Asia como en América, en el interior pasaban de uno á otro visir y de una á otra sultana, llegando á tanta extremidad, que Maupeou les hizo llorar á Choiseul, y madame Du Barry á la Pompadour.

Por impopular que se hubiera hecho la monar-

guía, más aún lo era la clase noble, y no sin causa, porque la tiranía de un individuo es más tolerable que la de una casta; y como los antiguos privilegios se habían hecho, además, odiosos por extremo á las nuevas ideas, todo indicaba la proximidad de una revolución extraordinaria cuyos resultados no sólo serian eficaces á cambiar la forma del gobierno, sino hasta la de la propiedad y el conjunto del sistema social, haciéndose sentir en el seno del hogar doméstico. La vanguardia del movimiento la formaban los ricos y los literatos, es decir, el orgullo herido de los hombres de dinero y de ilustracion, y la retaguardia masas formidables, apiñadas, ignorantes, furiosas y crueles.

Dada esta situacion, dudamos mucho de que Luis XVI hubiera podido seguir una línea de conducta, cualquiera que fuese, ocasionada en modo alguno á conjurar la tormenta que amenazaba, y de ser posible conseguir esto, á nuestro parecer sólo hubiera sido eficaz á ello la conducta propuesta por Turgot; pero el clero y la clase noble adolecian entónces de las dos enfermedades que la prolongada posesion del poder produce generalmente, á saber: el desconocimiento de los peligros, y la obstinacion de no creer posible la existencia de aquello que no sea tradicional. Hé aquí la causa de que hicieron escarnio del consejo salvador. No quisieron reformas, y tuvieron una revolueion; no quisieron consentir en pagar un exiguo impuesto á fin de sustituir con él cargas onerosas, y por su mal vivieron lo bastante para ver derribados sus castillos y vendidas sus tierras á los extraños; no quisieron á Turgot, y hubieron de sufrir el yugo de Robespierre.

Entónces, como si la divina Providencia hubiera cegado para su castigo á los dominadores de la

Francia, se arrojaron sin advertir lo que hacian á la guerra de América, cometiendo por tal manera dos torpezas de un solo golpe: primero, porque alentaron el espíritu revolucionario, y al propio tiempo acrecieron la carga insoportable ya de los impuestos, cuyo exceso es generalmente causa inmediata de las revoluciones; y segundo, porque las consecuencias de la guerra exaltaron el entusiasmo de los demócratas teóricos, y aumentaron las dificultades económicas, con lo cual subió de punto el malestar y el descontento de las masas que no se curaban de teorías y sí de tributos.

La reunion de los Estados generales fué la señal de la crisis, y todas las pasiones acumuladas en cien años estallaron entónces con ímpetu irresistible. No faltaban los hombres capaces é inteligentes en la Asamblea; mas carecian de todo punto de conocimientos prácticos del arte de gobernar, diferenciándose mucho en esto la Revolución francesa de las grandes revoluciones inglesas que fueron dirigidas por hombres de Estado expertos en el manejo de los negocios. De aquí tambien que miéntras la Revolución francesa fuera obra de meros teóricos, las inglesas no se acometieran nunca sino para corregir, amparar y restablecer, no única y exclusivamente para destruir. Bien es cierto que tampoco quedó tan rezagada en ningun tiempo la Constitución inglesa que fuese parte á excitar la enemiga del pueblo; que los ingleses aún en los momentos de mayor agitacion, hablaron siempre con respeto de la forma de gobierno bajo la cual vivian, concretándose á censurar en ella lo que reputaban por abuso, y cuando la reformaron, tuvieron muy en memoria los derechos adquiridos y antiguos, no buscaron casi nunca modelos en el extranjero, se

preocuparon muy poco de teorías y utopías, y no estimaron por cosa necesaria demostrar que la libertad fuera derecho natural del hombre, dándose por satisfechos con amarla como patrimonio legal y propio del pueblo inglés. Su contrato social no es una ficción; que aún existe la pieza original en pergamino, sellada con la cera que se le puso en Runymede, firmada de los nombres ilustres de los Marischal y de los Fitz-Herbert. Ni tampoco ningun argumento general acerca de la igualdad primitiva de los hombres, ni ménos todavía las historias de Plutarco y de Cornelio Nepote han logrado jamás conmoverlos tanto como las palabras Carta Magna, *Habeas corpus*, juicio por jurado y bill de derechos, que son de su propia historia patria, y que significan cosas hechas á su propio uso. No diremos con esto que no tenga también sus inconvenientes el modo de ser característico de los ingleses, pues ántes razonan como legistas en orden á la política que como filósofos, y se advierte algo de estrecho, de exclusivo, de judaico, si se nos permite la palabra, en su amor á la libertad; que á su parecer los derechos populares constituyen el patrimonio particular de su raza privilegiada, y en cuanto á los prosélitos extranjeros que aspiran á participar de sus privilegios, ántes se hallan dispuestos á sofocar que no á fomentar sus deseos. Por lo que hace al espíritu de la Constituyente francesa no era así, pues si carecían sus individuos de habilidad práctica en el manejo de los negocios, tenían en cambio amplitud de miras, de tal manera, que no sabiendo regularizar sus propias discusiones se creían en el caso de legislar para todo el Universo. Lo pasado era en su sentir aborrecible, y sólo merecía las muestras más amables de su benevolencia

cuanto pudiera ligarse y confundirse con sus ilusiones para lo porvenir; como que la esperanza ocupaba en ellos el lugar que los ingleses consagran al recuerdo. Ni tampoco hallaban nada en las instituciones de su patria digno de admiración ó de cariño, y cuanto más se remontaban en sus anales, ménos descubrían las huellas de la libertad, hallando sólo el testimonio de la tiranía de una clase y de la humillación de otra: los francos y los galos, los caballeros y los villanos, los nobles y los plebeyos, y así odiaban por tanto la monarquía, como la Iglesia y la clase noble, y ni se curaban de los Estados generales ni del Parlamento. A este propósito diremos que ha sido moda durante largo tiempo atribuir cuantas locuras cometieron por entónces los franceses á los escritos de los filósofos; pero á nuestro parecer sólo el mal gobierno inspiró sus escritos, no siendo tampoco cierto que renunciaran á la práctica por seguir la teoría, sino que se apasionaron de la teoría por carecer de la experiencia necesaria de buen gobierno. Porque no tenían Constitución, declamaban acerca del contrato primitivo de las sociedades humanas; que cuando entraron en posesión de instituciones tolerables, no tanto se preocuparon del contrato social como de conservarlas. El grito de 1830 no fué otro que ¡Viva la Constitución! En 1789 carecían de bandera, y de ahí que sólo pudieran encontrarse en el terreno de las teorías; y como las diferencias sociales que concian se presentaban á su vista bajo una forma deplorable, natural es y lógico que se dejaran seducir y arrastrar de sofismas en orden á la igualdad de los hombres. Además, la experiencia tan dolorosa que tenían del gobierno de los reyes debe y puede servirles de disculpa cuan-

do se trata del inmoderado afán que mostraban en toda ocasión por oír las más exageradas predicciones acerca de la soberanía del pueblo.

Como se hallaron siempre los ingleses bien avenidos con sus recuerdos y satisfechos con sus nombres nacionales, no acudieron nunca en busca de modelos ni de nombres á las instituciones de Grecia y de Roma; pero no hallando los franceses nada en su propia historia que les fuese amable, acudieron en demanda de auxilio á las de las grandes repúblicas antiguas, con tan mal consejo, que al tratar de conocerlas y estudiarlas, en vez de hacerlo por medio de los autores contemporáneos, se valieron de novelas escritas por moralistas pedantes, mucho después de haberse acabado las libertades públicas. A Tucídides preferían Plutarco, y ciegos como lo estaban tomaban por lazarillos á otros ciegos; y como carecían por completo de la práctica de la libertad, la entendían con arreglo al criterio de hombres que cual ellos carecían de experiencia en la materia, y cuyas imaginaciones, exaltadas por el misterio y la abstinencia, exageraban el goce de lo desconocido; que rebotaban de patriotismo sin haber tenido patria nunca, y que ponderaban las excelencias del asesinato de los déspotas al propio tiempo que se arrastraban á los pies de los tiranos. La máxima principal que aprendieron en esta escuela los legisladores franceses les mostraba la libertad política no como medio, sino como fin; no como la más preciosa y sólida salvaguardia del orden, de la propiedad y de la moral, sino como felicidad sublime y exquisita por sí misma, en cuyas aras debieran ser sacrificadas sin escrúpulo alguno la moral, el orden y la propiedad. Pero si bien es cierto que las enseñanzas de la historia antigua son de mucha impor-

tancia y utilidad, ¿qué provecho podían sacar de ellas unos hombres que olvidaban en sus alabanzas á la democracia de Atenas, que había en ella diez esclavos por cada ciudadano, y que realizaban el efecto teatral de sus invectivas contra los aristócratas, haciendo panegíricos de Bruto y de Catón, aristócratas más altivos, orgullosos é intransigentes que todos cuantos emigraron con el conde de Artois?

Ningún autor había logrado hacernos un cuadro de la Asamblea Nacional tan lleno de animación y de vida como M. Dumont. Su Mirabeau, en particular, es incomparable, y estudiándolo se comprende que cuantos retratos del famoso tribuno habían trazado antes otras manos que no la suya, son bosquejos nada más, cuando no esfuerzos de la imaginación de sus autores, ó groseras caricaturas. Pero el Mirabeau que nos presenta Dumont es el mismo individuo, ni Dios ni demonio, sino hombre y francés, y francés del siglo XVIII, dotado de grandes talentos y de pasiones violentas, pervertido por la mala educación que recibió, rodeado de tentaciones de todo género, desesperado durante algún tiempo en fuerza del descrédito que lo perseguía, y embriagado luego y desvanecido de la fama; como que todas sus cualidades contradictorias y en apariencia inconciliables se mezclan y se confunden de tal modo en el retrato que nos ocupa, produciendo un conjunto tan natural y armonioso, que si hasta el presente fué para nosotros, y tal vez también para la mayor parte de los que leen la historia, no un sér sino un índice de antítesis, en adelante será hombre singular, extraordinario y excéntrico en verdad, pero perfectamente comprensible á todos.

Gustaba Mirabeau, al decir de M. Dumont, de ca-

lificar á los hombres por medio de combinaciones de apellidos, y así llamaba á M. de Lafayette *Grandisson-Cromwell*, al rey de Prusia *Alarico-Cottin* y á D'Espréménil *Crispin-Catilina*. Siguiendo este sistema, bien podríamos llamar á Mirabeau *Wilkes-Chatham*, porque tenía la sensualidad de Wilkes, su ligereza y su falta de vergüenza; porque, como él, se atrajo las censuras de los mismos epicúreos en fuerza de la grosería singular de su inmoralidad y de la obscenidad de sus escritos, y porque, como él, se mostró siempre indiferente, no sólo á las leyes de la moral, sino á las del honor. Como Wilkes, también hacía los mayores esfuerzos por conciliar el carácter propio del demagogo con el de persona bien nacida y de buen trato; como él, se atraía con su gracejo y sus maneras el afecto de muchas personas que lo despreciaban para sus adentros; como él, era feo, y tornaba su fealdad en burlas contra sí mismo, y á pesar de ser la suya muy subida de punto, como Wilkes ponía mucho esmero en su vestido y era venturoso en pendencias de amores.

Pero si tenía gran semejanza con Wilkes en los rasgos de la fisonomía y de la moral, también la tenía en las cualidades de un orden más elevado con lord Chatham; como que su elocuencia, en la medida de lo que podemos apreciarla, reunía los caracteres más distintivos y apreciables de la del gran ministro inglés; que no brillaba en los discursos meditados y de cierta extensión, y que tampoco era orador dispuesto siempre á entrar en liza con un adversario; consistiendo todo su mérito en arranques inesperados que parecían ser efecto de la inspiración del momento, en frases cortas que brillaban en lo alto de la tribuna como relámpagos en horizonte oscuro, que caían de ella como el rayo.

que pronunciadas en determinados momentos decidían del resultado de una crisis por grave y trascendental que fuera, que se convertían á seguida en sentencias que todos recuerdan: hé ahí en qué consistía principalmente la elocuencia de Chatham y de Mirabeau. Pero, sin embargo, aun cuando han existido en los tiempos modernos muchos oradores más elocuentes, y más grandes y esclarecidos hombres de Estado que lo fueron ellos, á lo ménos, no recordamos otros que hayan ejercido tan ilimitada influencia personal sobre Asambleas tempestuosas y divididas. No diremos con esto, aun cuando su poder tanto era moral como intelectual, que pueda establecerse un paralelo entre ambos bajo el punto de vista de la verdadera dignidad de carácter ó de la virtud pública y privada, sino que tenían la misma naturaleza y vehemencia de temperamento. Las maneras y el lenguaje de ambos respiraban confianza plenísima en sus fuerzas, imperio sobre los demás, y tal impulso, que se hacía irresistible á las almas no muy superiores. Murray y Carlos Townshend, que no eran inferiores á Chatham en las cualidades del espíritu, cedían siempre á su voluntad, y Barnave, que sabía discutir mejor que cuantos diputados había en la Asamblea Nacional, arriaba el pabellón delante de Mirabeau. Y como solamente resultan de todo en todo malos ó buenos los hombres en las novelas y nunca en la vida real, puede decirse que si las virtudes de Chatham fueron en cierto modo teatrales, y que si Mirabeau no poseía cualidad ninguna que mereciera el nombre de virtud, tenía una que la sustituye, si bien de una manera imperfecta, en casi todos los hombres de mérito superior, es decir, natural inclinación á dejarse conmover de lo bueno y de lo bello por tal

modo que á las veces lo entusiasmaba, y esto unido á su deseo de ser admirado, era parte á imprimir á su carácter en ciertas ocasiones una manera de brillo que así semejaba el de la verdadera virtud, como «la opaca y vacilante aureola» que rodeaba la frente del ángel caído, á la luz clara y espléndida de los espíritus celestiales poseedores de la integridad de su pureza inmaculada.

Hay en las Memorias de que damos cuenta varios otros retratos admirables de varones ilustres. Los de Sieyès y Talleyrand particularmente, son obras maestras llenas de animación y de vida. Pero nada nos ha parecido tan notable como la luz que sin darse cuenta de ello arroja M. Dumont sobre su propio carácter en cada una de las páginas de sus *Souvenirs sur Mirabeau*, porque la inflexible rectitud que demuestra, su caritativa manera, su benevolencia, su modestia, su espíritu elevado é independiente, su filantropía y su noble y sincero menosprecio de las grandezas mundanas, constituyen un tipo que, sin dejar de ser natural, nos parece más cerca de la perfección que los de todos los Grandisson y Allworthy de novela. No diremos, sin embargo, que sea el libro tal cual esperábamos; pues de una parte nos parece más pintoresco, animado y ameno, y de otra ménos filosófico y profundo que nos prometíamos hallarlo. Pero si no atesora todo cuanto podía ofrecernos el claro ingenio de M. Dumont, nada falta en él ciertamente de cuanto pudiera regalarnos la magnánima hidalguía de su corazón.

## WILLIAM PITT.

1759.—1806.

Fué William Pitt hijo segundo del célebre ministro inglés del mismo nombre y de lady Ester Grenville, de la familia de los condes de Temple, y nació el 28 de Mayo de 1759, precisamente cuando la familia de su padre gozaba de tanta notoriedad en el mundo, que si los ingleses hablaban de él con muestras de orgullo, los enemigos de Inglaterra lo hacían entre admirados y temerosos. El primer año de su vida pasó en fiestas y regocijos públicos, porque cada ráfaga de aire llevaba á las costas de la Gran Bretaña mensajes de victorias alcanzadas por las armas británicas. En Westfalia, una gran batalla ganada por la infantería inglesa, detenía las armas vencedoras de Luis XV á lo mejor de sus conquistas; Boscawen derrotaba en las costas de Portugal á una escuadra francesa; Hawke dispersaba otra en el golfo de Vizcaya; Johnson se apoderaba de Niágara y Amberst de Ticonderoga; Wolfe recibía la muerte más envidiable al pié de los muros de Québec; Clive destruía un armamento formidable de los holandeses en el Hoogley y asentaba la supremacía británica en Bengala, y Coote vencía en Wandewash á Lally, estable-

modo que á las veces lo entusiasmaba, y esto unido á su deseo de ser admirado, era parte á imprimir á su carácter en ciertas ocasiones una manera de brillo que así semejaba el de la verdadera virtud, como «la opaca y vacilante aureola» que rodeaba la frente del ángel caído, á la luz clara y espléndida de los espíritus celestiales poseedores de la integridad de su pureza inmaculada.

Hay en las Memorias de que damos cuenta varios otros retratos admirables de varones ilustres. Los de Sieyès y Talleyrand particularmente, son obras maestras llenas de animación y de vida. Pero nada nos ha parecido tan notable como la luz que sin darse cuenta de ello arroja M. Dumont sobre su propio carácter en cada una de las páginas de sus *Souvenirs sur Mirabeau*, porque la inflexible rectitud que demuestra, su caritativa manera, su benevolencia, su modestia, su espíritu elevado é independiente, su filantropía y su noble y sincero menosprecio de las grandezas mundanas, constituyen un tipo que, sin dejar de ser natural, nos parece más cerca de la perfección que los de todos los Grandisson y Allworthy de novela. No diremos, sin embargo, que sea el libro tal cual esperábamos; pues de una parte nos parece más pintoresco, animado y ameno, y de otra ménos filosófico y profundo que nos prometíamos hallarlo. Pero si no atesora todo cuanto podía ofrecernos el claro ingenio de M. Dumont, nada falta en él ciertamente de cuanto pudiera regalarnos la magnánima hidalguía de su corazón.

## WILLIAM PITT.

1759.—1806.

Fué William Pitt hijo segundo del célebre ministro inglés del mismo nombre y de lady Ester Grenville, de la familia de los condes de Temple, y nació el 28 de Mayo de 1759, precisamente cuando la familia de su padre gozaba de tanta notoriedad en el mundo, que si los ingleses hablaban de él con muestras de orgullo, los enemigos de Inglaterra lo hacían entre admirados y temerosos. El primer año de su vida pasó en fiestas y regocijos públicos, porque cada ráfaga de aire llevaba á las costas de la Gran Bretaña mensajes de victorias alcanzadas por las armas británicas. En Westfalia, una gran batalla ganada por la infantería inglesa, detenía las armas vencedoras de Luis XV á lo mejor de sus conquistas; Boscawen derrotaba en las costas de Portugal á una escuadra francesa; Hawke dispersaba otra en el golfo de Vizcaya; Johnson se apoderaba de Niágara y Amberst de Ticonderoga; Wolfe recibía la muerte más envidiable al pié de los muros de Québec; Clive destruía un armamento formidable de los holandeses en el Hoogley y asentaba la supremacía británica en Bengala, y Coote vencía en Wandewash á Lally, estable-

ciéndola en el Carnate á su vez. Pero al aplaudir y aclamar la nacion á tantos guerreros victoriosos por mar y tierra, en Europa y América y Asia, los consideraba como instrumentos dirigidos de un espíritu superior, y por lo tanto, el vencedor de los mariscales y almirantes franceses en Alemania y el Atlántico no era otro en verdad á sus ojos sino William Pitt, el famoso representante del pueblo y conquistador para su patria de dos dilatados imperios: uno en las márgenes heladas del Ontario y otro en las riberas del Ganjes, bajo el sol de los trópicos. Mas, como no debía ser permanente la extraordinaria popularidad de que gozaba entónces el primer William Pitt; comenzó á declinar ántes de que sus hijos pudieran comprender cómo y por qué habia sido grande y famoso, llegando el caso de que lo rodearan circunstancias en las cuales fueran inútiles á sostener el prestigio de su nombre su elocuencia y su talento; en que una y otro se mostrasen decadentes; en que la energía y la resolucion, que tan propio lo habian hecho á conducir la guerra, holgaran en la paz, y en que su oratoria, conmovedora en la Cámara de los Comunes, no hiciera efecto en la de los Lores. Y como si esto no fuera bastante, una enfermedad cruel torturó sus miembros, y no cesó de atormentarlo sino para invadir su cerebro y hacer presa de sus nervios. Además, los últimos años de su vida se tornó enojoso á la corte, sin ser por eso simpático á la mayoría de la oposicion, quedando á causa de tanta desgracia reducido á ser lord Chatham la ruina de Pitt, aunque tan imponente y majestuosa todavía, que ningun hombre pudiera contemplarla sin experimentar análogas emociones á las que producen los restos del Parthenon y del Coliseo. Sin embargo, bajo un aspecto fué completamente feliz,

porque cualesquiera que fuesen las vicisitudes de su vida pública, el afecto de su familia no le faltó nunca, y amó á sus hijos y fué correspondido...; pero de todos ellos aquel á quien prefirió siempre y del que se mostró más orgulloso fué William.

El talento y las ambiciones del jóven Pitt se desarrollaron con grande y casi sobrenatural precocidad. A la edad de siete años el interes que prestaba en toda ocasion á los asuntos graves, su aficion decidida por el estudio, el buen sentido y la viveza de sus observaciones acerca de los libros y de los acontecimientos, causaban maravilla, no sólo á sus parientes, sino á sus maestros. Una de las frases notables que por aquel tiempo brotaron de sus labios, la dijo á su preceptor con motivo de haber pasado lord Chatham á la Cámara de los Lores en Agosto de 1766. William, al saberlo, exclamó: «Me alegro de no ser el primogénito, porque quiero hablar como papá en la Cámara de los Comunes.» Existe una carta de lady Chatham, dama de grande ilustracion y de muy distinguidas maneras, á su marido, en la cual le dice que su hijo menor de doce años habia pasado en las clases al mayor que tenia quince, «siendo tal, añadia la condesa, la inteligencia y el despejo de William, que su mayor deleite consistia en leer y estudiar libros cuyos asuntos fueran superiores á la capacidad de ningun otro niño de tan pocos años.» A la edad de catorce su inteligencia lo era de hombre formado. El poeta Hayley, que lo vió en Lyme el verano de 1773, quedó admirado y seducido juntamente, oyendo de su boca palabras tan ingeniosas y sensatas, que más tarde dió muestras de sentir mucho no haberse atrevido á someter á su precoz criterio el plan de una gran composicion literaria que meditaba por

entónces. William había ya escrito una tragedia en aquel tiempo, no buena, en verdad; pero no inferior por eso á las de Hayley, la cual se conserva en Chevening, y es, bajo muchos aspectos, digna de llamar la atención: primero, porque no entra por nada en ella el amor, y segundo, porque toda su intriga es política y todo su interés consiste nada ménos que en una disputa empeñada con motivo de cierta regencia. Uno de los interlocutores defiende al Rey ausente, y apura los razonamientos que le inspira su fidelidad caballeresca; el otro es un conspirador de baja estofa, sin principios y agitado de ambición desaforada; el soberano aparece de improviso, empuña las riendas del Gobierno y premia generosamente al fiel defensor de sus derechos. Juzgando la obra sin conocer al autor, no vacilaría ningún crítico en decir que fué forjada por algún poeta de poca cuenta partidario de Pitt, con motivo de los festejos que se hicieron en 1789 para celebrar el restablecimiento de Jorge III.

El placer que sentían los padres del joven William Pitt siguiendo atenta y afanosamente los rápidos progresos de su inteligencia, fué turbado del temor que hubo de causarles su salud. Crecía de una manera extraordinaria, no se desarrollaba ni se fortalecía en proporción, y con frecuencia padecía enfermedades producidas por la debilidad de su temperamento, llegándose á temer que no fuera posible vivir á un niño tan delicado de salud. En aquella coyuntura le prescribieron los médicos el vino de Oporto, y dicen que á los catorce años lo usaba ya en cantidades más propias de un hombre formado que no de persona de su edad, logrando, sin embargo, con este régimen, que hubiera sido mortífero para otros y que parecía ser el más pro-

pio para él, fortalecerse, toda vez que á los quince años dejó de padecer como ántes, y que si no llegó á ser nunca robusto, á lo ménos tuvo la salud necesaria para resistir años enteros de trabajo constante y de ansiedad, largas vigiliás consagradas á las discusiones parlamentarias y veranos rigurosos sin salir de Lóndres para respirar los aires puros del campo ó las brisas reparadoras del mar.

Acaso por ser tan delicado de salud no recibió William Pitt la misma educación que los demás jóvenes de su rango. Porque mientras todos los hombres políticos y los oradores eminentes que debían ser sus aliados ó sus adversarios algún día: North, Fox, Shelburne, Windham, Grey, Wellesley, Grenville, Sheridan y Canning, concurren á las escuelas, y lord Chatham mismo fué discípulo de la de Eton, cosa que ninguno en su caso deja de tener en memoria, como el temperamento delicado de nuestro William reclamaba vigilancia y cuidados que sólo pueden hallarse bajo el techo paternal, así es como hizo sus estudios, encomendado á la dirección de un eclesiástico (1); y aunque hubo de interrumpirlos con frecuencia por efecto de sus enfermedades, se prosiguieron con éxito extraordinario, logrando poseer ántes de cumplir quince años un conocimiento de las lenguas antiguas y de las matemáticas superior al que aporta la mayoría de los escolares de diez y ocho á los grandes centros universitarios. A fines de 1773 lo enviaron al colegio Pembroke, de Cambridge, y teniendo en cuenta que un estudiante tan joven exigía más esmero en los repásos de lo necesario á los mayores que aspiran á graduarse, William Pitt tuvo un preceptor encar-

(1) Wilson.

gado de dirigirlo en Prettyman, bachiller en artes, laureado en el concurso anterior. No era Prettyman persona de porte y maneras muy agradables, ni de talento superior; pero sí tenaz en el estudio, de mucha sagacidad y penetración, erudito clásico y excelente matemático. Durante más de dos años fué compañero inseparable y casi único de su discípulo, echándose con tal motivo entre ambos los cimientos de sólida y durable amistad. La cual fué parte á que ántes de cumplir William Pitt los veintiocho años hiciera nombrar á su preceptor de Cambridge obispo de Lincoln y dean de San Pablo, y á que Prettyman, en buena correspondencia y para darle testimonio de gratitud, escribiera luégo una Vida de su discípulo, que goza fama de ser la peor biografía de cuantas existen de la misma extensión.

Hasta que no se hubo graduado, apénas si trabó Pitt relaciones de amistad con otro condiscípulo. Asistía puntualmente á los oficios de la capilla mañana y tarde, comía en el refectorio y observaba irreprochable conducta. A los diez y siete años, conforme á la mala costumbre de aquel tiempo, se recibió, sin prévio exámen y á título de noble, de maestro en artes; pero, no obstante, continuó residiendo todavía en Pembroke-Hall algunos años consagrado al estudio bajo la dirección de Prettyman y frecuentando la mejor sociedad universitaria.

El caudal de conocimientos que atesoró Pitt en aquella época de su vida fué muy considerable, y bien podemos decir que á esto se redujo toda su instrucción, porque muy presto comenzó á tener tantas y tales y tan graves ocupaciones, que no le quedó vagar para la literatura. Su libro favorito, en

que hallaba la suma de sus deleites, era los *Principia* de Newton, y su gusto por las matemáticas era tan grande que rayaba en pasión, siendo necesario, al decir de sus maestros, matemáticos distinguidos todos ellos, ántes contenerlo que no estimularlo en su estudio, como que no tenía rival en la Universidad en punto á perspicacia y prontitud para resolver los más arduos é intrincados problemas; haciéndolo así público en pleno senado académico uno de los primeros catedráticos de aquel centro de saber. No fueron ménos dignos de mención sus progresos en los estudios clásicos, aun cuando tuviera la desventaja, comparándolo con los estudiantes de segundo y tercer orden que procedían de las escuelas públicas, de carecer de la facilidad para versificar que á las veces poseen aun aquellos que sólo han adquirido superficial conocimiento de las lenguas griega y latina y de la literatura clásica, en razón á que Wilson, su primer maestro, no lo acostumbró á componer nunca en ellas. Y en verdad que jamás hubiera podido producir versos elegiacos tan bellos como los de Wellesley en su *Adios á Eton*, ó exámetros virgilianos cual los en que Canning describió la *Peregrinación á la Meca*, á pesar de ser muy dudoso que ningun erudito poseyera conocimientos más sólidos y profundos de ambos nobles idiomas de la civilización antigua á la edad de veinte años, como que penetraba y descubría el sentido de las frases más difíciles y oscuras de los clásicos con tal rapidez que causaba maravilla ciertamente á los críticos de más nota. Bastará que citemos á este propósito el que se formó de leer toda la poesía griega, no quedando satisfecho hasta que hubo explicado la *Cassandra* de Lycofron, libro el más oscuro de cuantos produjo la

antigüedad; rapsodia singular que ha puesto en grande aprieto á muchos eruditos de notoria reputación; «pero que William Pitt, como dice su preceptor, leyó corrientemente á primera vista; esfuerzo que á no haberlo presenciado estimaría por superior á la humana inteligencia.»

La literatura moderna ocupó muy poco en comparación los estudios del discípulo de Prettyman, que no poseía demas de la nacional otra lengua viva que la francesa, y para eso de manera imperfecta. Habíase familiarizado con algunos de los mejores autores ingleses, y más principalmente con Shakspeare y Milton, siendo las disputas del Pandemonio uno de sus pasajes predilectos, en lo cual tenía razón; y cuando recitaba el discurso incomparable de Belial, producía efecto extraordinario en su auditorio por la cadencia melodiosa de su método; circunstancia que largo tiempo despues de su muerte recordaban sus amigos, y á la cual contribuyó mucho, aparte de su aptitud natural, el continuado ejercicio que hizo desde la niñez en el arte de guiar la voz. Era la suya sonora y clara, y su padre, cuya fama de orador elocuente vino en cierto modo de su habilidad para emitir los sonidos, aprovechó estas ventajas del jóven William para desarrollarlas en su provecho; enseñanzas que, andando el tiempo, dieron lugar á las burlas del club de Brooke, á cuyos socios ponía fuera de sí ver uno y otro dia fascinados de la sonora elocucion del grande orador á los representantes de las provincias (1).

(1) A este propósito les decían que Pitt habia sido enseñado por su papá sobre un taburete (taught by his dad on a stool).—N. del T.

Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que la educación de Pitt fué la más ocasionada para formar un grande orador parlamentario, y digan cuanto les plazca los que sostienen y repiten que son contrarios á este fin los estudios clásicos que absorben tantos años de trabajo asiduo á los jóvenes, en razón á que les impiden aprender y dominar la lengua patria, no siendo raro por esta causa encontrarlos que sepan escribir prosa latina como Ciceron y hagan alcáicos dignos de Horacio, y no puedan expresar sus ideas en su propio idioma con claridad, pureza y energía. Observacion es la expuesta que no carece de verdad en cierto modo; pero que no puede aplicarse al caso de Pitt, porque sus estudios recibieron un impulso especial, y que, de consiguiente, sólo fueron parte á enriquecer su vocabulario inglés y á darle mucha práctica y facilidad en el arte de construir las frases de manera elegante y correcta. Porque su método consistia en leer una ó dos páginas de un autor griego ó latino, en apoderarse de su sentido, y traducirlo despues en alta voz en su propio idioma. Así lo hizo con su primer maestro Wilson, y así continuó luego con Prettyman, no siendo, por tanto, extraño que un jóven dotado de clara inteligencia como él lo fué, y que la ejercitó de tal modo durante diez años consecutivos, lograrse adquirir sin igual facilidad para expresar sus pensamientos, sin esfuerzo ni trabajo, por medio de palabras bien escogidas y de periodos elegantes.

De cuanto ha llegado hasta nosotros de la literatura clásica, las arengas de los oradores antiguos era lo que leía con más gusto nuestro William Pitt, consistiendo su ocupacion favorita en comparar los discursos en pro y en contra de un asunto, anali-

zándolos y fijándose mucho en los argumentos del primer orador que dejaba el segundo sin respuesta, ó refutaba ó eludía. Mas no era únicamente leyendo arengas como estudiaba entónces el arte de la esgrima parlamentaria, pues cuando pasaba temporadas en el seno de su familia no le faltaban ocasiones de asistir en Westminster á debates de la mayor importancia, y se consagraba con tanto afán á seguir su curso como atención científica fija un discípulo de Guy-Hospital cuando concurre á una operación difícil practicada por hábiles manos en el anfiteatro de la Facultad. A esta época y á estas visitas á Westminster se refiere un curioso episodio de su vida que no queremos dejar pasar sin mención especial. Es el caso, que Pitt, cuyo talento nadie conocía fuera del círculo de sus parientes y de sus compañeros de Cambridge, se encontró con Fox en la Cámara de los Lores y le fué presentado por un amigo de ambos. Fox, pues, que tenía once años más que Pitt y ya era uno de los principales oradores de la Cámara y el más temible y poderoso en lides parlamentarias que hasta entónces hubiera parecido en Inglaterra, refiere que mientras duró la discusión, Pitt se volvió hácia él repetidas veces para decirle: «Mr. Fox, me parece que podría contestarse tal cosa,» ó, «Perfectamente; pero creo que también debiera decirse cual otra.» Fox olvidó las críticas parlamentarias de Pitt; pero en cambio expresó siempre la sorpresa que hubo de causarle la precocidad de juicio de un jóven que durante toda la sesión parecía exclusivamente preocupado de las respuestas que pudieran hacerse á los oradores de ambos lados de la Cámara.

Una de las visitas del jóven Pitt á la Cámara de los Lores quedó impresa con indeleble y triste re-

uerdo en su memoria. No había cumplido aún diez y nueve años, cuando el 7 de Agosto de 1778 acompañó á su padre á Westminster. La expectacion era grande, como que la sesión de aquella tarde prometía ser de las más solemnes. Acababa de reconocer la Francia la independencia de los Estados-Unidos; y como el duque de Richmond se proponía expresar en la Cámara la opinion de que debía renunciarse á la idea de someter á los insurgentes, y Chatham había sostenido siempre que la resistencia de las Colonias á la Metrópoli era justa, si bien imaginaba que al reconocer Inglaterra su independencia caería del pedestal de su grandeza y de su poder, aunque agobiado de los años y de incurable dolencia, determinó de concurrir al Senado, contra la opinion de los suyos, y á él fué sosteniéndose, no sin pena, en el brazo de su hijo querido. Esfuerzo fué aquél superior á los espíritus del anciano; el cual, en el momento de dirigirse á los pares, cayó desfallecido en medio de convulsiones dolorosas. Pocas semanas despues tenía lugar la traslación de su cadáver con lúgubre pompa desde la *Cámara pintada* á la célebre Abadía, y el hijo predilecto del ilustre difunto, su homónimo y heredero de su gloria, presidía el duelo y acompañaba el cadáver hasta que hubo recibido sepultura en el lugar mismo donde también debían descansar sus propias cenizas.

Su hermano mayor heredó el condado de Chatham con una renta bastante no más que á sostener su rango. Los demás individuos de la familia quedaron proveidos de manera muy escasa, tanto, que nuestro William apenas si contaba trescientas libras esterlinas de renta. Hubo entónces de abandonar á Cambridge y de abrazar una carrera; con tanto más motivo, cuanto que desde Mayo de 1780 ya era ma-

yor de edad. Inscribióse, pues, entre los estudiantes de Lincoln's-Inn, y asistió á los tribunales de la circunscripción del Oeste. Y como tuvieran lugar aquel otoño elecciones generales, solicitó los sufragios de la Universidad, quedando el último en el *poll* ó lista de los votos; que, según parece, los graves y sesudos doctores de toga encarnada, que á la sazón tenían asiento en los bancos de Gólgota, tacharon de presuntuosa demasía la del jóven pretendiente de tan elevada distincion. Sin embargo, Pitt fué aquella vez á la Cámara, pues á ruego del duque de Rutland, amigo de la familia, sir James Lowther lo hizo elegir por representante del lugar de Appleby.

La situación del país era peligrosa por demasía aquel entónces, y ocasionada en verdad á desalentar el ánimo. En vano habia sido que la metrópoli enviara una en pos de otra expediciones militares fortísimas contra las colonias rebeldes de América, porque si en los campos de batalla quedó la victoria por las tropas tan disciplinadas de la madre patria, no era en ellos donde podia ventilarse y resolverse definitivamente la querella, y ménos aún tratándose de un pueblo entero sublevado que tenía por auxiliares el hambre y el Atlántico. La casa de Borbon entretanto, humillada pocos años ántes por el genio y la energía indomable de lord Chatham, logró aprovechar la ocasion del desquite. Francia y España, pues, se ligaron en daño de Inglaterra, siguiendo la Holanda su ejemplo, y reduciendo entre todas al pa. bellon británico á retirarse del Mediterráneo, y á sostenerse apénas en el canal de la Mancha. Y si las potencias del Norte guardaban las apariencias de la neutralidad, la suya en el fondo era peligrosa y amenazadora. En Asia, Hyder-Alí habia bajado al

Carnate y roto el pequeño ejército de Baillie, llevando el terror hasta los fosos del fuerte San Jorge; en Irlanda, los descontentos parecían presagiar la guerra civil, y en Inglaterra no era posible que cayera más bajo el prestigio del gobierno, participando así el Rey como la Cámara de la propia impopularidad. En efecto, el clamor de la reforma parlamentaria resonaba en aquellos dias aciagos y temerosos con igual violencia que en 1830, y asociaciones formidables dirigidas y agitadas no de vulgares demagogos, sino de personas de calidad, que ocupaban elevada posición social, de carácter noble y de talento superior, pedían con grandes voces la revision del sistema representativo; y el populacho, envalentonado con la debilidad y la irresolucion de los ministros, habia roto los diques del temor y del respeto, sitiando las Cámaras legislativas, maltratando los pares del reino, persiguiendo á los prelados, atacando la residencia de los embajadores, violentando las puertas de las cárceles y derribando y quemando las casas de aquellos que reputaba por sus contrarios; como que Lóndres ofreció durante algunos dias el aspecto de una ciudad tomada por asalto, y se hizo necesario asentar un campamento en el parque de Saint-James.

Mas, á despecho de los peligros y de las dificultades que lo amenazaban, así en lo interior como en lo exterior, Jorge III persistia en querer reducir á los americanos por la fuerza de las armas, y sus ministros en abdicar su voluntad en la del Rey, con energía el primero y flaqueza los segundos, muy distantes ambas de la virtud y la prudencia. Cierto es que algunos de ellos no se proponían con esta conducta sino realizar fines egoistas y nada honestos; pero no lo es ménos tambien que lord North.

su jefe, siempre fué honrado caballero, de amable carácter, de modales distinguidos, de talento superior para los negocios y las lides parlamentarias, y que debe quedar exento y libre de toda mancha y nota de complicidad en manejos indignos; pudiendo decirse que si permanecía en un puesto del cual había querido retirarse con marcada insistencia, era sólo porque no hallaba en sí la fuerza de resistir á las súplicas del Monarca, el cual para imponer silencio á sus razones y ruegos le repetía en toda ocasión que no alcanzaba cómo un caballero hidalgo y animoso podía ser capaz de abandonar en trance semejante á su señor que tanto lo amaba.

Constaba la oposicion de dos partidos, hostiles otro tiempo, mas reconciliados y bien avenidos ahora, merced á un acuerdo aparente, como lo demostró el suceso despues. El más numeroso de los bandos reunía la mayor parte de la nobleza *whig*, y tenía por jefe al marqués Carlos de Rockingham, discreto y honrado personaje, superior por su riqueza é influencia parlamentaria á la casi totalidad de los grandes de Inglaterra; pero á quien vedaba representar principalísimo papel en las discusiones de la Cámara de los Lores su excesiva timidez. En la de los Comunes dirigía los amigos y parciales de Rockingham, Fox, cuyos habitos de disipacion y cuya mala conducta y estado precario de hacienda eran objeto de murmuraciones y comentarios y hablillas constantes; pero á quien su talento, y su carácter dulce, generoso y bueno hacían amable á todos y conciliaban el afecto, la simpatía y el respeto de los mismos que lamentaban sus desórdenes privados. Burke, muy superior á Fox en conocimientos, amplitud de miras é imaginacion, pero ménos hábil en la lógica y la retórica especiales

que sirven á persuadir las grandes Asambleas, había condescendido en ser segundo de un capitán que podia muy bien ser hijo suyo.

La parte ménos numerosa de la oposicion se componía de los antiguos partidarios de lord Chatham, y estaba dirigida por Guillermo, conde de Shelburne, tan notable á título de hombre de Estado como de amigo de las letras. Con él iban lord Camden, que fué canciller del Gran sello hacia poco tiempo y poseía la estimacion de las gentes por su integridad, rectitud, talento y experiencia constitucional; Barré, declamador elocuente y acerbo, y Dunning, que fué por largos años el primero en el foro. Hacia este grupo se sentía naturalmente atraído el jóven Pitt.

El 26 de Febrero de 1784 pronunció su primer discurso apoyando el plan de reformas económicas propuesto por Burke. Fox se levantó al mismo tiempo; pero renunció en su obsequio á usar de la palabra, quedando los oyentes del novel orador sorprendidos y embelesados de su apostura, digno ademán, majestuoso estilo, animacion, aplomo, acierto y viveza en replicar á los que le habían precedido en el debate, del timbre argentino de su voz y de los periodos elegantes y correctos de su improvisacion. Más impresionado que los otros, exclamó Burke al oírlo con lágrimas de alegría: «No es vástago del árbol añoso que todos conocimos, sino el mismo árbol rejuvenecido!» «Pitt será con el tiempo, dijo á Fox un individuo de la oposicion.» «Ya lo es,» le contestó éste, cuyo noble y bondadoso carácter fué siempre ajeno á la envidia. Digna es de particular mencion la circunstancia de que poco tiempo despues del primer discurso de nuestro William Pitt, Fox mismo lo presentara

en el club de Brooke; detalle que recordaban muchos contemporáneos, cuya vida se prolongó hasta casi nuestros días. Dos veces más hizo uso de la palabra durante aquella legislatura, y sostuvo en ambas la reputación conquistada en la primera. Al terminar, volvió á consagrarse al ejercicio de la abogacía, encargándose de varios negocios, por cuyas defensas orales mereció ser felicitado de Buller en pleno tribunal, y de Dunning en el colegio.

Reunióse de nuevo el Parlamento á 27 de Noviembre. Cuarenta y ocho horas ántes había llegado la noticia dolorosa de la capitulación de Cornwallis con todo su ejército, y sido necesario, por tanto, rehacer el discurso de la corona. Excepto el Monarca, no quedaba un inglés en todo el Reino Unido que no tuviera el convencimiento íntimo de la imposibilidad de someter á los rebeldes de América. Pitt terció en la discusión del Mensaje y habló con más energía, elocuencia y tersura todavía que las veces anteriores, arrancando nutridos y sinceros aplausos de sus aliados. Enrique Dundas, lord abogado de Escocia, que militaba en las filas del Gabinete, aventajó, sin embargo, á todos los amigos políticos de Pitt en los plácemes y alabanzas que le prodigaron, y fué que aquel veleidoso y hábil parlamentario comenzó á prever la caída del Ministerio que sostenía con éxito y eficacia, y á preparar la retirada para no ser aplastado en su ruina. Desde la tarde misma en que William Pitt pronunció el discurso á que hacemos referencia, trabó amistad con él, que se hizo despues íntima y estrecha, y duró ya siempre hasta que la muerte la puso término.

Quince días más tarde habló Pitt en la comisión de presupuestos de Guerra. Comenzaban á notarse

ya ciertos síntomas precursores de disidencia en el banco ministerial, y en prueba de ello lord Jorge Germaine, secretario de Estado, y á cuyo cargo corría más principalmente la conducta de la guerra de América, cuando hizo con este motivo uso de la palabra empleó un lenguaje que no se compadecía ciertamente con las declaraciones formuladas ántes por el primer lord del Tesoro, contradicción que nuestro William puso en evidencia con mucha sagacidad y pericia. Y como en aquel punto mismo de su oración lord Jorge y lord North comenzaron á decirse palabras al oído, y Welbore Ellis, antiguo funcionario que había vivido y prosperado bajo casi todos los gobiernos desde la época de Enrique Pelham, se interpusiera en actitud de terciar en la misteriosa plática, por más que tales interrupciones sean ocasionadas á las veces á turbar el ánimo de oradores avezados á las luchas del Parlamento, Pitt no se cortó, sino que se detuvo, y echando una mirada sobre los interlocutores, dijo con admirable oportunidad: «Esperemos para continuar á que Nestor ponga término á la disputa entre Agamenon y Aquiles.»

Al cabo de varias derrotas, ó de triunfos que lo parecían, presentó el Ministerio su dimisión. El Rey entonces, bien contra su voluntad y de muy mala gana, consintió en admitir á Rockingham como primer ministro. Fox y Shelburne fueron secretarios de Estado; lord John Cavendish, uno de los hombres más rectos y respetables de aquel tiempo, quedó al frente del departamento de Hacienda, y Thurlow, que por su carácter y talento se había levantado con la dictadura de la Cámara de los Lores, conservó el gran sello. A Pitt le ofrecieron por medio de Shelburne el cargo de vicetesorero de Irlanda, que así es de fácil desempeño en la admi-

nistracion inglesa como de pingües productos; pero rehusó sin vacilar, porque se habia propuesto no admitir sino una cartera; propósito que hizo público algunos dias despues en la Cámara de los Comunes.

Bien será decir con este motivo que ántes era más limitado el número de individuos que concurrían á la formacion de los gabinetes, y que si en nuestros dias se han visto ministerios de diez y seis, en la época de nuestros abuelos un gobierno de diez ú once personas se consideraba como excesivamente numeroso, siendo siete los ministros que lo componian de costumbre. Y como, además de esta circunstancia muy atendible, vieron todos que Burke mismo habia sido nombrado pagador general y no formaba parte del Ministerio, hallaron algunos por extremo presuntuosa y vana la declaracion de Pitt. El mismo lo sintió despues de haberla pronunciado. «Se me escapó de los labios en el calor de la improvisacion,—dijo á sus amigos,—y habria dado cualquier cosa porque nadie la oyera.» Sin embargo, en la opinion pública no le perjudicó, pues se halló que «el segundo William Pitt mostraba tener con esto el carácter y el ingenio del primero.» Y así era, en efecto, pues tanto el hijo como el padre, si fueron orgullosos y altivos con exceso, jamás alentaron pensamientos innobles y bajos. Podia parecer extraño, tal vez, y arrogante que un abogado jóven, que vivia trabajosamente de una renta de mil y quinientos pesos al año, rehusara el sueldo de veinticinco mil sólo por no comprometerse á defender ó á votar medidas en cuya resolucion no hubiera tomado parte alguna; mas es lo cierto que su arrogancia no se hallaba muy distante de la virtud. Pitt prestó su apoyo al ministerio Rockingham,

sin perder por eso la ocasion de hacer la corte al partido ultrawhig, que debió el ser á la persecucion de Wilkes y á la eleccion del Middlesex, y habia ido haciéndose cada dia más numeroso y formidable, merced á los sucesos desastrosos de la guerra y al triunfo de los principios republicanos en América. En consecuencia, sostuvo un proyecto encaminado en todas sus partes á pedir que se redujera la duracion de los Parlamentos, y presentó y apoyó tambien otro para que se constituyera una junta con el objeto de estudiar los asuntos electorales, declarándose contrario en los discursos que pronunció con tal motivo de los distritos cuneros, calificándolos de campo atrincherado de la corrupcion generadora de cuantas calamidades y desgracias pesaban sobre la patria; y empleando una frase majestuosa para expresar su pensamiento, definió á estos distritos electorales diciendo que adquirió su creacion gran desarrollo y crecimiento con la grandeza y poderío de Inglaterra, fortificándose con su fuerza, pero que no habia decaido al declinar su imperio y su poder.

Fox sostuvo á Pitt en aquella circunstancia, votándose la proposicion por mayoría de veinte diputados en una Cámara de trescientos. No volvieron á encontrarse los reformadores en tan buena situacion hasta el año de gracia de 1831.

Poseia el nuevo Gabinete, no solamente la fuerza que da el talento, mas tambien la que da el aura popular; como que ninguno antes gozó de tanto prestigio y autoridad desde la proclamacion de Jorge III; pero tenia en contra suya la mala voluntad del Rey, la tibieza con que lo apoyaba el Parlamento y las divisiones intestinas. El canceller, por ejemplo, no poseia el afecto ni la confianza de la

mayor parte de sus colegas; ambos secretarios de Estado se miraban con recelo y envidia; y como no se habian trazado con la debida exactitud las lindes respectivas de sus departamentos, las invasiones y las quejas eran constantes y reciprocas. Por tal manera, cuanto pudo haer Rockingham fué mantener la paz entre sus compañeros los tres meses que aún vivió.

Al pasar de este mundo el Marqués quedaron los negocios en el mayor desorden. Sus partidarios designaron por su jefe al duque de Portland; el rey puso á Shelburne al frente del Tesoro, y como Fox, Cavendish y Burke presentaron en el acto sus dimisiones, el nuevo ministro se halló sin los elementos necesarios para constituir gabinete. Poseia, en verdad, grandes talentos y sobresalia en lides parlamentarias; pero no pudiendo hallarse allí donde más necesaria era su elocuencia y habilidad, necesitaba recurrir al auxilio de algun miembro de la Cámara de los Comunes que hiciera frente á los diputados de la oposicion. Pitt solamente poseia la elocuencia y el ánimo indispensables á este cargo. Le ofrecieron la cancilleria de Hacienda, y aceptó... Acababa de cumplir aquellos días veintitres años.

A poco se suspendieron las sesiones del Parlamento, y durante el interregno una negociacion pacífica iniciada por Rockingham terminó con éxito feliz, reconociendo á virtud de ella la Inglaterra la independencia de sus colonias rebeldes, y cediendo al propio tiempo á sus enemigos de acá varios puertos del Mediterráneo y del golfo de Méjico, bajo condiciones tan honrosas y dignas como podia esperarse del suceso de la guerra, ó pudieran obtenerse de prolongar una lucha completamente desigual. Porque conservaba incólumes y en toda su

integridad sus fuerzas vitales, las fuentes caudalosas de su poder, y hasta salvaba su dignidad, no cediendo á la casa de Borbon sino aquello que le habia tomado por las armas en las guerras anteriores, y manteniendo bajo su dominio sin menoscabo alguno el imperio indostánico y enhiesta siempre su bandera en el peñon de Calpe, á pesar del esfuerzo que para derribarlo hicieron dos monarquías poderosas.

Si Fox hubiera seguido en el Gabinete, no habria ciertamente vacilado un sólo punto en suscribir aquellas capitulaciones; mas, por desgracia, con todo su talento y sus grandes cualidades se dejó arrastrar de la pasion en aquella circunstancia, y por espacio de muchos años su error hizo que fueran inútiles á la patria uno y otras. Pero vió que la Cámara de los Comunes se hallaba dividida en tres bandos: el suyo, el de North y el de Shelburne; que ninguno de los tres era bastante fuerte por sí para tener vida propia, y que por tanto, á ménos que dos se coligaran, siempre sería débil y floja la administracion que se apoyara en uno solo, ó que probablemente habria una serie de administraciones débiles y flojas, y que sucederia esto cuando más menesteroso se hallaba el país de gobiernos fuertes para su prosperidad y bienestar.

Necesario era, pues, y justo acudir al remedio de las coaliciones; pero si contra todas las posibles podia objetarse algo, la única que ménos dificultades encontrase y que pareciera más ocasionada era la de Shelburne y Fox, no sólo porque habria merecido el aplauso de uno y otro campo, sino porque podia llevarse á cabo sin sacrificar en sus aras ningun principio político por parte de Shelburne y de Fox. Por desgracia para todos, recientes querellas y des-

avenencias graves habian dejado rastros profundos de odio y desconfianza contra el primero en el ánimo del segundo, y así, cuando Pitt trató de intervenir como mediador, y autorizado al efecto, propuso á Fox que formara de nuevo parte del gobierno, como le preguntara si Shelburne debía continuar ejerciendo el cargo de primer ministro, y él contestase afirmativamente, le replicó: «No es posible que yo lo sea bajo su presidencia.—En ese caso, repuso Pitt, las negociaciones quedan rotas, porque yo no debo hacerle traicion;» separándose con estas palabras ambos políticos para no volver á encontrarse nunca.

No queriendo entrar en tratos Fox y los suyos con Shelburne, no les quedaba otro camino sino convenirse con lord North, y así lo hicieron, formando entónces un pacto funesto que áun es conocido en nuestros días bajo de la calificación enfática de *coalision*. No hacia nueve meses que Fox y Burke habian amenazado á North con acusarlo, calificándolo constantemente de ser el más arbitrario, corrompido é incapaz de todos los ministros, cuando se aliaron á él para derribar á un hombre de Estado de quien no los separaba la menor cuestion esencial. É hicieron esto sin tener la prudencia ni la calma necesarias á esperar el momento en que pudieran realizarlo sin merecer el epíteto de inconsecuentes; y para que nada faltase al escándalo, los grandes oradores que habian fulminado rayos y centellas en la Cámara contra la guerra, determinaron de hacer causa comun con los promotores de ella para provocar un voto de censura en el capitulo de la paz.

Las Cámaras se reunieron ántes de la Navidad de 1782; pero las estipulaciones preliminares no se

firmaron hasta el mes de Enero siguiente, y el Parlamento no pudo tomarlas en consideracion hasta el 13 de Febrero de 1783. Durante algunos dias circuló el rumor de que Fox y North se habian concertado; mas presto fué necesario que se rindieran á la evidencia los más obcecados en no creerlo, á medida que iban adelantando los debates. Pitt adolecia de una indisposicion, y no pudo terciar en la polémica sino con escasas fuerzas y cuando las de sus oyentes se hallaban agotadas ya, debiendo atribuirse á esta circunstancia el que no alcanzara el éxito de otras veces. Tanto fué así, que sus admiradores hubieron de reconocer que su discurso fué flojo y agresivo, cometiendo en él la inconveniencia de aconsejar á Sheridan que se limitara en adelante á darse por satisfecho con los triunfos que alcanzara en las tablas del teatro; sarcasmo desafortado que dió pié al agredido á replicar en los términos siguientes: «Después de lo que acabo de oír, siento impulsos vehementísimos de aventurarme á rivalizar con un autor de tanta nota como lo es ciertamente Ben Johnson, poniendo en escena la segunda parte de *El Niño malcriado* (1).» Puesta á votacion la proposicion de los amigos del Gobierno, fué rechazada con mayoría de diez y seis votos.

Mas no era hombre Pitt á quien desalentara un contratiempo ni se dejara derribar por un bote de lanza de su adversario, y así, pocos dias después, cuando propuso la oposicion un voto de censura contra los tratados, habló con una elocuencia, energía y dignidad tales, que áun elevaron su fama y popularidad á mucha mayor altura que jamás ha-

(1) *El Niño malcriado*, de Johnson, es un personaje de la comedia titulada *El Alquimista*.

bían estado. En aquel debate, aludiendo á la coaliccion de Fox y Shelburne, arrancó universales aplausos en la Cámara, al exclamar: «Si ese matrimonio contra la naturaleza y de funesto augurio no se ha consumado todavía, diré, señores, que conozco un impedimento gravísimo para que se verifique y que lo alegaré para descargo de mi conciencia.»

Aquella vez tambien se halló el Gobierno en minoría. Lo cual visto de Shelburne presentó la dimision, que fué aceptada; pero el Rey luchó todavía mucho ántes de someterse á las condiciones de Fox, cuyos defectos aborrecia, y más aún su carácter independiente y poderosa inteligencia. Ofrecióse iterativamente á Pitt el cargo de primer lord de la Tesorería, esto es, el puesto preferente y de más importancia; pero por tentadora que fuese la ocasion, se negó á consentir: que su recto y claro juicio no era ménos precoz que su elocuencia, y aunque veía cerca su hora, comprendiendo que no habia llegado el momento preciso, ni quiso dar oídos á las lisonjas ni á las quejas del Monarca. Entonces S. M., no sin quejarse amargamente de la timidez de Pitt, hizo un esfuerzo para romper la coaliccion, y empleó cuantos medios son imaginables para separar de ella á lord North; pero en vano, quedando por esta causa sin ministerio durante algunas semanas, hasta que despues de haber fracasado en todas sus tentativas, y visto que la Cámara iba tomando un aspecto amenazador, cedió de su empeño. El duque de Portland fué nombrado primer lord de la Tesorería; Thurlow salió, y Fox y North ocuparon respectivamente dos secretarías de Estado, con facultades iguales en apariencia, si no en realidad, pues Fox era en este caso el primer ministro.

Muy entrado estaba ya el año cuando se completaron los arreglos dichos, y nada más ocurrió digno de mencion especial en lo que restaba de legislatura sino es la proposicion presentada segunda vez por Pitt, que habia tomado asiento entre los adversarios del Gabinete, pidiendo la reforma parlamentaria; reforma en la cual se proponia unir á la representacion electiva cien individuos por los condados y varios otros por las ciudades, bajo la cláusula de que aquellos distritos que fueran acusados de cohecho por las juntas electorales, perderian *ipso facto* su derecho. Esta proposicion la rechazó la Cámara por 293 votos contra 149.

Al suspenderse las sesiones hizo Pitt su primera y única excursion al continente, acompañado de uno de sus más íntimos amigos, jóven de su edad, que ya se habia distinguido en el Parlamento por la elocuencia natural con que sabia expresarse, y que realizaba y hacia por extremo seductora su voz, la mejor modulada de cuantas pudieran oirse. Nos referimos á William Wilberforce, persona dotada de las cualidades más amables, de muy distinguidas maneras y de peregrino ingenio. Llegaron ambos viajeros á Paris precisamente cuando estaba en su apogeo la anglomania, y dicho se está cuánto no seria solicitado el hijo del gran conde de Chatham por las personas letradas y las damas de calidad. A pesar de su contrario propósito, hubo de ceder y de hablar de política, y con este motivo se repitió y comentó en los salones de la capital de Francia una frase suya muy notable por cierto. Mostrábase, á lo que dicen, sorprendido un caballero frances de la influencia inmensa que sobre la nacion inglesa ejercia un hombre como Fox, dado á los placeres, y arruinado por el juego y las apuestas en las carreras

de caballos; lo cual oido de Pitt, le dijo por toda contestacion: «Se conoce que no habeis estado nunca bajo su mágica influencia.»

En Noviembre de 1783 se reunió de nuevo el Parlamento. El Gabinete se presentaba con fuerza irresistible ante la Cámara de los Comunes, y con no ménos pujanza en la de los Lores; pero en realidad su situacion era muy difícil. Porque si la nacion sentia vehementísimos deseos de cambiar de ministros, el Rey se mostraba tan impaciente por sacudir su yugo, que más de una vez formuló el propósito de retirarse á los Estados de Hannover. A decir verdad, Fox y North cometieron una falta grave y de malas consecuencias, pues hubieran debido comprender que las coaliciones entre bandos opuestos y por largo tiempo enemigos no prosperan sino en el caso de que sea comprendida y apreciada su necesidad, así de los jefes como de los subalternos que concurren á ellas; mas si aquéllos hacen el pacto ántes de que se hallen éstos preparados á secundarlos y á entrar de lleno en él, es lo probable que se insubordinen las tropas de los dos campos, y que hagan luégo una tregua entre sí para volver sus armas contra los caudillos de quienes se crean engañados y vengar en ellos la supuesta traicion. Así aconteció en 1784. Al comenzar aquel año memorable, lord North era el jefe reconocido y declarado del antiguo bando *tory*, el cual, si quedó momentáneamente maltratado á consecuencia del desastroso desenlace de la guerra de América, todavía significaba mucho en el Estado, por haber poseído en absoluto y durante largo tiempo la respetuosa confianza del clero, de las universidades y de los propietarios de las provincias, en cuya bandera se leian las palabras: *Iglesia y Rey*, que comprendian en su laconismo

todo un programa político. A su vez, Fox habia sido el idolo de los *whigs* y de los disidentes del anglicanismo. Y la coalicion dió por inmediato resultado apartar de North los *tories* más fervorosos, y de Fox los *whigs* más entusiastas; la universidad de Oxford, que aprobó y sancionó la ortodoxia del primero, eligiéndolo por su canciller, y la *City* de Londres, que durante veintidos años habia estado haciendo la oposicion á la corte, lo juzgaron con igual severidad; los hidalgos y los rectores eclesiásticos, que profesaban los principios de los caballeros del siglo precedente, no pudieron perdonar á su antiguo jefe que se ligara con ciertas personalidades cuya tendencia manifiesta no era otra sino la de forzar desleal y traidoramente la voluntad del soberano; y los asociados del *bill* de derechos y de otras corporaciones reformistas, dieron muestras visibles de cólera y despecho al saber que su orador predilecto llamaba *ilustre amigo* al campeón de la tiranía y director de todo manejo corruptor; de donde se sigue que se hallaron por tal manera y de repente huérfanas de caudillos dos muchedumbres, siendo lo más singular del caso que ambas volvieron al propio tiempo los ojos hácia Pitt, persuadido un bando de que sólo él podria romper las ligaduras que sujetaban al Rey, y el otro, de que sólo él podria purificar la Cámara; dándole su apoyo incondicional en cada caso y respectivamente, para lo primero el arzobispo Markham, predicador del derecho divino, y Jenkinson, capitán de la guardia pretoriana de los Amigos de S. M., y para lo segundo Jebb, Priestley, Sawbridge, Cartwright, Jack Wilkes y Horne Tooke. Sin embargo, en la Cámara de los Comunes permanecieron tan compactos los diputados ministeriales, que á todos

parecía imposible hubiera un hombre político que osara provocar á la mayoría; y como por otra parte ningun príncipe de la casa de Hannover habia en las crisis precedentes apelado del cuerpo representativo al constituyente, á pesar de las muestras repetidas de disgusto que daba el Rey á los secretarios del despacho, á pesar de su eterno descontento en el Consejo, y á pesar del clamor que se levantaba en todo el reino contra ellos, se creían perfectamente seguros en sus puestos.

Y tan fuertes é invulnerables se imaginaban, que no bien se hubo reunido el Parlamento le sometieron un proyecto singularmente atrevido y original relativo á la organizacion administrativa de la India, proponiendo en él que la autoridad ejercida en su dilatado territorio por la Compañía, se transfiriese á siete comisarios nombrados por las Cámaras y á quienes no pudiera separar la Corona. El conde Fitzwilliam, amigo íntimo de Fox, debía ser presidente de aquella junta, y el hijo mayor de North individuo de ella.

No bien fueron conocidos los artículos del proyecto, estallaron los odios producidos por la coalicion con violencia extraordinaria. Hubiérase debido, sin duda, discurrir ántes que ninguna otra cosa la influencia que las novedades propuestas pudieran tener en la suerte de treinta millones de hombres sometidos á la Compañía de las Indias en aquel entonces; mas no se tocó este punto en la forma oportuna, y Burke, acertada ó equivocadamente, fué de todos cuantos terciaron en la discusion el único que supo colocarse, al llegar á las conclusiones finales, en el verdadero terreno del debate, recordando, pero en vano, á su auditorio, que la subsistencia de un pueblo inmenso se hallaba en aquellos

instantes pendiente de los votos del Parlamento. Y recurriendo luégo al arsenal de sus ideas y de su elocuencia, trazó de mano maestra el cuadro de la miseria de Rohilconde, del saqueo de Benares y de la mala política que habia dejado arruinarse los depósitos de aguas de Carnate; mas todo fué inútil, porque los partidos contendientes, dicho sea para su afrenta, no atendieron sino á lo que importaba de un modo directo á la política inglesa. Fuera de las Cámaras, la nacion estaba unánime, y así las ciudades como las aldeas, así las grandes como las pequeñas corporaciones, todos á una voz protestaban de la fuerza que se intentaba por el Gobierno á los estatutos de la Compañía de las Indias, conviniendo *torfes* y demócratas en que nada sería más inconstitucional que la nueva organizacion proyectada. Por otra parte, como los individuos del gobierno indostánico deberian al tenor de la ley ser designados por Fox, la consecuencia más inmediata del *bill* sería revestir á Fox personalmente, ya estuviera en el Gabinete ó en la oposicion, y en ningun caso á la Corona, de un poder inmenso, desmesurado, tan grande, que fuera eficaz por sí solo á contrabalancear la influencia de la Tesorería y del Almirantazgo, quedando por árbitro y dueño de cincuenta distritos electorales; máquina, decían las gentes, ideada de Fox para declararse independiente del pueblo y del Rey, toda vez que de ambos era por igual modo aborrecido. Con esto lo llamaban los unos *Cromwell* y los otros *Carlo-Khan*, y Wilberforce decia, describiendo el proyecto en lenguaje desusado en él por lo acerbo, que lo declaraba hijo legítimo de la coalicion, pues le hallaba los vicios y la violencia propios de sus autores. Sin embargo, á despecho de la oposi-

cion, como el *bill* estuviera sostenido de imponente mayoría, pasó y fué á la Cámara de los Lores, donde á la segunda lectura pidió la oposicion un aplazamiento que fué votado por 87 pares contra 79; inesperado suceso que produjo sorpresa universal. Poco tardó en saberse la causa del fracaso. El conde de Temple, primo de Pitt, habia celebrado una conferencia con el Rey y autorizádolo S. M. para manifestar á los lores que consideraria por enemigos personales suyos á cuantos votaran el *bill*.

Apénas quedó cumplido el indigno encargo, la falange de los palaciegos, de los obispos pretendientes de sedes lucrativas y de los lores de Escocia, que temian no ser reelegidos, mudaron de parecer y volvieron la espalda al Gobierno. Algunos dias despues la Cámara alta desechó el *bill*, viéndose Fox y North en la necesidad de retirarse, instados á ello por el Rey, quien les mandó enviar á Palacio sus carteras por mano de los respectivos subsecretarios, y Pitt fué nombrado primer lord de la Tesorería y canciller de Hacienda.

Creíase generalmente que sería disuelta la Cámara de los Comunes; pero Pitt adoptó la discreta determinacion de dar tiempo al espíritu público para rehacerse; y como su primo lord Temple no abundaba en estas ideas, presentó la dimision del cargo de secretario de Estado á las cuarenta y ocho horas de su nombramiento, librando tambien por este medio al nuevo ministro del peso de su impopularidad, pues todos los hombres honrados, por más aversion que tuvieran al *bill* de la India, condenaban los medios á virtud de los cuales lo hizo fracasar el Rey; escándalo parlamentario cuya responsabilidad cayó íntegramente sobre Temple, y que al retirarse llevó consigo con gran contento de

los amigos de Pitt, que así pudo conservar la integridad de su pureza política, y decir con verdad que si acaso hubo maquinaciones anticonstitucionales, ninguna parte tomó en ellas.

No por eso se hallaba libre de peligros y dificultades. Porque áun cuando contaba con la mayoría de la Cámara de los Lores, y ningun orador de la oposicion podia luchar en elocuencia con Thurlow, reintegrado en el cargo de lord-canciller, ni con Camden, cariñoso defensor en ella del hijo de su antiguo amigo Chatham, en la Cámara de los Comunes ningun orador eminente figuraba en los bancos ministeriales, siendo Dundas el auxiliar más eficaz de Pitt, no por la elocuencia, sino por el saber, la inteligencia, el aplomo y sus tan inesperados como felices arranques, miéntras en los bancos opuestos rodeaba importante fraccion á Fox, auxiliado de lord North, de Sheridan y de Burke, y esto bastaba por sí solo para llenarlo de inquietud. La noche que siguió á la renuncia de Temple no pudo cerrar los ojos; mas no fueron parte sus emociones á mermar su esfuerzo indomable y su profunda confianza en sí mismo, ni á despojar su elocuencia y su ingenio de carácter. Empeñada la lucha en la Cámara de los Comunes, duró desde el 17 de Diciembre de 1783 hasta el mes de Marzo siguiente, siendo derrotado por la oposicion diez y seis veces. Con esto aconsejaban todos al Rey que se desprendiera de los ministros, y de Pitt en particular; mas si aquél antes se mostraba resuelto á retirarse á los Estados de Alemania que á ceder, éste no vaciló un sólo punto. Al cabo, la nacion se declaró en favor suyo con entusiasmo desahogado y nunca visto; cada dia llegaban á sus manos largas exposiciones de todas las provincias del reino felicitándolo y estimulándolo

á perseverar en su conducta, y dándole, además, repetidas muestras del afecto popular; la *City* de Londres expidió á su favor cédula de burguesía, la cual, cerrada en lujosa caja de oro, fué á recoger con gran pompa el agraciado; le obsequiaron con un banquete suntuoso en la sala de los mercaderes, y las tiendas del Strand y de Fleet-street lucieron vistosas luminarias en su honra. Y como estas demostraciones públicas tenían forzosamente que surtir efecto en la Cámara de los Comunes, la mayoría comenzó á quebrantarse y desunirse, pasando al enemigo algunos de sus individuos, adoptando no pocos actitud expectante y prevenida para imitar la conducta de los otros encubiertamente, siendo los más de parecer que debía capitularse mientras fuera posible hacerlo con los honores de guerra, y entablándose negociaciones al efecto de constituir un Gabinete sobre anchas bases. Empero los tratos acabaron en el punto mismo de comenzar, porque la oposicion asentaba como preliminares del tratado que William Pitt abandonase la Tesorería, exigencia en que no venía la primera de las partes contratantes.

En lo más empeñado de la lucha quedó vacante la plaza de oficial de los Pergaminos (1), destino dotado con tres mil libras de sueldo al año, que se consideraba como uno de los muchos emolumentos del canciller de Hacienda, y que podía ser ejercido

(1) *The clerkship of the pells* es la denominacion de este cargo, así llamado porque quien lo ejerce ó parece ejercerlo en el departamento de Hacienda, lleva un libro en pergamino, en el que sienta las cantidades recibidas (*pellis acceptorum*) y las desembolsadas (*pellis exituum*). *Pell* es la traduccion inglesa de la palabra latina *pellis*; pero no se usa sino en esta locucion.

por individuos de la Cámara popular. Correspondia el nombramiento del empleo al canciller (1), y á nadie se ocurrió pensar que, pudiendo aplicársele á sí propio, no lo hiciese, con tanta más razon, cuanto que sobre ser legal este proceder y hallarse autorizado de precedentes, se reputaba el cargo, por la misma circunstancia de ser vitalicio, á título de pension, como tantos otros oficios análogos existentes en Inglaterra, con la cual se asegura la subsistencia y el rango de personajes distinguidos y pobres de haber, para evitar que despues de haber ocupado puestos elevados en la política, tengan que renunciar á ella y consagrarse al ejercicio de otras profesiones. William Pitt, entónces, á pesar de las observaciones de sus amigos, dió el oficio á Barré, devotísimo parcial de su padre, hombre de talento, dotado de elocuencia, y pobre á la sazón y ciego. Merced á este arreglo se suprimió la pension que se habia concedido en tiempo de lord Rockingham á tan benemérito militar y ciudadano; mas no fué la economia producida en el Tesoro con el acuerdo de Pitt lo que mejor pareció al público, sino su desinterés. Porque si es lícito y natural que los hombres aprecien de muy diverso modo los tratados, las empresas militares, las expediciones lejanas, las tarifas y presupuestos, y que aquello que aplaudan unos sea censurado de otros, el desinterés pecuniario es materia que todos comprenden y aprecian igualmente. Al proceder del modo expresado, Pitt no tenia más renta que siete mil y quinientas pesetas, y despreciando setenta y cinco mil anuales por

(1) Conviene tener presente para la mejor inteligencia del texto que William Pitt era primer lord de la Tesorería y canciller de Hacienda. —N. del T.

la vida, demostró que todo era nada para él en comparacion del bien público y del aprecio de sus conciudadanos; subiendo con esto de punto su popularidad y prestigio de tal modo, y asentándose sobre base tan sólida, que, á pesar de los libelos sangrientos que se publicaban contra él, y á pesar de sus deudas cada dia más crecientes, cuando pasaban millones por sus manos, cuando los magnates de Inglaterra solicitaban su gracia para obtener marquesados y condecoraciones, ni sus mayores enemigos se atrevieron á decir que se habia manchado al contacto de dinero mal adquirido.

Al cabo terminó aquella penosa lucha con un voto de censura propuesto á la Cámara por Burke, y formulado de admirable manera; pero que sólo tuvo un sufragio de mayoría (el 6 de Marzo) en Congreso pleno. Si se hubiera planteado de nuevo la cuestion, es probable que la coalicion habria quedado en minoría; mas no llegó ese caso, pues como se habian discutido y votado los presupuestos y prosperado el *bill* sobre la insurreccion, la Corona disolvió el Parlamento sin más tardanza.

Los electores se mostraron generalmente decididos á favor del Gobierno. Ciento sesenta partidarios de la coalicion quedaron derrotados; el primer lord de la Tesorería fué votado por la universidad de Cambridge, y su amigo Wilberforce venció en el gran condado de York, á pesar de toda la influencia de los Fitzwilliam, de los Cavendish, de los Dundas y Saville. Cuando se hallaba Pitt en el apogeo de sus triunfos, cumplió veinticinco años, siendo á la sazón el *casallo* más poderoso que hubiera conocido la Inglaterra desde hacia muchas generaciones, pues así dominaba con imperio absoluto en el Gabinete, como era favorito del Parlamento, del monarca y

del pueblo, y ni su padre en la ocasion de su mayor grandeza, ni Walpole, ni Marlborough alcanzaron más valimiento y fama.

Llegamos con esto á una época á partir de la cual la historia completa de Pitt es la historia de Inglaterra, ó, mejor dicho, la historia del mundo civilizado, y debemos, por tanto, limitarnos, ya que no consiente otra cosa el espacio de que disponemos, á trazar un bosquejo de ella, mas de tal suerte que sirva para poner de relieve aquellos hechos merced á los cuales pueda el lector, aun siendo poco versado en la historia general, formar juicio exacto del carácter del hombre cuya influencia fué tan poderosa en los acontecimientos.

Para formarnos una idea exacta de las cualidades y defectos de Pitt, hemos de comenzar por tener en cuenta que perteneció á una clase determinada de hombres políticos, y que ha de juzgársele con arreglo á determinado procedimiento, no siendo posible compararlo con imparcialidad á hombres tales como Cisneros, Sully, Richelieu, Oxenstiern, Juan de Witt y Warren Hastings, porque todos estos políticos gobernaron grandes imperios merced á otros medios que los empleados necesariamente por él. Y del propio modo que ninguno de estos hombres tuvo nunca ocasion de manifestar si poseía ciertas aptitudes y talentos que adquirieron en William Pitt extraordinario desarrollo, él se mostró por extremo inferior á ellos en muchas cualidades á las cuales debieron gran parte de su fama. Los varones ilustres á quienes hemos hecho referencia, trataron siempre de los negocios en el silencio y sosiego del Gabinete, alrededor de la mesa del consejo donde tenian asiento algunos pocos compañeros; mas no así Pitt, á quien el destino hizo nacer en un siglo y

en un pueblo en los cuales se hallaba perfectamente organizado el gobierno parlamentario, y cuya educación fué dirigida desde la más tierna infancia de tal modo que lo hiciera propio, andando el tiempo, á representar su papel en el juego de las instituciones patrias. Y como, además, desde su edad madura hasta su muerte las facultades de su poderosa inteligencia vivieron en el continuado ejercicio de la práctica del gobierno parlamentario, logró ser en este arte consumado y profundo maestro, más que otro alguno, más que Montague y Walpole, más que su padre lord Chatham, más que Fox, su rival, y más que Canning y sir Roberto Peel, sus ilustres sucesores.

Lo propio que todas las invenciones humanas, la del gobierno parlamentario tiene inconvenientes y ventajas. No es necesario poner estas últimas de relieve, pues la prueba de la excelencia de las instituciones de Inglaterra se halla en la historia de los ciento setenta años que van trascurridos desde que la Cámara de los Comunes constituye la corporación más poderosa del Estado; y su prosperidad inmensa y creciente, su seguridad, su libertad, su grandeza militar, su ascendiente marítimo, sus progresos en las ciencias y en las artes, los portentos de su crédito público, sus colonias de América, de Africa y de Australia, y su imperio de las Indias, lo prueban de una manera suficiente. Pero estas instituciones, por buenas que sean, no son perfectas; porque los gobiernos parlamentarios, lo son de oradores, y en ellos el don de la palabra es la cualidad más apreciable de cuantas pueda poseer un hombre de Estado; y como esta su cualidad se halla hasta en grado sublime atesorada por personas que carecen de buen juicio, de valor, de sagacidad para penetrar el

corazon humano, de conocimiento de los negocios, de criterio para juzgar los sucesos, de nociones siquiera elementales de los principios de la legislación ó de la economía política, de los conocimientos que forman el administrador ó el diplomático, y, lo que aún es más, como puede muy bien acontecer que estas mismas cualidades y dones de la inteligencia, que tanta seducción prestan á los discursos de los hombres públicos, sean á las veces incompatibles con las cualidades que reclamaria de ellos un caso urgente, por ejemplo, ó una situación difícil para resolver la cual fuese indispensable rapidez y firmeza, de aquí que habrán de pesar siempre más en ellos oradores consumados á la manera de Carlos Townshend y de Windham, á quienes se oye con placer creciente, aún sabiendo que les faltan todas las condiciones necesarias al gobierno propiamente dicho, que no verdaderos hombres de Estado que las posean todas y á los cuales falte la elocuencia, siquiera sean estos hombres al modo de Oliver Cromwell, que hablaba mal, y de Guillermo el Taciturno, que no hablaba. En los gobiernos parlamentarios, serán siempre las dotes parlamentarias, por más que difieran de las que debe reunir un buen funcionario administrativo, la mejor ejecutoria para merecer y ocupar los cargos públicos. Fácil sería formar una lista, en apoyo de lo que decimos, tomada de los registros en que se inscriben los nombres de los individuos que han llegado á los primeros empleos y dignidades, y demostrar con ella que han sido muchos los cancilleres ignorantes hasta de los principios de la equidad; los primeros lores del Almirantazgo, ignorantes hasta de los principios más elementales de la náutica; los ministros de las Colonias, ignorantes hasta de los nom-

bres más principales de las posesiones ultramarinas; los lores de la Tesorería, ignorantes hasta de la diferencia que existe entre la deuda consolidada y la flotante, y los secretarios del departamento de las Indias, ignorantes de cuya sea la religión de los Mahratas.

Considerando bajo este aspecto á los gobiernos parlamentarios, muchas personas de esas que no pueden ver y examinar las dos fases de una cuestión, los han declarado por funestos, y de una en otra conclusión sostenido que los negocios del Estado se administrarían mejor ciertamente por un solo individuo, que no por asambleas numerosas. Pero los hombres discretos comprenderán sin esfuerzo que peor es el remedio que la enfermedad en este caso, y que nada ganarían trocando, por ejemplo, á Carlos Townshend y Windham por el príncipe de la Paz, ó por aquel favorito á quien Jacobo I llamaba en términos familiares su *esclavo* ó su *perro Steenie* (1).

Pitt era por esencia el hombre del gobierno parlamentario, el tipo de la especie, favorito y niño mimado de la Cámara de los Comunes, por la cual, á su vez, sentía hereditario y filial afecto. Durante su adolescencia, puédese decir que fué la Cámara de los Comunes la señora de sus pensamientos, y así mismo de sus maestros, y que cuando recitaba sus lecciones sentado en las rodillas de su padre, cuando traducía á Marco Tulio y á Tucídides, lo mismo que cuando analizaba las arengas de Demóstenes, aprendía para la Cámara. A los veintinueve años brillaba por su elocuencia en la Representación popular, y las dotes que demostró en ella lo elevaron ántes

(1) El duque de Buckingham. — N. del T.

de que hubiera cumplido veinticinco al punto de ser el *vasallo* más poderoso de la Europa. Bueno hubiera sido sin duda ninguna para él y para su patria que su encumbramiento se aplazara diez años todavía y que los hubiese invertido en aprender, meditar, viajar, ver mundo y entablar comercio de ideas con sus iguales, pues habría por tal modo acumulado la suma de saber de que aún estaba menesterosa su grande inteligencia sin culpa suya, toda vez que poseía cuantos conocimientos era posible hallar en él, es decir, cuantos puede adquirir un hombre que pasa de la Universidad de Cambridge á ejercer el cargo de primer lord de la Tesorería. Los cuales, con ser muchos, extensos, profundos y extraordinarios para un jóven de su edad, valían poco puestos en comparación con los de Fox, y ménos con el prodigioso caudal de brillantes y dilatados y concienzudos conocimientos que poseía la inteligencia inmensa de Burke. Cuando Pitt hubo llegado al poder, ya no tuvo vagar para más estudios que los de aquellos negocios que se hallaban pendientes de discusión ó puestos al despacho cada día, y esto no era difícil á un hombre de claro talento á quien rodeaban funcionarios hábiles y expertos, á cuya ilustración podía recurrir en todo momento, y merced á la cual y á sus informes orales recoger rápidamente cuantos datos y noticias fueran necesarios en los debates parlamentarios. Con esto le bastaba; que la legislación y la administración eran cosas secundarias para él, como que la contextura de los artículos de una ley nueva, la negociación de los tratados, la organización de los ejércitos de mar y tierra, las expediciones militares no le absorbían sino el tiempo sobrante y la parte superflua, por decirlo así, de sus facultades, consagrando lo más

esencial de ellas, la savia toda de sus poderosas facultades á convencer y persuadir á la Cámara de los Comunes.

Para juzgar de la elocuencia incomparable de Pitt, ó mejor dicho, para formarnos idea de ella, hemos de recurrir y de darnos por satisfechos con lo que nos ha legado la tradicion, porque de cuantos oradores han existido el siglo pasado, él es, sin duda ninguna, quien más podría quejarse y con mejor derecho de la manera cómo los redactores de periódicos reprodujeron sus discursos. Ni tampoco esto puede atribuirse á malicia de su parte ni á torpeza, puesto que los criticos contemporáneos observaron cuán difícil era, si no imposible, apoderarse de su palabra; y para darse cuenta de su oratoria, no habia más medio sino es oirlo, como que le aplicaron con insistencia la frase de que se sirvió Tácito para describir el destino de un senador cuya retórica se admiraba en el siglo de Augusto: *Haterii canorum illud et profluens cum ipso simul extinctum est*. No obstante, aún quedan abundantes muestras de que la naturaleza proveyó á Pitt pródigamente de los talentos propios del orador, y de que adquirieron maravilloso desarrollo, merced á la educacion que recibió y á la elevada posicion social que ocupó muy luego y en la que pasó la mayor parte de su vida pública.

Desde la primera vez que habló en la Cámara de los Comunes, Pitt se mostró superior á todos sus contemporáneos por la facilidad de su palabra, pues podia improvisar una serie de períodos redondos y majestuosos sin pararse á buscar una sola expresion ni repetirla, con voz clara y pronunciacion correcta y sonora. Habia más grandeza en las ideas de Burke y galas más espléndidas; más habilidad en

Windham; en Sheridan más ingenio, y más destreza en la dialéctica de Fox y más elocuencia tambien, de esa elocuencia que consiste en partes iguales de razon y de pasion mezcladas y confundidas; pero al decir de cuantos tuvieron la dicha de oir habitualmente tan grandes oradores, Pitt fué superior á Burke, á Windham, á Sheridan, y no inferior á Fox. Su declamacion era exuberante, magnifica y grandiosa; ningun tribuno antiguo ni moderno le aventajó nunca en la fuerza de los sarcasmos, arma terrible de la cual hacia uso contra sus adversarios de una manera despiadada, y además reunió en grado superior las dos cualidades de la oratoria que tan útiles son á los hombres de Estado, porque nadie acertó como él á ser claro y nebuloso en la medida de la necesidad. Cuando queria ser comprendido, siempre lo alcanzaba, importando poco al efecto que la materia fuese de suyo complexa y oscura, pues presentaba el asunto con admirable lucidez, ya que no siempre de un modo exacto y concienzudo: cada cosa se ofrecia colocada en el lugar correspondiente: detalles prolijos, fechas, cifras, nada quedaba en olvido, y los más difíciles é intrincados problemas económicos expuestos por Pitt se antojaban demostraciones evidentes á las inteligencias vulgares. En cambio, cuando no queria ser explicito—¿y qué hombre de Estado, hallándose al frente de los negocios, quiere serlo siempre?—poseia la facultad maravillosa de no decir nada en un lenguaje que parecia decir demasiado. Al propio tiempo era el único que pudiera discutir un presupuesto sin valerse de notas, y el único asimismo que, como decia Windham, pudiera sin preparacion pronunciar la más evasiva é insignificante de las oraciones... á saber: un discurso de la Corona.

Siempre ha ejercido natural influencia el carácter del orador en su oratoria; pero tal vez no hayan brillado jamás en la tribuna dos hombres cuya elocuencia participara tanto de sus cualidades morales como la de Fox y la de Pitt. Porque si los discursos de Fox deben mucha parte de su encanto al calor de su corazón, á la bondad de su modo de ser, á la simpatía constante que le inspiraba el sufrimiento humano, á su admiración por todo lo grande y bello, á su odio á la injusticia y la crueldad, partes que tanto nos interesan y deleitan áun leyendo los extractos peor redactados, nadie podía oír á Pitt sin reconocer á seguida cuánto era grande y clara su inteligencia, y cuán penetrado y orgulloso estaba de su rectitud y superioridad, y cuán refractario era ciertamente á los vicios tan feos de la envidia y del miedo, y cuán dispuesto se hallaba siempre á sentir desprecio por los demás, y cuán propenso á demostrarlo; como que todo él era orgullo, cincelado, por decirlo así, en los duros rasgos de su fisonomía, indicado en su ademán y su actitud, hablando, en silencio, de pié, sentado, al saludar, constantemente. Y este orgullo debía por necesidad inferir muchas heridas, tantas, que si entre las mil invectivas lanzadas contra Fox no se halla una sola palabra que sea parte á indicar que tuviera enemigos personales, muchos varones ilustres que fueron partidarios de Pitt y que no cesaron de apoyar su política y su administración, tales como Cumberland, Boswell y Mathias, por ejemplo, sufrieron tanto de su defecto dominante, que harto se quejaron de él en sus escritos. Sin embargo, este orgullo que lo hacía odioso á ciertos magnates, inspiraba respeto siempre á la multitud de sus partidarios en las Cámaras y la nación, y lo reputaban

por buen indicio, persuadidos de que su confianza en sí mismo no era la propia de hombres improvisados desvanecidos con los triunfos y los aplausos, y que al primer contratiempo caen del pedestal de su grandeza en humilde abyección, sino la propia del hombre magnánimo, magistralmente descrito por Aristóteles, y que se halla persuadido de merecer el lugar que ocupa. Y como esta confianza provenía del convencimiento íntimo de su capacidad y de su valor moral, nunca rayaba más alto que en la ocasión de los peligros y de los obstáculos que hubieran enervado y abatido á espíritus vulgares; y como por otra parte se unía estrechamente á las ambiciones más puras, el cínico menosprecio con que prodigaba títulos y honores á diestro y siniestro entre aquellos que los pretendían, mientras él los apartaba desdeñosamente de su camino, tenía mucho de noble y de grande. Lo rodeaba muchedumbre de amigos á quienes había distribuido sueldos de tres, seis y diez mil libras esterlinas al año, y él estaba pobre; había hecho más lores que los tres ministros precedentes, y seguía siendo y llamándose Mr. Pitt, y las insignias de la Jarretiera, tan pretendidas y solicitadas de los primeros grandes de Inglaterra, siempre que le fueron ofrecidas las rehusó.

La regularidad perfecta de su vida privada contribuía mucho también al prestigio de su vida pública. En las relaciones de hijo, de hermano, de amo y de amigo, fué su conducta ejemplarísima. En el círculo estrecho de la intimidad era siempre amable, cariñoso y alegre á las veces. Amabanlo sus deudos sinceramente; á su muerte, lo sintieron con amargura y por largo tiempo, y cuando pensaban en sus virtudes, no podían persuadirse de que

hombre tan bueno y afectuoso con ellos fuera duro y altivo con los demas. Cierta es que solia cometer algun exceso en la bebida, cuyo uso le fué recomendado por los médicos, y llegó á ser necesidad de su régimen higiénico; pero no lo es ménos que nunca su voz ni sus ademanes lo indicaron, y debemos advertir de paso que dos botellas de Oporto le hacian el efecto de dos tazas de té. Cuando lo presentaron en los clubs de la calle de Saint-James, demostró mucha inclinacion al juego; mas duró poco tiempo su aficion, pues tuvo la prudencia y fuerza de voluntad bastante á reprimirla mucho ántes de verla tornada en pasion irresistible; y por lo que hace á otras flaquezas propias de la juventud y que suelen avasallarla en ocasiones, no las tuvo, debiendo atribuirse sin duda esta circunstancia, no sólo á su temperamento, si que también á su posicion, pues ni tenía salud perfecta, ni vagar, ni osadía. Mucha materia dió esta su rigidez de costumbres á las burlas y epigramas de Peter Pindar y del capitan Morris; empero la gran mayoría de los ingleses de la clase media lo hallaba muy de su agrado así, y se deshacia en alabanzas del jóven ministro que así dominaba sus pasiones y velaba decorosamente sus flaquezas, si es que las tenia. No lo habrian estimado más sus compatriotas si en desagravio de ciertas sátiras punzantes hubiera protegido cortesanas del jaez de la Nancy Parsons ó de Mariana Clarke.

Ni mucho ni poco influyó en la popularidad de William Pitt las alabanzas de los poetas, pues si á título de hombre de felicísimo ingenio, de literato clásico y de buen gusto, de orador cuya dición mereció ser comparada con la de Marco Tulio, y de representante de un centro universitario famoso, hu-

biera podido esperarse de él que patrocinara los escritores de talento en cualquier bando político que los hallara; si el amor á las buenas letras indujo á César Augusto á colmar de mercedes á los poetas del partido de Pompeyo, y á Somers á proteger á los injuramentados de su tiempo, y á Harley á enriquecer y elevar á los autores *whigs*, este amor no fué parte á inclinar el ánimo del hijo de lord Chatham á mostrarse benévolo siquiera con los escritores afiliados á su bandera y sometidos á su ley. Acaso tenía razon al pensar que, por regla general, la poesía, la historia y la filosofía deben quedar fiadas á su propio esfuerzo é iniciativa y buscar su premio en la concurrencia del mercado como sucede con los artículos de comercio; acaso tenía razon pensando que acostumbrar á los literatos y escritores á contar habitualmente con el Estado para la recompensa y remuneracion de sus obras, es tan perjudicial para el Estado como para las letras, porque, á decir verdad, nada es más nocivo y absurdo que aficionar á escribir libros prodigando los recursos del Erario público á ciertos pretensos autores que harian mejor en medir varas de paño, ó despachar especias. Pero si es razonable y justo dejar que los lectores retribuyan por sí mismos á quien los instruye y deleita, siempre tuvo y tendrá esta regla sus excepciones, y será empresa muy meritoria de los grandes ministros el descubrirlas, sobre todo cuando, como acontecia con Pitt, pueden hacerlo por sí propios fácilmente en razon á ser peritísimos en la materia. Sin embargo, mientras Pitt estuvo al frente de los negocios públicos, se vió reducido el primero y más grande filólogo del siglo, su condiscípulo de Cambridge, á ganar el sustento penosamente haciendo gacetillas para el *Morning Chroni-*

de, en vez de habernos dejado el texto auténtico de los trágicos y cómicos de Atenas; y el más famoso historiador de la época, forzado de la necesidad, emigró de su patria, para dar de mano á la obra inmortal que hizo su nombre tan ilustre y glorioso entre las gentes. Tal vez se alegue por algunos, á título de disculpa ó de justificación de la conducta de Pitt, que las opiniones políticas de Porson y las religiosas de Gibbon fueron causa de que los abandonase á su triste suerte; pero hay otros casos análogos á estos y respecto de los cuales nada es posible decir que sea parte á excusarlo en modo alguno.

Decimos esto, porque los momentos mismos en que Pitt empuñaba las riendas del gobierno, un escritor eminente á quien no fué parte á enriquecer la claridad de su ingenio, y que ya iba viejo, achacoso y afligido camino del sepulcro, habria remediado su pobreza y podido emprender un viaje á Italia que prolongara su vida siquiera por tres años con una gratificación de seiscientas libras esterlinas; y como no mereció ni el más pequeño auxilio, ántes de Navidad murió en la pobreza bajo el cielo brumoso é insalubre de Lóndres. Pocos meses despues de haber pasado de esta vida el autor del *Diccionario inglés* y de las *Vidas de los poetas* (1), veia la luz pública bajo el título de *The Task* un poema, el mejor sin duda ninguna que hubieran producido los autores contemporáneos ingleses; obra que debia excitar no sólo admiracion, sino simpatía y lástima en favor del poeta ilustre, del hombre de ingenio y virtud que vivia pobre, triste, solo y abrumado de la enfermedad más cruel de cuantas puedan ser

(1) Samuel Johnson,

martirio del alma de quien há menester ganar el pan de cada dia con el trabajo de la inteligencia. Nunca fué Chatham alabado por manera más entusiasta en versos más dignos del asunto que lo fué aquella ocasion en *The Task* (la Tarea); pero el hijo de Chatham se dió por satisfecho leyendo y admirando los conceptos del libro, y dejó al autor en la indigencia.

Se dirá, tal vez, que Cowper disfrutó de una pensión durante algunos años, merced á la cual los dias postreros del melancólico escritor pasaron libres de congojas y tribulaciones; pero esta dádiva la obtuvo lord Spencer, que venció los obstáculos opuestos en fuerza de benévola solicitud. ¡Qué contraste ofrece la conducta de Pitt con Johnson y la de lord Grey con su adversario político Walter Scott, cuando agobiado de sus enfermedades y desgracias le aconsejaron los médicos el clima de Italia! ¡Qué contraste tambien se nota entre la conducta de Pitt con Cowper, y la de Burke, no nada rico por cierto, ni en posicion de mostrarse dadivoso por su empleo, pues á la sazón no lo tenía, con Crabbe! Dundas mismo, que no tenía la pretension de parecer hombre de buen gusto literario, y á quien no causaba mortificación oirse calificar de político inculto, fué nuevo Mecenas y émulo de Leon X comparado con su clásico y elocuente amigo; porque al cabo colocó á Burns en un fielato de puertas, el cual destino, si no era superior de siete mil reales, su haber de un año excedió con mucho de la suma total invertida por Pitt en proteger la literatura patria durante su larga permanencia en el poder.

Aquellos mismos que se hallan persuadidos de que los gobiernos no tienen el deber de remunerar el mérito literario, no podrán negar que cuando dis-

ponen de cierto número de beneficios lucrativos y de dignidades eclesiásticas, están obligados á tener muy en memoria para la distribucion de estos beneficios y dignidades á los eclesiásticos que hayan servido bien y cumplidamente á la Iglesia. Sin embargo, nunca pareció Pitt preocuparse mucho ni poco de tales deberes. Reúnanse, sinó, las obras teológicas de cuantos prelados recibieron la mitra de su mano, y sin más tardanza se verá que todas juntas no valen cincuenta páginas de las *Flora Paulina*, ó de la *Teología natural*, ó del *Cuadro de las evidencias del Cristianismo*. Acaso por esta causa el omnipotente ministro no confirió nunca ni siquiera un beneficio á Paley.

Pero si la conducta de Pitt con los escritores fué tal como dejamos expuesto, los artistas no le merecieron más consideracion. Nada hizo por los pintores, y en cuanto á los escultores, aquellos que por encargo del Parlamento ejecutaron ciertas obras importantes, hubieron de hacer antesala en el Tesoro años enteros, sin poder conseguir de él que les pagara, no ya la totalidad de sus haberes, sino la parte siquiera. Uno hubo que despues de reclamar inútilmente su paga por espacio de catorce años, acabó por acudir al Rey en demanda de justicia, y casi puede asegurarse que, á no echar mano de un medio tan eficaz, nunca hubiera entrado en posesion de lo suyo; llegando á ser necesario por esta causa emplear en las obras indispensables que se hacian en los edificios del Gobierno los peores arquitectos de Inglaterra. Dicho se está que durante la administracion de Pitt, con ser una de las más largas que se hayan conocido, no se levantó un solo monumento, y que ninguno de los ministros que puedan serle comparados en talento y habilidad

demonstró indiferencia más completa por las letras y las artes.

Diez y siete años duró el primer Ministerio de William Pitt, largo período de tiempo que divide en dos partes exactamente iguales profunda separacion, concluyendo la primera y comenzando la segunda el otoño de 1792. Pero si durante todo el curso del período, Pitt desplegó en el más alto grado los talentos propios de jefe parlamentario, y durante su primera parte logró ser felicísimo y bajo más de un concepto habilísimo ministro, durante la segunda se mostró siempre inferior á las dificultades que se le opusieron, si bien su elocuencia y el perfecto conocimiento que tenia de la táctica parlamentaria propia de la Cámara de los Comunes fueron eficaces á encubrir á las masas su insuficiencia.

Los ocho años siguientes á las elecciones generales de 1784, fueron tan prósperos y tranquilos como cualquiera otro período igual de la historia de Inglaterra. Las naciones vecinas que habian estado en armas contra ella, y se regocijaron pensando que al perder las Colonias americanas perdía la principal fuente de su riqueza y poder, vieron entre sorprendidas y despechadas que aún era más rica y poderosa que no ántes. Así era en efecto, pues su comercio crecía y se desarrollaba, y sus manufacturas florecían y su tesoro rebosaba. Y como se temía generalmente que la carga de la Deuda pública, inferior en dos terceras partes á la que hoy día soporta la Inglaterra con desahogo, fuese abrumadora para ella, y la razon no hubiera podido ser eficaz á calmar el miedo, Pitt tranquilizó al país, merced á un escamoteo. Primero se persuadió á sí propio de la virtud del remedio, y cuando ya lo hubo conse-

guido, convenció sin gran esfuerzo á toda la nacion, incluso á sus adversarios, de que si se creaba un nuevo fondo de amortizacion, que no difería de los ya existentes, sino en la circunstancia de hallarse peor imaginado, se podría, por arte de algun misterioso talisman propio de la naturaleza misma del dinero, hacer ganar á los acreedores del Tesoro sumas cuantiosas sin extraerlas del bolsillo de los contribuyentes.

Con esto la Inglaterra, temerosa de peligros á nuestro parecer imaginarios, cobró aliento, se regocijó y saludó llena de ciega confianza el supuesto salvador proyecto, proclamando á Pitt por el primero de los hacendistas. En tanto, las dos ramas de la casa de Borbon pudieron darse cuenta de que la Gran Bretaña seguía siendo antagonista formidable, como en sus mejores tiempos; porque habiendo formado la Francia el proyecto de reducir á su vasallaje la Holanda, é interpuéstose la Inglaterra, retrocedió, y habiendo interrumpido la España de una manera violenta el comercio inglés en las regiones situadas cerca del Océano, España retrocedió tambien al ver los preparativos bélicos de los insulares. En lo interior del reino prosperaba todo bajo el imperio de la paz más completa. El Rey era popular por la primera vez de su vida, pues durante los veintitres años que contaba de reinado no lo habia sido nunca entre sus vasallos, los cuales, si hacían á sus virtudes domésticas cumplida justicia, estaban persuadidos de que carecía en la vida pública de las buenas cualidades que lo distinguían en la vida privada. En efecto, como rey era vengativo, rencoroso, tenaz y disimulado, y bajo su imperio sufrió la nacion desastres y desgracias terribles, atribuidas unas y otras á sus invencibles antipatías y á su per-

versa obstinacion en el error. Todos sus ministros se lamentaban de haber cedido á sus lisonjas, ruegos y promesas para tomar la direccion de los negocios en circunstancias difíciles, y de que, cuando á costa de la fama y buen nombre de cada uno y á costa de sus mejores amigos habian hecho el servicio solicitado, el ingrato monarca se tornaba luégo en adversario de ellos é intrigaba para suscitarles dificultades parlamentarias y derribarlos. Chatham, Grenville y Rockingham, aunque de muy diverso carácter los tres, dignos, rectos y honrados todos, convenian en que Jorge III era uno de los hombres ménos leales que hubieran tratado, y añadian que nunca depositaba su confianza en los consejeros conocidos y responsables, sino en cortesanos é intrigantes ocultos. Y no les faltaba razon, porque mientras sus ministros se defendían en el Parlamento á cara descubierta, á instigacion del Rey lo atacaba por la espalda una partida de viles mercenarios apellidados Amigos de Su Majestad, que al propio tiempo que disfrutaban los empleos más lucrativos de la corte, hablaban y votaban contra los proyectos de ley que así el lord de la Cancillería como el secretario de Estado presentaban á las Cámaras con licencia del Soberano. Pero al advenimiento de Pitt cesaron las influencias ocultas; y como su espíritu ambicioso y altivo no quedaba nunca satisfecho con las apariencias del poder, no bien percibía el rumor de algun trabajo subterráneo de palacio para minarlo, al punto lo deshacía, y si en los suyos echaba de ver muestras de insubordinacion, á toda costa restablecía la disciplina, sin más que amenazar con retirarse para imponer á todos condiciones; logrando ser por tal modo la única personalidad que hubiera entre Jorge III y la coali-

cion, y tan poderosa y fuerte cual la de los antiguos *Maires du palais*. Cedió al cabo el Rey, y la nacion lo aplaudió por haber tenido la prudencia de fiarse por completo en tan gran ministro, comenzando entónces á producir sus naturales efectos las virtudes privadas del Monarca, y siendo considerado Jorge III para en lo sucesivo como el modelo de los caballeros respetables, honrados, benévolos, sobrios y religiosos; títulos que, al cabo, merecia, por sus hábitos de temperancia, su método de vida, su escrupulosa fidelidad conyugal y su devocion no ménos escrupulosa, y á virtud de los cuales pedia fervorosamente al cielo el pueblo inglés le otorgara largos años de reinado, con tanto más afan, quanto que los vicios y defectos del príncipe de Gales, entónces amigo de los jefes de la oposicion, ponian más de manifesto sus buenas cualidades.

La intensidad y la fuerza de la opinion pública en orden á este punto se manifestó de una manera extraordinaria en momentos solemnes para el país. Porque, como durante el otoño de 1788 adoleciera el Rey de locura, la oposicion, ávida de ocupar el poder, cometió la torpeza de pedir la Regencia para el príncipe de Gales, pretendiendo que con arreglo á la ley fundamental de Inglaterra, el heredero presunto de la Corona tenia este derecho reconocido y declarado; mas William Pitt se opuso á ello, manteniendo la verdadera doctrina constitucional, cuyo espíritu no es otro sino que cuando el soberano, por motivos de edad, enfermedad ó ausencia del reino, se halle incapacitado de ejercer las funciones de su oficio, las Cámaras determinen quién haya de ser Regente, y asimismo la extension de sus poderes. Con este motivo sobrevino el conflicto y una lucha violenta y tenaz, durante la cual la inmensa mayo-

ría de la nacion sostuvo á Pitt con el mismo entusiasmo que los primeros meses de su ministerio. Y miéntras los *tories* lo aplaudian unánimes á título de paladin de un Rey virtuoso y doliente contra un bando de gentes desleales y un hijo desnaturalizado, algunos *whigs* asentian tambien á su proyecto de poner los principios de 1688 y la autoridad del Parlamento á salvo de ciertas doctrinas que parecian tener grande relacion con la teoría servil de la inviolabilidad del derecho hereditario; y la clase media, propicia siempre á favor de las buenas costumbres y de las virtudes domésticas, hacia coro á unos y á otros, temerosa de un reinado parecido al de Carlos II. Porque todos estaban persuadidos de que si el Palacio real habia sido por espacio de treinta años asiento de las virtudes características de la familia inglesa, presto se tornaria en escuela de vicios y cátedra de los mayores desórdenes y escándalos; de que, á las modestas comidas del Monarca, sucederian los banquetes nocturnos de los cuales saldrían tambaleándose los convidados; de que de la mesa de chaquete en que jugaba S. M. algunas monedillas de plata con sus servidores, se pasaria muy luego á las de faraon, donde se arruinaran los jóvenes patricios, y que las habitaciones de la Reina, cuya proverbial severidad de costumbres mantuvo cerradas á una generacion entera de frágiles beldades, se abrirían de par en par á las sucesoras de Luisa de Querouaille y de Bárbara Palmer. Pero aún siendo tan general la reprobacion pública en orden á la conducta del príncipe de Gales y á sus aventuras, ménos escándalo producian entre las personas sesudas y graves sus pendencias amorosas con mujeres protestantes, que su mujer legitima y católica. Por todas estas razones, aún cuando nadie

ponia en duda que debiera ejercer la Regencia, eran sus amigos y él tan impopulares, que pudo Pitt con aplauso universal proponer la limitacion de las facultades del Regente por medio de restricciones tales, que ningun príncipe virtuoso y querido de su pueblo las hubiera tolerado. Previendo entónces un cambio de gobierno, algunos partidarios del ministro lo abandonaron, pasándose á las filas de sus contrarios; pero nada perdió con esto la mayoría, pues depurada de su escoria, estrechó las filas y se reconcentró alrededor de su jefe, presentando al enemigo una línea de batalla más fuerte y firme que nunca, y dándole la victoria en todas las votaciones, merced á su cohesion y disciplina. Tres meses duró el interregno tan tempestuoso de que nos ocupamos; mas la víspera misma de quedar establecida la Regencia circuló el rumor de que S. M. había recobrado la razon; noticia que produjo trasportes de alegría y entusiasmo en el pueblo inglés. La noche del día en que Jorge III volvió á empuñar el cetro deslumbró á Lóndres con sus resplandores la iluminacion más brillante, general y espontánea que hasta entónces se hubiera visto en Inglaterra, y el día que fué á dar gracias á Dios á la catedral, una inmensa multitud de forasteros, llegados de cien millas á la redonda, invadió las calles y las plazas del tránsito para verlo pasar y saludarlo. La iluminacion de aquella noche aventajó en magnificencia á la primera, y en cuanto á Pitt diremos que no sin trabajo pudo evitar que la muchedumbre quitara los caballos de su carroza y tirase de ella, llevándolo en triunfo desde San Pablo hasta Downing-Street.

Aquel momento histórico señaló el apogeo de la gloria y de la grandeza de Pitt; y así era, en efecto, porque tan alta rayaba su influencia entónces en el

seno del Gabinete como llegó á ser en otro tiempo la de Carr ó de Villiers, siendo su fuerza en el Parlamento tan decisiva y absoluta como lo fué la de Walpole ó de Pelham años ántes, sin que por eso le negara la multitud el mismo entusiasmo que le habían merecido Wilkes y Sacheverell. Ni tampoco podia ser de otra manera, pensando en su honrada pobreza, la cual era tan pública y grande, que si al cabo de cinco años de omnipotencia hubiera en aquel punto soltado de las manos las riendas del Gobierno, acaso la suma de su caudal no habria sido bastante á pagar los muebles de su estudio de abogado, profesion que se proponia ejercer tan luégo se apartara de los negocios públicos. Atentos á esta circunstancia, sus admiradores no querian dejar su porvenir pendiente del trabajo del bufete, por parecerles, sobre inseguro, impropio de persona de tan grandes merecimientos como él; y á decir verdad, si para crearle un capital hubieran apelado sus amigos á la suscripcion, solamente la de la *City* de Lóndres habria bastado á crearle una renta considerable; pero es dudoso que su orgullo hubiera cedido á la oferta y dejándole aceptar un caudal tan digno y tan dignamente regalado.

A esta envidiable altura, por todo extremo gloriosa, llegó William Pitt al cumplir veintinueve años; mas el reflujo de la marea debia tardar poco, porque diez días despues del paseo triunfal de San Pablo, se reunieron los Estados generales de Francia en Versalles, al cabo de ciento setenta y cuatro años de clausura, comenzando, entónces, á palidecer su estrella.

Mucho tiempo trascurrió ántes de que pudiera ser comprendido en su verdad por los ingleses el carácter de la gran revolucion que siguió á la con-

vocatoria de los Estados generales; y aun cuando Burke vió más léjos que ninguno de sus compatriotas, lo cierto y averiguado es que cuanto descubrió su perspicacia, luégo quedó velado y oscurecido por sus pasiones y el poder de su imaginacion. Más de tres años pasaron despues de aquel suceso, sin que los principios del Gobierno inglés experimentaran cambio alguno material á consecuencia suya: nada más suave, tampoco, ni más escrupulosamente constitucional que la política interior del célebre ministro, á quien no podia imputarse ningun acto que fuese parte á indicar siquiera inclinaciones á la arbitrariedad, ó desconfianza y recelo hácia las clases populares: ni una sola vez había solicitado de las Cámaras autorizaciones ni facultades extraordinarias, ni ménos interpretado de una manera estrecha y tirante los poderes que delega la Constitucion en el Gobierno ejecutivo, ni siquiera promovido ninguno de esos procesos políticos que ahora se calificarian de opresivas persecuciones, pues durante los ocho primeros años de su ministerio la causa única en que los tribunales de justicia entendieron, y que pudiera calificarse así, fué la de Stockdale, y para eso, ántes que al Gobierno deberemos atribuirle ciertamente á la oposicion.

Una vez investido del poder ministerial, Pitt rescató las prendas empeñadas á los campeones de la reforma parlamentaria en los comienzos de su vida pública, porque ya en 1785 sometió á las Cámaras un plan prudentísimo enderezado á mejorar el sistema representativo, alcanzando del Monarca la promesa de que no sólo se abstendria de hablar en contra de él, sino de que lo recomendaria con eficacia en el discurso de la Corona (1). El proyecto fracasó;

(1) El discurso de apertura de 1785 terminaba con la

pero es indudable que si la Revolucion francesa no hubiera provocado violenta reaccion en el espíritu público, Pitt habria conseguido realizar, sin grandes dificultades y peligros, la obra magna que, andando el tiempo, llevó á cabo lord Grey, valiéndose de medios que conmoveron profundamente un espacio los cimientos del orden social. Y en lo que respecta á la trata de negros, cuando las atrocidades cometidas en ella se relataron prolijamente por la primera vez en las Cámaras, ningun abolicionista logró expresarse con más calor que Pitt, reemplazando eficazmente su elocuencia la de su amigo Wilberforce, á quien una enfermedad impidió tomar parte aquella ocasion en los debates. En 1788, y gracias á Pitt, se redactó un *bill*, inspirado en los sentimientos más humanitarios, y encaminado á mitigar en lo posible los horrores de tráfico tan infame, á pesar de la oposicion de algunos de sus mismos compañeros de Gabinete; y bueno será decir á este propósito, en honra suya, que para facilitar los medios de aprobarlo, prolongó la legislatura, no sin producir quejas y protestas en la Cámara, mucho tiempo despues de la discusion del presupuesto de Hacienda y de haberse votado el *bill* de *appropriation*.

Pero aún hay más: en 1791 sostuvo calurosamente, con el concurso de Fox, el precepto constitucional contra los que pretendian anular por medio de la disolucion del Parlamento un acta de acusacion; y asimismo aquel año, de acuerdo tambien con su famoso adversario, una causa más importante, cual

promesa de que S. M. contribuiría de una manera eficaz al planteamiento de cuantas medidas fueran necesarias á consolidar los verdaderos principios de la Constitucion palabras que se interpretaron despues, relacionándolas con el *bill* de reforma de Pitt.

fué la de inscribir en el Código inglés la ley en cuya virtud quedó la libertad de imprenta bajo la protección del Jurado; honra que por igual corresponde á Fox y á Pitt. Solo una vez, durante la primera parte de su largo ministerio, adoptó William Pitt una línea de conducta indigna de *whig* ilustrado; y fué haber cedido, en la discusión del *bill* de la Prueba, á los deseos del monarca á quien servía, de la Universidad que representaba en la Cámara, y de los eclesiásticos y propietarios de provincias cuyo apoyo buscaba, empleando el lenguaje de los *tories*, si bien sin aspereza y con cierta frialdad. Excepto esta ocasión, su conducta política desde fines de 1783 hasta mediados de 1792 fué de sincero amigo de la libertad civil y religiosa.

Nada tampoco durante aquel período fué parte á indicar siquiera que Pitt tuviese propósitos belicosos ó alimentara odios contra la Francia; y dieron muestra de no conocer su carácter ni su historia los publicistas del otro lado del canal de la Mancha que lo representaron, nuevo Annibal, jurando niño todavía en las manos de lord Chatham enemiga eterna al reino vecino; que lo acusaron de haber exaltado por medios misteriosos de corrupción á los jacobinos, y hécholes cometer los excesos que deshonraron la Revolución, y que lo supusieron principal y verdadero inventor é instigador de la primera coalición europea. Porque, lejos de ser enemigo mortal de la Francia, sus laudables esfuerzos para estrechar los lazos entre la Inglaterra y ella, merced á un tratado de comercio liberal y prudente, le valieron acerbas censuras de la oposición, llegando á oírse calificar en plena Cámara de los Comunes de hijo degenerado cuya parcialidad en favor de los enemigos tradicionales de la patria debía es-

tremecer en su sepulcro el cadáver de su padre.

Ahora bien; el ministro que si hubiera muerto el año 1792 habria dejado un nombre inmortal, santificado por la paz, la libertad, la filantropía y el recuerdo de las reformas prudentes y del gobierno constitucional, vivió lo bastante para transmitirlo á la posteridad con la memoria de cuantos rigores y arbitrariedades son posibles, de leyes inexorables cumplidas inexorablemente, de *bills* contra los extranjeros, de *bills* para amordazar los prisioneros, de suspensiones del *Habeas corpus*, de castigos crueles impuestos á determinados agitadores políticos, de persecuciones injustificables aplicadas á otros, y de la guerra más costosa y sangrienta de los tiempos modernos, y para ser, en fin, maldecido por opresor en Inglaterra y por perturbador infatigable y tenaz en toda Europa. Entónces fué cuando comparando los primeros con los últimos años de su vida política le buscaron semejanza los poetas con el apóstol que vendió á su Maestro, y con los ángeles malos caídos en el infierno desde las alturas del cielo, y entónces cuando, haciendo coro al clamor de odios y venganzas que contra él se levantaba por todos los ámbitos de su misma patria, le imputaban la prensa y la tribuna francesa cuantos crímenes se cometían en la República para su deshonra y perdición, lo mismo los horrores de los jacobinos que las insurrecciones de Lyon y Burdeos contra la Convención; así la muerte de Lepelletier como la de Robespierre; el espantable imperio del Terror, los asesinatos de Setiembre, las procaçidades de Marat y las carmañolas de Barrère; que nadie sino él, en concepto de las gentes, inspiraba las iniquidades y sobornaba los malhechores, lo mismo á Pàris que á Cecilio Regnault, á Collot d'Herbois que á Fouquier

Tinville, á Lebon para que anegara en sangre á Arras, como á Carrier para que cegara el cauce del Loire á fuerza de cadáveres.

Pero es lo cierto que Pitt ni amaba la guerra ni ménos el gobierno arbitrario, sino la paz y la libertad, y que la fuerza de corrientes á las cuales no habria podido resistir la voluntad ni la inteligencia humana, lo arrastró fuera de su cauce, viéndose obligado entónces á seguir un camino que así repugnaba en todo á su carácter como era opuesto á sus inclinaciones, en vez de continuar aquella política que se adaptaba mejor á sus cualidades naturales y adquiridas.

Injusto es en verdad tambien el cargo de apostasia formulado contra él, pues no debe llamarse apóstata en rigor al hombre cuyas opiniones cambian con las de la masa de sus contemporáneos. En efecto, de la primavera de 1789 al otoño de 1792 se verificó un gran cambio en la opinion pública de los ingleses, y si la evolucion que se hizo en las ideas de Pitt se advirtió más, no fué porque aventajara la suya ciertamente á la de sus conciudadanos, sino porque se hallaba en lugar más aparente que todos ellos, y porque, ántes de aparecer Bonaparte en el horizonte de la historia, ningun otro personaje político atraía sobre sí las miradas del mundo civilizado. Pero si al despuntar de la Revolucion francesa, los ingleses, y Pitt con ellos, vieron con señaladas muestras de agrado el sucesó, presto mudaron de parecer á efecto de las confiscaciones, de la perturbacion y del desórden producidos, del ascendiente que tomaron los clubs, y de los actos de barbarie realizados por el populacho enfurecido del hambre y de las más malas pasiones, y á partir de aquel momento histórico la

corte, la nobleza, el clero, los fabricantes y tenderos; en una palabra, las nueve décimas partes de aquellos que poseian algo, se tornaron fogosos é intolerantes antijacobinos. Y esta reaccion fué tan violenta entre los adversarios como entre los amigos del gobierno; y aunque Fox intentó contener á los suyos, no pudo lograrlo, pues todo su talento y su influencia personal ni fueron parte á conseguirlo, ni ménos á mantenerlos en disciplina, siendo el primero en rebelarse Burke, y siguiendo presto su ejemplo Portland, Fitzwilliam, Spencer, Loughborough, Carlisle, Malbesbury, Elliot y Windham. En la Cámara de los Comunes el número de parciales del grande orador político bajó de ciento sesenta á cincuenta; en la de los lores apénas si le quedaron diez ó doce, y es indudable que lo propio hubiese acontecido en los bancos del ministerio á obstinarse Pitt en resistir á la corriente general. Forzado, pues, del Rey, de sus colegas, de sus antiguos amigos y de sus adversarios, fué abandonando poco á poco y contra su voluntad la conducta que más cara podía ser á su corazon, y no sin haber hecho grandísima resistencia, despues de apurar todos los medios de conciliacion, tomó parte activa en la guerra europea, siendo tal su optimismo en órden á este punto, que todavía en los momentos mismos del conflicto se lisonjeaba con la esperanza de que la Inglaterra no se vería en el caso de abrazar la causa de ninguno de los contendientes, y que en la primavera de 1792 hacia partícipe al Parlamento de sus ilusiones pacíficas, y demostraba la sinceridad de sus palabras proponiendo considerables reducciones en los impuestos, pareciéndole posible hasta fines de aquel año la neutralidad de Inglaterra. Pero no era fácil empresa la de reprimir las pasiones

que iban creciendo y desarrollándose de una manera formidable y temerosa por ambas orillas del canal de la Mancha. Porque mientras los republicanos franceses, cual los musulmanes de otro tiempo, que recorrieron el mundo la cimitarra en una mano y el Koran en otra, conquistando y convirtiendo en Oriente hasta Bengala y en Occidente hasta las columnas de Hércules, daban muestras del mismo fanático proselitismo, las clases elevadas y medias de Inglaterra se agitaban también poseídas de celo no ménos ardiente y fervoroso que el de los cruzados que lanzaron en Clermont el grito de *¡Dios lo quiere!*, corrientes ambas encontradas, caudalosas y bravas, que debían chocarse con furia, y cuyo impulso no podía ser parte á contener en modo alguno el talento ni el prestigio de un hombre solo. Y como Pitt estaba en la primera fila de sus conciudadanos y en lugar más elevado que todos ellos, pareció llevarlos á la batalla, siendo en realidad empujado, y no quedándole más recurso sino ceder, pues de resistir por más tiempo, los suyos habrían pasado por sobre él.

Cedió, pues, al torrente, y desde aquel día comenzaron sus desgracias, porque ofreciéndosele dos caminos prudentes que seguir optó por uno intermedio. Si no quería oponerse al curso de la opinión pública, de acuerdo con Fox debió realizar el pensamiento de Burke y secundarla; y en la imposibilidad de mantener la paz, hubiera debido adoptar la única política que pudiera ser prenda segura del triunfo, proclamando la guerra santa en defensa de la religión, de la moral, de la propiedad, del orden y del derecho público, y combatir sin tregua á los jacobinos y con energía igual á la suya. Mas, por desgracia para él, su plan equidistante reunía

lo peor de los dos extremos. Así es que al emprender y llevar á cabo la guerra, no se dió cuenta del carácter propio que revestía, cerrando tenazmente los ojos á una circunstancia esencialísima de ella, cual era la de que tenía por adversario al acometerla, además de un pueblo, una secta, y que por tanto la nueva querrela entre Francia ó Inglaterra difería de todo en todo de las pasadas á propósito de las Colonias americanas ó de las fortalezas de los Países Bajos, habiendo de combatir el entusiasmo más frenético, la ambición más ilimitada, la actividad más indomable y el espíritu innovador más exaltado y audaz que pudiera imaginarse, y no los cortesanos y los pedantes de Versalles, Madame de Pompadour, ó el abate de Bernis. Lástima daba por esta causa de oírlo un año y otro demostrar á un auditorio, maravillado de su elocuencia, que la criminal República francesa carecía en absoluto de recursos pecuniarios, que no podía consolidarse, que su crédito estaba muerto, y que sus *asignados* valían lo que pesaban como papel viejo; cual si fuera necesario el crédito á un gobierno cuyo sistema rentístico estaba reducido al pillaje; cual si Alboin no hubiera podido convertir la Italia en un desierto hasta despues de negociar empréstitos al cinco por ciento, y cual si los honos del tesoro de Atila se hubiesen cotizado á la par. De aquí que con ser grandes los talentos de Pitt, su administración militar fuera la de un hombre caduco. Lo habían colocado la fortuna y el ingenio al frente de un pueblo que luchaba en guerra terrible de vida ó muerte, de un pueblo ilustre por cuantas cualidades físicas y morales son partes á producir ejércitos bizarros; disponía de recursos inmensos, y el Parlamento se hallaba pronto á concederle más hombres y dinero

que pudiera pedirle. Con estos medios, un ministro como Louvois, como Richelieu, como Chatham, como Wellesley hubiera creado en pocos meses uno de los primeros ejércitos del mundo, y encontrado y puesto á su cabeza generales dignos de mandarlo, y, merced á todos, salvado á la Alemania en otra batalla de Blenheim, reconquistado á Flandes en otra batalla de Ramillies, y libertado á las provincias católicas y realistas de la Francia en otra batalla de Poitiers del yugo aborrecido, llevando el terror y la desolacion hasta las barreras de Paris. En lugar de esto, ¿qué sucedió? Sucedió que al cabo de ocho años de guerra, y despues de haber sacrificado millares de hombres y más oro que en la de América, en la de los Siete años y en la de Sucesion de Austria y de España reunidas, fueron los ejércitos ingleses en tiempo de Pitt el escarnio de Europa; como que no podian alabarse de un solo hecho glorioso, y que siempre fueron vencidos en el continente, viéndose forzados á reembarcarse ó á rendirse, y que sus más espléndidas victorias quedaron reducidas á tomar posesion de algunas islas azucareras en las Indias occidentales, y á dispersar tumultos de campesinos irlandeses inermes y medio desnudos.

Tal es la fuerza característica de la marina inglesa, que no sería fácil arruinarla por mala que fuera la administracion del país; pero hubo una época en la cual sufrió las consecuencias de la pernicioso y deplorable de lord Chatham. Porque como quiera que sin tener aptitud para desempeñar cargo alguno de importancia, la parcialidad fraternal lo elevara de un golpe al puesto de primer lord del almirantazgo, ejerciéndolo por espacio de dos años, durante los cuales por razon del estado de guerra

dependia de la buena organizacion de la armada la existencia misma de Inglaterra, él la desatendió de tal manera, que dió lugar con su conducta en aquel tiempo á que la clase mercantil, á pesar de hallarse dispuesta en todo á secundar al Gobierno y á no suscitarle dificultades, formulara quejas acerbas, viendo que no protegía de ningun modo el pabellon inglés al comercio nacional. Pero muy luégo, al ser reemplazado el inepto ministro por el conde Jorge Spencer, uno de los jefes del partido *whig* que al ocurrir el gran cisma producido por la Revolucion francesa se afilió en las huestes de Burke, todo cambió de aspecto; que si era inferior como tribuno á la mayoría de sus colegas, era sin disputa, en cambio, el primero de ellos, como administrador. Gracias á él, tras prolongada y lúgubre serie de tristezas y humillaciones, dió á la patria en el corto espacio de once meses dos dias de gloria y regocijo.

Acaso se antoje paradoja el decir que la incapacidad demostrada por Pitt en todo cuanto se relacionaba con la guerra, sirve á probar en cierto modo irrecusablemente su extraordinario talento; pero así es la verdad, porque, á no dudarlo, la décima parte de sus faltas y contratiempos habria sido funesta por extremo al poder y la influencia de cualquiera otro ministro que no hubiese poseido en el más alto grado las cualidades y dones propios de un jefe parlamentario. En vano era que sus enemigos desbarataran sus planes, que sus pronósticos se desmintieran, que las coaliciones europeas que fraguaba se deshicieran, que sus tan costosas expediciones fueran rechazadas con ignominia; en vano era que los contrarios, aprovechándose de sus errores y débiles esfuerzos para remediarlos, sometieran á Flandes y Brabante, al electorado de Maguncia y

al de Tréveris, la Holanda, el Piamonte, la Liguria y la Lombardia, porque su autoridad y su fuerza en la Cámara de los Comunes se hacia más incontrastable y absoluta. En ella se asentaba su imperio; allí ganaba las batallas, y allí estaban para él Lodi, Arcola, Marengo y Rívoli. Si ocurría una catástrofe inmensa, si los aliados perdían una batalla, si los franceses añadían un nuevo departamento á la República, si estallaba sangrienta rebelión en Irlanda, ó en la escuadra se amotinaban los marineros, ó se apoderaba repentino pánico de la *City*, ó llevaba el terror á las filas de la mayoría un amago de bancarota, la humillacion y el miedo duraban hasta el momento en que Pitt aparecía en el banco ministerial, erguía su frente altanera, extendía el brazo con ademán de imperio y hablaba, expresando con sonoro y vibrante acento palabras altivas que rebosaban de inquebrantable resolución y esperanza firmísima. De esta suerte, durante largo período de calamidades y vergüenzas, cada desastre ocurrido fuera del recinto de la Cámara se transformaba puntualmente dentro de ella en señalada victoria; logrando, además, en fuerza de luchar y de vencer, que la oposicion desapareciera casi; como que del numeroso partido que tuvo enfrente los ocho primeros años de ministerio, más de la mitad militaba en sus filas bajo sus banderas, con su antiguo rival el duque de Portland á la cabeza, y que los restantes, desesperados de tanto batallar inútilmente, habían concluido por retirarse del campo. Fox mismo se apartó del lugar de la lucha, refugiándose á las sombrías arboledas de la colina de Santa Ana, donde plantó su tienda y halló cumplida compensacion á sus contratiempos y adversidades políticas, rodeado de amigos cuyo afecto ninguna

vicisitud podía ser parte á robarle, cerca de una mujer tiernísimamente amada, y deleitado el espíritu con el estudio de la literatura de Atenas, Roma y Florencia. Baste decir que las legislaturas se sucedían sin ser casi necesario proceder á votar, y que la minoría más numerosa que tuvo el Ministerio el año memorable de 1799 no excedió de veinticinco individuos.

No carecía entónces de vigor la política de Pitt, bien que sólo en lo interior del reino, pues en el extranjero la resistencia que oponía no era eficaz á combatir el jacobinismo, sino á estimularlo, mientras en su patria lo reprimía y lo extirpaba con mano fuerte, como que suspendió más de una vez el *Habeas corpus*, y las reuniones públicas quedaron sujetas á muchas trabas, y obtuvo del Parlamento las autorizaciones necesarias para expulsar los extranjeros sospechosos de malos designios, facultad que se tradujo en hechos repetidos; que los escritores que publicaban doctrinas contrarias á la monarquía y la nobleza, eran proscritos y castigados sin misericordia; y no había seguridad posible para ningún republicano que confesaba sus creencias; y se sacaron á relucir las armas del antiguo código escocés contra la sedicion, código que los ingleses reputaban por bárbaro, y armas que los gobiernos anteriores dejaron enmohecerse sin usarlas; que se veía ir deportados á Botany-Bay, juntos y confundidos con los criminales de más baja estofa, hombres ilustrados y de buenas maneras, en castigo de culpas que los jueces de Westminster hubieran considerado como meras faltas; y que algunos reformistas de opiniones acaso exageradas y ridículas, é indiscretos en su lenguaje, pero que jamás pensaron derribar el gobierno por la fuerza material,

fueron acusados de alta traicion, librándose del cadalso únicamente por la benevolencia del Jurado; severidad aplaudida entónces por los alarmistas, á quienes el miedo hacia crueles, pero que la posteridad apreciará de muy diverso modo. En efecto, la historia podrá decir que los ingleses que deseaban la revolucion eran contados y poco temibles, y que constituian un grupo inerte, pobre, desconcertado, sin organizacion y sin jefes, y que Pitt, fuerte como lo era con el apoyo unánime de la nacion, habria podido reprimir fácilmente la turbulencia de malcontenta minoría con la firme, moderada y regular aplicacion de las leyes ordinarias; que toda la energía que demostró durante aquella época desgraciada de su vida, fué una energía desacordada, sin razón de ser y absurda, y que miéntras observó una conducta débil en su lucha con el extranjero, á quien debia de temer, empleó toda su fuerza, toda su vitalidad y toda su energía con el enemigo doméstico, á quien podia, sin riesgo, despreciar.

Sólo recordamos un acto de la política de Pitt, durante los ocho últimos años del siglo pasado, merecedor de los mayores elogios, y á virtud del cual resulta ser el primer ministro inglés que haya concebido grandes y trascendentales proyectos acerca de Irlanda. Y como la manera de sujecion en que gemia la parte católica de aquel desgraciado país le parecia cruel é injusta, y además era sobrado hábil para no comprender que al trabar una lucha con los jacobinos serian los católicos sus aliados naturales, comenzó á poner en ejecucion su pensamiento; y á realizarlo tal cual lo habia concebido y deseaba, es probable, seguro casi, que su política liberal y prudente hubiera evitado la rebelion de 1798. Pero los obstáculos que halló fueron muy graves, y no exa-

geramos diciendo que insuperables en cierto modo; pero, si los católicos quedaron á merced de los jacobinos, antes fué su desgracia que no su culpa. Hubo luégo una insurreccion, la tercera de Irlanda contra los ingleses, y no ménos formidable que lo fueron las de 1641 y 1689, quedando éstos por vencedores y Pitt en el caso de imponer el precio de la victoria como lo hicieron otro tiempo Cromwell y Guillermo III. El plan que concibió fué grande y sencillo, y tan equitativo y humano, que bastaria por sí sólo á colocarlo en el lugar más preferente de los hombres de Estado, pues quiso confundir la Irlanda en un sólo reino con la Inglaterra, libertar al propio tiempo á los católicos de aquella parte de las trabas anexas á la incapacidad civil que pesaba sobre todos ellos, y consignar un capítulo en los presupuestos generales de la nacion para ocurrir al sostenimiento del clero católico. Si hubiera podido lograr tan generosos designios, la union proyectada lo habria sido en realidad, asociándose al recuerdo de la libertad civil y religiosa en la memoria de la inmensa mayoría de los irlandeses, y ningunos otros que los intrigantes y opresores habrian echado de ménos el antiguo Parlamento de Dublin, la más tiránica, despreciable y corrompida de las asambleas de Europa. Pero Pitt no pudo realizar sino la mitad del plan, logrando el consentimiento de las Cámaras de ambos reinos para la union, aunque no esa concordia de razas y de sectas sin la cual la union sólo era palabra vacía de sentido. Porque si bien habia previsto las dificultades que hallaria en el despacho de S. M., le sonreia la esperanza de que poniendo á contribucion su habilidad y su prudencia podria vencerlas una tras otra; mas, por desgracia, no faltaron traidores en elevadas re-

giones que le impidieron conseguir su objeto y hacer las cosas en el modo propuesto. Los cuales traidores descubrieron prematuramente su plan al Rey, revelándosele de aquella manera más ocasionada en su ánimo á irritar y alarmar el espíritu débil y enfermo del Monarca, quien imaginó estultamente que sus juramentos le vedaban la facultad de asentir á los planes de Pitt; y como no era posible discutir con él, en vano intentó Dundas explicarle el caso, pues recibió en respuesta de Jorge III que guardase para sí su metafísica escocesa. Entónces, Pitt y sus mas hábiles compañeros de Gabinete, hicieron dimision, poniendo al Rey en la necesidad de concertar voluntades para formar otro ministerio, empresa que subió de punto sus escrúpulos y con ellos su tristeza y su cólera, y dió al traste con su razon, adoleciendo de nuevo de la misma enfermedad que años ántes lo hizo incapaz de seguir ejerciendo las funciones de su oficio. Asi las cosas, convocó á su familia, le hizo leer la fórmula del juramento de la coronacion, y expuso á seguida que si lo violaba, el cetro de Inglaterra pasaria *ipso facto* á la casa de Saboya. Sólo al cabo de un interregno de semanas recobró de nuevo Jorge III el pleno uso de su pobre inteligencia, constituyéndose un ministerio segun deseaba para tranquilidad de su conciencia.

Los materiales que hubo de reunir para conseguirlo no eran sólidos ni de primera calidad, porque no pudiendo recurrir al partido débil en número y fuerte por el talento de sus individuos, pero contrario á su política exterior y á la interior del Gabinete precedente, en razon á que aun cuando no se hallaba de acuerdo con los últimos consejeros de la Corona en todos aquellos puntos que habian

merecido la sancion del Monarca, se hallaba precisamente conforme con ellos en el único negocio que habia sido causa de su desgracia, cuanto pudo hacer S. M. fué llamar los ministros de segunda fila que sirvieron bajo la presidencia de Pitt para colocarlos en la primera; viéndose por tal manera, en una época tan abundante como aquella en talentos parlamentarios, un Gabinete que apenas contaba un solo individuo cuyas condiciones oratorias fueran parte á distinguirlo en modo alguno. El cargo más importante lo tomó para sí un hombre laborioso, pero de no muy claro ingenio, llamado Enrique Adington, que pasó á la Tesorería. Habia sido partidario de Pitt, y la influencia de éste lo llevó, cuando todavía era muy jóven, al sillón presidencial de la Cámara de los Comunes; y aunque generalmente convenian todos en que despues de Onslow ninguno habia ejercido mejor el oficio, la naturaleza no lo dotó de grandes facultades, y la misma honrosa posicion ocupada tan largo espacio por él, ántes lo hacia impropio á su nuevo empleo que no apto; como que su papel estuvo reducido en la presidencia de la Cámara de los Comunes á permanecer equidistante y neutral entre las facciones rivales, sin tomar parte alguna en las lides parlamentarias que tenian lugar á su vista, mereciendo ser tratado por esta causa con el mayor respeto por los campeones que á derecha é izquierda de su sitial se asestaban en el fragor de la pelea golpes tan rudos, violentos y certeros. De aquí que cuando la primera vez de su vida hubo de hallarse frente á frente de vigorosos y hábiles antagonistas, que descargaban fieros y sin misericordia sobre él con toda la fuerza y peso de sus razonamientos, pareciera un tanto turbado, confuso y vacilante, y

que los aires de dignidad y de autoridad que había contraído en la presidencia, y de los cuales no se despojaba en el banco ministerial, se antojaran ridículos. Sin embargo, durante algunos meses permaneció al frente de su departamento con muestras de sólida estabilidad, pues gozaba de mucho favor con el Rey, á quien se parecía en lo limitado de la inteligencia y al que rendía mayor acatamiento y más grandes muestras de afecto que nunca le dió Pitt, y la nación rebosaba de contento y entusiasmo, merced á las recientes paces celebradas con Francia.

Ni tampoco podía ser de otro modo, porque los arvanques de entusiasmo con que acogieron la guerra las clases elevadas y medias ya no parecían; el jacobinismo no se reputaba tampoco formidable; la reacción era fuerte y completa contra la filosofía llamada generalmente anárquica y atea del siglo xviii; y veíase, además, á Bonaparte rehacer con las ruinas de las antiguas instituciones nuevo clero y aristocracia nueva, sin que nadie sospechara siquiera la proximidad del momento en que la soberanía del mundo civilizado apenas fuera bastante á saciar su sed de mando y de dominio. Partiendo de estas premisas, los varones ilustres de Inglaterra no veían razón alguna para dudar de la buena fe del héroe de Italia y no persuadirse de que pudiera ser vecino tan tranquilo y seguro para su patria como el mejor de los reyes de la casa de Borbon; no siendo, por tanto, extraño, que la mayoría del pueblo inglés acogiera el tratado de Amiens con muestras exageradas y hasta ridículas de alegría, merced á lo cual el nuevo Gabinete logró disfrutar de momentánea popularidad. Y como no tenía enfrente adversarios, su falta de dotes oratorias era defecto de poca consecuencia. La oposicion antigua, sedu-

cida de la paz, era benévola con el Gobierno, y la nueva, formada con algunos individuos del anterior Ministerio y dirigida en la Cámara de los Lores por Grenville, y por Windham en la de los Comunes, ni reunía diez votos, ni era simpática tampoco á la nación. Además, los ministros contaban con el apoyo de Pitt, el cual no abandonó el poder de mala voluntad, como varios de sus colegas, y había prometido á Enrique Addington secundarlo en la medida de sus fuerzas, expresándole al propio tiempo cuánto respetaba los escrúpulos de S. M.; y por tal modo, si fuera del Parlamento lo auxiliaba de sus consejos y experiencia, en la Cámara lo servía eficazmente, defendiéndolo con habilidad y elocuencia muy superior á la de su cliente, detras de cuyo banco había tomado asiento. Tanto estimaba el Rey la importancia del apoyo de Pitt, que un día le dijo en presencia de Addington: «Si los tres quedamos acordes, todo marchará perfectamente.»

Mas no era esto posible, siendo cual es la naturaleza humana en general, y la de Pitt y Addington en particular. Porque Pitt, persuadido de la superioridad de su talento, imaginó que ocupaba el puesto dejado por él una manera de maniquí, á su disposicion en todo mientras lo dejara en el poder, y al que daría de lado cuando le pluguiera recuperarlo; y como presto comenzó á sentir la nostalgia del gobierno, por haberlo ejercido desde muy temprano y largo tiempo, y tornándose necesidad de su vida, los días que pasaba en el alejamiento de los negocios públicos eran largos, monótonos y tristes para él, no sabiendo imitar á Fox, que olvidaba los sueños de su ambicion con el estudio de Eurípides y Herodoto; y como, además, el orgullo no le consentía comunicar ni aun á sus íntimos amigos la

idea que ya le preocupaba de volver al Gabinete, comenzó á parecerle singular, extraño y hasta ingrato el proceder de los que no adivinaban su deseo satisfaciéndolo sin tardanza, principalmente aquel á quien reputaba para sí por suplente suyo.

Addington, por su parte, no se hallaba dispuesto en modo alguno á dejar el poder, pues se hacía ilusiones parecidas á las de Abou-Hassan en *Las mil y una noches*, y envaneciéndose con exceso durante su corto califato, y tomando por lo serio su elevación, imaginó que la debía en todo á sus merecimientos, llegando á persuadirse sin dificultad de que formaba parte del gran triunvirato de varones ilustres de Inglaterra, y de que se hallaba de todo en todo al nivel de Fox y de Pitt, siendo su complemento.

Hallándose animados de tan opuestos pareceres el ministro dimitente y el propietario, la ruptura era inevitable; y como si no fuera bastante á producirle su recíproca hostilidad, acudieron á precipitarla los amigos ociosos que ansiaban repartirse los despojos de la batalla, hiriendo el amor propio de Addington, con decir que hacía en el gobierno el papel de un lacayo que toma puesto y lo guarda para cuando su amo guste de ocuparlo. A su vez, otros, en desquite, aprovechaban todas las ocasiones de alabarle á costa de Pitt, el cual, decían, había emprendido una guerra larga, sangrienta, ruinosa y desgraciada, y Addington hecho la paz; que mientras Pitt había suspendido las libertades constitucionales de los ingleses, añadian, Addington los había reintegrado en ellas; y en tanto aquel no hizo sino disipar los caudales públicos, éste consagraba todos sus esfuerzos á restablecer el equilibrio de la Hacienda. Bueno será decir también, por nuestra parte,

que á las veces oía con singular complacencia estas alabanzas el rival de Pitt, y que ya Pitt se mostraba con Addington reservado y frío.

Así las cosas, se alejó William Pitt de Londres por espacio de algunos meses, y durante su ausencia, sin tener en cuenta sus más íntimos amigos las declaraciones tantas veces formuladas por él respecto de que no había méritos para quejarse de la conducta del Gabinete y de que no deseaba en modo alguno volver al gobierno, se agitaron sin tregua para derribar á Enrique Addington, descollando entre todos por su actividad Jorge Canning, su discípulo favorito, joven apasionado, ambicioso, de gran talento y brillantes prendas; pero de carácter harto impaciente y mordaz por su mal. En efecto, Canning hablaba, escribía é intrigaba sin vagar, y estrechaba en un círculo de ardides á varios de los ministros para que suscribieran una circular pidiendo un cambio en la administración; y entre tanto Addington y sus amigos eran objeto de las más punzantes agresiones por medio de la prensa, como sus partidarios replicaban con igual encono, aunque no con tan feliz ingenio, no le quedó á Pitt la facultad de permanecer indiferente y neutral en esta lucha de epigramas á ménos de renunciar por completo á la política.

Si Napoleon se hubiera contentado con ser el primero de los monarcas del continente; si despues de alcanzar fama guerrera más gloriosa que la de Turenna y de Marlborough, se hubiera consagrado á la noble tarea de hacer feliz á la Francia bajo un gobierno santificado del culto de las leyes, Inglaterra hubiera podido tolerar durante largo tiempo su ménos que mediano gobierno. Pero, desgraciadamente, apénas firmadas las capitulaciones de

Amiens, la insaciable ambicion y la desaforada insolencia del Primer cónsul persuadieron á la mayoría del pueblo inglés de que la paz tan cándida y entusiastamente acogida sólo era pasajero armisticio. Y á medida que penetraba más en el ánimo de los ingleses la conviccion de que se hacia inevitable nueva guerra, y de que se hallarian empeñadas en ella y comprometidas la dignidad, la independencia y hasta la vida de la nacion, crecia la inquietud y la zozobra en todos, considerando cuánto era débil y pobre de recursos el gobierno que habria de luchar contra un adversario en quien se hallaban reunidos poder más robusto y extenso que el de Luis el Grande, y talento más temible y vasto que el del gran Federico. Cierta es que Addington hubiera podido ser fácilmente mejor ministro de la Guerra que Pitt, y que no lo hubiera sido peor en ningun caso; pero nó lo es ménos que Pitt ejercia ilimitada influencia en las imaginations, que tenia seducidos y fascinados á los ingleses, y que la elocuencia, el buen juicio, la tranquila y desafiada firmeza demostrada por él en el Parlamento durante muchos años, los habian persuadido de que poseia en grado eminente cuantas circunstancias son necesarias para dirigir todos los ramos del gobierno. Y tanto fué así, que creian despues de los tristes fracasos de Quiberon, de Dunkerque y del Helder, que sólo él era capaz de medirse con Napoleon Bonaparte. Y como este convencimiento aún estuviera más arraigado entre los compañeros de Addington que en otra parte, llegó á ser tal y tan fuerte la presion, que al cabo hubo de ceder á la corriente; mas, cediendo, dió la mejor prueba de cuán léjos se hallaba de conocer su verdadera situacion, pues propuso que se diera el cargo de

primer lord de la Tesorería á un personaje inofensivo de la nobleza, juntamente con la jefatura nominal del Gabinete, reservando la verdadera para él y Pitt á título de secretarios de Estado. Fácil es comprender que Pitt rehusó la oferta, acogiendo el proyecto con evidentes muestras de menosprecio y negándose á discutirlo siquiera. «¿Qué secretaria os han propuesto? le preguntó su amigo Wilberforce.—A decir verdad, le contestó Pitt, no se me ha ocurrido averiguarlo siquiera.» Addington tuvo miedo con esto, y rebajó de sus pretensiones, prometiendo á Pitt la Tesorería; pero á condicion de que no se hicieran cambios esenciales en el Gabinete, sin lograr tampoco su asentimiento, lo cual dió motivo á un altercado, como suele suceder tratándose de negociaciones verbales, aún cuando estas tengan lugar entre hombres de honor, pues Pitt refirió las cosas de un modo y Addington de otro; y aunque las diferencias de las dos relaciones no fueran tales que pudieran calificarse recíprocamente sus autores de haber faltado á sabiendas á la verdad, es lo cierto que desde aquel punto se indisputaron, agriándose por extremo sus relaciones.

Así las cosas, hizo crisis la querrela de los ingleses con el Primer Cónsul, y el 16 de Marzo de 1803, pidió el Rey á la Cámara de los Comunes, por medio de un mensaje, que lo secundara en la empresa de poner coto á los designios ambiciosos de la Francia. La Cámara tomó en consideracion el Mensaje á 28 dias del mismo mes.

Hacia mucho tiempo que vivia Pitt alejado de la politica palpitante; y como en ausencia suya se habian hecho nuevas elecciones, pasaba de doscientos la cifra de los diputados que no lo conocian sino de nombre, ganosos todos de oirlo por primera vez;

curiosidad que subía de punto sabiendo que terciaría en la discusión. Desgraciadamente, por efecto de una mala inteligencia, quedaron aquel día excluidos de sus asientos los periodistas encargados de hacer el extracto de su discurso, y por esta causa los diarios dieron sólo idea superficial de la sesión, faltándonos por completo los datos necesarios para juzgarla, como no sean los apuntes contenidos en varias cartas particulares, y más principalmente en una escrita por el jóven diputado John William Ward, conocido luego por lord Dudley. Aplaudieron mucho á Pitt al levantarse para usar de la palabra, y con verdadero entusiasmo al final de cada período del discurso, cuya peroracion fué, á lo que dicen, una de las más vigorosas y elocuentes que se hubieran oído en la Cámara de los Comunes. «El discurso de Pitt, escribía Fox algunos días después, ha sido admirable y admirado con justicia: de mí sé decir, que lo creo el mejor de cuantos ha pronunciado en su vida.» Hubo de suspenderse la discusión aquel día, y al siguiente, Fox replicó en tales términos que dejó indeciso el triunfo de la elocuencia, como hubieron de confesarlo todos, incluso los *pittistas* más intransigentes. Addington terció en el debate, y excusado nos parece añadir cuán triste papel no haría entre los dos grandes rivales. Consignaremos de paso que Pitt, al exhortar calurosamente á los diputados para que sostuvieran al poder ejecutivo contra la Francia, no hizo la menor alusión que fuese parte á indicar siquiera benevolencia, ni ménos amistad, hácia el primer ministro; circunstancia muy notada del público.

Declarada la guerra, el Primer Cónsul amenazó invadir la Gran Bretaña con los vencedores de Bélgica y de Italia, estableciendo al efecto un campa-

mento á orillas del estrecho y cerca de Boulogne. En masa se habría levantado entónces el pueblo inglés para defender sus hogares; que así en aquella circunstancia como en tantas otras de su historia, como en 1660, por ejemplo, y en 1688, los buenos se mostraron generalmente dispuestos á olvidar sus rencillas y á estrechar la mano de quien tuviera patriotismo, y por esta causa la coalición de todos los hombres eminentes hubiera sido en el momento que nos ocupa tan popular como impopular fué la de 1788, siendo el Rey la única persona del país que viera con buenos ojos un Gobierno en el cual no había persona que le aventajara en cordura é inteligencia, y que ántes prefiriese la exclusion de los estadistas de cuenta que su entrada en el Gobierno.

Aun pasaron meses ántes de que los diversos bandos, reunidos en odio y desprecio al Gobierno, consiguieran concertarse y fundir sus voluntades; mas, al llegar la primavera de 1804, fué á todos evidente que habría de luchar el más débil de los Ministerios contra la más poderosa oposición, formada de tres oposiciones reunidas, cada una de las cuales separadamente habría sido temible por el talento de sus individuos, pero que, coligadas, eran formidables por el número. El partido que se había declarado contra la paz, con Grenville y Windham á la cabeza, y el partido que se había declarado contra la renovación de la guerra, con Fox al frente, pensaron acordes que los hombres del Gobierno así eran incapaces de hacer la paz en buenas condiciones, como de dirigir la guerra vigorosamente. Y aun cuando en 1802 había Pitt hablado en favor de la paz contra el partido de Grenville, y en 1803 en favor de la guerra contra el partido de Fox, en lo tocante á la fuerza del Gabinete, y, sobre todo, á la

pericia de su jefe para guiar la nave del Estado en momentos difíciles, opinaba lo propio que Fox y Grenville. Así los ánimos, se buscó la fórmula de la oposicion, y fácilmente se halló en diversas cuestiones respecto de las cuales todos los adversarios del Gobierno podían moverse concertados y unánimes. Entónces el malaventurado primer lord de la Tesorería, que durante los primeros meses de Ministerio había tenido el apoyo de Pitt y de Fox, hubo de habérselas con ambos, siendo tal la impetuosidad del ataque y el resultado de la votacion que siguió á dos discusiones promovidas por los contrarios, que determinó de abandonar el poder. Ni tampoco era posible otra cosa, viendo que aun le tenía más enemiga la Cámara de los Lores que la de los Comunes; que los pares de Escocia vacilaban, y que había síntomas de hostilidad en los escaños de los obispos. Además, la discordia y la traicion imperaban en el Gabinete. Sólo quedaba un remedio: ceder. Retiróse, pues, Addington, y William Pitt recibió encargo de formar ministerio.

Pensaba Pitt que nunca se había ofrecido, ni se ofrecería jamás, ocasion tan propicia como aquella para reunir bajo condiciones honrosísimas los hombres eminentes del reino. En efecto, las pasiones suscitadas por la Revolucion francesa se habían extinguido; la demencia del novador y la del alarmista no eran ya de moda; con el jacobinismo y el anti-jacobinismo sucedia lo propio; los liberales más avanzados convenian en que no eran aquellos momentos los mejores para plantear reformas parlamentarias, y los más conservadores nada decian de leyes de exclusion ni de suspension de garantías. Y como la lucha por la independencía y la honra nacional absorbía los ánimos de todos, y los que se

hallaban de acuerdo en orden al deber de impulsar vigorosamente la lucha podian remitir á ocasion más propicia las polémicas respecto de asuntos de poca monta comparados con éste, Pitt hubiera querido, bajo la influencia de tan favorables auspicios, llevar á su Ministerio los notables de la nacion. Inspirado en estas ideas, y reservando para sí la Tesorería, propuso á Fox una participacion en el poder igual á la suya.

Con ser el pensamiento inmejorable, no pudo realizarse por rechazarlo el Monarca, hombre, como ya dijimos, de tarda inteligencia, velado espíritu, terco, rencoroso y en aquel entónces casi demente. Todo lo aceptaba, excepto Fox, incluso cualquiera otro *whig*, aun de los que habian ido tan léjos ó más que él en lo que llamaba S. M. jacobinismo: Sheridan, Grey, Erskine, cualquiera menos el propuesto. Pitt quiso reducir la oposicion de Jorge III, y empleó al efecto algunas horas en discutir la candidatura de Fox; pero nada consiguió, y fueron en vano todos sus razonamientos, porque se trataba de una invencible antipatia personal. Es indudable que Pitt procedia con la más perfecta sinceridad entónces; pero no lo es ménos que no bastaba en aquel caso concreto la sinceridad, siendo indispensable la energía, y que si hubiera expuesto resueltamente al Rey el propósito de no ser ministro sin Fox, al cabo habria cedido S. M., como cedió algun tiempo después cuando hubo de luchar con la inquebrantable firmeza de lord Grenville. Cedió Pitt, en mal hora, de su empeño, persuadido, al prescindir de la cooperacion de su ilustre rival, que aun podria encontrar en otra parte elementos para constituir un ministerio poderoso y fuerte; mas lo engañó su buen deseo, porque aun cuando Fox suplicó á sus amigos

que dieran de lado á las consideraciones personales, manifestándoles que apoyaría con la mejor voluntad un Gabinete de hombres capaces y animados de verdadero patriotismo, en el cual no tuviera él asiento, no solamente sus parciales, sino hasta Grenville y los suyos, le contestaron que no se trataba de nada personal en el negocio, por más que lo pareciera, sino de un gran principio constitucional, y que no entrarían en ninguna combinacion que apartara del poder ejecutivo á un hombre de tantos merecimientos sólo por no estar bien quisto en Palacio. Con esto no quedaba otro remedio á Pitt sino formar un Gabinete con los despojos del naufragio de Addington, y así lo hizo, allegando, además, para completarlo, algunos útiles auxiliares de su círculo particular, tales como Dundas, que ya era vizconde de Melville, Canning y lord Harrowby.

Bajo auspicios tan tristes volvió Pitt aquella vez al poder, correspondiendo á ellos la historia entera de su segundo Ministerio. Casi todos los meses ocurrían contratiempos, desventuras, desastres y humillaciones: á la guerra con Francia se añadió la guerra con España; la oposicion se hizo numerosa y fuerte sobre constar de hombres hábiles y activos; y el Gabinete, á su vez, comenzó á perder los elementos más útiles que habian entrado en su composicion, tales como lord Harrowby, víctima de una enfermedad, y lord Melville, de acusaciones graves, por haberse descubierto ciertos manejos suyos fraudulentos en la gestion de los caudales públicos; lo cual le valió un voto de censura en la Cámara de los Comunes, teniendo que dimitir á seguida y retirarse del Consejo privado de S. M. Terrible fué para Pitt el golpe que recibió con lo de Dundas, y su dolor fué inmenso, como lo expresó

en el Parlamento, donde al pronunciar la palabra *dolor* pareció tan impresionado, que hubo de interrumpir el discurso, creyendo sus oyentes que lloraba. Y en verdad que si aquellas lágrimas en los ojos de lord Eldon hubieran provocado á risa, y en los del sensible y sincero Fox habrían movido á simpatía sin causar sorpresa, en los de Pitt hubiesen tenido algo de solemne y verdaderamente triste. Cuando se hubo repuesto y recobrado la calma, prosiguió con la majestuosa grandeza característica y propia de su elocuencia, comunicando á sus oyentes la emocion que lo embargaba.

Las circunstancias difíciles que lo rodeaban lo pusieron en el caso de apelar á remedios del momento para ir vencéndolas, no queriendo tal vez, ó no siéndole posible, resolverlas de otro modo; y uno de los expedientes á que recurrió fué acudir á Enrique Addington, el cual se dejó persuadir, consintiendo en formar parte del Gabinete con el título de Par. Pero además de que ninguna ventaja traía este nuevo ministro al Gobierno, como sólo habia sido aparente la reconciliacion y fuera imposible al ofendido perdonar lo pasado, despues de mostrarse constantemente susceptible y quisquilloso con exceso, acabó por retirarse. Más tarde renovó la tentativa de vencer la voluntad del Rey hácia Fox, y aún llegó á decirse que iba cediendo Jorge III. Pero no era fácil ya por entónces á Pitt disimular á los ojos del público la decadencia de su propia salud y el estado de continua sobrexcitacion y de angustia creciente que devoraba su alma. Pitt no dormía; las viandas no eran eficaces á nutrirlo, y cuantos pasaban cerca de él en el Parque, ó lo veían en las audiencias de Downing-Street, quedaban sorprendidos del aspecto de su fisonomía, y sobre todo de

aquella melancólica mirada de los últimos años de su vida, que Wilberforce calificó de *mirada de Austerlitz*.

Empero la vigorosa inteligencia de Pitt y su indomable altivez eran las mismas de siempre. Había empeñado á una apuesta el porvenir de Europa, y para jugar la última carta contra la influencia francesa, logrado formar una coalición poderosa, oponiendo, á su parecer, barrera insuperable á las ambiciones del enemigo comun con las fuerzas reunidas del Austria, de la Rusia y de la Gran Bretaña. Mas el talento de Napoleon prevaleció, dando al traste con los proyectos del ministro inglés; porque mientras las tropas británicas hacían sus preparativos de embarque hácia las costas de Alemania, y los rusos llegaban lentamente á Polonia, el Capitan del siglo, con una rapidez sin ejemplo hasta entonces en la historia de la guerra, trasportó cien mil hombres desde las orillas del Océano al interior de Alemania, y obligó á rendirse á un ejército austriaco. Al primer rumor de la batalla de Ulm, ganada por los franceses, Pitt se negó á dar crédito á las nuevas de la catástrofe, y hasta se irritó contra las personas que acudieron á él llenas de alarma, diciéndoles: «Nada creais; que todo es ficción y mentira.» El día siguiente recibió un periódico de Holanda que contenía la capitulación; y como no supiera el holandés, y además las oficinas estuvieran cerradas por ser domingo, fué á casa de lord Malbesbury, que habia sido embajador en aquel país, para que le tradujera el papel. Pitt se reprimió; pero el golpe habia sido demasiado fuerte, y salió del gabinete de su amigo con la palidez de la muerte en el rostro.

La nueva del combate de Trafalgar, que llegó á los cuatro días, pareció reanimarlo algun tanto.

Cuarenta y ocho horas despues de que tan gloriosa y triste jornada fuera conocida del país, tuvo lugar la toma de posesion de un *lord-maire*, y Pitt comió en Guild-Hall. Su popularidad estaba entónces en descenso; pero en aquella ocasion, la multitud, entusiasmada con la reciente victoria conseguida sobre la escuadra franco-española, quitó el tiro de caballos de su carroza en Cheapside y la llevó hasta King-Street en triunfo. Contestando en el banquete á un brindis, pronunció dos ó tres frases grandilocuentes de su repertorio, siendo una de las que más impresion produjeron en el concurso la siguiente, que habia de ser la postrera de su vida de orador: «Esperemos, señores, dijo, que la Inglaterra, despues de haberse salvado á si misma con su energía, salve á la Europa con su ejemplo.»

Poco tardó Austerlitz en completar á Ulm. Habíase retirado Pitt los primeros días de Diciembre á Bath, esperando cobrar allí nuevas fuerzas para la próxima legislatura, y se hallaba reclinado en un sofá cuando recibió la noticia de haberse dado y perdido en Moravia una batalla; quedando por efecto de ella disuelta la coalición y el continente á los piés del vencedor. Pitt cayó como herido del rayo. Dos días despues estaba tan demacrado que no parecia el mismo. Abandonó á Bath entónces, y haciendo el viaje á pequeñas jornadas, llegó á su quinta de Putney el día 11 de Enero de 1806. Las Cámaras debían reunirse el 21, y el 20 verificarse un banquete parlamentario en casa del primer lord de la Tesorería; pero la vida del gran ministro llegaba á su término, quedándole sólo una probabilidad de prolongarla, dimitiendo su cargo y recogíendose á pasar algunos meses en completo reposo; mas aún cuando sus colegas le hacían breves visitas y evitaban hablarle de

política, su espíritu, acostumbrado al mando, no podía siquiera en aquella extremidad abandonar una esperanza de conservarlo, en la cual nadie sino él creía.

El mismo día de su llegada á Putney, desembarcaba en Londres al cabo de ocho años de ausencia, su amigo el marqués de Wellesley, á quien había nombrado gobernador de la India, y cuyo mando fué tan hábil, enérgico y feliz. Viéronse y se abrazaron y departieron largamente, separándose sin que Pitt sospechara que ya no volverían á encontrarse más en esta vida, pues se había persuadido aquellos días de ir camino de un completo restablecimiento. Durante su plática, sostenida toda ella de una manera reposada, tranquila y hasta placentera por su parte, hablando de diversos asuntos, hizo un elogio sincero y razonado de Arturo (1), hermano de su interlocutor, y añadió: «Nunca he visto un militar cuya conversacion satisfaga más.» Pero las emociones de su conferencia con el de Wellesley agotaron las fuerzas del enfermo, que acabó por desmayarse, refiriéndose convencido el Marqués de que se acercaba el momento del desenlace.

Así las cosas, los diputados iban llegando á Londres y los jefes de la oposicion celebraban reuniones para concertarse respecto de la linea de conducta que debería de seguirse desde la primera sesion; y siendo fácil suponer los términos del discurso de la Corona y los de la contestacion que se propondria, prepararon una enmienda para censurar la politica del Gobierno, la cual apoyaria en la Cámara de los Comunes lord Enrique Petty, jóven á

(1) El que fué luego duque de Wellington y de Ciudad-Rodrigo.—N. del T.

la sazón, pero que había ya sabido conquistar en su patria el lugar preferente que conservaba mejorado al cabo de medio siglo (1). Sin embargo, como á lord E. Petty repugnaba hostilizar á un hombre incapacitado de poder defenderse, y lord Grenville, sabedor del estado de Pitt por lord Wellesley, había encarecido á todos la prudencia, y Fox, con su bondad caracteristica, dicho lo propio, expresando lo que sentía respecto de su rival moribundo con estas generosas palabras: *Sunt lacrymæ rerum, et mentem mortalia tangunt*, el primer día de la legislatura pasó sin debate.

Aquella noche circuló el rumor de que Pitt se hallaba un tanto repuesto; pero á la mañana siguiente manifestaron los médicos que ya no había esperanza de remedio. Y como sus grandes facultades comenzaran á decaer, su preceptor y amigo de Cambridge, el obispo Lincoln, le avisó del peligro en que lo veía, y le dirigió aquellas exhortaciones piadosas que pudieran ser comprensibles á una inteligencia velada ya y oscurecida de las sombras tristes de la muerte. Hablóse mucho entónces con este motivo de la devocion mostrada por el moribundo en tan supremos instantes; mas ningun crédito mereció cuanto se dijo á los ojos de los que le conocian, y Wilberforce, su íntimo amigo, comenzó por desmentir el aserto, declarándolo imposible de todo punto, y añadiendo que «Pitt había eludido siempre tratar de asuntos religiosos, reservando su opinion en la materia.» Otros, á su

(1) Lord E. Petty es más conocido bajo el nombre de marqués de Lansdown. En 1806 fué canceller de Hacienda en el ministerio de notables, y en nuestros días ha sido presidente del Consejo dos veces.

vez, en elegías, declamaciones académicas, brándis y poesías premiadas en certámenes universitarios, repitieron hasta la saciedad que había muerto el gran ministro exclamando: «Oh patria mía!» Fábula también, pues la verdad del caso es que las únicas palabras pronunciadas por Pitt cuando todavía se daba cuenta de su sentido, fueron exclamaciones acerca del estado alarmante de los negocios públicos. Pitt espiró el 23 de Enero de 1806, el vigésimo quinto aniversario del día en que por primera vez tomó asiento en la Cámara y á los cuarenta y siete de su edad. Diez y nueve años había sido primer lord de la Tesorería y primer ministro, pudiéndose decir que desde el establecimiento del sistema representativo en Inglaterra ningun hombre de Estado había ejercido tan largo tiempo el poder supremo; porque, si bien Walpole fué más de veinte años primer lord de la Tesorería, débese de tener en cuenta que sólo despues de haber ejercido ese cargo muchos años llegó en realidad á ser primer ministro.

Un diputado propuso á la Cámara que se hicieran á Pitt públicos y solemnes funerales, y que, además, se levantara un monumento á su memoria; proyecto que impugnó Fox en un discurso, digno de ser estudiado como muestra de buen gusto y de nobles sentimientos, pues si nunca se impuso el orador deber más penoso de cumplir, nunca tampoco produjeron su ingenio y su corazón obra más perfecta de urbanidad y delicadeza, como así lo reconocieron los amigos del finado. Sin embargo, 288 votos contra 89 sancionaron la proposición, fijándose la fecha del 22 de Febrero para los funerales.

Dos días permaneció expuesto el cadáver en la Cámara Pintada del Parlamento ántes de ser trasla-

dato con gran pompa á la nave del Norte de la célebre abadía de Westminster, formando su cortejo numeroso séquito de príncipes, títulos, prelados y consejeros, recibiendo sepultura cerca de la en que descansaban los restos de su ilustre padre, y á poca distancia del lugar en donde sería presto enterrado también su no ménos ilustre rival. El aspecto de los circunstantes expresaba profunda tristeza, y claramente se veía que su duelo era sincero y profundo. Ni tampoco podía ser de otra manera, pues se hallaba en la mente de todos que aquel á quien inhumaban entónces había sucumbido víctima de ansiedades y amarguras sin cuento que cada uno sentía en su corazón. Y en el momento de bajar el ataúd pareció que la imágen de Chatham, esculpida sobre su mausoleo, miraba consternada la lóbrega fosa donde había de quedar, encerrada con los restos de su hijo querido, la ruina de tanto poder y tanta gloria.

Las diferentes fracciones de la Cámara de los Comunes votaron por unanimidad la suma de cuarenta mil libras esterlinas para pagar los acreedores de Pitt, y con este motivo algunos de sus admiradores adujeron el caso como circunstancia honrosísima para él y merecedora de las mayores alabanzas; pero los varones prudentes pensarán á nuestro parecer de muy diverso modo; porque si bien es cierto que los hombres de Estado menospreciadores de las riquezas deben ser preferidos á los que sienten por ellas ánsias vivas, nó lo es ménos que parece y es muy censurable la conducta de quien, recibiendo cuantioso haber del Erario público, y más de lo necesario para su decoro y regalo, deje á su patria deudas que pagar causadas por su negligencia y despilfarro. Como primer lord de la Tesorería y can-

oiller de Hacienda, siempre tuvo Pitt seis mil libras esterlinas de sueldo y casa, y además, en 1792, la cariñosa insistencia del Rey le hizo admitir el cargo vitalicio de adelantado de los Cinco puertos con cuatro mil libras más, reuniendo por tal modo diez mil libras esterlinas anuales, ingresos que para un hombre soltero, no disipador, sin parientes menesterosos, y que nunca hubo de sufragar los gastos de una sola elección, eran suficientes y aun sobrados. Pero es lo cierto que vivía en el mayor desorden; que si cada semana hubiera consagrado un corto espacio á examinar las cuentas de su mayordomo, habría podido contener el gasto de su casa en justos límites, y que si ni aun disponía de un cuarto de hora cada ocho días para este objeto, le sobraban amigos, peritísimos en materia de números, que se habrían complacido en ser sus administradores. Uno de estos amigos, acaudalado comerciante de la *City*, llegó á intentar poner orden en casa de Pitt, pero en vano, renunciando á reprimir el saqueo de sus criados, que le presentaban cuentas de nueve quintales de carne por semana, de cientos de aves, de arrobas de pescado, y de té y de azúcar en cantidades extraordinarias, porque no secundaba sus esfuerzos el principal interesado. Tanto fué así, que bien podremos decir sin temor de ser tachados de parcialidad, que aun habría sido más digno el carácter de Pitt si al desinterés de Pericles y de Witt, hubiera unido su noble frugalidad.

Pero, dando de mano á estos detalles interiores y domésticos del gran ministro de Jorge III, añadiremos que ha sido atacada su conducta política con harta frecuencia justa é injustamente, sufriendo ménos de las invectivas de sus detractores que de las alabanzas de sus apologistas, por haber ser-

vido de bandera su nombre á una falange con la cual, en momentos de crisis terrible, en uno de esos momentos pavorosos que tan eficaces son á confundir y borrar todas las diferencias establecidas, hizo accidentalmente causa común, por más que en lo esencial de los principios fuera su adversario decidido.

Por esta razón se llamaban *pittistas* los enemigos de la reforma parlamentaria, sin advertir que apoyó Pitt tres sucesivas proposiciones en favor de la reforma parlamentaria, y que, aun cuando estuviera persuadido de que la reforma no podía realizarse de manera conveniente mientras durase la efervescencia de las pasiones exaltadas por la Revolución francesa, no pronunció nunca una sola palabra de la cual pudiera inferirse que no se hallara dispuesto á volver sobre el mismo asunto en ocasión más oportuna. Por igual motivo brindaba en favor de la *supremacía protestante*, celebrando el aniversario del nacimiento de Pitt, un grupo de *pittistas*, sin advertir tampoco que había dimitido al persuadirse de la imposibilidad de hacer votar en las Cámaras la emancipación de los católicos; por lo mismo se apellidaban *pittistas* los defensores del *bill* de la prueba (*test*), sabiendo que Pitt había expuesto razones irrefutables para su abolición en los consejos del rey Jorge; y los adversarios del libre cambio, aunque Pitt profesara las doctrinas de Adán Smith con más fe que Fox y Grey; y hasta los mismos negreros, aunque nunca se hubiera mostrado Pitt más elocuente que al tratar en la Cámara de la suerte aciaga de los esclavos y de las infamias de la trata! Empero ese Pitt mítico, que así tiene parecido con el verdadero, como el Carlo-Magno del Ariosto con el de Eginardo, ha pasado ya,

y la historia imparcial y justa vengará ciertamente su memoria de las calumnias groseras encubiertas con el disfraz de la lisonja, mostrándolo á la posteridad tal como fué, á saber: ministro de inmenso talento, de honrados y rectos propósitos, de ideas liberales, dotado moral é intelectualmente de cuantas circunstancias son necesarias á los jefes parlamentarios y los hacen propios á regir con prudencia y moderacion el gobierno de los pueblos en tiempos bonancibles y serenos; pero inferior á circunstancias tan extraordinarias y terribles como las en que se halló y que fueron parte á extraviarlo, haciéndolo caer en los abismos de la debilidad y estrellarse en los escollos de la violencia.

## BELTRAN BARÈRE.

### I.

Las *Memorias de Beltran Barère* publicadas por Carnot y David de Angers (1) forman un libro digno por muchos conceptos de fijar el ánimo de las personas consagradas al estudio de la historia; pero más principalmente porque son á manera de protesta escrita por quien se supone haber sido víctima de la malevolencia de sus contemporáneos, y que representó principalísimo papel en sucesos de la mayor importancia. Por lo que á nosotros respecta, dispuestos nos encuentra y atentos á escucharlo, porque nada es más útil á la sociedad ni más meritorio, ni puede sernos tampoco más grato, que hacer justicia á los bienhechores de la humanidad calumniados y perseguidos de ella en pago de sus obras, y menesterosos de ayuda. Por esta causa, hemos estudiado cuidadosamente y con suma prolijidad el escrito de apelacion, ó sea la interminable apologia

(1) *Mémoires de Bertrand Barère*, publiés par MM. Hippolyte Carnot, membre de la Chambre des Députés, et David d'Angers, de l'Institut: précédés d'une notice historique par H. Carnot, 4 vol., Paris, 1843.

y la historia imparcial y justa vengará ciertamente su memoria de las calumnias groseras encubiertas con el disfraz de la lisonja, mostrándolo á la posteridad tal como fué, á saber: ministro de inmenso talento, de honrados y rectos propósitos, de ideas liberales, dotado moral é intelectualmente de cuantas circunstancias son necesarias á los jefes parlamentarios y los hacen propios á regir con prudencia y moderacion el gobierno de los pueblos en tiempos bonancibles y serenos; pero inferior á circunstancias tan extraordinarias y terribles como las en que se halló y que fueron parte á extraviarlo, haciéndolo caer en los abismos de la debilidad y estrellarse en los escollos de la violencia.

## BELTRAN BARÈRE.

### I.

Las *Memorias de Beltran Barère* publicadas por Carnot y David de Angers (1) forman un libro digno por muchos conceptos de fijar el ánimo de las personas consagradas al estudio de la historia; pero más principalmente porque son á manera de protesta escrita por quien se supone haber sido víctima de la malevolencia de sus contemporáneos, y que representó principalísimo papel en sucesos de la mayor importancia. Por lo que á nosotros respecta, dispuestos nos encuentra y atentos á escucharlo, porque nada es más útil á la sociedad ni más meritorio, ni puede sernos tampoco más grato, que hacer justicia á los bienhechores de la humanidad calumniados y perseguidos de ella en pago de sus obras, y menesterosos de ayuda. Por esta causa, hemos estudiado cuidadosamente y con suma prolijidad el escrito de apelacion, ó sea la interminable apologia

(1) *Mémoires de Bertrand Barère*, publiés par MM. Hippolyte Carnot, membre de la Chambre des Députés, et David d'Angers, de l'Institut: précédés d'une notice historique par H. Carnot, 4 vol., Paris, 1843.

de Barère, ántes de fallar, y despues, sabiendo á qué atenernos en todo, vamos, con el auxilio de Dios, á desagraviar la verdad y á hacer justicia.

No estará demas dejar consignado que no comparece sólo el litigante, sino que, al acudir á la barra de la opinion pública, lo hace con dos testigos de mucha cuenta, siendo el primero M. Hipólito Carnot, de la Cámara de Diputados é hijo del célebre Director, y el segundo David de Angers, del Instituto frances, famoso escultor, y discípulo predilecto, si nuestras noticias son exactas, del pintor homónimo suyo, aunque no su pariente. Ambos declaran que Barère fué hombre de grandes merecimientos y muy maltratado, y que, si tuvo defectos, cosa que no pretenden negar, tampoco, teniendo en cuenta las circunstancias que lo rodearon y las flaquezas propias de la humanidad, podrá desconocerse que, cuando ménos, fué persona digna de aprecio. Al público toca, que no á nosotros, decidir con pleno conocimiento de causa si al asociar sus nombres al de Barère los editores han defendido á su cliente ó agraviádose á sí propios.

Diremos tambien, ántes de entrar en materia, que al abrir el libro que nos ocupa, nos hallamos exentos y libres de preocupaciones contra Barère, y que si desde hacía mucho tiempo teníamos formada mala opinion respecto de él, como quiera que ni la pasion ni el interes nos obligaban á perseverar en ella, sino la razon, todo podia destruirse por obra de la razon. Y á fin de que nada nos quede interiormente, añadiremos que nunca hemos creído provechosa en modo alguno á la fama de Barère la publicacion de sus *Memorias*, estando como estamos persuadidos de que no le sería posible impugnar con éxito los cargos gravísimos que pesan sobre él,

cosa que sus editores reconocen, y de que á lo sumo, tal vez sólo consiguiera sincerarse de ciertos crímenes, y atenuar ciertas faltas de cuya culpabilidad no le fuera fácil eximirse. Pero no por eso nos sentíamos inclinados á la severidad, sabiendo que tentaciones como aquellas á que se hallaron expuestos los convencionales y los individuos del Comité de Salud pública, hubieron de ser fuertes y poderosas aun para hombres de firme y verdadera virtud; y tan predispuestos estábamos á la indulgencia, que hubiéramos incurrido por ella en el exceso censurado de los moralistas, pues á nuestro parecer, siempre la merecen los errores cometidos en el fragor de la lucha por los más nobles y generosos caracteres cuando se dejan llevar de la corriente irresistible de la simpatía y del immoderado y mal dirigido patriotismo.

## II.

Inspirados en estas ideas hemos leído el libro, comparándolo con otras relaciones de los sucesos en los cuales representó Barère primeros ó segundos papeles, y vamos á exponer el resultado de nuestras investigaciones, empezando por decir que ni en la historia ni en la fábula se ha hecho nunca mencion de hombre ni demonio alguno que haya logrado acercarse tanto como él al ideal de la perversidad consumada en todas sus manifestaciones, porque cuantas partes son eficaces á mover naturalmente al odio y al desprecio de quien las reúne, se hallan en él integras, sin menoseabo, sin mezcla de bien, puras, por decirlo así, en su propia corrupcion, en perfecto equilibrio y formando conjunto

armónico y completo. Cierta es que Barère ha tenido émulos en casi todos los ramos especiales de la depravacion; que han existido muchos hombres muy sensuales; muchos cobardes y sanguinarios, y no pocos embusteros; pero ninguno más refinadamente vicioso; ninguno que á la cobardía y la crueldad uniera tanta degradacion y tan poca vergüenza, y ninguno capaz de mentir como él; ninguno sobre todo que poseyera en su plenitud lascivia, cobardía, bajeza, cinismo, infamia, barbarie, ferocidad y cuantos defectos son imaginables á un tiempo mismo, amalgamados, confundidos, formando partes integrantes de su sér, como Barère, personaje que á no haber existido, ántes parecería producto fantástico de la imaginacion que no de la naturaleza; tipo de perversidad que vaga errante y solitario en la sucesion de los tiempos, sin que sea posible hallarle compañero que comuarta con él la execracion de la historia.

## III.

Injusto sería ciertamente de nuestra parte juzgar á un hombre que se halla en la situacion de Barère con arreglo á los principios de la moral más severa. Persuadidos de esto, hemos formado nuestra opinion comparándolo á sus mismos colegas de la Montaña, y en ningun modo al cançiller d'Agueseau, al general Washington, á Mr. Wilberforce, ni á lord Grey, y aún así, aún habiendo sido la Montaña una colectividad de malvados, ninguno de sus individuos se le parece; porque al lado de Barère, Fouché se antoja hombre de bien, y Billaud humano, y Hébert casi digno. «Todos los jefes de partido, excepto Barère,

dice M. Hipólito Carnot, han tenido apologistas; unos justifican á los girondinos, otros á Danton, otros deifican á Robespierre; sólo Barère na quedado sin defensa.» Pero es fácil, á nuestro parecer, explicar este fenómeno, pues consiste sin duda en que los demás jefes de partido tuvieron algunas buenas cualidades, y en que Barère no tuvo una sola; que los hombres de Estado girondinos compensaron con exceso sus culpas á fuerza de ingenio, de valor, de patriotismo y de filantropía, debiendo bastar esto á preservarlos del ultraje de ser comparados á esa cosa inmundada que se llamó Barère, y que si Robespierre y Danton fueron dos malvados, en ambos algo habia en verdad que no estuviera completamente corrompido. Danton era bizarro y animoso, dado á los placeres, avaro de poder y honores, de principios relajados y pasiones ardientes, pero en posesion todavia de algunos restos de hidalgos y elevados impulsos; capaz de cometer grandes crímenes, pero capaz tambien de amistad y compasion. Natural es que haya encontrado admiradores entre los hombres atrevidos y de temperamento sanguíneo. Robespierre, á su vez, era vano, envidioso y desconfiado, de corazon duro y malo, nervioso por extremo y de carácter tétrico y sombrío; pero es innegable que fué desinteresado en el sentido vulgar de la palabra, que su vida privada fué buena, y que se consagró sinceramente á realizar sus principios morales y políticos. Natural es tambien que haya encontrado admiradores entre los demócratas honrados, hipcondriacos y doloridos. Pero si no se ha visto que ningun bando político haya osado tomar bajo de su égida la fama de Barère, consiste lisa y llanamente en que careció en absoluto, no ya de virtudes, sino hasta de los léjos y vislumbres de una sola siquiera.

## IV.

Cierto es que no dió Barère muestras de ferocidad en un principio; pero esta misma circunstancia lo es agravante, á nuestro parecer, de su conducta posterior. Porque hay naturalezas desgraciadas, fatalmente sometidas á pasiones violentas, hombres que tienen hiel por sangre, y á quienes así es propio pronunciar palabras acerbas y dar muestras de crueldad, como á los perros de mal genio gruñir, enseñar los dientes y morder, siendo mayor desventura nacer con tan terrible y aciaga enfermedad, que sordo ó ciego. Pero si quien logra dominar un carácter semejante, y conducirse por regla general respecto de aquellos que se hallan bajo su dependencia con justicia y cordura, da muestra de imperio sobre sí mismo que redundará en gloria de la filosofía y de la religión, y ejemplo digno de las más grandes alabanzas; por el contrario, el hombre dotado de pacíficas inclinaciones naturales, que va lenta y gradualmente progresando en el mal, comenzando por hacer sufrir á sus semejantes, primero con indiferencia, con afición despues, y, por último, con placer horrible, merece ser declarado tipo de perversidad, y eso fué Barère.

La historia de la decadencia de Barère forma un tratado de los más instructivos. Era débil, cobarde y mudable al principio de su vida, y su mejor cualidad el carácter; y aunque poco prometían estos materiales, con elementos de tan escasa importancia la religión y el honor han hecho mártires y héroes; que los principios de la moral sirven á los espíritus débiles como los corsés á los cuerpos que los han

menester. Pero á Barère le faltaban en absoluto, y por tanto, así carecía de fuerza natural como adquirida, de tal modo, que nunca hemos hallado ni en el trato corriente de la vida ni en los libros tipo más instable, más completamente falto de energía, más incapaz de ideas independientes y de verdaderas preferencias, ni más dispuesto siempre á impresionarse y á desimpresionarse. Parecía una planta trepadora que necesita de asirse y apoyarse en algo para prosperar, y que cae tan luego le falta el sustentáculo; porque Barère, del propio modo que la hiedra no puede levantarse sola como la encina, ó la vid como el cedro, tampoco podía servir una causa y permanecer firme sin apoyo. Es más: supuesto su modo de ser, no era posible que, aún rodeado de las circunstancias más propicias y bien dirigido en todo, pudiera vivir sin deshonorarse, y, sin embargo, el frágil esquiso que por efecto de la podredumbre de sus materiales habría corrido peligro de zozobrar en las tranquilas aguas de un estanque, se halló de improviso en alta mar, en medio de furiosa tempestad que arrojó á los arrecifes de la costa numerosa escuadra de grandes y sólidas naves de alto bordo, viéndose así de improviso el más débil, corrompido y servil de los hombres en el trance de representar papel en una revolución tremenda que trastornó por completo el mundo civilizado. Primero, cayó bajo el imperio de hombres moderados y humanos, y habló el lenguaje de la templanza y de la filantropía; mas luego se vió rodeado de espíritus ardientes y atrevidos á quienes no era parte á contener peligro ni escrúpulo ninguno, y pudiendo ser en la medida de su voluntad víctima ó cómplice suyo, no vaciló en la elección. Probó la sangre y no le repugnó; volvió á probarla y le pareció

néctar de los Dioses, y por tal manera, la crueldad, que comenzó por ser hábito en él, se tornó en pasión y acabó por ser monomanía; degenerando tan rápida y completamente su naturaleza, que pocos meses después de la época en que gozaba fama de ser bueno, se había familiarizado tanto con el espectáculo de la desesperación y de la miseria de sus semejantes, que lo contemplaba con el deleite que advertía el poeta florentino en los demonios que miraban hervir el estanque de pez fundida en Malebolge. No le faltaron acólitos en el crimen; pero aventajó á todos en diabólico empeño por la destrucción de sus semejantes; se bañó en sangre noble, por decirlo así, y embriagado con ella, reía y lanzaba gritos salvajes de guerra y de alegría sin dar de mano á la matanza, y aullaba canciones y brincaba de gozo en medio de la hecatombe. Mas de repente le fué contraria la fortuna, y cayó desde las alturas del poder á los abismos de la desgracia y de la infamia, y la violencia del golpe le restituyó la calma luego al punto, disipando los vapores nauseabundos de su embriaguez. Entónces pudo verse cuán arraigado estaba el mal en su corazón, porque la disciplina de la desgracia, que corrige á otros malhechores, en él fué acicate para desbocarlo en el camino de la perversidad. El poder había desarrollado en su alma vicios feroces que ni siquiera sospechaba, y la pobreza y la pérdida del valimiento vinieron á su vez á desarrollar los gérmenes latentes de otros vicios, acaso ménos odiosos, pero más despreciables, y después de haber puesto miedo al mundo con los crímenes cometidos bajo la máscara del celo por la libertad, se tornó en el más vil instrumento del despotismo. Tanto fué así, que aún no siendo empresa fácil la de clasificar

sus vicios, todo bien considerado, puede afirmarse que su bajeza fué superior á su crueldad y más acrisolada todavía.

## V.

Esta es la opinión que siempre tuvimos de Barère; pero ántes de leer sus *Memorias* lo juzgábamos con la desconfianza de un magistrado que no ha oído sino una de las partes, y aún cuando nuestras conclusiones parecían asentadas sobre sólida base y en algunos puntos indestructibles, como ignorábamos qué alegaría en su defensa el acusado, y además no tenemos la costumbre de considerar en ningún caso á nuestros semejantes cual si fueran ángeles de luz ni de tinieblas, casi nos sentíamos movidos á sospechar que se hubieran exagerado sus infamias. Pero la duda ya no existe, ni es posible tampoco, en vista de la defensa escrita por Barère, el cual ha consagrado á ella cuarenta años de su vida y cuatro volúmenes; porque sería verdaderamente absurdo suponer que no refuta por falta de tiempo ni de espacio todo cuanto es susceptible de refutación. ¿Ha refutado mucho? se ocurre preguntar. Nada. Barère no se cura siquiera de la mayor parte de las acusaciones que pesan sobre él, siendo necesario, por tanto, juzgarlo en rebeldía. Lo cierto y averiguado es que nada parece más insignificante y mezquino que su relación de las grandes transacciones públicas en las cuales tomó parte; y que mientras no da noticias y detalles nuevos en orden á las operaciones del Comité de Salud pública, en compensación trata largamente de muchas cosas sucedidas ántes de salir él y de volver á entrar en la oscuridad. No es esto

lo peor ni lo único tampoco, sino que tan luégo da de mano á escribir naderías sólo sabe mentir; ¡pero de qué modo! porque si quien no ha estado en los trópicos no sabe qué cosa sea el trueno y el rayo, y quien no ha visto el Niágara sólo puede tener idea remota de qué cosa sea una catarata, quien no ha leído las *Memorias* de Barère, no sabe qué cosa es la mentira. En efecto, si entre las numerosas especies que componen el gran género *Mendacium*, el *Mendacium Vasconicum*, ó sea la mentira gascona, goza por derecho propio y adquirido desde hace luengos siglos fama merecida de ser extraordinariamente impúdica y circunstanciada; entre las *Mendacia Vasconica*, la *Mendacium Bareriarum* es sin duda ninguna el ejemplar más hermoso, rico y opulento de cuantos conocemos, y eclipsa con su exuberancia otras *Mendacia* que ántes contemplábamos llenos de admiración.

A decir verdad, M. Carnot ha cometido lamentables equivocaciones en esta materia, pues no siendo posible suponer que sepa ménos que nosotros la historia de la Convencion, la cual debe de interesarle por extremo á título de frances y de hijo de revolucionario, debía comprender que hay entre los hechos más importantes consignados en la obra que nos ocupa muchos tan falsos, que el mismo Durante de Corneille, ó el Scapin de Molière, ó el M. de Crac de Collin d'Harleville se habrían avergonzado de afirmarlos. Y aun cuando nada se halla tan léjos de nuestro ánimo como hacer responsable á M. Hipólito Carnot de la falta de veracidad de Beltran Barère, siendo él quien ha puesto en orden sus *Memorias*, presentándolas al público precedidas de un prefacio lleno de alabanzas, y ofreciéndolas á título de documento de gran valor histórico, des-

pues de ilustrarlas de notas copiosas, nos parece que al obrar así ha contraído ciertas obligaciones cuyo alcance no comprende, toda vez que deja pasar, sin correctivo, á la sombra de su nombre, las mayores y más trapaceras monstruosidades.

Bastará indicar á nuestro propósito dos ejemplos de la falsedad voluntaria y reflexiva de Barère, á saber: sus relaciones de la muerte de María Antonieta y de los Girondinos. Hé aquí cómo dá cuenta del primero de los sucesos enunciados: «Robespierre, á su vez, propuso la expulsion de los individuos de la familia Capeto y el juicio de María Antonieta para ante el tribunal revolucionario; mejor habria hecho consagrando su atencion á los asuntos militares propios á reparar en lo posible los desastres ocurridos en Bélgica y á contener el progreso de los contrarrevolucionarios del Oeste.» (1)

## VI.

Sabida cosa es que María Antonieta compareció ante el tribunal revolucionario, no á solicitud de Robespierre, sino contra su voluntad. En prueba de nuestro aserto, sólo citaremos un testimonio; pero será irrecusable. Bonaparte, que no tenía el más leve motivo para ocultar la verdad, que podia saberla, y que despues de su casamiento con la archiduquesa María Luisa deseaba naturalmente averiguar todas las peripecias del proceso de aquella reina desventurada con cuya familia se habia unido, dice de una manera indubitable que Robespierre se

(1) *Mémoires de Barere*, tomo II, página 312.

opuso al proceso (1) de María Antonieta. ¿Quién fué, pues, el hombre que propuso la expulsión de la familia de Capeto y el juicio de María Antonieta? Los números del *Moniteur* de los días 2, 7 y 9 de Agosto de 1793 lo declaran con la extensión debida, diciendo que á 1.º del mes y año indicado un orador enviado por el Comité de Salud pública dirigió á la Convención un discurso muy largo y de mucho estudio, preguntando en lenguaje vehementísimo en qué consistía que los enemigos de la República pudieran alentar esperanzas de triunfo. «¿Acaso consistirá esto en que ya se ha borrado de la memoria de las gentes el extenso catálogo de los crímenes de la austriaca? exclamó el orador. ¿Acaso, prosiguió, dimana esto de indiferencia respecto de la familia de nuestros antiguos tiranos? Tiempo es ya, ciudadanos, de abandonar esa política de inercia, y de arrancar de una vez y para siempre hasta las últimas raíces de la realeza del suelo de la República: en cuanto á los vástagos de Luis, el conspirador, nada más digo sino que son rehenes de la República, y que habrán de quedar reducidos á lo estrictamente necesario al sostenimiento de dos individuos. Perded cuidado, que no se disiparán los caudales públicos en mantener y vestir seres harto tiempo tenidos por semi-dioses. Pero detras de esos niños se ampara la Capeto, que ha sido la causa de todos los males de la Francia, y cuya participación en cuanto proyecto han tramado los conspiradores contrarrevolucionarios es pública y notoria desde hace mucho tiempo. La justicia nacional extiende á ella sus atribuciones y pide sea llevada tan perniciosa mujer ante el tribunal que juzga á los demas.

(1) *Voix de Sainte Hélene*. O'Meara, t. II, p. 170.

conspiradores; que solo descargando sobre la Austriaca el peso de venganza inexorable, hareis sentir á Francisco, á Jorge, á Carlos y á Guillermo (1) el castigo de los crímenes de sus ministros y de sus ejércitos.» El orador terminó su arenga proponiendo que María Antonieta fuese inmediatamente procesada; que al efecto se la trasladase sin pérdida de tiempo á la Conserjería, y que todos los individuos de la familia de Capeto, excepto aquellos que se hallaban *sub judice* y los dos hijos de Luis, fueran desterrados; aprobándose la proposición en el acto.

Pero ¿quién pronunció este discurso y presentó esta proposición? se preguntará. Barère mismo. Y como es evidente que Barère atribuye su cobarde insolencia y su barbarie feroz á un hombre inocente, á decir verdad, de crimen tan odioso, por más que haya podido cometer otros, fáltanos averiguar si la memoria le fué infiel con tal motivo, ó si mintió de propósito deliberado.

Tenemos el íntimo convencimiento de que mintió de propósito deliberado, por varios motivos; pero, aparte de esto, afirman los editores que su memoria era felicísima, siendo necesario, en rigor, que la tuviera muy mala para no recordar un hecho de tanta magnitud, por más que, habiendo tomado parte activa en una multitud de otros asesinatos, la muchedumbre de sus crímenes fuera ocasionada también á confundir unos con otros, y á olvidar en la hecatombe diaria que así él como sus compañeros enviaban á la muerte cuyas fueran las víctimas de cada cual. Sin embargo, dos son las razones principales que nos obligan á no dar crédito á su olvido de la participación que tuvo en el asesinato

(1) Emperador de Austria y reyes de Inglaterra, España y Prusia.—N. del T.

de María Antonieta: la de que fué una de sus primeras víctimas, y, á mayor abundamiento, la principal, por lo ilustre de su alcurnia. El bandolero más empedernido recuerda siempre su primer crimen, y la viuda de Luis XVI no era una víctima vulgar. Si se tratara de una pobre lavandera guillotina por haber escondido á su hermano acusado de alguna palabra malsonante al club jacobino; si se tratara de alguna venerable religiosa, llevada al cadalso por haber pronunciado al rezar el rosario alguna frase de las calificadas entónces de fanáticas, podría confundirse la memoria de Barère, y fuera tan sin razon exigirle órden y puntualidad en el recuerdo de los desgraciados que hizo morir, como en el de las veces que tomó tabaco rapé durante su vida. Pero es el caso que, áun cuando envió á la guillotina muchos centenares de criaturas humanas, sólo envió una reina á ese lugar, siendo en sí harto importante y memorable para ser olvidado de un abogadillo provinciano que algunos años ántes se habria enorgullecido con una palabra ó una mirada de la hija de los Césares, el hecho de llamarla groseramente *la Austriaca*, de hacerla ir de cárcel en cárcel y de ponerla despues en manos del verdugo. Muy otra cosa es averiguar si luégo hubo de regocijarse ó de sentir rubor por ello; y áun cuando acerca del particular no podríamos, tal vez, ponernos nunca de acuerdo con sus editores, en este punto concreto habrán de convenir que no es posible confusion ni olvido de parte de Barère. El cual, como decimos ántes, ha mentido de propósito deliberado, siendo su falsedad tan cínica y desvergonzada que no recordamos en el curso de nuestras investigaciones históricas otra que le iguale sino es la siguiente tambien suya.

Trata Barère con justa severidad de la sentencia de los Girondinos, y la califica de atroz injusticia cometida contra los legisladores de la República; y deplorando que fueran enviados al cadalso, como conspiradores, representantes ilustres del pueblo, cuando debian volver á sus escaños en la Convencion, exclama que aquel dia lo fué de duelo para la Francia, y que por efecto del suceso quedó mutilada la representacion nacional y mermado el principio de la inviolabilidad parlamentaria. Protesta de su inocencia en tamaño crimen, y añade que ha tenido «la paciencia de recorrer las columnas del *Moniteur* para tomar nota de cuantas denuncias, prisiones y acusaciones se hicieron de diputados, sin que haya visto, como no podia ménos de ser, su nombre unido á ningun acto relacionado con estos sucesos, pues ni denunció ni acusó á ninguno de sus colegas (1).»

Todo esto es falso, y lo cierto y averiguado que Barère dirigió en persona lo dispuesto por la Convencion contra los Girondinos; como que el 28 de Julio de 1793 propuso un decreto para juzgar á nueve de ellos y ejecutar sin prévia formacion de causa á diez y seis más; y que cuando los acusados comparecieron y se temió que su elocuencia produjera efecto en el mismo tribunal revolucionario, Barère apoyó, á 8 de Brumario, una proposicion sin más objeto que autorizar al tribunal á pronunciarse sin oír la defensa. La verdad de cuanto decimos se halla confirmada en todas sus partes por el mismo periódico (2), á cuyo testimonio tiene Barère la inexplicable audacia de acudir en su abono.

(1) *Mémoires de Barere*, t. II, p. 467.

(2) *Moniteur* del 31 de Julio de 1793 y nonidi, primera década de Brumario, año II.

## VII.

Incomprensible parece, pues, lo que ha querido decir M. Hipólito Carnot cuando presenta como auxiliar y complemento precioso de la colección de documentos históricos un libro que contiene semejantes falsedades. Porque cuando un hombre se atreve á mentir respecto de sucesos que han tenido lugar á la vista de centenares de testigos, y cuya relación auténtica y fidedigna se halla impresa en libros conocidos de todos y accesibles á cuantos desean estudiarlos, ¿qué confianza merecerá escribiendo de cosas ignoradas de los demás? Tanto es así, que ningún historiador que aspire á ser creído podrá nunca, en ningún caso, apoyar en la palabra de Barère sus afirmaciones como prueba de cosa ninguna, pues lo único á que son eficaces sus *Memorias* es á poner más en claro todavía la bajaza inconcebible del autor.

Y basta con lo expuesto para demostrar la veracidad del libro de Barère. El cual libro, considerado bajo el punto de vista literario, se halla muy por bajo de la crítica, siendo su contestura tan endeble, vana, ligera y afectada como la de los discursos de su autor en la Convención, aventajándose en insipidez, del propio modo que las enjuagaduras y zurrapas de una botella cuyo primer contenido fuera de mal gusto, saben peor aún.

Comencemos ahora el bosquejo de la vida de Barère, advirtiendo de antemano á nuestros lectores que no haremos naturalmente uso de sus *Memorias* sino con mucha circunspección, cautela y descon-

fianza, excepto cuando sus palabras se hallen confirmadas de otros testimonios dignos de fe.

## VIII.

Nació Beltran Barère en Tarbes (Gascuña) por los años de 1755. Poseía su padre una pequeña heredad en Vieuzac, lugar asentado en el pintoresco valle de Argeles; y Beltran, que gustaba mucho de oírse llamar Barère de Vieuzac, esperaba, merced á la adición nobiliaria hecha en su apellido, poder pasar por caballero con el tiempo. Educáronlo para el foro de Tolosa, ciudad que poseía una de las más célebres audiencias del reino, y en la cual inauguró con éxito su carrera, escribiendo, además, algunos ensayos que remitió á las principales sociedades literarias del Mediodía de Francia. Tolosa parece haber sido de tiempo inmemorial una de las capitales de provincia más abundantes en poetas y críticos medianos, y constituía el principal ornamento de su gloria cierta institución venerable conocida bajo el nombre de Academia de Juegos florales. La cual celebraba todos los años una solemnísimas fiesta, que también lo era para la ciudad, con el objeto de distribuir cierto número de flores de oro y plata á los autores de aquellas odas, idilios y otras cosas denominadas elocuencia, y que al parecer de los jueces lo merecieran; estímulos literarios cuyos resultados eran los que dan generalmente todos los análogos, es decir, el de transformar en eruditos á la violeta y en poetastros á una multitud de hombres que habrían podido ser escribanos, boticarios y hasta médicos de provecho. Año que parece, no tuvo Barère la dicha de obtener

ninguna de aquellas flores tan preciadas; pero una de sus obras fué objeto de mencion honorífica. En Montauban alcanzó mejor suerte, y su Academia le otorgó varios premios, entre los cuales, uno, por el panegírico que hizo de Luis XII y sus alabanzas á la monarquía y á la fidelidad de la nación, y otro, por un elogio del pobre Lefranc de Pompignan, en el cual, como puede suponerse, atacaba rudamente la filosofía del siglo XVIII. De allí á poco descubrió una lápida con tres palabras latinas, y escribió con este motivo una disertacion que le abrió de par en par las puertas de la llamada Academia de ciencias, inscripciones y buenas letras de Tolosa. De allí á poco fué recibido tambien por la Academia de Juegos florales, no pudiendo sin duda el doctorenado prescindir del concurso de su ilustracion para el mejor éxito de su cometido. Treinta y tres años, no más, tenía Barère cuando tomó asiento en aquel cenáculo, leyendo un discurso de entrada que mereció unánimes aplausos. Pero ¿á qué enumerar los triunfos de su ingenio? Baste decir que no le tenemos mala voluntad porque haya empleado en disertar la mejor parte del tiempo de la época ménos vergonzosa de su vida, pues aún cuando, á nuestro parecer, no es ocupacion muy útil, ni elevada, ni propia de hombres en la plenitud de su virilidad la de componer declamaciones para certámenes académicos de provincia, Barère habria hecho bien no consagrándose á otra cosa.

El año 1785 se casó con una jóven muy rica; y si bien carecemos de datos para calcular si tenía, además de esta, otras circunstancias eficaces á labrar la dicha de su marido, dejaremos consignado de paso que en una obrita titulada *Páginas melancólicas*, publicada por él en 1797, dice que su casa-

miento lo fué de conveniencia; que al pié del altar sintió el corazón oprimido de siniestros presentimientos; que al pronunciar el sí, palideció; que surcaron copiosas é involuntarias lágrimas sus mejillas; que su madre participó de sus temores, y que, al cabo, sus presagios se realizaron en todo. «Mi casamiento, concluye, fué uno de los más desdichados que se hayan visto.» Historia tan romántica y sentimental, escrita por embustero tan redomado y notorio como Barère, se nos antoja muy poco digna de crédito, con tanta más razón, cuanto que hallamos en sus *Memorias* algo en contrario, pues califica en ellas á su mujer de encantadora, y dice que, al cabo de seis años de matrimonio, le parecia tan amable y buena como ántes, si bien se lamenta de su exagerado monarquismo y de sus añejas preocupaciones religiosas, cuidando empero de añadir que respetaba demasiado sus virtudes para no mostrarse tolerante con su arraigada supersticion. Nos ocurre, sin embargo, que, al casarse, Barère tambien era católico y realista; que habia ganado un premio académico defendiendo el trono, y otro defendiendo el altar, y que no es posible siquiera, dadas estas circunstancias, suponer que las diferencias religiosas y políticas nublaran el cielo de sus primeros años de matrimonio; siendo lo probable que su virtuosa y buena compañera hiciese durante ellos cuanto le fuera posible por su felicidad doméstica, y que cuando las circunstancias desarrollaron en él la oculta ferocidad de su naturaleza, lo aborreciera, se apartara de su lado y le devolviera sus cartas sin abrirlas. Entónces probablemente forjó la melancólica novela de las tristezas del día de sus bodas.

En 1788 hizo Barère su primer viaje á Paris, y

asistió con este motivo á las revistas, oyó á Laharpe en el Liceo, y á Condorcet en la Academia de Ciencias, admiró los enviados de Tippto-Saib, vió comer á la familia real en Versalles, y comenzó á redactar un diario en el cual iba consignando hechos y reflexiones. El primer tomo de sus *Memorias* contiene algunos fragmentos de sus apuntes de aquella época y son característicos, porque si bien no aparecían todavía los vicios más graves del escritor, la debilidad que los engendró resalta en cada línea, demostrando que su ligereza, su inconstancia y su servilismo eran ya entonces lo que fueron siempre hasta el fin. En efecto, sus opiniones varían con el rápido movimiento de las veletas en días de huracán, y hasta las mismas impresiones que recibe por medio de los sentidos no persisten dos días consecutivos en él: ve á Luis XVI, y su fidelidad y su entusiasmo lo ciegan hasta el punto de hallar hermoso al Rey, diciendo: «Fijé mis ojos con curiosidad en su hermoso semblante, que me pareció franco y noble.» A la segunda vez, ya no le parece lo mismo; todo ha cambiado; los ojos de S. M. carecen por completo de expresión; la sonrisa es vulgar, al punto de semejar la de los idiotas; la traza, innoble; desgarrado el andar, y el aire como de muchacho mal criado. Lo propio le sucede tratando de los asuntos importantes: el lunes, favorable á los Parlamentos, y contrario el martes; por el feudalismo al medio día, y en contra por la noche: un día, la Constitución inglesa lo entusiasma; otro, se conmueve horrorizado sólo de pensar en las luchas por obra de las cuales logró establecerse la ley fundamental de los ingleses, cuya barbarie y ferocidad llevó á morir en cadalso á su rey, y opta por la Constitución bernesca. En el Bearn, exclama, la Constitución es su-

blime; allí, la nobleza y el clero se reúnen á deliberar en una Cámara, y el pueblo en otra, y sino se conciertan, el Rey decide. Pocas semanas después se desata en denuestos contra tan admirable Constitución, porque admitir en la legislatura representantes de la nobleza y del clero vale tanto como abrir sus puertas á los enemigos de la patria.

Agitado por tal modo el ánimo de Barère de tan encontrados pareceres, entró en la vida política sin opiniones, sin ideas, sin criterio propio, y esclavo sumiso de la última palabra que oía, mostrándose realista, demócrata ó aristócrata, sucesivamente, según fueran las corrientes del círculo que frecuentara: salón, café ó plaza pública. Este hombre, pues, al convocarse los Estados generales, volvió á su provincia, lo eligieron por representante del tercer estado, y regresó á París el mes de Mayo de 1789.

## IX.

Había llegado la ocasión de la crisis prevista por todos los hombres pensadores, y producida por el choque de dos corrientes opuestas. Ni tampoco podía ser de otra manera, porque no recordamos otro pueblo en la historia en cuyo seno hayan coexistido juntas y simultáneas, por tan largo espacio como en Francia durante los setenta años que precedieron á la última convocatoria de los tres estados, la libertad intelectual y la servidumbre política. Imperaban entonces con fuerza igual, unos al lado de otros, los antiguos abusos y las nuevas teorías; y como carecía el pueblo de los medios constitucionales de combatir al Gobierno, por malo que fuera, le compensaban la opresión del yugo,

dejándolo entregarse á cuantas especulaciones son imaginables, y negar ó ridiculizar todos los principios en los cuales descansaban las instituciones del Estado. Por eso, así los que atribuyen la caída de las antiguas instituciones francesas á los agravios del pueblo, como los que la suponen obra del estrago producido por las doctrinas de los filósofos, sólo han entrevisto á medias el asunto; que no pocas veces agravios tan grandes, si no mayores, no han logrado dar ocasion á revoluciones, aconteciendo lo propio con doctrinas tan atrevidas, si no más, que aquellas; pareciéndonos, por tanto, tan pueril discutir ahora si la nacion francesa sintió hastio del llamado antiguo régimen á causa de las locuras y de los vicios de los visires y sultanas que la deshonoraban y consumían, ó si fué todo ello la obra de Voltaire y de Rousseau, como averiguar si los molinos de Hounslow se destruyeron con pólvora ó fuego, porque ninguna de las dos causas hubiera bastado á producir el efecto por sí sola. Pero si la tiranía puede subsistir por espacio de siglos allí donde nada se discute, y si los gobiernos populares pueden permitir la libertad de discusion, al combinar una prensa como la de Lóndres con un gobierno como el de San Petersburgo, el resultado inevitable será una explosion espantosa. Esto es lo que aconteció en Francia. El despotismo y la licencia produjeron en sus incestuosas relaciones la terrible y medrosa revolucion en cuya fisonomía se notaban los rasgos característicos de sus padres; y cuando la penosa y lenta gestacion hubo llegado á término, vió la Europa, sobrecogida de miedo y esperanza juntamente, aquel prodigioso alumbramiento, despues de tantas angustias y dolores cruentos.

## X.

Con la turbamulta de legisladores que invadió á Paris procedente de todas las provincias de Francia llegó, pues, Barère, pudiéndosele clasificar entre los notables. Sus opiniones á la sazón eran populares sin ser extremadas, y además gozaba de buen concepto. Considerado físicamente, dicen que su atractivo era mucho, y á juzgar de él por el retrato que insertan sus editores en las *Memorias*, y que lo representa en la edad que tenía cuando apareció en la Convencion, su hermosura era extraordinaria, si bien podia leerse ya en sus facciones la infamia y la bajeza que la mano de Dios estampó en ellas. Expresábase con gracia y facilidad, y sus modales, si no muy distinguidos, lo eran bastante para que no hiciera triste figura en un salon; como que las damas decian á coro que sólo él poseia entre cuantos llegaban de las provincias el aplomo propio de los parisienses de buen trato. Pero si su elocuencia no tuvo en la capital tanto éxito como entre los ingeniosos académicos de Tolosa y de Montauban, pues encontraban muy malo su estilo, y si es licito decir nuestro parecer, añadiremos que siempre lo fué, injusto sería, sin embargo, negar que careciera de condiciones para la prensa y la tribuna. Y si adolecia su oratoria de todos los defectos imaginables de buen gusto, desde la hinchazon á la bufoneria, á la suya no faltaba por eso en ocasiones animacion y fuerza, poseyendo además una cualidad que siempre ha sido eficaz á prestar á los hombres inferiores que la poseen las ventajas de los superiores, siendo capaz de hacer instantáneamente, sin esfuerzo y

con soltura, cuanto se proponia por efecto del equilibrio admirable de sus facultades morales é intelectuales; pues si la naturaleza lo hizo propio para esclavo, las dotes de su ingenio fueron siempre ocasionadas á tornarle en esclavo útil, y si fué incapaz de pensar por sí con un fin determinado, en cambio se hallaba dispuesto admirablemente á recoger y expresar las ideas que le suministraban los demas.

Sin embargo, en la Asamblea nacional no pudo dar á conocer su talento ni sus vicios, y mientras otros lo eclipsaron, él siguió dejándose llevar de la corriente segun su costumbre, limitándose á pronunciar algun que otro discurso y á publicar un periódico titulado *Le Point du Jour*, en el cual veia la luz pública el extracto de las sesiones.

Al principio no se colocó entre los reformistas exaltados, y ni aprobó la nueva division del territorio frances, cambio importantísimo entre los principales hechos por la Revolucion, ni ménos todavia los quebrantos y mermas que tuvo que sufrir su provincia en virtud de aquella novedad. Y como recibiera de sus colegas encargo de redactar un informe sobre la riqueza forestal de Francia, y Luis XVI se interesara tanto por este asunto y cuanto se relacionara con la caza, que habria preferido renunciar al *vesto*, ó á la prerogativa de hacer la paz ó la guerra, mejor que á la montería, fueron á ver á Barère algunos palaciegos de parte de S. M. en embajada extraordinaria para intervenir á favor de los ciervos y faisanes; quedando complacidos de su cortesía y deferencia, pues redactó la Memoria en tales términos, que andando el tiempo mereció ser acusado por ellos de haber pospuesto los intereses del país á las diversiones cortesanas. Con este motivo cometió la necedad y tuvo el mal gusto de

inscribir á la cabeza del informe indicado una divisa de doble sentido, tomada de Virgilio, y que no convenia ciertamente al caso por ningun estilo, diciendo:

Si canimus sylvas. sylvæ sint Consule dignæ.

Pero sabido es que la pedantería literaria fué una de las cosas en que perseveró toda su vida por excepcion de su inconstancia, y que, realista ó girondino, jacobino ó imperialista, siempre brilló por sus fatuidades eruditas.

A medida que se debilitaban los elementos monárquicos, Barère se alejaba de ellos, acercándose á los republicanos; pero no tan rápidamente que la transicion le impidiera entablar, mientras se verificaba, íntimas relaciones con la familia de Orleans; ni ménos encargarse de la célebre Pamela, conocida despues bajo el nombre de lady Edward Fitzgerald; ni ménos aún de recibir, á lo que dicen, por espacio de algunos años una pension de doce mil francos pagada por el huésped del Palais-Royal.

#### XI.

A fines de Setiembre de 1791 acabaron las tareas de la Asamblea nacional, y comenzaron las de la primera y última legislativa.

Habiase resuelto que ningun individuo de la Asamblea Nacional pudiera formar parte de la Legislativa, disposicion absurda y peligrosa por extremo, á la cual se debe atribuir en gran parte las calamidades que á seguida sobrevinieron. ¿Qué pensarían los ingleses, por ejemplo, de un Parlamento que no

contuviera una sola persona procedente de otro Parlamento? Y, sin embargo, puédesse afirmar sin temor de ser desmentido que la cifra de ingleses que no ha tomado parte nunca en los negocios públicos, pero que son aptos, merced á sus conocimientos, prudencia y reflexion, á constituir una Cámara legislativa, es, cuando ménos, cien veces mayor que la de los franceses de 1791. Ni ¿cómo sería posible otra cosa? En Inglaterra, la práctica constante del gobierno representativo por espacio de siglos ha hecho en cierto modo de los hombres de buena educacion hombres políticos, mientras que en Francia, si bien es cierto que constaba probablemente la Asamblea Nacional de los mejores elementos de aquel tiempo, que habia destruido muchos abusos, que algunos de sus individuos eran muy peritos en teorías de gobierno, y que otros demostraron grandísima elocuencia, no lo es ménos que carecia de esa manera de habilidad indispensable á la constitucion, movimiento y conducta de un gobierno; habilidad que da la práctica mejor que la doctrina. Cierto es que los políticos han menester de libros, como los médicos y los navegantes; mas tambien lo es que los verdaderos navegantes se forman en el mar, y los verdaderos médicos á la cabecera de los enfermos, y los hombres de Estado constitucionales en las luchas de los pueblos libres. Prueba esto el que aun cuando los dos años de laborioso aprendizaje de la Asamblea Nacional no hubieran completado su educacion, fueran muy eficaces á ilustrarla en órden al ejercicio de las funciones públicas y á imprimir en cierto modo á sus actos postreros el sello de la experiencia. Ahora bien, cuando la Francia no poseia, exceptuando los individuos de su Asamblea, un número igual de

personas adornadas en modo igual de las condiciones necesarias á dirigir con prudencia los negocios públicos, fué precisamente cuando, extraviados del pueril deseo de mostrar desinterés, dieron de mano á la obra, y abandonando en lo mejor de ella el cumplimiento de los deberes que ya sabian casi á medias, y que los demas ignoraban de todo punto, dejaron francas las puertas de su congreso á otra multitud de novicios que habia de comenzar como ellos por aprender los rudimentos de la ciencia política; verdadero absurdo ya demostrado por el suceso en tiempo que Barère apuntaba sus *Memorias*, y reconocido á nuestro parecer de cuantos se ocupaban en la cosa pública, y motivo que le obligó á tratar del asunto, si bien con su habitual doblez, y de tal suerte que pudiera creérsele contrario á la medida. «No hubo, dice, un solo buen ciudadano que no se doliera del acuerdo funesto de la Asamblea, y que no deseara la continuacion de sus tareas bajo el nombre de primera Asamblea legislativa; mas como no se hizo caso del patriótico anhelo de los amigos ilustrados de la libertad, se consumó al fin el noble, pero aciago suicidio.» Sin embargo, es lo cierto que, léjos de oponerse Barère á tan desastroso pensamiento, fué uno de los que lo apoyaron con mayor empeño, representándolo como cuerdo y magnánimo, y pronunciando, al exponer sus razones en pro, algunas de esas frases tan gustadas de los oradores de su especie, y que producen el efecto de la ipecacuana en los hombres de buen sentido político, pues dijo así: «Los autores de la Constitucion vigente; los que han dotado á la patria de su ley fundamental se hallan fuera del nuevo órden de cosas, producto de su ingenio y su civismo; que no puede hallarse nunca en la

esfera de los poderes creados el poder creador.»

M. Hipólito Carnot ha hecho alto en tan garrafal inexactitud, y la califica de olvido. Sea; pero él conciliará, si puede, su caritativa suposición con la poderosa memoria de Barère, de cuya extraordinaria fidelidad nos habla en otra parte del libro largamente.

Muchos fueron los individuos de la Asamblea Nacional que recibieron indemnizaciones más ó ménos cuantiosas por el sacrificio impuesto, y Barère fué uno de ellos. Porque como se hubiera instituido un tribunal supremo, cuyo asiento debía estar en Paris, con jurisdicción sobre todo el reino, designando los jueces por medio del sufragio los departamentos, Barère fué nombrado por los Altos Pirineos, y tomó posesion en el Palacio de Justicia. Él añade, y sus lectores pueden creerlo si gustan, que á la sazón se trataba de hacerlo ministro de lo Interior, y que para eludir tan grave responsabilidad, pidió licencia para trasladarse á su país natal una temporada. No sabemos el grado de certidumbre que merezca la noticia, siendo suya; pero si es positivo que abandonó á Paris á principios de 1792, y que permaneció algunos meses en el Mediodía de Francia.

## XII.

Poco tardó en ser evidente á todos que la Constitución de 1791 carecía de las condiciones necesarias de vitalidad, y que no prosperaría. Cierto es que no podía esperarse, pensando cuerdamente, que una Constitución nueva en sus principios y en sus detalles pudiera marchar sin tropiezos desde los primeros dias, pues aun cuando el magistrado

supremo hubiera estado en posesion de la confianza del pueblo; aun cuando hubiera ejercido sus funciones con celo, prudencia y lealtad ilimitadas, y aun cuando el cuerpo representativo hubiera reunido todos los hombres de Estado más capaces de la Francia, las dificultades habrían sido insuperables. Pero más todavía lo eran haciéndose como se hacía el ensayo en las peores condiciones: el Rey detestaba la Constitución, y la Cámara legislativa, si contenía hombres de talento y de rectos propósitos, ni uno sólo de ellos poseía la experiencia necesaria. Con todo, si la Francia hubiera podido dirimir sus contiendas y reorganizarse sin la intervención extranjera, tal vez habria sido factible conjurar todas las calamidades que sobrevinieron á seguida. El Rey, que si tenía muchas buenas cualidades, era indolente y sensual, se habria consolado al fin de la pérdida de sus prerogativas con la inmensa dotacion de su casa, sus palacios, sus bosques, sus sopas, sus pasteles de Perigord y su vino de Champagne, y el pueblo, á su vez, habria gozado tranquilamente de las reformas hechas y de las libertades conquistadas por la Asamblea Nacional, á pesar de sus lamentables equivocaciones; no se hubiera dejado arrastrar fácilmente por los demagogos á cometer actos de barbarie, y caso de realizarlos, habrían producido probablemente pronta y enérgica reaccion; más, para conseguir estos fines, se hacía indispensable la paz; que de haber reinado algunos años cierta tranquilidad en el país, la Constitución de 1791 acaso hubiera echado raíces, adquiriendo gradualmente la fuerza que sólo da el tiempo á las instituciones, y durando hasta nuestros dias con aquellas reformas que la experiencia hiciera indispensables. Pero la coalicion europea contra la Revo-

lucion destruyó en su gérmen las esperanzas de tan lisonjeros resultados, siendo por tanto, á nuestro parecer, consecuencia inevitable y necesaria de aquella liga el destronamiento de Luis XVI. Porque no se trataba ya de averiguar si tendría el Rey veto absoluto ó suspensivo, ni de si habría una ó dos Cámaras, ni de si los individuos del Cuerpo representativo serían ó no reelegibles, sino lisa y llanamente de si la Francia pertenecería en lo porvenir á los franceses; y como se hallaban en litigio la independencia nacional y la integridad del territorio, debemos decir con franqueza que aprobamos sin reserva la conducta de los franceses que quisieron hacer entónces como en Inglaterra Blake, y combatir virilmente por la defensa de la patria bajo cualquier forma de gobierno que se diera.

Parécenos evidente que la guerra contra la coalición continental fué por parte de la Francia una guerra defensiva en el principio, y justa por ende, no emprendida por motivos de poco momento, ni contra enemigos despreciables, pues se hallaban empeñados en ella los intereses más caros del pueblo frances, y que aparecían en primera línea dos grandes y belicosas monarquías, una sola de las cuales hubiera bastado para ser en la situación de entónces formidable rival de los franceses. Dicho se está que no podían éstos, dadas las circunstancias en que se hallaban, y sin dar muestra de grandísima imprudencia, confiar la suprema direccion de los negocios á un hombre cuyas simpatías por la causa nacional eran dudosas. Y con nuestras palabras no inferimos agravio ninguno á la memoria de Luis XVI, porque para simpatizar con la Revolucion habría sido necesario que fuera su carácter sobrehumano. Poseyó en su plenitud el ejercicio del poder abso-

luto, no por medio de usurpación, sino por derecho de primogenitura y conforme con las antiguas y venerandas leyes del reino; lo había ejercido con magnanimidad; quería el bien de su pueblo, y trató de otorgarle de su propio movimiento generosas concesiones que ningun otro príncipe ha hecho nunca sino forzado de las circunstancias; sufría el castigo de culpas no suyas; era víctima del orgullo y de la desafortada ambicion de algunos de sus predecesores, y del desórden y del envilecimiento de otros; había sido vencido y prisionero, y llevado en triunfo, y encarcelado con centinelas de vista; pudo escapar, y cayó de nuevo en manos de sus perseguidores, volviendo como galeote desertor á ser cerrado en más duro cautiverio, y en él permanecía, sin que fuera parte á imponer respeto alguno á sus enemigos el rigor de su aciaga suerte, pues no pasaba dia sin recibir nuevos agravios, no sólo por medio de la prensa, sino cara á cara de ruines y bajos escritorzuels y golillas de provincia que lo trataban como á su igual, sentados y cubiertos en presencia suya, estando acostumbrado á ser desde la cuna objeto de adoracion. Y como tenía conciencia de la rectitud de sus intenciones, los ultrajes eran tanto más grandes para él cuanto ménos merecidos; y por eso detestaba la Revolucion, sin duda, y al dirigir la guerra contra los aliados suspiraba secretamente por las águilas tudescas. En modo ninguno lo censuramos por ello; pero, ¿cómo condenar tampoco á los hombres que se habían propuesto defender á todo trance contra la intervencion extranjera la obra de la Asamblea Nacional, y que no querían al Rey á su cabeza durante la lucha que se acercaba? Nada diremos por nuestra parte que sea eficaz á defender ó atenuar la insolencia, la grosería, la

bajeza, la injusticia, la barbarie, la infamia, la cruel ferocidad del trato que despues de su triunfo hicieron sufrir al Rey y á su familia los republicanos, limitándonos á consignar que sólo tenían los franceses una alternativa en aquellos momentos, á saber: despojar á Luis XVI de la corona, ó entregarse á merced del extranjero. Los sucesos del 10 de Agosto fueron la consecuencia inevitable de la liga de Pilnitz, viéndose invadido el palacio del Rey durante aquella memorable jornada, muertos sus guardias, el privado de continuar ejerciendo su oficio, y la Asamblea legislativa en el caso de pedir á la nacion que procediera sin más dilaciones á elegir una Convencion extraordinaria revestida de los poderes ilimitados que hacia indispensables el estado excepcional del país. Y como los individuos de la Asamblea podian formar parte de la Convencion, Barère fué designado al efecto por su distrito natural.

## XIII.

La Convencion se reunió el 21 de Setiembre de 1792, y sus primeras disposiciones se adoptaron por unanimidad, quedando, entre otras, abolida la monarquía por aclamacion. Nadie tuvo nada que oponer á un cambio tan grande y trascendental, ni tampoco nadie adujo razones dignas de este nombre, porque no es posible calificar así apotegmas del tenor siguiente: Los reyes son en el órden moral como los monstruos en el físico; la historia de los reyes es el martirologio de los pueblos. Pero áun cuando aquella discusion fuera sólo digna de una jovatina, el acuerdo adoptado por la Cámara res-

pondió, en nuestro concepto, á buena política. Y al decir esto no pretendemos sostener en modo alguno que sea la república, teóricamente hablando, la mejor forma de gobierno, ni que sea tampoco, en tésis general, la forma de gobierno que conviene más al pueblo frances, porque abrigamos el íntimo convencimiento de que los mejores gobiernos posibles son las monarquías limitadas, y de que la Francia en particular no ha disfrutado nunca de más libertad y bienestar que bajo esta manera de gobierno; lo cual no empece para que aprobemos en todas sus partes el acuerdo de la Convencion aboliendo la monarquía, pues la intervencion de las potencias extranjeras habia producido una crisis de tal naturaleza y tan terrible, que hacia necesario para resolverse medidas excepcionales en toda la extension de la palabra.

La monarquía hereditaria puede ser y es, sin duda, una institucion muy provechosa en naciones como la francesa; mas tambien lo es la arboladura para los barcos, y, sin embargo, cuando la nave corre peligro de naufragar, parece conveniente y hasta necesario abatirla, derribando por tal modo, sin lástima, cuanto forma parte integrante de la construccion para que no sea causa de siniestro, aumentando el peligro; que pasada la tormenta, y con ella el temor, se puede ganar puerto y carenar las averías. Lo propio suele suceder en ciertas circunstancias políticas que reclaman imperiosamente supresiones de mucha cuenta en aquello que contribuye al complemento de su estructura para salvar de ruina lo esencial. En este caso se halló precisamente la Convencion. Todo buen patriota debia de hacer por su parte cuanto fuera necesario á preservar la Francia de sufrir la misma suerte desas-

trada de Polonia. Y como entónces la primera virtud del gobierno consistía en consagrarse completamente á la causa nacional, y Luis XVI carecía de esta circunstancia, irremplazable por el momento con las demas públicas y privadas que pudiera tener, es indudable que si daban de lado al Rey, hacían inevitable la supresion de la realeza. Quimérico habria sido, en el estado de los ánimos entónces, pensar siquiera en hacer lo que hicieron los ingleses en 1688 y lo que hizo en Francia la Cámara de Diputados de 1830, porque la tentativa hubiera fracasado en medio de la rechilla universal, enojando á todos los hombres celosos del bien público, fueran cuales fueren sus opiniones; lo cual era tanto más grave, cuanto que á la sazón todo el mundo tenía celo veheméntísimo. Porque si cuando las facciones políticas sienten el cansancio producido por largas luchas y han recibido las severas lecciones de la única escuela cuyas enseñanzas aprovechan algo á la humanidad, se hallan dispuestas á escuchar los consejos de un mediador, cuando están en la plenitud de su virilidad, faltas de experiencia, prontas y aparejadas á la pelea, rebosando esperanza y ardientes y fogosas y enconadas, sólo se conciertan para echar fuera del camino que quieren recorrer el obstáculo que se interpone y pretende contenerlos en su carrera simultáneamente. Tal era el estado de la Francia en 1792. De una parte, se hallaba el gran nombre de Hugo Capeto, el trigésimotercero rey de la tercera raza, y de otra, el gran nombre de la República; y como no hubiera término medio entre ambos extremos, y fuese necesario seguir el partido de uno ú otro, por lo que á nosotros respecta diremos que aprobamos sin reserva la conducta de quienes, dando de lado á las cuestiones

secundarias, prefirieron la independencía nacional á la sujecion, y el suelo patrio al campo de los emigrados.

## XIV.

Pero si la Convencion se mostró compacta y unida tratándose de abolir la realeza y de la necesidad de impulsar la guerra con energía, un abismo ancho y profundo separaba en dos bandos el Cuerpo representativo.

Figuraban en el uno los hombres políticos designados con el nombre de Girondinos, del departamento á que pertenecían y que representaban algunos de ellos, ó con el de Brissotinos, del apellido de uno de sus jefes más caracterizados. En efecto, como aptitud y actividad y sentido práctico, Gensonné y Brissot eran los más notables; pero Vergniaud aventajaba indudablemente á todos los franceses de su tiempo en elocuencia parlamentaria; como que hay trozos de sus discursos que aún se leen con admiración dolorosa en los pueblos extranjeros al cabo de medio siglo, y que ningun hombre logró elevarse tan rápidamente á tan considerable altura en la oratoria. Su vida pública duró dos años escasos, y esto basta para diferenciarlo de los más famosos tribunos de Inglaterra; porque Fox, Burke, Sheridan, Pitt, Windham y Canning no gozarian hoy de la reputacion de grandes oradores si hubieran muerto dos años despues de su entrada en la Cámara de los Comunes. A su vez, Condorcet aportaba contingente de orden muy diverso al partido girondino, pues la generalidad lo reputaba con justicia por matemático profundo, y también, aunque con

ménos equidad, por consumado maestro en materia de ciencias políticas y morales, viendo en él los filósofos su jefe y el legítimo sucesor y heredero por descendencia intelectual y adopción solemne del soberano difunto, D'Alambert. Demas de estos individuos figuraban en el seno del bando girondino Guadet, Isnard, Barbaroux, Buzot y Louvet, harto conocido á título también de autor de una ingeniosísima y licenciosa novela, y más ventajosamente por cierto á causa de la generosidad de que dió tan alta muestra defendiendo á los desgraciados, y de su intrepidez arrojando las iras de los malhechores poderosos. Dos hombres, cuyo talento no era extraordinario, pero que gozaban de mucho prestigio por su probidad y patriotismo, llamados Roland y Pétion, dieron también á los Girondinos el apoyo de su honrada fama, imprimiendo á las deliberaciones del partido, la esposa del primero, varonil esfuerzo y entereza inquebrantable, temperadas de la gracia y vivacidad femeniles. Ni tampoco la célebre secta carecía del brillo y esplendor de las glorias militares, porque Dumouriez, á la sazón victorioso de los ejércitos extranjeros é ídolo del pueblo, figuraba en las filas de la Gironda.

Es indudable que los Brissotinos cometieron gravísimas faltas; pero cuando se compara imparcialmente su conducta con la de los demás partidos que se agitaron en tiempo de la revolución francesa, impulsándola ó sufriendo de su violencia, fuerza es convenir en su indisputable superioridad sobre todos ellos en todo, excepto en un punto esencial en épocas de grande agitación, y que por su naturaleza es el primero y más necesario: la firmeza. No decimos con esto que los Girondinos amaran tíbiamente la trascendental reforma realizada por la

Asamblea, porque ántes por el contrario eran sus más decididos paladines; y aún cuando la reforma hubiera ido demasiado léjos bajo ciertos aspectos, como quiera que constituía un beneficio inmenso digno del precio enorme y terrible pagado por ella, estaban resueltos á mantener incólume la independencia de la patria contra la dominación extranjera, y á no sufrir el yugo afrentoso y degradante de la conquista. Razon tenían en ambas cosas, y asimismo en creer que si Luis XVI continuaba en el trono les fuera imposible luchar tan vigorosamente como era necesario contra la coalición europea; por cuya causa trabajaron y contribuyeron al establecimiento del gobierno republicano: que, peleando batallas como aquellas, formidables y temerosas, en las cuales se dirime la vida ó la muerte de los pueblos, ni es prudente, ni discreto, ni sensato fiarse á manos de jefes, no ya hostiles, pero ni siquiera vacilantes.

Hasta entónces habían ido los Girondinos con la Revolución; pero hicieron alto en este punto, y, á nuestro parecer, tuvieron razón en detenerse, del propio modo que la tuvieron ántes en avanzar. Para el mejor servicio de una gran causa, y en ocasión de gravísimo riesgo por lo extraordinario de las circunstancias, tomaron parte activa en muchas medidas que, si fueron eficaces á producir inmensa cosecha de bienes, habían sido causa necesaria también de inmensos males por la perturbación que produjeron en el espíritu público, en las esferas del gobierno, despojadas por ellos de tradicionales atribuciones, y hasta en los fundamentos de la propiedad y del derecho, cuyas bases conmovieron. Realizado este programa, creyeron cumplir su deber consolidando lo que habían estimado necesario

quebrantar en bien de la patria; porque si amaban la libertad, la querian juntamente con el orden, la justicia, la misericordia y la civilizacion; y si eran republicanos, anhelaban revestir su república de cuanto habia embellecido la derrocada monarquía, esperando que los sentimientos humanitarios, la cortesía y el buen gusto, que tanto influyeron otro tiempo y tanto suavizaron los rigores de la esclavitud en Francia, podrian ser á la sazón los principales ornamentos de la libertad. De aquí que vieran con horror los crímenes cometidos en nombre de la razón y de la filantropía, y que superaban en número ciertamente y en barbarie á los perpetrados en Europa el siglo xvi por las facciones religiosas; que pidieran con airada elocuencia memorable castigo para los autores de la infame carnicería hecha en las prisiones de París algunos días ántes de reunirse la Convencion, y que oyeran con tan altivo desprecio las disculpas alegadas en descargo del crimen; pues si reconocieron sin ambages la gravedad de las circunstancias, sostuvieron que nada podría nunca justificar la violacion de los principios de la moral, en los cuales se apoya y descansa la sociedad. «Ciertamente, decian, es necesario defender la honra y la independencia de la patria; pero con la espada del caballero, no con el puñal del asesino.»

## XV.

Enfrente de los Girondinos habia un partido que, despues de ser objeto durante mucho tiempo del odio y mala voluntad del mundo civilizado, tiene ahora (tanta es la movilidad de las opiniones), no sólo apologistas, sino panegiristas fervorosos. De

grado reconocemos que militaban en las huestes de la Montaña hombres de buena fe y celosos defensores del bien público; pero los más principales de ellos, Carnot y Cambon, por ejemplo, que asimismo eran los mejores, á trueque de realizar grandes fines ponian mano en todos los medios sin escrúpulo alguno, y en pos de ambos entusiastas venía una multitud abigarrada, compuesta de aquellos á quienes sus ambiciones bastardas, sus vicios depravados y su crueldad feroz, hacia desear la licencia más desafortada para saciar la brutalidad de sus apetitos.

Cuando se reunió la Convencion, la mayoría estaba con los Girondinos, y Barère con la mayoría; pero al tener lugar el proceso de Luis XVI, se apartó de las huestes en que hasta entónces habia militado generalmente, y votó con la Montaña y habló contra el acusado en términos de tanta violencia, que apenas pudieron igualarla varios de sus colegas.

La conducta de los jefes del bando girondino en aquella ocasion no fué honrosa para ellos, pues aun cuando seria injusto acusarlos de crueldad, es imposible no formular contra ellos dos cargos muy graves, á saber: la irresolucion y la doblez más criminales. No estaban sedientos de la sangre de Luis; al contrario, anhelaban proteger su vida y salvarla; pero de ir directamente al fin propuesto, temian hacerse sospechosos de falta de sinceridad en su adhesion á las instituciones republicanas; y como querian evitar la muerte del Rey y pasar al propio tiempo plaza de regicidas, adoptaron una línea de conducta oblicua que, á su parecer, los llevara seguramente á conseguir su doble fin. Empezaron por declarar culpado al Rey, pidiendo luégo que se ape-

lara del fallo á la nacion. Vencidos en la tentativa de salvarlo, votaron contra su voluntad, avergonzados y con mal comprimida repugnancia, la pena capital: hecho esto, intentaron un esfuerzo supremo en favor del Monarca y pidieron el sobreseimiento; conducta vacilante y torpe cuyos resultados fueron los que hubiera podido prever cualquiera hombre un tanto versado en los negocios, pues en lugar de ver realizadas sus esperanzas, fracasaron en ellas, dando motivo á la Montaña para que los acusara con razon de haber intentado salvar al Rey por medios encubiertos y no nada francos, y ocasion á sus propias conciencias para que los acusaran con igual justicia de haberse manchado las manos en la sangre del más inofensivo y desdichado de los hombres.

Siempre ha sido la linea recta la más corta, la más honrada y la más segura, y los Girondinos no la siguieron. Profesaban el principio de que habia pasado la era de las violencias revolucionarias y llegádose al momento histórico de inaugurar el reinado del órden y de la ley. Sin embargo, los procedimientos entablados contra el Monarca eran por su esencia revolucionarios y en abierta oposicion á la ley, siendo el único pretexto que pudiera invocarse en abono del método la magnitud del peligro público, el cual interrumpia y trastornaba todas las reglas ordinarias y corrientes de la jurisprudencia y de la moral; expediente á que apeló la Montaña para defender las matanzas de Setiembre, y que los Girondinos rechazaron. Pero, votando la muerte del Rey, cedieron á la Montaña en la más grave de las cuestiones que separaba los dos bandos. De hacerlo en contra, no sólo habrian dado muestra señalada de viril entereza, sino dejado á los regi-

cidas en minoría, pareciendo lo más probable que hubiera ocurrido entónces un conflicto, cuya solucion habria sido dejar el laurel de la victoria en las manos del más fuerte; y ¿quién sabe si no hubiesen sido ellos los héroes de la jornada y suyo el triunfo! Sucumbiendo en la demanda, que es cuanto hubiera podido sucederles de más aciago, salvaban la honra, y de todos modos bien puede afirmarse que la rectitud y el valor no habrian sido tan funestos á los Girondinos como la irresolucion y las estratagemas.

## XVI.

Ya dijimos que Barère votó con la Montaña en aquel trance, y contra la apelacion al pueblo y el sobreseimiento, siendo entónces su lenguaje y su conducta de todo punto diferentes al lenguaje y conducta de los Girondinos. Porque en tanto éstos parecian tristes y ensimismados, y su actitud y sus palabras eran las propias de hombres á quienes abrumaba el dolor y la pesadumbre, y que Vergniaud, á quien tocó en suerte la penosa tarea de anunciar á la Cámara el resultado de la votacion condenando á Luis, lo hizo con el semblante demudado, trémulo de emocion y voz entrecortada é inteligible, Barère, que no habia llegado aún á la perfeccion en el arte de mezclar agudezas y frases pretenciosas á palabras de muerte, pero que ya prometia mucho en esta rama sublime, vamos á decir, de la elocuencia jacobina, dió punto á su discurso con la siguiente frase, digna de su corazon y de su cabeza: «El árbol de la libertad florece, como

dijo un autor de la antigüedad, cuando se riegan sus raíces con sangre de tiranos.»

M. Hipólito Carnot cita el pasaje trascrito, creyendo hacer sin duda un servicio á su héroe; pero es muy de sentir que no haya puesto por bajo de la página una nota expresiva del nombre del autor antiguo citado por Barère. Nosotros se lo habríamos agradecido mucho, porque, lo confesamos con rubor, pero sinceramente, no hemos hallado nunca en el curso de nuestras lecturas clásicas, griegas ó latinas, ni árboles de libertad, ni aparatos de irrigacion cargados de sangre; ni, tanta es nuestra ignorancia de lo antiguo, podemos persuadirnos de que ningun autor griego ni romano haya empleado jamás semejante imágen; pareciéndonos que, así en la ocasion que nos ocupa como en todas las demas, siempre que Barère hablaba de autores antiguos, menta lo mismo que cuando relataba cualquier suceso contemporáneo grande ó pequeño, y que faltó entónces á la verdad por no perder la costumbre.

Bueno será consignar de paso que, sin una circunstancia especialísima, Barère habria votado en aquel caso, como la mayor parte de los que votaban con él, por la apelacion al pueblo y el sobreseimiento; pero es el caso que hubo de averiguarse y hacerse público poco tiempo ántes de abrirse la causa, por medio de unos papeles descubiertos, que mientras perteneció los meses pasados á la Asamblea Nacional, tuvo relaciones con la corte á propósito de los dictámenes sobre bosques y cotos, de que ya hicimos mencion anteriormente. La Convencion lo declaró exento de culpa; mas, como los republicanos fogosos lo reputaran por instrumento del monarca derrocado, y lo acusaran de sospechoso cuando ménos en el periódico de Marat y en el club de los Ja-

cobinos, era natural que siendo, cual fué toda su vida, cobarde y malvado, al verse por su mal en circunstancias de peligro, intentara rehabilitarse, ó acaso borrar el recuerdo de la pasada historia, descollando entre los demas regicidas por la ferocidad de sus palabras. Barère habia sido realista, y á causa de esto, una vez derribada la monarquía, debía ser de los primeros en herir á la víctima.

## XVII.

La conducta de los jefes girondinos con el Rey les causó inmenso daño á los ojos de amigos y adversarios. Continuaron, sin embargo, luchando contra la Montaña; pidieron con grandes clamores el castigo de los asesinos de Setiembre, y protestaron contra las doctrinas anárquicas y sanguinarias de Marat; pareciendo durante algun tiempo que acabarian por vencer en la lucha empeñada, pues como publicistas y oradores no tenian rivales en la Convencion, y la mayoría de los diputados y del pueblo estaba con ellos. Pero si bien parece que debía de bastar esto para darles la victoria, poseia el bando contrario ventajas de índole diferente más ocasionadas al triunfo que no las suyas, porque si los jefes de la Montaña carecian de ilustracion y de oratoria parlamentaria, su audacia, su actividad y su resolucion eran incomparables, y si la Convencion y la Francia los aborrecian, el populacho, los clubs y el municipio de Paris estaban en todo á favor suyo.

Pretendian los Jacobinos someter la Francia al yugo de una aristocracia infinitamente peor que la emigrada con el conde de Artois, y producida, no

por la riqueza, ni el nacimiento, ni la educación, sino por la residencia local; clase que no quería oír hablar de otras privilegiadas, pero que pretendía tener una ciudad privilegiada; que no podía tolerar que cien mil eclesiásticos y nobles gobernaran á veinticinco millones de franceses, pero que hallaba natural y sencillo que veinticinco millones de franceses quedaran sujetos al gobierno de cien mil parisienses. Para formar parte de la nueva oligarquía, bastaba vivir cerca de la sala donde se reunía la Convención, poder entrar en las tribunas diariamente las horas de discusión, ó llamar de vez en cuando á las puertas del edificio con los regatones de las pieas en ademán hostil; como que á la Montaña se antojaba la realidad de sus ideales políticos el que dos docenas de carreteros de la cervecería de Santerre, y otros tantos insensatos de la imprenta de Hébert pudieran imponer silencio á los diputados de Marsella, Lyon y Burdeos, y le convenía que un centenar de mozos de cordel del arrabal de San Antonio pudieran anular los decretos votados por los representantes de cincuenta ó sesenta departamentos. Y siendo preciso hallar pretexto á tan odiosa y absurda tiranía, pronto lo encontraron en la resonancia de las palabras *Unidad é Indivisibilidad*, que á guisa de gritos de guerra interpolaron en la divisa que decía *Libertad é Igualdad*, y en la invención de un nuevo crimen que denominaron *Federalismo*. Cuando hubieron hecho la propaganda de sus descubrimientos, dijeron que los Girondinos querían dividir la nación en varios Estados independientes, unidos entre sí por una liga, cual la que traba unos con otros los cantones suizos ó los Estados-Unidos de América; añadiendo que, como la influencia de París era el gran obstáculo á tan per-

niciosos designios, todos los patriotas debían contribuir á robustecer y vigorizar la fuerza de París.

El cargo formulado contra los jefes del partido girondino era falso, pues si bien deseaban impedir que la capital dominara la república, y que hubieran visto gozosos trasladarse la Convención á una provincia, ó ponerse bajo la custodia de guardia segura que la preservara de las invasiones y atropellos del populacho parisiense, nunca hubo el menor motivo de acusarlos de ningún proyecto contrario á la unidad nacional. Esto en cuanto á los Girondinos; que Barère por su parte fué federalista, y acaso el único de la Convención, pudiendo afirmarse que si en algo demostró perseverancia en medio de sus perennes veleidades pareció ser en orden al gobierno federal. Nosotros nos explicamos la predilección de Barère por el federalismo, teniendo en cuenta que había nacido en los Pirineos, que era el mayor gascon de todos, que formaba parte de un pueblo diferente del frances del Sena en carácter moral é intelectual, en modales, lenguaje, acento y tipo, y además, en que tenía muchas particularidades propias de su raza. Cuando abandonó por primera vez su pueblo frisaba en los treinta y cuatro años, y era ya una celebridad local en punto á talentos oratorios y literarios: llegó á París, y todo fué nuevo para él, tanto, que se creyó desterrado en la capital de su patria, y dicho se está que también contribuyó á este descontento una serie de humillaciones de amor propio que hubo de recibir de la crítica severa de París, como tantos otros eruditos que llegan á los grandes centros de ilustración y de saber desvanecidos con los aplausos y plácemes de las provincias. Volvió luego á las montañas natales, y todos sus convecinos lo admiraron, aumentando

esto su amor al lugar en que nació y pasó la mayor parte de su vida, y su mala voluntad á Paris; siendo tan duraderos en él estos encontrados movimientos como podian serlo. Barère sostuvo, pues, por largo tiempo, no sólo que la superioridad de gusto é inteligencia supuesta por todos en los habitantes de Paris era imaginaria, sino que su influencia era nociva, y que la nacion no tendria buen gobierno mientras alsacianos, bretones, bearsneses y provenzales no vivieran independientes y libres en la sujecion de leyes acomodadas á sus gustos y costumbres. Proponíase, además, unir estas comunidades con vínculos análogos á los que sujetan los adustos puritanos del Connecticut á los licenciosos propietarios de esclavos del Sur; y como no queria conceder á Paris ni siquiera el rango que Washington ocupa en los Estados-Unidos de América, preferia resueltamente que no tuviese lugar fijo de reunion el Congreso federal frances, que celebraria por ende sus sesiones una legislatura en Ruan, por ejemplo, otra en Burdeos, otra en su inolvidable Tolosa.

## XVIII.

Bajo estas influencias de federalismo fué Girondino, si no ultra-girondino, hasta fines de Mayo de 1793. Y declamando contra los hombres impuros y sedientos de sangre que pretendian convertir el peligro público en pretexto de crueldades y robos, decia: «Como nunca la magnitud del peligro justifica el crimen, cuanto más empeñados nos veamos en la revolucion, más obligacion tendremos de arrojar en medio de la tormenta política las únicas anclas

que pueden ser eficaces á salvar la nave del Estado, esto es, el ancla de la propiedad y el ancla de la moral pública.» Entónces, tambien, cuando hablaba de Marat, lo hacia con aversion y menosprecio, y si de las autoridades municipales de Paris, con justa severidad, lamentándose al propio tiempo sin rebozo de que ciertos franceses tributaran á la Montaña homenajes y acatamientos que sólo eran debidos á la Convencion. Abundando en estas ideas, cuando propusieron por primera vez la creacion del tribunal revolucionario, se unió á Vergniaud y á Buzot, que se oponian enérgicamente á tan odiosa medida. «No es posible, dijo Barère, que hombres verdaderamente adictos á la libertad imiten los vergonzosos excesos del despotismo!» Y á seguida demostró á la Convencion, con textos de Salustio, segun su costumbre, que los tribunales arbitrarios de la índole del que se trataba de establecer, no sólo no perseveraban en la severidad contra los delincuentes, sino que degeneraban en instrumentos de las pasiones personales. Al intentar el 10 de Marzo la escoria de Paris el primer golpe contra los Girondinos para destruirlos, aunque inútilmente, Barère pidió que se adoptaran, sin pérdida de tiempo, medidas enérgicas, eficaces á reprimir y castigar tales excesos; y como el 2 de Abril hicieran otra tentativa los Jacobinos para usurpar el poder supremo, al saberlo la Convencion, habló de nuevo Barère más calurosamente aún contra la brutal tiranía que asolaba la Francia, manifestando que jamás consentirian los departamentos el despotismo de una ciudad ambiciosa; llegando á formular una proposicion en la cual pedia que la Cámara empleara contra los demagogos de la capital la misma energia que desplegó contra Capeto, el tirano. Privadamente habla-

ha entónces Barère el mismo lenguaje contra la Montaña.

El fingido celo que desplegaba por la causa de la humanidad y del orden nuestro convencional, recibió al fin merecida recompensa. Los primeros dias de Abril llegó la noticia de la desercion de Dumouriez; golpe terrible para los Girondinos, por ser quien los abandonaba su caudillo ilustre, cuyas victorias enorgullecieron con justo titulo al partido, y á cuya espada fiaban la defensa de los diputados de la nacion contra las picas de las turbas de Paris el dia del peligro. Y como la desercion y el voluntario destierro de Dumouriez creaba una situacion violenta, y sus mayores partidarios tenian que convenir necesariamente con sus enemigos más encarnizados en el punto de aborrecer su traicion insigne, fácil fué concertar las voluntades de todos en tan temerosa circunstancia y convenir en el nombramiento de una Junta de Salud pública, investida de poderes que, con ser grandes y formidables, áun eran limitados y escasos en comparacion de los que se atribuyó andando el tiempo. El partido moderado, que suponía en Barère sus mismas opiniones, lo eligió para la Junta, siéndola por extremo útil, no á causa de su ciencia y de su talento, sino de su pluma y de su lengua, que nunca tenian vagar por falta de palabras, con tal de que otros lo proveyeran de ideas, pues su ingenio sólo servía de medio de comunicacion entre los demas, siéndole imposible crear ni retener la menor cosa. Pero áun cuando el cargo que desempeñó por designacion de sus colegas no fué de importancia, como tuvo ciertas apariencias, atrajo las miradas de todos, por ser él quien cada vez que habian menester de tomar acuerdos de trascendencia ó de dar cuenta de su-

cesos graves, lo hacia en nombre de los demas; apareciendo por tanto ante aquellas personas que vivian alejadas de la máquina gubernamental, y más aún de los extranjeros que sólo conocian la Francia merced á la prensa periódica, cual jefe de la administracion cuyo secretario ó abogado era sólo en realidad. El autor de la *Historia de Europa*, en su *Annual Register*, ha incurrido en esta equivocacion.

## XIX.

La lucha entre los partidos hostiles iba exacerbándose de dia en dia y la hora de la crisis acercándose, y haciéndose más y más exigente y brutal por momentos el populacho de Paris. Una comision designada por treinta y cinco de los cuarenta y ocho individuos del Cabildo municipal, se presentó en la barra de la Convencion para pedir que fueran expulsados de su seno Vergniaud, Brissot, Guadet, Gensonné, Barbaroux, Buzot, Pétion, Louvet y muchos otros diputados; solicitud desestimada por las tres cuartas partes á lo ménos de la Cámara, y que al ser conocida produjo un clamor general de indignacion en los departamentos. Burdeos manifestó que ampararia en todo y por todo á sus representantes, y que no vacilaria un punto en sacar la espada para protegerlos de la tirania de Paris, haciendo lo propio Marsella y Lyon. Con estas demostraciones de la opinion pública cobraron brío los convencionales, que dieron un voto de gracias al pueblo bordelés por su actitud patriótica, y nombraron una comision de doce individuos de su seno encargada

de investigar la conducta del ayuntamiento parisiense; la cual comision recibió plenos poderes para prender á cuantos hubieran tomado parte más ó ménos directa en maquinaciones contra la Cámara; medida que se acordó á propuesta de Barère.

Trascurrieron algunos dias agitados, tempestuosos y llenos de ansiedad, estallando al cabo furiosa la tormenta, el 31 de Mayo, con la sublevacion del populacho de Paris, que puso sitio al palacio de las Tullerías. Despues de haber recurrido á todos los medios de intimidacion posibles aunque inútilmente, cedió á la fuerza la mayoría de los diputados, y la Montaña hizo votar entónces un decreto disponiendo la suspension y el arresto de los individuos acusados por el Cabildo municipal.

Durante aquel conflicto estuvo Barère fluctuando entre las dos opuestas y enconadas facciones, porque si sus débiles y vacilantes principios lo inclinaban á favor de los Girondinos, la entereza y la resolucion de los Montañeses le ponian miedo. Por esa causa tambien, hablaba unas veces en lenguaje penetrado de firmeza y dignidad, lamentándose de que la Convencion no fuera libre y protestando contra la validez de los votos emitidos bajo la presion del populacho, y otras, proponia calmar á los parisienses aboliendo la comision de los doce, creada por indicacion suya pocos dias ántes, y prorumpia en las mayores alabanzas de los insurrectos. Sin embargo, fuerza es añadir para ser justos que no sin dar muestras de avergonzarse y casi corrido leyó el papel á que hacemos referencia en la tribuna donde tantas veces habia expresado las ideas contrarias, no faltando quien diga que vió en su rostro señales pasajeras, pero ciertas y claras, de rubor. Ni lo dudamos, ni nos sorprende tampoco

que así fuera, puesto que á la sazón hacia el noviciado de la infamia.

Pocos dias despues, propuso que se dieran rehenes á los departamentos cuyos representantes habian sido acusados, en prenda de su seguridad personal, y se ofreció á ser uno de ellos. Tampoco dudamos de la sinceridad de su palabra en este caso, entre otras razones, por parecernos que se creeria más seguro en Burdeos ó Marsella que no en Paris. Mas la proposicion no prosperó, y Barère quedó por lo tanto en manos de los Montañeses victoriosos.

## XX.

Aquella fué la ocasion más crítica de la vida de Barère. Hasta entónces no habia hecho nada que fuera irreparable, ni que lo diese á conocer entre las gentes por el peor de los convencionales, y como en sus discursos pareció siempre inclinarse á favor de la moderacion, si luégo hubiera tomado resueltamente partido por los Girondinos, sufriendo con ellos y como ellos el rigor de las desdichas, habria ocupado en la historia el honroso lugar que les corresponde. Más aún: si á ejemplo de la gran mayoría de diputados que tenian buenas y rectas intenciones, pero que no sentian vocacion para el martirio, hubiera doblado en silencio la cerviz bajo el yugo de la minoría triunfante, y dejado pasar sin oposicion todas las proposiciones de Robespierre y de Billaud, no se habria expuesto á especial y ejemplarísima ignominia. Posible será tambien que tan ancha y frecuentada vía no estuviera franca para él, pues se habia hecho muy de notar entre los adversarios de la Montaña para merecer su gracia sin

ofrecer la reparacion en la medida del agravio; y como para esto y ser perdonado de los nuevos amos no podia continuar siendo únicamente pasivo y silencioso esclavo, hizo pacto con ellos. No se supo con exactitud el pormenor de las negociaciones y tratos particulares y sólo el resultado fué conocido de allí á poco, porque al renovarse la Junta de Salud pública, y ser reemplazados por los hombres más feroces de la faccion dominante, como Couthon y Saint-Just, por ejemplo, los individuos de ideas más templadas que lo formaban, Barère continuó en su puesto.

Esta manera de indulgencia excitó la murmuracion de algunos patriotas exaltados, y haciéndose Marat eco de todos ellos, en las últimas frases que brotaron de su pluma, y que no vieron la luz pública hasta despues que el puñal de Carlota Corday hubo vengado á la Francia y á la humanidad matando al monstruo, se lamentó de que un hombre sin principios, que siempre habia militado en las filas del más fuerte, que habia sido realista y que se hallaba dispuesto á volver á serlo si la fortuna mudaba, conservara en la administracion un empleo tan importante (1). Pero los jefes de la Montaña tuvieron más discernimiento: sabian, como Marat, que Barère carecia de fe y de firmeza; que si alguna tendencia política tenia, no era ciertamente la de ir con ellos; que sentia por los Girondinos esa predileccion débil y vacilante y única de que fuera susceptible su naturaleza, y que si hubiera podido escoger con libertad habria preferido la muerte de Robespierre y de Danton á la de Vergniaud y Gensonné; pero tam-

(1) Véase el *Publiciste* del 14 de Julio de 1793. Marat fué asesinado el 13 por la tarde.

bien apreciaban con exactitud su ligereza, que así lo hacia igualmente incapaz de amor como de odio profundo, y su bajeza, que no le dejaba vivir sin amo; porque, á decir verdad, lo que refieren los hacendados de la Carolina y de la Luisiana en orden á los negros de nariz chata y pelo crespo, es precisamente lo que sucedia con Barère, sobre quien parecia pesar en toda su plenitud la maldicion de Canaan, siendo esclavo por instinto, sin darse cuenta de ello; y así, la fuerza que le hacia dejar un partido en desgracia para llevarlo á otro triunfante y venturoso, era tan irresistible como la que mueve á la golondrina y al cuclillo hácia el sol cuando se acercan los meses de invierno. «Conoceis los monos? decia un lord escocés muy astuto á quien pedian parecer acerca de Jacobo I. Si lo tengo por el cuello, puedo hacer de modo que os muerda; si lo teneis vos, podreis hacer que me muerda.» Tal era Barère, el cual, en manos de los Girondinos habria secundado con todas sus fuerzas la proscriccion de los Jacobinos, y en manos de éstos habria hecho lo propio con los Girondinos. Ciertamente no podian los jefes de la Montaña contar con la fidelidad de hombre semejante; pero estimaban su conquista como el acomodaticio é indelicado amante de la cancion de Congrève la de una prostituta. Era Barère, á la manera de Clóe, falso y ligero; pero como su constancia duraba tambien cual la de Clóe, lo que la posesion de su persona, y nada más necesitaban los Montañeses ni le pedian, le confiaron un cargo para cuyo ejercicio reunia cuantas circunstancias eran apetecibles. En efecto, no tenía ninguna de las condiciones que constituyen el hombre de Estado capaz de pensar y de proceder en consecuencia de sus especulaciones; pero redactaba con extraordinaria faci-

lidad despachos, preámbulos y memorias, y hacía del propio modo un discurso parlamentario sobre cualquier asunto y en cualquier sentido: lo esencial era proveerlo de ideas y de datos; que las palabras él las pondría. No más necesitaban sus amos por el momento, y, poseyéndolo, estaban seguros de no hallarse nunca menesterosos de frases. Por otra parte, había tenido la fortuna de no excitar con exceso la enemiga de aquellos á quienes combatió hasta entónces, los cuales no debían tampoco sentir más odio contra él que contra los caballos de las baterías del duque de Brunswick y del príncipe de Sajonia, que si cediendo á sus instintos y sumisos á la voluntad de los guías arrastraron cañones enemigos, bien podían, al caer en poder de los franceses, hacer lo propio con artillería de la república y llevarla á la batalla contra sus antiguos dueños; siendo, por tanto, lo más cuerdo no escasearles pienso y cuidados. Así era necesario conducirse con Barère, cuya baja naturaleza no podía razonablemente merecer siquiera la mala voluntad á que se hacen acreedores los racionales. Mas, si no fué verdadero enemigo, ni pudo ser, por tanto, amigo verdadero, fué causa de dificultades, y podía tornarse máquina útil.

Sin embargo, áun cuando los jefes de la Montaña hubieran perdonado á Barère y consentidole asociarse á sus tareas, no lo hicieron sin recabar previamente prendas suyas que fueran tales á no consentirle, por traidor é inconstante que fuera, volver á encontrar puesto en el partido que desertaba; y en verdad que fué terrible la prueba del sacramento á que lo sujetaron para recibirlo de nuevo en su comunión, pues no exigieron nada ménos de él sino que representara el papel más activo en el asesinato

de sus antiguos amigos. Negarse á ello, hubiera valido tanto como arriesgar la vida; y áun cuando esta nada vale, si es agonía prolongada de remordimientos y vergüenza, fuera pueril hablar de tales cosas tratándose de Barère. El cual aceptó el cometido, subió á la tribuna y dijo á la Convencion sin vacilar un punto que habia llegado la hora de hacer inexorable justicia, sin miramientos ni contemplaciones, en todos los conspiradores, fueran cuáles fueran y cuantos fueran: hecho esto, propuso que Buzot, Barbaroux, Pétion y trece diputados más quedaran excluidos de las formalidades del proceso, es decir, que recibieran la muerte sin prévia sustanciacion de causa, y que Vergniaud, Guadet, Gensonné y seis otros compañeros se sometieran á ella. Esta inieua proposicion quedó admitida sin dificultad ninguna.

Ya dijimos en párrafos anteriores con cuanto cinismo niega Barère en sus *Memorias* la parte que tomó en el asesinato de los Girondinos, único detalle que faltaba en verdad á su infamia, para que hiciera digna pareja con el más vergonzoso de los crímenes la más impúdica de las mentiras.

Así y todo, no bastó esto para obtener el perdón de las pasadas culpas; porque, como contuviera el partido jacobino una multitud de hombres que, áun en sus filas, se hicieran notar por la magnitud de sus vicios groseros é infames; de hombres tan feroces, bárbaros y envilecidos, que Robespierre, comparado con ellos, parecia magnánimo y misericordioso; y acaso fuera Hebert el representante más digno de aquellos miserables, por ser su distraccion favorita el atormentar y cubrir de insultos á los desdichados restos de la ilustre y gran familia que despues de haber regido los destinos de la Francia por espacio de ochocientos años, era objeto

de lástima y conmiseración aun para los más humildes trabajadores, y la influencia de éste y de otros hombres de su jaez obligase á la Junta de Salud pública á decidir la muerte de María Antonieta, Barère tuvo necesidad de volver á cumplir las funciones del ministerio que se le habia impuesto. Cuatro días, no más, habian trascurrido desde que propuso los decretos contra los diputados girondinos, cuando subió de nuevo á la tribuna para pedir que la Reina compareciese ante el tribunal revolucionario. Como se ve, hacia rápidos progresos en compañía de sus nuevos aliados; porque si cuando pidió la cabeza de Vergniaud y de Pétion habló á la manera de quien tenia conciencia de su crimen y su bajeza, brevemente, aunque sin gran esfuerzo, y dejó á Saint Just que discurriera en orden á la culpabilidad de sus antiguos amigos, se mostró de muy otro modo al desempeñar por segunda vez el papel de acusador, pues entónces clamó por sangre con avidez que mostraba sed devoradora, y extremó sus injurias contra *la Austriaca*, llegando á los límites de la violencia propia de un cobarde que, al cabo de mucho esperar, puede cubrir de cieno aquello que ha temido y ha deseado servir con oficiosidad lacayuna. Ya hemos dicho ántes tambien con cuánta impudencia pretende arrojar Barère en sus *Memoorias* la vergüenza de su odiosa culpa sobre otros que se hallan inocentes del martirio de la Reina, y por tanto, nada más diremos acerca de este punto.

## XXI.

El día mismo que la Reina sufrió la pena capital, Barère celebró el suceso convidando á comer en

una taberna de Paris á Robespierre y á otros jacobinos. Los que conocian el carácter de Robespierre y sabian cuán duraderas y enconadas eran sus enemistades, no pudieron ménos de quedar sorprendidos al verlo admitir el obsequio, y Saint-Just exclamó: «Robespierre aquí! Barère es el único á quien ha perdonado en toda su vida.» Uno de los comensales de tan extraño festin dice, dando cuenta de él, que Robespierre calificó en términos muy duros la insensata brutalidad demostrada por Hébert en el procedimiento contra *la Austriaca*, expresándose con tanto calor y accionando de tal modo, que rompió su plato de un golpe, y añade que Barère no se quedó corto en las respuestas, pues le contestó entre otras cosas que la guillotina en aquella circunstancia habia cortado de un tajo un nudo diplomático muy difícil, si no imposible de soltar. En los intermedios, del guiso de zorzales á la perdiz trufada, y del vino de Beaune al de Champagne, predicó el anfitrión fervorosamente su nueva fe política, y dejándose llevar de un arranque de elocuencia propio de las circunstancias, pronunció las siguientes palabras: «La nave de la revolucion no podrá ganar puerto seguro sino echando el ancla en un mar de sangre. Fuerza es comenzar á derramarla en abundancia, empezando por los individuos de la Asamblea Nacional y de la Legislativa. Desembaracemos, pues, el camino de la libertad de los abrojos y malezas que lo entorpecen, y pongámoslo llano y expedito.»

Barère hablaba en la Convencion como en la taberna, desde que hubo descubierto el modo especial de su elocuencia. La cual, si no carecia de cierto carácter y animación, en otro siglo y otro país que no la Francia revolucionaria se habria re-

## XXII.

Al cabo llegó el día de verse la causa de los Girondinos, que se hallaban encarcelados en París, esperando con ansias vivas ese momento, llenos de confianza en su inocencia y en el influjo de su palabra, y persuadidos de que por crueles y sanguinarios que fueran sus jueces sentirían rubor de condenarlos públicamente á muerte. Aun en ese caso alentaban la esperanza de poder escaparse. Y como el tribunal revolucionario acababa de inaugurar sus tareas, y no se había ejecutado todavía á ningún individuo de la Convencion, era probable que ni los más furiosos Jacobinos quisieran echar sobre sí la mancha de ser los primeros en violar la pretensa inmunidad que se suponía patrimonio de los representantes del pueblo.

La vista duró algunos días: Gensonné y Brissot se defendieron con mucho talento y presencia de ánimo de los cargos supuestos por sus viles acusadores, que no eran otros sino Hébert y Chaumette. Dejóse oír por última vez la elocuente voz de Vergniaud, el cual abogó por sus amigos y por él con tanta vehemencia, tanta lógica y elevacion de pensamiento, que respondieron, como ecos de sus magníficos periodos, prolongados murmullos de admiracion y de lástima por todos los extremos de la sala; y los mismos jueces, que aún eran novicios en el asesinato y no habían contraído el hábito de gozar en espectáculos de lágrimas y de sangre, dieron muestras de hallarse profundamente impresionados. Tanto fué así, que al levantarse la sesion circuló el rumor de que los Girondinos serian absueltos. Pero

los Jacobinos entónces se reunieron ansiosos de venganza, é inspirándose Robespierre en la maldad de sus pensamientos, tomó sobre sí la tarea de formularlos en la Convencion al día siguiente, proponiendo un decreto tan bárbaro, inicuo y feroz, que no es posible compararle ninguno análogo de aquel año, pues se decía en él que podia el tribunal dejar sin defensa á los acusados cualesquiera que fuesen, declarando demostrada y evidente la acusacion y facultándolo á pronunciar sin más tardanza su fallo. Un solo convencional se atrevió á decir algunas palabras, no sin timidez, en contra de tan infame proyecto. Mas no bien lo hubo entendido Barère, el federal, el autor de la comision de los doce, causa principalísima del odio de París á los Girondinos; el que niega en sus *Memorias* haber tomado parte nunca en contra de ellos; el que tiene la desvergüenza de consignar en su libro que amaba y estimaba mucho á Vergniaud; Barère, decimos, se levantó para secundar á Robespierre en su obra de perversidad, viendo á seguida coronados sus esfuerzos con la adopcion del proyecto por la Cámara, y con su aplicacion inmediata por el tribunal, que declaró *ipso facto* culpados á los Girondinos, sin permitirles que acabaran su defensa.

El día siguiente fué, sin duda, el más triste de cuantos registra la tristísima historia de la Revolucion. Ni podia ménos de ser así, siendo las victimas tan inocentes, tan nobles, tan esforzadas, tan distinguidas y tan jóvenes como eran, y habiendo dado tan repetidas muestras de su elocuencia tan generosa y tan brava. Entre los Girondinos había mozos muy gentiles y apuestos de veintiseis á veintisiete años, y Vergniaud y Gensonné, tan afamados, apenas si pasaban de los treinta. Sólo habían tomado

parte durante algunos meses en los negocios públicos, y ya la gloria de sus nombres llenaba la Europa, cuando fueron á morir por el crimen de haber querido asociar la libertad con el orden y la justicia y la misericordia; como que la única verdadera culpa que cometieron fué la de no mostrar valor cívico, ese valor que resiste los clamores y los ultrajes de las muchedumbres, y que inspira en las ocasiones graves y de mucho peligro acuerdos atrevidos, decisivos y salvadores; que aquel otro valor del corazón, el valor viril, el valor de hombres, siempre lo tuvieron, sin faltarles jamás, ni en la hora suprema de morir en el cadalso á donde los envió la maldad de feroces tiranos como Saint-Just, y de miserables y envilecidos esclavos como Barère.

No fueron estas las únicas víctimas sacrificadas en aras de causa tan generosa. Porque madame Roland tardó poco en seguirlos al cadalso con valor tan heroico y sublime como el demostrado por sus amigos. Su marido, que se hallaba oculto en lugar seguro, no pudo sobrevivir á su noble compañera, y se traspasó el pecho con su espada casi á las puertas de Ruan, muriendo en la carretera. Condorcet se envenenó con una fuerte dosis de opio; en Burdeos la guillotina puso término á los días del atrevido é ingenioso Guadet y de Barbaroux, caudillo de aquellos entusiastas de las riberas del Rhóne, cuyo esfuerzo fué tan decisivo la memorable noche del 10 de Agosto para cambiar de faz el combate, del Louvre á las Tullerías; y en un campo, cerca del Garona, se halló aquellos días tambien los restos que habian dejado los lobos del célebre Pétion, cuyas virtudes fueron otro tiempo tan exageradamente alabadas y ofrecidas como tipo de la virtud republi-

cana. Léjos estamos de rendir tributo incondicional de admiracion á los Girondinos; pero la historia debe consignar, tratando de ellos, un honroso testimonio, y es que, pudiendo escoger con libertad completa entre el papel de opresores y el de oprimidos, tuvieron la grandeza de alma y el ánimo necesarios para sufrir ellos mismos ántes que hacer sufrir á los demas, para morir ántes que matar, para ser víctimas ántes que verdugos.

## XXIII.

Entónces se inauguró aquel extraño y temeroso período conocido en la historia bajo el nombre de reinado del Terror; que, con el triunfo completo de los Jacobinos, llegó la hora y el poder de las tinieblas. La Convencion enmudeció en orden á todos los asuntos, y la soberanía pasó íntegramente á la Junta de Salud pública, sin que la Cámara fuera osada en ningun caso á formular siquiera, tratándose de los edictos de aquella corporacion, ni aun la débil resistencia que oponian en otro tiempo los antiguos Parlamentos á las voluntades de los reyes. Seis personas ejercian el poder supremo entónces en Francia, y eran Robespierre, Saint-Just, Collot, Billaud, Couthon y Barère.

Mas, para ser estrictamente justos respecto de algunos de estos hombres y de los que secundaban sus planes, fuerza es decir que así los habia emancipado el fanatismo de las trabas de la justicia y de la compasion, como del miedo y de la codicia; porque, miéntras apenas sabian á las veces dónde hallar un *asignado* de algunos francos para pagarse la comida, gastaban con la más estricta escrupulosi-

dad el inmenso botín que recogían á fuerza de rapiñas, y porque siempre se hallaban dispuestos á ir al cadalso por sus principios con ánimo tan sereno como enviaban á él á docenas aristócratas y eclesiásticos. Pero los grandes partidos no pueden formarse de tales elementos, en razon á que por efecto de una ley fatal é inevitable de su destino, colectividades de fanáticos como la descrita reunen alrededor suyo multitud de cobardes, de canallas y de libertinos de carácter agreste y dados á la licencia, contenidos sólo en ciertos límites por temor á las leyes, pues de no ser así, se lanzarian á los mayores excesos, como lo hacen tan luego llega el día de romper los frenos y de vivir en la impunidad del crimen y del vicio; y los partidos, sean cuales fueren, que no se sujetan escrupulosamente á los principios eternos de la moral. luégo quedan esclavos y á merced de los hombres más perversos. Lo propio sucedió en las guerras religiosas: la del Santo Sepulcro, la de los Albigenses, la de los Hugonotes, la de Treinta años. En todas ellas el celo inflamaba de tal modo á los paladines de la Iglesia, que reputaban culpada flaqueza la menor muestra de generosidad con el vencido, siendo á sus ojos necesario perseguir y acabar los infieles y herejes, como se persiguen y acaban las alimañas y animales feroces, no habiendo ultraje ni exceso de cuantos pueda cometer la pasion religiosa sobreexcitada que no se antojara obra meritoria y digna del guerrero católico. Mas no bien hubo cundido entre las gentes la idea de que la licencia y la barbarie podian ejercerse sin trabas ni restricciones, por ser licitas, millares de miserables, que no pensaban en la santidad de la causa, sino en la impunidad del crimen y en la satisfaccion de sus malos instintos,

y que ansiaban sacudir el yugo de la policia de las ciudades pacificas y de la disciplina de los campamentos bien regidos, acudieron presurosos á tomar puesto alrededor del estandarte de la fe. De aqui que mientras los hombres que levantaron esta bandera fueron sinceros, castos, desinteresados y acaso tambien misericordiosos, las falanges que luégo se les unieron no contaran sino malhechores, bandoleros, descreidos y soldadesca desenfrenada y feroz, gente de tal modo criminal, que áun entónces habria sido difícil hallarla parecida bajo las banderas de un Estado en guerra por motivos temporales. Análogos elementos constituian el partido jacobino; porque alrededor de un núcleo compuesto de algunos entusiastas, se agrupaba inmensa muchedumbre de hombres abyectos, malvados y corrompidos. Pero, á decir verdad, nada estaba más corrompido en aquella masa putrefacta que Barère, quien por si sólo era un foco nauseabundo de infeccion.

Entónces fueron los dias aciagos en que el más bárbaro de los tribunales aplicaba el más bárbaro de los códigos; en que no podian los hombres saludar á sus conocidos, ni rezar, ni peinarse sin correr peligro de ir al patibulo; en que habia celadores y satélites y espías por todas partes; en que la guillotina funcionaba largo tiempo cada mañana; en que las prisiones se veian llenas como las bodegas de los barcos negreros; en que las cloacas arrojaban al Sena bocanadas de sangre humana; y en los cuales era causa bastante para ir á manos del verdugo ser nieto, sobrino de un capitan de la Guardia real, ó medio hermano de un doctor de la Sorbona, ó dudar del crédito que pudieran merecer los *asignados*, ó decir, siquiera veladamente, que los ingleses habian vencido en el combate de 1.º de Junio, ó

guardar en el fondo de un cofre algun folleto de Burke, ó burlarse de un Jacobino por haber tomado el nombre de Timoleon ó de Casio, ó dar al *Cinco Sin Calzones* la denominacion supersticiosa de día de San Mateo. Y mientras iban cargadas de victimas las carretas, atravesando las calles de Paris, camino de la guillotina, los procónsules que habia enviado á los departamentos la Junta soberana daban rienda suelta en punto á crueldad á refinamientos de barbarie desconocidos en la capital; porque, como á su parecer, la máquina de muerte fuera lenta con exceso para ejecutar sus órdenes de exterminio, mataban á cañonazos de metralla, y ahogando en los ríos por centenares. Lyon se tornó desierto. En Arras negaron á las victimas la gracia de acabarlas pronto; y por ambas orillas del Loire, desde Saumur hasta la costa, velanse grandes bandos de cuervos y de buitres, hartándose en los cadáveres desnudos que las cubrian; como que aquellos malvados no tuvieron nunca lástima ni compasion de sexo ni edad, y se contaban por miles los mancebos y las jóvenes y los niños sacrificados por tan execrable gobierno, cuyos adeptos arrancaban las criaturas del pecho de las madres para llevarlas de pica en pica, disputándose las unos á otros con las puntas aceradas, hasta echarlas á los piés de sus jefes; y hubo campeon de la libertad que llenó de orejas sus bolsillos, y otro que se pavoneaba ostentando en el sombrero, á guisa de escarapela, un dedo cortado de la mano de inocente niño. Pocos meses habian bastado para que la Francia cayera en mayor degradacion y barbarie que la Nueva Zelanda.

## XXIV.

Absurdo sería sostener que puedan nunca justificar los peligros públicos, por grandes que sean, el planteamiento de sistemas semejantes, porque no sólo son contrarios á los principios del cristianismo y á los de la moral, sino hasta á las máximas de Maquiavelo. Cierto es que se hace necesario en las crisis politicas que suelen atravesar los pueblos en momentos terribles actividad y vigilancia sumas, y asimismo que á las veces son parte á justificar actos de severidad que merecerian nombre de crueles en ocasiones normales. Pero la severidad sin discernimiento no ha sido útil nunca ni puede serlo; que toda la eficacia del castigo descansa en la justicia con que se aquilatan los grados de culpabilidad en la aplicacion de las penas; siendo cierto que aquellas que alcanzan por igual á los delincuentes y á los que no lo son, surten el efecto asolador de las epidemias ó del desarrollo de las grandes convulsiones de la naturaleza, y remedian los crímenes del propio modo que podria remediarlos y preverlos el cólera ó los temblores de tierra. La tan decantada energia del periodo administrativo de los Jacobinos fué la del malayo que se embriaga y armado de *campilan* corre furioso de una parte á otra, hiriendo y matando á diestro y siniestro amigos y contrarios, no la energia demostrada por verdaderos estadistas como Isabel, Cromwell ó Federico el Grande. No decimos con esto que ninguno de los tres fuera escrupuloso en la eleccion de los medios; pero aún cuando lo hubieran sido ménos todavía, la fuerza y grandeza de su espíritu les habria impedido

cometer crímenes parecidos á los que aquellos pigmeos de la Junta de Salud pública reputaban por obras maestras de habilidad; pues la gran Reina que defendió sus Estados de los enemigos domésticos y extraños, y de las armas temporales y espirituales juntamente; y el gran Protector que gobernó, con autoridad superior á la de los reyes, dilatado imperio á despecho de monárquicos y de republicanos; y el gran Rey que supo, con tropas vencidas y tesoro exhausto, proteger su patria de los esfuerzos combinados de la Rusia, el Austria y la Francia, hubieran sonreído de una manera despreciativa ciertamente á quien les propusiera como remedio eficaz á contener los descontentos y á difundir saludable terror entre todos ellos enviar al cadalso carretadas de estudiantes y educandas.

Sin embargo, la opinion más acreditada en el pueblo es que si los jefes terroristas fueron crueles, también fueron grandes hombres. Por lo que á nosotros respecta, no hallamos en ellos otra grandeza sino la de su crueldad; y en cuanto al pretenseo atrevimiento de su política, llamada por muchos original, tampoco lo vemos, pareciéndonos tan añeja y gastada su conducta como la de todos los malos gobiernos que han existido en la sucesion de los tiempos, y que si se antojó nueva en Francia el siglo xviii, fué tan sólo porque ya entónces la parte más ilustrada de la humanidad había renunciado á esas prácticas hacia siglos por muchas razones muy atendibles. No así entre las naciones salvajes, en las cuales ha prevalecido, siendo esta la causa principal que dificulta en ellas el progreso de la civilizacion; como que una multitud de bajás, rajás y nababs ha dado repetidas muestras de sobresalir en el arte de la política puesta en ejecucion

por los individuos del Comité de Salud pública; que Djezzar los aventajaba sin duda ninguna, y que no es posible haya existido en Asia y Africa un solo tiranuelo incapaz de comprender sin tardanza todo el mecanismo del sistema político y rentístico de los Jacobinos: pues cortar cabezas á centenares sin preocuparse mucho ni poco de la inocencia ó culpabilidad de las víctimas; exigir dinero á los ricos y recabarlo por medio de carceleros y verdugos; despojar de lo suyo á los acreedores públicos y enviarlos al patíbulo si protestan; tomar por fuerza el pan en las tahonas, y vestir el ejército y proveerlo de caballos y monturas, robando el paño y el lienzo, y las bestias y las sillas, es de todos los sistemas de gobierno el más elemental, sencillo y cómodo de cuantos puedan imaginarse, y el más bárbaro también. No hablamos ahora de su moralidad, sino de las demas partes que lo constituyen y que por su índole son comprensibles á la inteligencia más obtusa. Y habiendo sido por medios análogos á los indicados, y á virtud de procedimientos semejantes como los individuos de la Junta de Salud pública lograron imponer sumision y recaudar sumas inmensas durante cierto tiempo, tenemos derecho á decir que no es gobernar someter matando, ni es tampoco administrar recaudar ejerciendo el robo; que sólo merecen nombre de estadistas aquellos que saben contener á los hombres turbulentos en épocas de revolucion, sin perseguir ni molestar á los pacíficos, y ocurrir á las necesidades del gobierno, cuando ha menester de grandes recursos pecuniarios, sin violar el sagrado de la propiedad ni agotar las fuentes de la riqueza pública. Un hombre de Estado que lo hubiera sido en realidad, habria podido sin duda ninguna proteger en 1793 la independencia de la Fran-

putado indigna de las deliberaciones de una Cámara, y ménos aún de negocios de Estado. Hoy día sería imposible hablar así ante ningún Congreso legislativo; mas en Francia, durante la época de la Convencion, así se despreciaban las fórmulas antiguas como el gobierno y las creencias: que la culta y concisa fraseología la relegaron los revolucionarios, del propio modo que la etiqueta de Versalles y las solemnidades de Nuestra Señora, á los tiempos pasados de la historia. Y así como llegó á surgir un enjambre de Constituciones efímeras más ó ménos democráticas, dictatoriales y consulares de las ruinas de la antigua monarquía; así como de las ruinas de la antigua Iglesia surgió un enjambre de supersticiones absurdas, inmorales y ridículas, cual las locuras de los teofilántropos y el culto de la diosa Razon, surgió de las ruinas de la elocuencia antigua nueva elocuencia, ó, mejor dicho, nueva manera de expresarse, tan fácil, llana y vulgar que podía comprenderse sin el auxilio de nuevas gramáticas y diccionarios. El espíritu de innovacion que mudó todas las fórmulas establecidas, que trocó á centenares de Pedros y de Juanes en Scévolas y Aristogitones, que borró el domingo y el lunes del calendario, juntamente con Enero y Febrero, y la Anunciacion y la Pascua, sustituyéndolos con *decadé* y *primidi*, *nióso* y *lluvioso*, y las fiestas solemnísimas de la *Opinion* y del *Sér Supremo*, trocó tambien todas las formas de la correspondencia oficial; y por tal manera el estilo reposado, prudente y culto que tenian los gobiernos anteriores costumbre de usar, quedó sustituido con los equívocos, los retruécanos y las declamaciones osianescas; en una palabra, con elocuencia propia de estudiantes, y grosería digna de verduleras. Y como Barère

sabía manejar mejor que ningún otro personaje de la época la fraseología propia y característica del tiempo, y que á la sazón se reputaba por la más conveniente y oportuna en preámbulos y manifiestos, de aquí que mientras duró el corto y violento paroxismo del delirio revolucionario gozara fama de grande orador, y tambien que cuando pasara el acceso pudiera verse claramente como era en realidad, esto es, un hombre vulgar, nada original, sin verdadera ciencia, y cuyo único mérito consistía en percibir pronto y en expresar en estilo fácil las ideas ajenas, aunque con gusto tan depravado como su corazón. El pueblo llamaba *carmañolas* á sus lucubraciones oratorias y literarias. Pero no debe atribuirse únicamente á la perversion del gusto nacional el efecto que produjeron en su tiempo los discursos de Barère, porque las ocasiones en las cuales subió á la tribuna fueron propicias en su mayor parte al buen acogimiento de cualquier orador, áun del más detestable; como que Barère hacía uso de la palabra, en la mayoría de los casos, cuando las armas francesas alcanzaban alguna ventaja sobre los enemigos de la patria, y la Junta de Salud pública lo encargaba de anunciar la buena nueva. La sala se estremecía entónces con los aplausos del auditorio, y los diputados y los extranjeros sabian de boca del tribuno que la victoria estaba á la orden del día; que Pitt había prodigado en vano las libras esterlinas para comprar máquinas que llevaran cañones; que para celebrar la fuga del leopardo inglés sería necesario nuevo Tirteo, y que se había convertido en rayos todo el salitre sacado de los subterráneos de París para destruir con su fuego á los hermanos titanes, Jorge y Francisco.

cia sin derramar una sola gota de sangre, ni saquear un solo almacén; mas por desgracia, sólo se hallaba el gobierno de la república en manos de furiosos demagogos, que si sabían declamar en los *clubs* y aconsejar mal en todo al pueblo, ignoraban por completo el modo de dirigir los negocios de un imperio. Por eso suplieron la falta de pericia y de habilidad cometiendo desafueros, violencias y crímenes desatentados y feroces, y la capacidad legislativa, y la rentística, y la diplomática, y la militar, de que carecían por completo, con la guillotina; por eso también, á los ojos de la historia, podrá tal vez servirles de disculpa en cierto modo esa misma ignorancia grosera y la esterilidad de sus inventos, para excusar el interminable catálogo de sus latrocinios y asesinatos. Por nuestra parte, abrigamos el convencimiento de que no habrían degollado ni robado tanto á saber gobernar de otra manera.

Cierto es que bajo su administracion se condujo de modo feliz la guerra contra la coalicion europea; pero también lo es que así había sucedido ántes de su advenimiento al poder, y que así continuó siendo despues de su caída; que no había comenzado el terror cuando Bruselas abrió las puertas á Dumouriez, ni ya imperaba cuando Bonaparte conquistó el Piamonte y la Lombardia; pudiendo decirse que á la Francia la salvó en aquella ocasión, no el Comité de Salud pública, sino la energía, el patriotismo y el valor del pueblo frances, cuyas grandes cualidades alcanzaron el triunfo, á pesar de la incapacidad de los hombres que pretendían gobernarlo, y cuya conducta en todos los ramos que forman la administracion pública fué un tejido de torpezas, necesidades y crímenes.

## XXV.

Fáltanos tiempo y espacio para dejar consignado cómo y por qué medios los caudillos de aquella horda de foragidos volvieron por los fueros de la humanidad ajusticiándose mutuamente; cómo el vil de Hébert acabó su vida trémulo y lloroso; cómo Danton, más noble, se sintió movido de arrepentimiento en sus postrimerías, y quiso, aunque en vano, reparar sus infamias y daños pasados, y redimir en cierto modo el terrible crimen de Setiembre, muriendo valerosamente por la causa de la misericordia, porque debemos volver á nuestro héroe sin más tardanza.

No sólo venía en todo Barère, sino que lo hacía lleno de complacencia y de verdadero celo; no sólo formaba parte de aquella criminal administracion, sino que á él correspondía siempre la honra de proponer y apoyar aquellas de sus medidas más ofensivas de la justicia y de la humanidad, y de presentarlas exornadas de repugnantes sanfarronerías; como que él fué quien primero expuso en la tribuna de la Convencion la urgencia de proclamar el imperio del terror; y él quien proveyó al tribunal revolucionario de París, menesteroso de acusador público, de un canalla digno del oficio y de la infame audiencia donde había de ejercerlo; y él asimismo quien mandó reunir nuevo Jurado cuando el Tribunal revolucionario absolvió á uno de los antiguos individuos de la Asamblea Nacional. «Atreverse á pronunciar la absolucion de un miembro de la Asamblea Nacional, exclamó, equivale á rebelarse contra la Revolucion!» No cerraremos este paréntesis sin

añadir que á seguida fué gillotinado el reo. Barère propuso la destruccion de Lyon, sobre cuyas ruinas «debia pasar el arado,» borrándose, además, su nombre de la geografia. «Los rebeldes quedan vencidos, exclamó en la tribuna, pero no exterminados; y es fuerza que lo sean, sin más tardanza ni contemplaciones, para que despues con una frase pueda expresarse todo, diciendo: *Lyon hizo guerra á la libertad, y por eso no existe.*»

Cuando se ganó á Tolon, Barère anunció el suceso, y añadió las siguientes palabras á manera de comentario: «Es preciso que la victoria de los Montañeses sobre los Brissotinos (así se expresó el apóstata) se conmemore para eterno recuerdo allí donde fué Tolon, y que caigan los rayos de la ira nacional sobre las viviendas de los tenderos tolonenses.»

Cuando Camilo Desmoulin, que se habia hecho notar ya entre los republicanos por su celo y la claridad de su ingenio, se atrevió á declararse contrario al terror, demostrando la semejanza que advertia entre el gobierno del peor de los Césares y el que á la sazón imperaba en Francia, Barère se levantó para lamentarse de la ruina y cobarde lástima de los que alentaban con ella las esperanzas de la proscripta clase aristocrática. «Por lo que á mí toca, diré, ciudadanos, que noble, sacerdote, cortesano, letrado y banquero, tanto valen como sospechosos, y que asimismo son sospechosos todos cuantos se lamentan de lo que hace la Revolucion. Hay castas condenadas ya por el fallo de la opinion, y profesiones y hasta parentescos calificados de sospechosos por la ley. ¡Republicanos franceses! gritó el renegado Girondino, antiguo adversario de la Montaña; los Brissotinos pretenden llevaros á la

servidumbre de una manera lenta é insensible. Los Montañeses os conducen con vigor por la senda de la libertad. ¡De cuántas desdichas no será responsable la conmiseracion mal entendida de unos pocos!»

Cuando los amigos de Danton, haciendo un esfuerzo supremo, expresaron el deseo de que la Cámara consintiera, por lo ménos, en oír su defensa de sus propios labios ántes de mandarlo al cadalso, Barère protestó encolerizado contra este ruego. Y cuando los crímenes de Lebon, uno de los mayores malvados, si no el mayor de todos, entre los vicegerentes de la Junta de Salud pública, exasperaron de tal modo á los habitantes del departamento del Norte que acudieron en su desesperacion á ponerse bajo el amparo de la Cámara, Barère abogó por el tirano y amenazó á los peticionarios con abrumarlos bajo el peso de la venganza del gobierno. «Esas acusaciones, dijo, han sido inspiradas de la sagacidad de los aristócratas, pues no de otra suerte se explica que se formule ante vosotros un capitulo de cargos contra el hombre que destruye los enemigos del pueblo, siquiera lo haga con cierto exceso de celo y de patriotismo, y revistan sus actos cierta dureza.» Conviene advertir de paso que una de las más leves irregularidades cometidas por Lebon y tan blandamente censuradas de Barère, fué tener á un desgraciado quince minutos tendido bajo la guillotina para desesperarlo leyéndole, ántes de darle muerte, una carta cuyo contenido era eficaz á producirle más angustiosa todavía. «Pero, ¿qué no será lícito, prosiguió diciendo Barère, al odio de los republicanos contra la clase aristocrática? Si nos fijamos bien y examinamos detenidamente la conducta de Lebon, ¿cuántos rasgos generosos no ha-

llaremos en ella que compensen con exceso lo que haya podido haber en algun caso de acerbo tratándose de los enemigos del pueblo? Por eso no me cansaré de repetir que si es necesario hablar con respeto de la Revolucion, hay que hacer lo propio con las medidas revolucionarias; que la libertad es como virgen purísima cuyo velo no deba ser tocado de mano profana movida de pensamientos terrenales.»

Después de las citas que acabamos de hacer, nos parece inútil insistir en órden á hechos que, si bastarian por sí solos á deshorrar un hombre, pasan desapercibidos en la historia de Barère, verdadero índice de infamias. Pueril sería tambien dar cuenta circunstanciada de cómo el literato, individuo de academias provinciales, se puso á la cabeza de los perseguidores de la ciencia, del arte y de la historia que tanto descrédito echaron sobre los Jacobinos; cómo aconsejó el incendio general de las bibliotecas; cómo propuso la destruccion de los anales que recordaban hechos anteriores á la Revolucion, y cómo destrozó la abadia de Saint-Denis, demoliendo monumentos consagrados por la veneracion de los siglos, y arrojando fuera de sus sepulcros las cenizas de los antiguos reyes de Francia. ¿Ni en qué podía emplear mejor sus ocios un hombre semejante sino en hacer guerra á los muertos, cuando daba treguas á los vivos?

No ménos pueril sería tratar de su excesiva sensualidad, pues harto se ha dicho que Barère, como Neron, Calígula y Domiciano, con quienes tenía mucha semejanza, era más lascivo aún que cruel, siendo esto último por extremo, y que dos veces por década dejaba en suspenso sus sanguinarias ocupaciones para recogerse á los risueños jardines de Clichy, donde olvidaba los cuidados del gobierno

entre meretrices y copas de buen vino. M. Hipólito Carnot no niega la verdad de estas historias; pero añade oportunamente que la disipacion de Barère no le impedia en modo alguno ser activo y laborioso. En efecto, así fué: porque á pesar de ser muy licencioso, nunca los vicios entibiaron su celo por la destruccion; como que más de una vez se alabó de haber dado trabajo al Tribunal revolucionario en sus horas de recreo, y que, cuando alguno le mostraba temor de verlo enfermar por efecto de sus múltiples ocupaciones, respondia sonriendo que lo creian más atareado de lo que realmente estaba. «La guillotina lo hace todo, añadia, y ella gobierna.» Por nuestra parte, ántes nos sentimos dispuestos á juzgar con indulgencia de sus vicios, que de los sufrimientos que impuso en toda ocasion á sus semejantes.

Atque utinam his potius nugis tota illa dedisset  
Tempora sævitæ, claras quibus abstulit urbi  
Illastresque animas, impune ac vindice nullo.

Porque si el gusto inmoderado de los placeres sensuales forma una mancha indeleble, sin duda, en la historia de Enrique IV, de lord Somers y de mister Fox, los vicios de los hombres honrados constituyen las virtudes de Barère.

XXVI.

Barère habia llegado á ser verdaderamente crûel, es decir, perfecto en la crueldad. Comenzó su carrera criminal por la cobardía, ó lo que es lo mismo, la cobardía le hizo cometer los primeros crímenes; y si esto pudiera parecer extraño, luégo se persuadiria el ánimo de que así acontece, viendo demoes-

trado con la historia de la humanidad, que gozar en el dolor de los demás es gusto que pueden adquirir pronto y fácilmente criaturas pusilánimes, si se quiere, y en quienes no existan instintos feroces, llegando á tomar mayor incremento en ellas que su propia natural inclinación. Sólo así se comprende que bastaran pocos meses de práctica para crear en Barère un estado del alma en el cual las escenas de dolor, desesperación y muerte produjeran los propios efectos que las mujeres y el vino en naturalezas alegres y vivas; como que la carreta cargada de ancianos, de mozos y de mujeres hermosas, camino de la guillotina, el golpe aterrador del hacha, los charcos de sangre sobre las tablas del patíbulo, las cabezas hacinadas en la cesta, eran para él lo que para Horacio, Lalagea y una odre de vino de Falerno, y para Béranger, Rosette y una botella de Champagne *frappé*. Porque si hablaba de matanza, su corazón parecía dilatarse, brotando de sus labios raudales de infernal elocuencia inspirada en el llanto y en la sangre de sus víctimas y en la idea del cadalso. Robespierre, Saint-Just y Billaud, en quienes la barbarie provenia de odios brutales, eran á los ojos de Barère personajes singulares que trocaban en oficio y ocupación formal el placer de matar, no siendo, en su sentir, el ejercicio de la crueldad obra tan melancólica que hiciera necesario para ejecutarla cumplidamente fruncir el entrecejo y quedarse pensativo, pues no pasaba de ser un goce y esparcimiento del alma, y como tal debía realizarse del modo más placentero posible. Y en verdad que deben compararse Robespierre y Barère á los dos célebres verdugos de Luis XI, porque si uno y otro eran igualmente insensibles á la conmiseración, é igualmente inclinados al mal, cuando daban muerte á los

reos, uno se ponía ceñudo y lúgubre y hablaba en tono sentencioso, y el otro reía y se chanceaba con todos; siendo á nuestro parecer preferible *Jean qui pleure à Jean qui rit*.

En medio de la fúnebre tristeza que se advertía en París por aquel tiempo, y haciendo con ella repugnante contraste, resaltaba la animación de la casa de Barère, á cuyas antesalas acudía diariamente una multitud de personas en demanda de protección. Él se presentaba vestido de lujosa bata, recorría el círculo, distribuyendo sonrisas y promesas á la muchedumbre de menesterosos, y más particularmente á las mujeres bonitas, galanteándolas en el pintoresco lenguaje de la Gascuña si la tersura de su tez y la hermosura de sus ojos lo consentía; y cuando había gozado con el espectáculo de temor y de ansiedad que ofrecían los concurrentes, los despedía, echando luego á la chimenea las notas, recomendaciones y memoriales sin tomarse la pena de mirarlos siquiera; procedimiento que, según él, simplificaba mucho la tramitación de los negocios y evitaba el retraso en su despacho. También el cardenal Dubois arreglaba sus papeles de igual modo, no siendo el único punto de comparación este que podamos establecer entre el peor de los ministros monárquicos y el peor de los republicanos.

Nuestros lectores se formarán idea del género de chanzas usadas por Barère, merced á una anécdota referida por persona de su intimidad, que formaba parte del Tribunal revolucionario. Es el caso que, como cierta damisela de las que más principal papel representaban en las orgías de Clichy, le pidiera con empeño que interpusiese su valimiento contra una moda de peinado que á ella no le sentaba en la medida de su gusto, y que una rival á quien iba á ma-

ravilla quería poner al uso, y él viniera en la pretension, citó á su despacho uno de los magistrados de la ciudad para comunicarle órdenes al efecto. «Los aristócratas, dijo Barère, levantan la cabeza; esos añadidos son contrarrevolucionarios, y tengo mis razones para saber que se fabrican de las lenguas cabelleras de las damas que mueren cada día en el cadalso nacional, pudiendo, por tanto, merecer nota de incivismo cuantas personas hagan de ellos adorno de sus cabezas.» Esta ridícula mentira surtió el efecto deseado: las autoridades de Paris tomaron sus medidas, y se puso en conocimiento de las ciudadanas con la debida solemnidad para que ninguna pudiese alegar ignorancia, que habian de renunciar á los tan peligrosos bucles, ó jugarse por ellos la cabeza. El éxito fué inmenso, decisivo y completo; y la favorita del baram de Clichy quedó complacida. La risa que produjo á Barère la nueva del suceso, y sus carcajadas cada vez que lo referia, demostraban el contento que le causaba, pareciéndole cómica por extremo aquella combinacion tan grotesca de lo frívolo y lo medroso, de la moda y del patíbulo, de los postizos y de las coqueterías al uso, con la realidad de la guillotina, y la palidez de la muerte, y las artérias brotando chorros de sangre, y la cesta llena de cabezas de mujeres hermosas...

## XXVII.

Pero aún cuando Barère hubiera conseguido merecer las honrosas denominaciones de Ingenio del Terror y Anacreonte de la guillotina, en cierto lugar de Paris se recordaba todavía en daño suyo que hubo un tiempo, no lejano por cierto, que habló mu-

cho en sentido humanitario. Con esto nos referimos al club de los Jacobinos, donde no era osado á entrar aún habiendo hecho tan principal papel en la matanza de los Girondinos, en el asesinato de la Reina y en la destruccion de Lyon. Y tan presente se hallaba lo pasado en la memoria de los Jacobinos, que, á pesar de sus crímenes posteriores, cuya infamia debia ser eficaz á borrar la moderacion primera de que dió muestra, en una junta se quejaron de que la de Salud pública, depositaria del supremo poder, mantuviera en su seno todavía persona tan indigna de confianza. Lo cual oido de Robespierre, que tenia ilimitada influencia sobre los Jacobinos, le obligó á tomar la defensa del ausente, manifestando que si bien no carecia de algun fundamento lo expuesto en contra de Barère, no podia negarse su aptitud y actividad para el despacho de los negocios y sus grandes servicios á la patria. Las palabras de Robespierre hicieron callar á los descontentos; pero no debieron tranquilizarlos del todo cuando el neófito pasó todavía mucho tiempo retraido del club sin atreverse á parecer en él.

Así las cosas, una obra maestra de perversidad, única, en nuestro concepto, y sobresaliente aún entre las mayores infamias de Barère, le obtuvo del rígido cónclave la remision completa de sus culpas. La insoportable tiranía del Comité de Salud pública era tal, que bajo su terrible influencia, el alma de los franceses fué adquiriendo y llegó á tener un grado de rudeza y ferocidad tan grandes, que así hombres como mujeres, lo mismo arrostraban la muerte que la daban ó que la sufrían, reputando en poco la vida que tan fácilmente se perdía con la menor delacion de un enemigo, y gozando acaso en subir al cadalso despues de matar á un ti-

rano ó de amargarlo, porque siquiera dejaban á los supervivientes angustias y zozobras iguales á las que habian infundido. Sembraron vientos y recogieron tempestades; acosaron y exasperaron á los hombres, y los hombres llegaron, á fuerza de persecuciones, al paroxismo del furor. Fouquier-Tinville no se atrevia ya en ningun caso á presentarse solo en las calles; á Collot d'Herbois le habian disparado un pistoletazo, é inspirada en el ejemplo de Carlota Corday, solicitó una jóven ser recibida por Robespierre á solas, con ánimo sin duda de matarlo, pues, habiéndose hecho sospechosa, la registraron, encontrándole dos puñales, y preguntada que fué habló de los Jacobinos en términos que no dejaban duda de su mala voluntad hácia ellos. Inútil parece añadir que su cabeza rodó en el patíbulo sin más tardanza. Barère aprovechó estos sucesos para decir en la tribuna que la causa de tamaños atentados era evidente, pues no reconocia otra sino Pitt y el oro inglés, siendo el Gobierno británico instigador único y organizador de un sistema de asesinatos, cuya primera victima fué Marat, y que habia estado á punto de cortar la vida de dos adalides eminentes y fervorosos de la libertad en Francia. Ocioso nos parece tambien decir que no sólo eran falsas estas imputaciones, sino destituidas hasta de apariencias de verdad, siendo lisa y llanamente absurdas, pues los asesinos á que aludia Barère corrian á muerte segura, circunstancia eficaz á demostrar que se hallaban sobre el nivel de los vulgares. Todas las riquezas de Inglaterra no habrian podido decidir á una persona en su cabal juicio á ejecutar lo que hizo Carlota Corday; mas si consideramos su crimen como la obra del fanatismo, luégo nos parecerá natural. Así lo en-

tenden tambien los mismos escritores franceses, que cometen la puerilidad de creer al Gobierno inglés inventor de la máquina infernal é instigador del asesinato de Pablo I, declarando espontáneamente á Pitt extraño á la muerte de Marat y á la tentativa contra Robespierre. Pero, no obstante, fundándose Barère en calumnias tan despreciables y fútiles como las expuestas, presentó y apoyó un decreto de tal naturaleza, que hizo estremecer á toda la cristiandad, pues en él se mandaba no dar cuartel á ningun soldado inglés ni hannoveriano; *carriola* digna de la proposicion que la terminaba y era como sigue: «La Convencion Nacional no puede consentir que, tratándose de los esclavos de Jorge y de los autómatas de York, se hable de generosidad en las filas del ejército frances, pues la guerra á los ingleses debe serlo de total exterminio. Si el año pasado se hubiera procedido así con los británicos á quienes hicimos doblar la rodilla delante de nuestras tropas vencedoras; si los franceses los hubieran exterminado entónces, en vez de acudir ahora de nuevo á la carga, el gobierno de Jorge habria permanecido tranquilo; que solamente los muertos no vuelven. ¿Qué ha producido en nuestro ejército esa epidemia moral de falsas ideas de humanidad? La opinion filantrópica de los Brissotinos respecto de los ingleses, y la conducta de Dumouriez. Conocido el origen del mal, pongámosle remedio, no dando cuartel al enemigo. Y estad ciertos de que al proceder así hareis una obra meritoria y patriótica, y en perfecta consonancia con los sentimientos que animan á todos los franceses; pues harto saben ellos que pertenecen á una nacion revolucionaria como la naturaleza, poderosa como la libertad y ardiente como el salitre que acaba de

arrancar á las entrañas de la tierra. ¡Soldados de la libertad! cuando la victoria ponga ingleses en vuestras manos, matadlos, para que no vuelva ninguno á su patria liberticida ni á la tan libre nuestra!» (1) Sofrenada la Convencion y reducida al silencio, aprobó la proposicion de Barère sin discutirla. Entónces abrió sus puertas de par en par el club de los Jacobinos al discípulo que aventajaba en provechamiento á los maestros, eligiéndolo por aclamacion, y proclamándolo á seguida por su presidente.

## XXVIII.

Durante algun tiempo, esperó Barère los resulta-

(1) M. Hipólito Carnot hace cuanto puede al llegar á este punto para excusar el decreto propuesto por Barère, incluso injuriar á los ingleses, sin advertir que la Gran Bretaña siempre ha sabido pelear contra enemigos de mucha más cuenta que su defendido y él. Debemos, sin embargo, hacernos cargo de un error indisculpable en que incurre.

M. Carnot afirma que el último lord Fitzwilliam hizo en las Cámaras inglesas una proposicion parecida en todo á la de Barère; lo cual es falso, y le retamos á que cite la fecha y los términos de la proposicion indicada. No por esto lo acusaremos de haber querido engañar á sus lectores con una patraña forjada por él, sino diremos que con sus palabras demuestra crasa ignorancia de los hechos y temeridad digna de su ignorancia. Bueno será decir de paso que M. Carnot no apoya su aserto en los Diarios de sesiones de la Cámara de los Lores, ni en las crónicas parlamentarias de la prensa periódica, sino en un mensaje pomposo del Directorio ejecutivo á los Quinientos; mensaje, digámoslo tambien, cuya significacion verdadera no alcanza á penetrar por lo visto la sagacidad del abogado de Beltran Barère.

dos naturales de su decreto: de ahí que al recibirse del teatro de la guerra nuevas de una batalla sangrienta entre las tropas francesas y las inglesas, y saberse que los republicanos vencedores no habian hecho prisioneros, cosa que suele acontecer, nuestro héroe atribuyera la saña del combate á consecuencia del acuerdo tomado por su iniciativa, y regalara los oídos de la Convencion con otra *carmanola*. «Los republicanos, dijo, al ver los uniformes encarnados, cargaron á la bayoneta, sin dejar un inglés á vida. Ninguno halló cuartel. ¿Cuántos prisioneros creéis que se hicieron en la jornada? Uno!»

Pero la sed de sangre del malvado tribuno se habia hecho tan insaciable, que cuanta más veía correr, mayores ansias sentia por la que aún quedaba contenida en las venas de sus semejantes. Comenzó por los ingleses, como hemos dicho; mas de allí á poco volvió á su tema favorito, proponiendo nuevas matanzas. «Todas las tropas coligadas—exclamó un día—que se hallan en las plazas de Condé, Valenciennes, Quesnoy y Lendrecies deberán ser pasadas á cuchillo, sin misericordia, si no se rinden á discrecion inmediatamente. No me refiero con esto á los ingleses, pues bien sabeis que para ellos no hay perdon, aunque se rindan, sino á los otros; pero si resisten veinticuatro horas siquiera, sean tambien muertos esos esclavos.» Pronunciadas que hubo palabras tan bárbaras, añadió en tono de burla: «Pcr tal modo les dará la república lecciones de arte militar;» chanza grosera que logró mover á risa varios de sus dignos oyentes. Y reanudando en serio su discurso, prosiguió de esta suerte: «Si, que perezcan todos nuestros enemigos: tal es mi deseo; porque, como ya dije otra vez, los muertos son los únicos que no vuelven. Los re-

yes no tramarán conspiraciones contra la libertad cuando no existan; y no existirán cuando no tengan ejércitos porque hayan sido exterminados. Hagámosles guerra de exterminio y acabemos con ellos para siempre. ¿Ni de qué conmiseracion son dignos los esclavos que llevan el Emperador y el rey de Prusia y el duque de York á fuerza de palos y de aguardiente á la guerra?»; palabras que produjeron grande hilaridad en el auditorio de la Montaña y de las tribunas.

Si Barère hubiera logrado poner en ejecucion su sanguinario proyecto, es difícil calcular el alcance de los males y daños que habria ocasionado á los hombres, pues por contrarios que fueran los gobiernos á las medidas de crueldad, habrian sido injustos respecto de sus propios súbditos, dando cuartel á semejantes enemigos, siendo por tanto las represalias, no sólo naturales y justificables, sino hasta ineludible y sagrado deber. Howe y Nelson se habrian visto, por tanto, en el caso de fusilar los prisioneros franceses que cayeran en sus manos, de cumplirse tan sanguinario decreto de la Convencion durante los veintiun años de guerra que mediaron entre 1794 y 1815; y á decir verdad, ántes hubiesen sido éstos perjudiciales á los hijos de la Francia que á los ingleses, en razon á ser mayor siempre el número de aquéllos que la suerte de las armas ponía en manos de éstos que al contrario; diferencia que habrá de subsistir siempre mientras la Gran Bretaña conserve superioridad marítima sobre las demas naciones. No considerando, pues, la cuestion bajo el punto de vista inglés, sino de la humanidad en general, débese de hablar siempre con indignacion y horror del cambio que se proponia introducir Barère en las costumbres de la guerra; cambio de tal

naturaleza, que la matanza misma, con ser abominable, habria sido la menor de sus consecuencias. Porque la muerte de un sólo soldado inerme, dispuesta de una manera serena é impasible por la Cámara, hubiera hecho más daño que diez estragos como el de la batalla de Albuera, en razon á que se habria quebrantado hasta en sus cimientos el derecho público, á que los odios nacionales hubieran alcanzado proporciones incalculables, y á que hubiese sido imposible asentar paces duraderas entre los pueblos beligerantes; corrompiéndose rápida y profundamente la condicion moral de las naciones europeas, pues en todas se considera con el mayor respeto á los hombres cuya mision en la sociedad se reduce á exponer la vida en defensa del bien general, y que gozan fama de ser los árbitros más cumplidos y mejores en materia de honor y de conduta civica, por tal modo que descendiende y se eleva el nivel de la moralidad pública ordinariamente con el nivel de la moralidad del ejército. De aquí que sea reputado entre las gentes desde hace largos años el respeto á los débiles y la clemencia para con los vencidos como cualidades no ménos esenciales al soldado que su valor personal. Pero ¿cuánto tiempo prevalecerian estas ideas si la matanza de los prisioneros formara parte de los deberes del militar? ¿Sería posible hallar un hombre bueno y virtuoso que bajo estas condiciones abrazara la carrera de las armas? Y entre aquellos que no la siguen de su grado, sino forzosamente, ¿habria muchos que pudieran ser á un tiempo mismo verdugos y buenos y generosos ciudadanos? ¿No es evidente que si los tratamientos bárbaros con los débiles formaran parte del código militar y fueran rasgo característico de los soldados, luégo

trascenderían tan perniciosas costumbres á la vida civil y doméstica, dejándose sentir en todas las relaciones del fuerte con el débil: en las del marido con la mujer, del amo con el criado y del acreedor con el deudor?

Gracias al cielo, el decreto de Barère no fué sino letra muerta; porque los encargados de cumplirlo eran de muy otro modo que los instrumentos de la Junta de Salud pública en Francia, que declamaban en el club de los Jacobinos, y acudían cada momento en busca de Fouquier-Tinville acusando de incivismo á las honradas mujeres cuya resistencia no podían vencer y á los banqueros y capitalistas cuyas cajas no podían robar. En efecto, los ciudadanos soldados que defendieron con su esfuerzo bajo las órdenes de Hoche los muros de Dunkerque, y el bosque de Monceaux bajo las de Kleber, retrocedían de horror al pensar en ejercer un oficio más degradante que el de verdugo. «La Convencion, decía un oficial á su compañía, nos manda que fusilemos los prisioneros ingleses.—No haremos tal, replicó un bizarro sargento; enviadlos á la Convencion, y si los diputados quieren matar los prisioneros, hánganlo ellos mismos y cómanselos, además, como salvajes que son.» Así pensaba felizmente todo el ejército; y Bonaparte, que comprendía de muy admirable manera el espíritu de la guerra, que había demostrado en Jaffa y en otras partes cuán dispuestos se hallaba en toda ocasión á cumplir rigurosamente sus leyes, y que odiaba la Inglaterra casi con locura, siempre habló del decreto de Barère horrorizado, y se felicitó de la conducta del ejército al negarse á cumplirlo.

Esta desobediencia hubiera sido castigada en el acto con la muerte á ser obra de ciudadanos inde-

fensos; pero harto sabía la Junta de Salud pública que la disciplina, eficaz á someter bajo el yugo de su despotismo los pacíficos é inermes pobladores de las ciudades y campiñas, no podría sin riesgo tener aplicación en los campamentos. Porque si para los Jacobinos era grato pasatiempo arrojar centenares de personas al agua, y cortar con hachuelas los dedos de aquellos infelices que se asían desesperados á las lanchas, cuando las víctimas de su ferocidad eran sacerdotes ancianos, débiles doncellas ó mujeres en cinta, como en Nantes, no les parecía lo mismo, sino muy peligroso, tratándose de granaderos que habían estado en Hondschoote y en Fleurus, y que traían el rostro cubierto de cicatrices de muchas batallas.

## XXIX.

Sin embargo, pudo al fin consolarse con algo nuestro héroe; y si no consiguió hacer matar ingleses y hannoverianos, se desquitó gozando del espectáculo de nueva y formidable carnicería de patriotas suyos de ambos sexos. A ser exacta la excusa que se alega en defensa de los individuos del Comité de Salud pública, y la de que gobernaban con extremada severidad sólo porque la república se hallaba en extremo peligro, es evidente que hubiera ido cediendo aquella en la misma proporción de éste; pero es lo cierto que las crueldades que se trata de justificar invocando el peligro de la patria, fueron subiendo de punto á medida que cedía la intensidad de aquél, llegando á los últimos límites de la barbarie cuando hubo desaparecido por completo. Sin duda pudo temerse durante los meses

del otoño de 1793 que no consiguiera la Francia resistir el choque de la coalición europea, pues el enemigo triunfaba en las fronteras, y más de la mitad de los departamentos era rebelde á la Convencion: entónces reputaban suficiente los patriotas de Paris enviar á la guillotina una docena de personas cada dia. El verano de 1794, Burdeos, Caen, Tolon, Lyon y Marsella se habian rendido ya y sometidos al yugo de Paris; los ejércitos nacionales recorrían vencedores y triunfantes desde los Pirineos á las orillas del Sambre; Bruselas estaba sujeto á los franceses, y la Prusia resuelta, como acababa de publicarlo, á no proseguir la lucha, y la Francia, gansosa de conquistas y de glorias militares en los Alpes y el Rhin, despues de haber ocurrido á su propia independencia, héchose más temible á sus vecinos que lo fué nunca Luis XIV: sin embargo, entónces no se veía satisfecho el Tribunal revolucionario de Paris con degollar cada mañana de cuarenta á sesenta individuos. Pasó algun más tiempo; y cuando una serie no interrumpida de victorias hubo destruido de todo en todo el argumento que habria podido hacerse valer en apoyo del sistema terrorista, determinó la Junta de Salud pública introducir en él reformas y modificaciones tales que le imprimieran energía y vigor desconocidos. En efecto, propusieron reconstituir el Tribunal revolucionario y condensar en dos páginas toda la jurisprudencia novísima, formando para lo primero una lista de doce jueces y cincuenta jurados escogidos entre los Jacobinos más violentos, y reduciendo para lo segundo la ley penal á considerar merecedor de la muerte lo que jueces y jurados reputaran peligroso para la república: la prueba se contrajo á estimar bastante aquello que á los jurados pareciera convin-

cente, y en cuanto al procedimiento era en todas sus partes digno de lo demas, como que se creaba el oficio de fiscal y se negaba el derecho de la defensa por letrado, y se decia expresamente que si los jurados adquirian el convencimiento de la culpabilidad del acusado podrian condenarlo, sin oir los testigos, á la pena capital, única que la sala tuviera facultades de aplicar.

Robespierre propuso el decreto. Cuando hubo terminado su lectura, se oyeron murmullos en el salon; el miedo, que habia enmudecido por tanto tiempo á los convencionales, parecia ceder á otro miedo más grande y fuerte, al persuadirse cada cual de que tanto valia votar aquel proyecto como enganchar un convoy de carretas que trasportara cada dia centenares de víctimas al cadalso, en cuyos primeros escalones se sintieron todos: «Esto es de la mayor importancia, dijo uno, y pido por tanto, para que la Cámara lo estudie con la calma y detenimiento debidos, que se imprima y se aplace la votacion: de mí sé decir, que ántes de aprobarlo á seguida sin más examen, me levantaria la tapa de los sesos de un pistoletazo.» La Convencion dió muestras de asentimiento. Lo cual visto de Barère, temeroso de un fracaso, subió á la tribuna y pronunció las palabras siguientes: «Cuando se propone una ley en todas sus partes favorable á los patriotas, y que asegura el pronto y ejemplar castigo de los enemigos de la libertad, sólo una opinion compacta deben tener los legisladores. No me opongo al aplazamiento que se pide; pero es á condicion de que no exceda de tres dias.» Con esto la minoría no fué osada ni á indicar siquiera su desagrado con un ademan, y el decreto pasó al fin; y durante las seis semanas siguientes, la matanza tomó proporciones

hasta entónces desconocidas en la horrible, feroz y sangrienta tragedia del Terror.

## XXX.

El mal se hizo insoportable, y á virtud de él aquella tímida mayoría que durante algun tiempo sostuvo á los Girondinos, dándose por satisfecha despues de su caída con aprobar en silencio los decretos del Comité de Salud pública, se sintió fortalecida en cierto modo de su propia desesperacion. Figuraban en ella hombres de carácter firme y atrevido, como Fouché y Tallien, los cuales, despues de haber estado entre los jefes de la Montaña, echaron de ver que sus vidas y las de séres muy caros á su corazon se hallaban en inminente peligro. Aparte de esto, se hacia imposible ocultar el cisma que separaba en dos bandos los individuos de la Junta de Salud pública, poniendo de una parte á Robespierre, Saint-Just y Couthon, y á Collot y Billaud de otra: Barère, ántes se hallaba con los últimos que no con los primeros; pero en ningun caso resuelta y francamente, porque, segun su costumbre de cada vez que presentia una crisis, contemporizaba con los opuestos bandos, ó los atacaba sucesivamente, quedándose á la expectativa y dispuesto á entonar alabanzas al vencedor y á firmar la sentencia de muerte del vencido con la *carrañola* preparada, cuya base formaban el árbol de la libertad, la sangre de los traidores, el puñal de Bruto, las libras esterlinas de la pérfida Albion; frases huecas que luégo podian sazonarse con los nombres de Robespierre ó de Billaud indistintamente.

El primer ataque dirigido contra Robespierre fué

indirecto. Porque como protegiera el tirano á cierta vieja llamada Catalina Théot, embaucadora, bruja, loca é intriganta juntamente, y esta mujer ejerciera sobre su espíritu la mayor influencia (cosa que nada tenia tampoco de singular, pues habiendo sido siempre muy dado á la supersticion y renunciado á la fe de sus padres, buscaba con ánsia desde entónces algo en que creer por absurdo que fuera), sabiéndolo nuestro Barère, formuló contra ella un capítulo de cargos semi-burlescos, concluyendo con pedir naturalmente que compareciera la malaventurada, en compañía de otros individuos de ambos sexos ante el Tribunal revolucionario, es decir, ante el verdugo. Sin embargo, cobarde y artero, no se atrevió á leer su obra en la Convencion, y otro individuo de ella fué quien asumió la paternidad de las bufonadas contenidas en el papel, pudiendo su verdadero autor gozar tranquilo y seguro de la sorpresa y del desagrado de Robespierre.

Pasados que fueron algunos dias, estimó Barère bastante cuanto habia hecho en pro de uno de los partidos, y que ya era llegada la ocasion de reconciliarse con el otro. En consecuencia de esto, el 7 de Termidor pronunció en la Convencion un panegrico de Robespierre, «representante del pueblo, dijo, que gozaba de patriótica fama, merecida en cinco años de trabajos, durante los cuales aparecieron en toda su grandeza sus principios de libertad é independencia.»

El dia 8 pudo verse de una manera clara que se acercaba la hora de la batalla. Robespierre rompió el fuego, subiendo á la tribuna y pronunciando un discurso lleno de invectivas y denuestos contra sus adversarios. Se propuso la impresion de su filípica, y Barère habló en este sentido; pero la Convencion

se opuso á ello. Entónces nuestro héroe comenzó á buscar el modo más eficaz y pronto de que le fuera perdonado su primer discurso, rogando á los convencionales que se abstuvieran de polémicas infructuosas para el bien de la patria y ocasionadas sólo á complacer á Pitt y al de York. Al fin estalló la crisis el 9 de Termidor, día para siempre memorable. Tallien expuso la vida en él bizarramente, y dirigió el ataque, siguiéndolo Billaud, desencadenándose con tanta furia la tempestad de odios y venganzas comprimida por el terror largo tiempo, que acabó derribando cuantos obstáculos encontró al paso. Barère, que acechaba la ocasion y la presa, cuando vió que la campanilla presidencial y los gritos de *¡abajo el tirano!* ahogaban la voz de Robespierre, que luchaba inútilmente para ser oído, acabando por proferir sonidos inarticulados, se levantó, comenzó su arenga con vacilacion y timidez, estudiando el efecto de cada una de sus palabras en el auditorio, y al persuadirse de que se hallaba dispuesto y resuelto á todo, se declaró contra su defendido de la vispera, subiendo de punto su saña y su elocuencia en la medida que los artilleros de Paris y el pueblo iban adhiriéndose á la causa de la Cámara, y llegando á su apogeo al saber que la victoria era suya, pues entónces habló de Pisistrato y de Catilina, para concluir pidiendo la cabeza de Robespierre y de sus cómplices. Aprobada la proposicion, al dia siguiente murieron en la guillotina los vencidos del Comité de Salud pública y sus principales adeptos. Un año justo hacia que Barère habia comenzado la carrera del crimen, proponiendo la proscripcion de sus antiguos compañeros los Girondinos, y es muy dudoso, á nuestro parecer, que ningun otro sér humano haya logrado acumular mayor número de asesinatos y de

maldades en el espacio de trescientos sesenta y cinco dias.

## XXXI.

No hay duda de que los tres individuos de la Junta de Salud pública, vencedores de los otros tres que sucumbieron con motivo de los sucesos del 9 de Termidor, fecha de las más importantes en la historia de Europa, eran tan perversos como ellos, y acaso los ménos malos de todos Robespierre y Saint-Just, por ser su crueldad producto de sincero fanatismo, limitada inteligencia y natural envidioso. No así Barère, el peor de los seis, que ninguna fe tenia en las partes del sistema sustentado por él á fuerza de persecuciones y matanzas; que mandaba sus semejantes al patíbulo sin más causa que ser parientes en tercer grado de un realista, no estando convencido de las ventajas de la república sobre la monarquía; que acasaba y condenaba á muerte sus antiguos compañeros á pretexto de federalismo, siendo más federal que todos juntos; que se hizo asesino por miedo únicamente, y que continuó siéndolo despues sólo por gusto de matar.

Pero el vulgo que se halla siempre dispuesto á personificarlo todo, designa un individuo, las más de las veces sin criterio, por representante de las grandes evoluciones del humano espíritu y de las grandes catástrofes, y concentra en él odio, amor, admiracion ó desprecio, cuando debiera equitativamente repartir su mala voluntad ó su afecto entre los partidos, las sectas, los pueblos ó las generaciones. Acaso ningun hombre haya sufrido más que Robespierre de la manera de ser dicha y pro-

pia de las muchedumbres; porque no solamente se le considera cual en realidad fué, á saber, como fanático, envidioso y malo, mas tambien como la encarnacion del Terror y personificacion del Jacobinismo; siendo la verdad que no puede achacársele las últimas iniquidades del sistema cuando extremó en sus postrimerías las infamias y horrores; que los momentos más temerosos en la historia del Tribunal revolucionario de Paris fueron los inmediatos precursores del 9 de Termidor, y que no concurría entónces ya Robespierre á las reuniones de la Junta soberana, cuyos negocios corrían á cargo de Billaud, Collot y Barère.

No advirtieron estos tres tiranos que, derribando á Robespierre, echaban por tierra el sistema del Terror, al que todos mostraban más predileccion que nunca le tuvo él, y quisieron proseguir matando más despiadadamente aún que lo hicieron en los días más luctuosos de aquel período sangriento, sin comprender el carácter y el espíritu de la gran crisis que se acercaba. Porque al quebrar la Convencion el yugo de la Junta de Salud pública reconquistó su libertad, y al ensayar sus fuerzas, venció y castigó á sus enemigos. Y en prueba de que se inauguraba con aquel suceso una gran reaccion, veinticuatro horas despues de la muerte de Robespierre se propuso y aprobó en medio de atronadores aplausos la suspension de las sesiones del Tribunal revolucionario. No se hallaba presente Billaud, pero acudió al cabo de cortos momentos, y al saber lo sucedido, montó en cólera y pidió se anulara el acuerdo, contestándole la Cámara con gritos negativos, que partían de los mismos hombres poco ántes tan sometidos y obedientes á sus mandatos. Barère hizo uso de la palabra el mismo

dia, rogando á la Convencion que no abandonara el sistema terrorista, diciendo: «Guardaos principalmente, ciudadanos, del funesto y pernicioso moderantismo que habla de paz y de elemencia, pues se hace necesario persuadir para siempre á los aristócratas de que aquí no se sientan sino vengadores constantes y jueces implacables.»

## XXXII.

Empero el tiempo de las *carmañolas* habia pasado. El miedo no ejercía el mismo imperio que ántes, y el odio de la nacion contra los Jacobinos se manifestaba con violencia tan incontrastable, que nunca fueron más impetuosas las corrientes de la opinion pública en contra de la monarquía y la nobleza el día de la Bastilla, que á la sazón en contra del despotismo de la Montaña. Los presos salieron á centenares de las cárceles, y el decreto en cuya virtud se prohibía dar cuartel á los ingleses por los soldados de la república, fué abolido en medio de grandes aplausos y aclamaciones; y cuando recordamos cómo se aprobó, de qué manera tan resuelta lo rechazó la opinion del ejército, no cumpliéndolo nunca, y con cuánto entusiasmo se anuló, no es posible reputarlo por mancha en la historia de Francia. El club de los Jacobinos, que no queria ceder, fué suprimido. Los diputados Girondinos que salvaron á la matanza de sus correligionarios, ocultos en desvanes, sótanos y cuevas, librando así de la venganza de sus enemigos, volvieron á tomar asiento en la Cámara. No pasaba día sin que se hicieran grandes desagravios á grandes injusticias. En las calles de Paris se advertían á cada paso muestras

inequívocas del cambio que se verificaba. En los teatros derribó de sus pedestales el pueblo é hizo pedazos los bustos de Marat, con aplauso unánime de la concurrencia; su féretro fué arrojado fuera del Panteon, y la famosa pintura conmemorativa de su muerte, que adornaba la sala de sesiones de la Convencion, quitada de allí. Las bárbaras inscripciones que cubrian las esquinas desaparecieron como por encanto, y en lugar de palabras de muerte y de terror se leyó la consigna del nuevo Gobierno: *Humanidad*. Volvió á recuperar el carácter frances su alegría proverbial, comprimida ó perdida casi con el espanto y la desolacion pasada, y se reveló bajo mil formas diversas al despuntar de aquella feliz aurora de redencion. Reaparecieron con ella las artes, el buen gusto y el lujo. La hermosura y las gracias femeniles reconquistaron su legítimo imperio, como no podia ménos de suceder, siendo su reinado tanto más dulce, amable y avasallador, cuanto que aumentaban su prestigio, irresistible siempre, los recuerdos conmovedores de las virtudes sublimes de que dieron altísimos ejemplos en los dias aciagos y terribles de la Revolucion las mujeres francesas de todas las clases sociales, y aún más aquellas damas educadas en el ocio, el mimo y el regalo de la grandeza, y reputadas por frívolas y débiles. La cultura, los buenos modales, la civilizacion y el espíritu caballeresco germinaron entónces en el hombre, cual siempre, bajo la influencia de la mujer. Tpo se trasformó, cobrando nuevo sér y vigor nuevo al propio tiempo, de tal modo, que, pensar en la trasformacion maravillosa que realizaria el sol radiante de los trópicos, apareciendo en medio de la oscura y helada noche del polo ártico, ahuyentando las sombras, fundiendo las montañas de hielo, reani-

mando la vida vegetal, haciendo brotar plantas y flores, y devolviendo su curso á los rios y á las fuentes; en una palabra: imaginar nueva creacion, sacando nuevo paraíso de nuevo caos, acaso no fuera bastante á dar idea remota de los efectos producidos en Francia por la revolucion del 9 de Termidor, la más venturosa, feliz, natural, justa y necesaria de todas las revoluciones.

## XXXIII.

Con haber sido muy grande la explosion, por decirlo así, de buenos y generosos impulsos y deseos; con ser la divisa y norma de todos la palabra *humanidad*, aún quedaban muchos hombres en Francia contra quienes pedia venganza la misma misericordia. Eran éstos los jefes del último Gobierno, y así á ellos como á sus satélites nadie los llamaba de otra manera que apellidándolos canibales, tigres, hienas, vampiros y asesinos. En algunas poblaciones de Francia, en las cuales se habian mostrado los agentes de la Montaña más bárbaros y feroces que sus colegas en la capital, el pueblo se hizo cargo de ellos y los acabó, empleando el expeditivo procedimiento jacobino: en Paris se aplicaron los castigos con orden y decoro, siendo cortos en número y suaves por extremo, comparados con la cifra y magnitud de sus crímenes. Pocos dias despues del 9 de Termidor fueron presos dos de los hombres más viles que hayan existido en país alguno, á saber: Fouquier-Tinville, á quien Barère habia colocado en el Tribunal revolucionario, y Lebon, á quien Barère defendió ante la Convencion: otro malvado, Carrier, el tirano de Nantes, corrió igual

suerte tambien, y la causa que se les instruyó puso de manifiesto tales horrores, infamias y crímenes, que aventajan á todo cuanto Suetonio y Lampridio han dicho de los Césares más odiosos. Mas como no era posible castigar agentes secundarios, que, por malos que fueran, habian procedido de conformidad con el espíritu del Gobierno á quien servian, dejando libres y sueltos á los inspiradores del estrago, así en el seno de la Convencion como en las masas resonó un clamor universal, acusando á Collot, Billaud y Barère.

A pesar de sus defectos, eran Collot y Billaud hombres animosos, y por tanto, al estallar la revolucion de Termidor nada hicieron que significara de su parte acatamiento al suceso, limitándose ambos á oponer al odio universal, primero encono y resistencia, luego taciturna y triste calma; pero Barère, cediendo á sus instintos y naturales inclinaciones, no bien comenzó á darse cuenta del verdadero carácter de la reaccion iniciada, se ingenió buscando el modo de abandonar á los Montañeses vencidos y de ingresar de nuevo en las filas de los moderados vencedores, manifestando en toda ocasion que no habia sido nunca partidario de las medidas violentas, y que nadie deploró más que él los bárbaros tratamientos impuestos á los Girondinos; y predicando la misericordia desde aquella misma tribuna en que habia predicado tantas veces el exterminio, exclamó cierto dia penetrado de fervor humanitario: «Llegó al fin el tiempo de poder abandonarnos sin riesgo á los puros y generosos impulsos de la clemencia; momentos venturosos en los cuales la prision temporal debe parecernos castigo suficiente á los errores políticos!» Aun no hacia dos semanas que de lo alto de la misma tribuna fulminaron sus

labios amenazas de muerte contra cuantos fueran osados á invocar la moderacion y la clemencia, y que habia dado de mano á la tarea de proveer de víctimas de ambos sexos la guillotina de Paris á razon de trescientas por semana. Como se ve, no perdonaba medio de hacer paces con los conservadores á costa de los Terroristas, del propio modo que hizo doce meses ántes con éstos á costa de aquéllos; mas lo engañó el deseo: la retirada no era ya posible, porque hasta su rostro, su voz, sus frases, sus chanzonetas, todo cuanto fuera suyo se habia hecho aborrecible á la Convencion; de tal modo, que cuando hablaba lo interrumpian á cada paso los murmullos y las muestras de desagrado, dándole todos en cara con acerbas palabras su cobardía, su bajeza y su perfidia constante. Y tan odiado se hizo, y cuanto pudiera recordarlo, que, como al dar Carnot cierta ocasion cuenta de una victoria se olvidara de la gravedad de su carácter hasta el punto de usar frases propias de la elocuencia bareriana en casos análogos, gritó unánime toda la Cámara: «¡Basta ya de *carmañolas!* ¡Nada de Barère!»

Al fin, cinco meses despues de lo de Termidor acordó la Convencion que se formara una junta de veintiun individuos encargados de examinar la conducta de Billaud, Collot y Barère, la cual formuló dictámen pocas semanas despues. En este documento se consigna el hallazgo de papeles suscritos de nuestro héroe, comprensivos de una proposición al efecto de perfeccionar el sistema terrorista, y en cuya virtud deberia dividirse la Francia en circunscripciones bajo la jurisdiccion de tribunales revolucionarios, sin residencia fija y compuestos de Jacobinos probados, que viajaran de una parte á otra

que sólo trata del odio y del desprecio inmenso que inspiraba.

El coche de camino en el cual entró y debía viajar siguió la calle de Saint-Honoré, rodeado de numerosa escolta. Poco tardaron los transeuntes en darse cuenta de lo que se trataba, y rodearon el carruaje, agregándoseles centenares de personas llevadas de la curiosidad al oír sus gritos y amenazas. Al llegar frente á las gradas de la iglesia de San Roque, la muchedumbre se agolpaba de tal modo que no sin grandes dificultades pudieron el conductor y los guardias abrirse paso por aquel muro de hombres, mujeres y chiquillos vociferando y gesticulando en actitud hostil y dispuestos á romper las portezuelas del coche, sacar de él al preso y arrastrarlo. Viéndose Barère en ocasión de tanto peligro, y temiendo á cada instante perder la vida, pidió á la escolta que lo amparase de la ira popular, guardándolo en un edificio público allí cercano, hasta que la calle quedara libre. Al propio tiempo, la Convención, sabedora de la ocurrencia, discutía en orden á Barère, llegando algunos de sus individuos á proponer que se le tratara como él lo había hecho con muchos mejores que no él, declarándolo fuera de la ley y entregándolo sin más juicio al brazo del verdugo. Pero las máximas de humanidad que habían prevalecido por regla general en los acuerdos tomados despues del 9 de Termidor, inspiraron á los convencionales otra conducta.

La noche dispersó los grupos; y como á las doce ya no quedaran en la calle ni los más rezagados, sacaron á Barère, y convenientemente protegido lo trasladaron á la opuesta orilla del Sena, donde lo esperaban dos carruajes al principio de la carretera de Orleans. En el primero estaba Billaud, acomoa-

gado de dos oficiales; en el segundo aguardaban á Barère otros dos. Collot había marchado ya en igual forma.

Llegados que fueron los tres á Orleans, ciudad que hubo de sufrir tantos estragos de la tiranía de los Jacobinos, el pueblo rodeó los coches, pidiendo las cabezas de los prisioneros, los cuales debieron su salvación á la prontitud con que acudió toda la guardia nacional de los barrios más próximos. A pesar de esto, gran golpe de gentes persiguió á los presos largo espacio por la carretera de Blois.

En Amboise supieron los conductores que Tours se prevenía para recibir dignamente á Barère, Collot y Billaud, y que el magnífico puente de la ciudad estaba lleno de furiosa muchedumbre, aguardando su llegada, para dar con ellos en el río, ya que bajo su funesto Gobierno habían cegado su cauce á fuerza de ahogar en él tantos infelices. Con estas nuevas, los oficiales encargados de custodiarlos hicieron de modo que no llegaran á Tours hasta las dos de la madrugada, dirigiéndose sin parar á la casa de postas. Pero por pronto que cambiaron los tiros y partieron á galope, ya el pueblo avisado acudía en seguimiento de los fugitivos con hachones encendidos y armas de todas clases, lanzando gritos de coraje al ver que la presa escapaba de aquel modo á su saña vengadora.

En Poitiers corrieron asimismo grandes peligros; como que en el punto que arrancaban los caballos de la casa de postas les iba á los alcances la población, entera embravecida y furiosa, para destrozarlos. Pasaron cerca de Niort sin atreverse á entrar; pero ya los aguardaban en el camino para dar cuenta de sus personas, siendo necesario que los postillones pusieran los caballos al galope, librando por

tal modo á los prisioneros de muerte cierta. Después de un viaje tan azaroso llegaron los tres asesinos á la Rochela.

## XXXV.

A poco de hallarse Barère, Billaud y Collot en la Rochela, fueron trasladados á Oleron, isla triste y agreste que azotan las soberbias olas del golfo de Gascuña. Los encerraron en el castillo separadamente, con centinelas de vista, proveyéndolos de racion de soldado, prohibiéndoles comunicarse con la guarnicion y vecinos de la isla y autorizándolos tan sólo á pasear por las murallas, permiso que muy luégo quedó restringido y limitado á la explanada en donde hacía ejercicio la guarnicion.

Poco después de su llegada se supo en Oleron que los Jacobinos de París habían hecho el último esfuerzo para recuperar el perdido ascendiente; que la sala de sesiones de la Convencion había sido allanada por el populacho; que habían asesinado á un individuo de ella y paseado en triunfo su cabeza, puesta en la punta de una lanza; que la vida del presidente había estado en inminente peligro, y que varios convencionales se habían adherido al tumulto. Pero con estas nuevas llegaron también las de haber sido sofocada la insurreccion con auxilio de las tropas, que así evitaron á París la vergüenza y el duelo de una matanza. Después de quedar vencidos los insurrectos, se procedió al desarme de los barrios turbulentos de la capital, y al castigo consiguiente de los diputados traidores; con lo cual acabó definitivamente la perniciosa y funesta influencia de la Montaña. Y como los sucesos que ocasionaron es-

tas medidas aumentaron el ya grande aborrecimiento que todos tenían al Terror y á los inventores del sistema, un diputado pidió que los prisioneros de Oleron expiaran sin tardanza sus crímenes en el patíbulo, y otro que volvieran á París para ser juzgados por un consejo de guerra; proposiciones ambas que fueron rechazadas. Pero siendo necesario conceder algo, ya que no todo, al partido que reclamaba medidas severas de represion y de castigo, se dispuso deportar á la Guyana á Collot y Billaud, para donde salieron inmediatamente; muriendo Collot á poco de llegar por efecto de su incontinencia en las bebidas espirituosas, y pasando Billaud, ántes de acabar, largos años en horrible soledad, huyendo de las gentes y rechazado de ellas, y enseñando á hablar los loros que cogia. Por lo tocante á Barère, ni en sus *Memorias* ni en ningun otro libro hallamos las causas de la diferencia establecida entre sus compañeros y él; mas si no fué deportado como Collot y Billaud, poco tardó en comprender que acaso el privilegio ántes sería pasajero y aparente que no durable y positivo, pues recibió la orden de comparecer ante la sala de lo criminal del departamento de la Haute-Charente. Trasládaronlo, pues, al continente y lo encerraron en un antiguo convento de Saintes, transformado en cárcel á los principios de la Revolucion.

Mientras vegetaba recluso nuestro Barère, la reaccion iniciada por consecuencia de la crisis de Termidor quedó en suspenso un espacio momentáneo. Porque, como los parciales de la casa de Borbon, fiados en la indulgencia con que los trataban desde la caída de Robespierre, no sólo se atrevieron á declarar casi públicamente sus opiniones, sino que acabaran empuñando las armas contra la Con-

vention, y para someterlos se hiciera necesario derramar mucha sangre y causar muchas víctimas en las calles de Paris, la vigilancia de las autoridades se contrajo principalmente á los realistas, cediendo algun tanto el rigor ejercido con los Jacobinos. Habia resuelto la Cámara, por último, que Barère fuera deportado á la Guyana; pero no sólo el nuevo cáriz que presentaban los negocios públicos influyó para reducir á letra muerta su acuerdo, sino que, probablemente auxiliado de personajes poderosos, pudo entónces fugarse de Saintes y recogerse á Burdeos, donde permaneció algunos años oculto; pareciendo más bien que hubiera entre sus perseguidores y él tácito convenio de no molestarlo mientras no hiciese alarde público de su persona; pero que si lo hacía sufriera las consecuencias de su temeridad.

## XXXVI.

Mientras la Constitución de 1793 estuvo en vigor con su Directorio ejecutivo, y sus Consejos de los Antiguos y de los Quinientos, vivió Barère bajo la constante amenaza de la ley, siendo en vano que, cuando pareció triunfar de nuevo la política de la Montaña, solicitara la remision de la pena que le impuso la Cámara, porque hasta los mismos regicidas, autores de las matanzas de Vendimiario y de las prisiones de Fructidor, se avergonzaban de él.

Pero diez y ocho meses despues de su evasion, volvió á pronunciarse públicamente su nombre. Bueno será decir á este propósito que todavía conservaba en su provincia cierta popularidad. Porque aun cuando no habja vuelto más á ella desde la caida

del Rey, como los montañeses gascones vivian léjos del asiento del gobierno, é ignoraban de todo en todo, ó sólo sabian de una manera imperfecta cuanto en él pasaba, y tenian noticia únicamente de que su compatriota logró representar principalísimo papel en Paris, y de que várias veces sirvió la causa de sus intereses locales, permanecianle fieles y constantes en la desgracia con una firmeza que contrastaba de muy singular manera con la miserable versatilidad de quien era objeto de ella. De aquí que lo eligiera entónces el departamento de los Altos Pirineos para el Consejo de los Quinientos. Mas el Consejo, árbitro y juez de la eleccion de sus individuos, le cerró sus puertas. «¿Quién de vosotros, exclamó un individuo de la Cámara, oyendo leer su nombre, querrá sentarse al lado de semejante monstruo? — ¡Ninguno!» contestaron de todos los baneos;—y un diputado añadió que renunciaria el cargo, si se presentaba en el Consejo el infame. La eleccion se anuló, pues; pero consignando en el dictámen que se hacía esto por tratarse de un criminal que buscaba el modo de sustraerse á la justicia, merced á expedientes habilidosos, y al propio tiempo severa censura contra la indulgencia excesiva que le consentia vivir libre debiendo estar en la cárcel.

Así las cosas, intentó reconciliarse con el Directorio, escribiendo contra Inglaterra un voluminoso libelo titulado: *De la libertad de los mares*; y era tanta su esperanza de producir efecto, que dispuso fírar tres mil ejemplares, y vendió para subvenir á los gastos de la edicion una de sus haciendas. El libro pareció; pero nadie quiso comprarlo, contra tiempo debido, segun Barère, á la malicia de mister Pitt, que sobornó al efecto el Directorio, consi-

guiendo que los publicistas y críticos no dieran cuenta del ataque tan formidable que dirigía en sus páginas al engrandecimiento marítimo de la pérdida Albion.

Tres años iban ya trascurridos desde la evasión de Barère, durante los cuales había residido en Burdeos, cuando supo que sus moradores trataban de hacerle una visita el 9 de Termidor, con el objeto de aplicarle aquel procedimiento que otro tiempo calificó él mismo, en la defensa de Lebon, de «justicia práctica en forma un tanto rigurosa;» y como no le placiera el proyecto, huyó disfrazado de calafate, llevando sobre sus espaldas un cesto de virutas, y refugiándose durante algunos días en la choza de un campesino hasta que pasó con exceso el terrible aniversario. De allí á poco volvió á correr nuevo peligro, pensando con esto no hallar seguridad y reposo sino en los alrededores de París, á donde se dirigió rápidamente, cruzando sin ser descubierto las poblaciones donde cuatro años ántes se vió tan cerca de perder la vida. Llegó á la capital muy de mañana, y sin detenerse un punto siguió hasta el bonito pueblo de Saint-Ouen, orillas del Sena, donde vivió solitario durante algunos meses. Por aquel tiempo fué cuando volvió Bonaparte de la campaña de Egipto, y poniéndose al frente de los partidos malcontentos coligados, y amparando sus designios de la autoridad de los Ancianos, expulsó á los Quinientos de la Cámara y se alzó con el imperio absoluto de la Francia, bajo el nombre de Primer Cónsul.

## XXXVII.

Al dar cuenta del suceso mencionado, dice Barère que le quebró el corazón; que no pudo acostumbrarse á la idea de ver de nuevo sometida la Francia y vasalla de un amo, y que si los representantes hubieran tenido conciencia de su dignidad habrían hallado medios de contener al general ambicioso que los insultaba. Sin embargo, esto no fué parte á impedirle solicitar la protección del nuevo Gobierno, y enviar sin más tardanza un ejemplar de lujo de su *Ensayo sobre la libertad de los mares* al Primer Cónsul.

Bonaparte abrigaba entónces el propósito de correr un tupido velo sobre lo pasado; lo cual nada tenía tampoco de extraño tratándose de quien, como él, á un tiempo mismo era revolucionario y reaccionario, hombre del pueblo por su origen, déspota por instinto, medio jacobino y medio monárquico, vera efigie de la Revolución coronada. Partiendo de estas premisas, cuantos se mostraron dispuestos á sostener resueltamente su gobierno, ya fueran realistas ó regicidas, tuvieron buen acogimiento en él, y cuantos, por el contrario, se le declararon hostiles, regicidas ó realistas, quedaron vencidos y castigados; viéndose así, unos al lado de otros, en sus antesalas y en sus cárceles, á los hombres que participaron en los mayores crímenes del Terror y á los que derramaron su sangre peleando en el ejército de Condé, y condecorados con las mismas insignias á Fouché y á Maury, y muertos en el mismo cadalso á Cadoudal y Arena. No era difícil, pues, que un Gobierno inspirado en tales principios, diese

á Barère la satisfaccion que constantemente le negó el Directorio, anulando en su virtud la sentencia que pesaba sobre él, y autorizándolo á residir en París. Bien es cierto que no alcanzó el perdón tan suspirado en forma muy lisonjera, porque hubo de resignarse á pasar algun tiempo bajo la vigilancia de la policia; pero esto no le impidió acudir al palacio del Luxemburgo, residencia entónces de Bonaparte, para saludarlo y hacerle la corte, recibiendo en pago de sus homenajes y serviles acatamientos lacónicas y frias palabras del amo y señor de Francia.

## XXXVIII.

Aquí comienza nuevo capítulo de la historia de Barère; y áun cuando no podemos conocer tan exactamente sus relaciones con el Gobierno consular como sus discursos é informes dirigidos á la Convencion, no es difícil, merced á hechos públicos y notorios y á especies consignadas en sus *Memorias*, persuadirse de la verdad. Bonaparte quiso comprar á Barère; Barère quiso venderse á Bonaparte; lo demás del caso consistió lisa y llanamente por ambas partes en el precio, siendo inmensa la diferencia entre la cantidad pedida y la ofrecida, y muy ocasionada por tanto al regateo.

La pasión, la fuerza de voluntad, la firmeza en los designios, la fe ciega en su estrella y en su ingenio, se hallaban desarrolladas en Bonaparte de una manera tan extraordinaria que rayaba en lo extravagante, y debido á esto, sentia profundo menosprecio por Barère, el más afeminado, abyecto y servil de los hombres. Por otra parte, si el general

era capaz de cometer crímenes bajo la influencia de ideas de ambicion ó de venganza, no se hallaba en modo alguno tocado de la terrible monomanía del crimen, ni experimentaba la sed de lágrimas y sangre que perturbaba los espíritus de ciertos jefes jacobinos. Detestaba profundamente á los terroristas; pero proscribirlos habria sido contrario á su política. A esto acaso debió Barère, el peor de todos, su salvacion los primeros momentos; pues, por lo demás, no es fácil acertar cómo utilizaría el Primer Cónsul en los rodajes de su complicado sistema un miserable condenado por la Convencion, y luégo por el Consejo de Quinientos, á quien los moradores de cuatro grandes ciudades habian querido hacer pedazos, y que no compensaba en modo ninguno sus defectos con aptitudes administrativas ni de otra índole. Pero si no hubiera sido prudente colocar en un puesto de honor y de importancia personaje tan despreciable, infame, odiado é incapaz de ejercer funciones políticas, podia empleársele de modo que fuera útil. Habíase formado elevadísimo concepto de su talento como escritor el Primer Cónsul, equivocacion que reconoció más adelante; y el error provenia del efecto que hubieron de producir en los campamentos del ejército republicano los despachos del Comité de Salud pública, y en la natural inclinacion que tenía en su primera juventud el futuro emperador hácia este género de composiciones, análogas á las rapsodias de Macpherson, su poeta favorito. No queremos decir con esto que mejorase andando el tiempo el gusto literario del gran guerrero y estadista, porque nunca fué muy bueno, como dan testimonio de ello sus boletines, sus órdenes del dia y sus proclamas, pues si bien es cierto que á las veces son obras maestras

llevando la guillotina en el bagaje y el verdugo en su séquito.

Barère sostuvo en su defensa que no era posible, sin violar manifiestamente la libertad de la discusión, calificar de crímenes las proposiciones y discursos presentadas y pronunciados por él en el seno de la Cámara; y como le preguntaran por qué apelaba en su defensa tan resueltamente á este ardid despues de haber enviado al cadalso tantos diputados á causa de sus opiniones políticas expuestas por ellos en la Convencion, se limitó á contestar que debía deplorarse por todos, en efecto, la violación de tan grande y laudable principio. Luégo se atribuyó con el mayor cinismo mucha parte de la revolucion de Termidor; pero no hallándose dispuestos á reconocer sus pretensiones los hombres que habian arriesgado su vida para realizarla, y que, de fracasar en ella, sabian que Barère habria pedido sin vacilación sus cabezas para la guillotina, y redactado á seguida un manifiesto anunciando á la Francia su crimen y su castigo juntamente, le recordaron que euarenta y ocho horas, no más, ántes del conflicto decisivo, pronunció en la tribuna pomposas alabanzas en favor de Robespierre. Con ésto creyeron sellar sus labios, acaso por no conocerlo; mas fué vana la intencion si la hubo, porque replicó al punto con las siguientes palabras dignas de la villanía proverbial de su carácter, diciendo: «Era necesario el disimulo en aquellos momentos. Hacía falta lisonjear la vanidad de Robespierre y ponerlo en el trance de lanzarse á la lucha. Hé ahí la razon de las alabanzas que ahora se me imputan á falta, como si álguien hubiese hallado merecedor de vituperio el disimulo de Bruto con Tarquino.»

Sólo quedaba una esperanza de salud á los triun-

viros acusados: el populacho. Porque como los Jacobinos atribuyeran la miseria general que hacía sentir sus efectos en Paris entre la clase trabajadora, no sólo á la revolucion de Termidor, sino á la indulgencia con que se trataba por el gobierno á los aristócratas y á las medidas adoptadas contra los jefes de la última administracion, y como tambien sea materia dispuesta siempre á creer los mayores absurdos la muchedumbre indigente y menesterosa, los habitantes del arrabal de San Antonio se alzaron en armas, amenazando á los diputados y pidiendo con grandes voces la libertad de los patriotas perseguidos. Mas no era ya la Convencion lo que otro tiempo, cuando la plebe hacía uso de medios análogos contra los Girondinos, pues habia cobrado fuerzas y vigorizado su espíritu con el ensayo de Termidor, y disponia de recursos militares. El orden se restableció, pues, sin más tardanza, y la noche misma se acordó que Collot, Barère y Billaud fueran conducidos inmediatamente á lugar seguro fuera de la capital, quedando cumplida la orden la mañana siguiente.

## XXXIV.

La relacion que ha dejado Barère de su viaje nos parece la parte más interesante y digna de fe de sus *Memorias*, porque no hay persona, por envilecida y degradada que se halle, cuyo testimonio no pueda, en justicia, ser admitido cuando es en contra suya; siendo licito por tanto, pero sólo en este caso, dar crédito á la palabra de nuestro héroe, toda vez

en su género, fácil es descubrir en sus más renombradas producciones recuerdos de Fingal y *carmanilas*. Por lo tanto, no debe de parecer extraño que se propusiera utilizar el concurso de la pluma de Barère. También podía el ex-terrorista prestar otros servicios no menos importantes al Gobierno consular. Podía penetrar en las oscuras guaridas en donde los Jacobinos, cuya constancia no se quebrantaba con los reveses, ó cuyos crímenes no recibían condigno y legal castigo, huían de las maldiciones de la humanidad; y como ninguna empresa por temeraria ó bárbara que fuese debiera parecer imposible de realizar á imaginaciones perturbadas del fanatismo, aconsejadas de la miseria y familiarizadas con la muerte, necesitaba saber el Gobierno cuanto pasara en sus conciliábulos secretos, y nadie más á propósito que Barère para facilitar estas noticias.

## XXXIX.

El Primer Cónsul se proponía, pues, emplear á Barère como escritor y como espía, utilizando su inteligencia y su aptitud para entrambos oficios. Pero, ¿sería posible que Barère quisiera prestarse á ello, sometiéndose á semejante humillación y á tan grande rebajamiento? Era un infame; pero había representado gran papel: figuró en una cuadrilla de criminales, cuyas fechorías estaban en la memoria de todos; pero había formado parte de un gobierno árbitro de la Francia, que hizo la guerra con éxito á la Europa entera, y fué, si no el más poderoso, el más conocido de todos los individuos que figuraron en aquel Gabinete, excepto Robespierre; su nombre gozaba de universal notoriedad de Cádiz á Moscou

y de Lóndres á Filadelfia; era el causante principal de la muerte de María Antonieta, y de los más famosos tribunos y más profundos filósofos de Francia; había pedido la destrucción de Lyon, y el arado trazó sureos sobre sus escombros; había pedido la ruina de Tolon, y así acordó la Cámara que fuera. Cuando la perversidad alcanza tan alto grado y sube tanto de punto, el odio que infunde participa mucho del miedo que causa, y así, un malhechor famoso como Barère tenía su puesto señalado de antemano entre los grandes tiranos, con Critias, Sylva, Ecceolino y Borgia, no con escritores asalariados á tanto la línea, ni con polizontes y espías.

«Convengo en que la virtud es una palabra vacía de sentido, decía Pope; lo que no alcanza es que no se tenga la dignidad del vicio.» Así lo comprendía Barère, y por eso cuando le propusieron ponerse al frente de un periódico mantenedor de la política del Primer Cónsul, la vergüenza y la ira le inspiraron por primera y última vez algo parecido al valor; que habiendo llegado á ocupar á los ojos de la humanidad un puesto tan visible y de tanta importancia como Washington y Mr. Pitt, le ofrecían que descendiese al nivel de Mr. Lewis Goldsmith. Demas de esto, consideraba con envidia y desesperación la inmensa diferencia establecida entre él y otros hombres de Estado revolucionarios á quienes brindaba el nuevo gobierno con cargos importantes en los diversos ramos de la administración pública, y que, si bien tenían que hacer el sacrificio de sus principios, no sacrificaban en modo alguno aquello que para el vulgo constituye la dignidad personal, siendo tribunos, legisladores, ministros plenipotenciarios, consejeros de Estado, senadores, secretarios del despacho y cónsules; pues, razo-

nablemente pensando, podían esperar elevarse al propio tiempo que Bonaparte, llegando á ser, como lo fueron algunos de ellos, condecorados de la Legión de Honor y de la Corona de Hierro, archicancilleres y architesoreros, y condes, duques y príncipes de la futura nobleza. Seis años ántes fué Barère mucho más célebre y poderoso que todos ellos juntos, y á la sazón miéntras á ellos se reputaba dignos de representar en el extranjero la majestad de la Francia, y daban audiencias á la muchedumbre de los pretendientes en salones revestidos de seda y oro, á él se relegaba en completa oscuridad, para ejercer el oficio ingrato y secundario de director de un diario semioficial. El sacrificio era inmenso, y á su parecer tan grande, que sus labios, nunca osados hasta entónces á formular negativas, la pronunciaron categórica y acerba. «No pude, son sus palabras, rebajarme al punto de servir sólo para redactar periódicos en el gobierno del Primer Cónsul, en tanto que hombres tan insignificantes, vulgares y serviles como los Treillard, Roederer, Lebrun, Maret y tantos otros á quienes me parece inútil mencionar, ocupaban los primeros empleos en aquella *situación de personajes imprevistos*.»

Mas no duró mucho tiempo este acceso de dignidad en grado heróico. Porque como Napoleon permaneciera inflexible, á Barère no le quedó más medio de merecer favor del Gobierno sino refrenar su orgullo, doblar la cerviz al yugo del vencedor, olvidando que habria podido en otro tiempo con sólo decir tres palabras enviar al patíbulo á los tres cónsules; rendirse á discreción, y trabajar humilde, discreta y activamente para el Primer Cónsul, escribiendo pomposos panegíricos á favor suyo, y sangrientas diatribas contra la Inglaterra. Bueno será

consignar tambien que hubo un momento en que Bonaparte pensó llevar á Barère al Consejo de Estado, pero que sus individuos se opusieron á ello resueltamente, manifestando que semejante nombramiento sería deshonorar la corporacion

## XL.

Se ha dicho y repetido hasta la saciedad, no sabemos con qué fundamento, que Barère quedó encargado así de redactar escritos como de censurar los de otros publicistas. Él niega el hecho; pero, en vista del ningún crédito que merece su palabra, cuando ménos debe quedar en suspenso todo juicio; pudiendo, sin embargo, decirse que si, en efecto, no aceptó el empleo, no fué por escrúpulos de conciencia, ni por delicadeza, cosas ambas de que carecia en absoluto, pues consintió en ejercer un oficio que, comparado con el de censor, por odioso y feo que parezca éste, se antoja magistratura benéfica y augusta. Barère ingresó en las filas de la policía secreta, y se hizo espía...! rebajándose al punto de aceptar un empleo más degradante que cuantos puedan existir. Y como cada vez que se alistaba en las filas de un partido tenía la costumbre de celebrar el bautismo de su nueva fe con las cabezas de algunos amigos antiguos, entónces hizo lo propio. Primero fué realista, y al hacerse republicano regó con la sangre de Luis XVI el árbol de la libertad; luégo, al pasar á la Montaña, sacrificó á los Girondinos, con quienes habia militado; despues se arrastró á los piés de Robespierre hasta el 8 de Termidor inclusive, y el 9 pidió que sin tardanza lo guillotinaran: por eso, y á fin de no interrumpir su

tradicion, al afiliarse al servicio de la naciente monarquía, se apresuró á sacrificar por mano del verdugo á varios republicanos.

Citaremos un caso. Tenía Barère un amigo de la mayor intimidad llamado Demerville, el cual ejerció cargos de confianza en tiempos del Comité de Salud pública. Demerville, que no sólo era Jacobino sino fanático por la política desarrollada en tiempo del Terror, secundado de otros hombres de sus ideas, tramó contra la vida del Primer Cónsul; y como dejara escapar algunas palabras respecto del negocio delante de Barère, corrió éste á seguida en busca de Lannes, jefe de la guardia consular, y lo delató, siendo preso el imprudente, juzgado y ejecutado; declarando contra él ante los jueces su antiguo amigo Barère.

La relacion que nos ha dejado Barère de tan vergonzosas transacciones ofrece un conjunto de noticias confusas, dispuestas con estudio, pero eficaces sólo á demostrar su infamia. Demas de esto, á traves de tanta falsedad y de tantas nebulosidades como acumula, puédense descubrir algunas verdades que pretende velar con el misterio; siendo para nosotros evidente que sospechaba el Gobierno en él lo que llaman los italianos doble traicion; recelo en nuestro concepto natural, toda vez que en época no lejána sostuvo ardientemente la doctrina jacobina, en que se reputa por merecedor de más grandes elogios á quien da muerte á un tirano que á quien salva la vida de un semejante. ¿Era posible que Barère, individuo de la Junta de Salud pública, matador del Rey y de la Reina, hubiera llegado al punto de hacerse espia de sus antiguos adeptos, compañeros y amigos, únicamente para castigarlos de haber tramado proyectos que, á contener una sola palabra de

verdad sus *carmañolas*, serian por todo extremodignos de loa? ¿No era más verosímil pensar que tomaba parte muy directa en las conjuras, y que si daba ciertas noticias lo hacía única y exclusivamente para extraviar y adormecer á la policia? Ello es que se hizo sospechoso; que lanzó el Gobierno espías en seguimiento del espia; que le dieron orden de alejarse de Paris, y de no acercarse á ménos de veinte leguas de la capital, y que hubo un momento en que corrió gravísimo peligro de ser desterrado á Madagascar con otros de sus amigos de la época del Terror.

Poco duró esta situacion, pues muy luégo se reconcilió con el Gobierno lo bastante á poder vivir no solo en paz y tranquilo por espacio de algunos años, sino hasta sirviéndolo en las más bajas regiones de la política. Así las cosas, se propuso visitar el Mediodía de Francia el verano de 1803, y entónces recibió de Duroc, quien, como es sabido, gozaba de la confianza y favor de Bonaparte, una carta cuyo contenido merece los honores de la re-  
produccion.

«Sabedor el Primer Cónsul, decia Duroc, de que se propone trasladarse á su departamento el ciudadano Barère, me encarga manifestarle su deseo de que permanezca en Paris.

»El ciudadano Barère hará una Memoria semanal, escrita, sobre el estado de la opinion pública, la marcha del gobierno y cuanto estime conveniente y necesario elevar á conocimiento del Primer Cónsul; redactando estos documentos con absoluta libertad. ®

»Cuidará el ciudadano Barère de poner en propia mano del general Duroc sus apuntes, en forma que pueda éste trasmitirlos en el acto al Primer Cónsul.

siendo requisito indispensable que nadie recele si quiera la existencia de tales relaciones, pues de lo contrario, el Primer Cónsul las dará por terminadas *ipso facto*.

»Podrá también, y con la debida frecuencia, escribir para los periódicos artículos encaminados á reanimar el espíritu público y á excitarlo principalmente contra los ingleses.»

## XLI.

Durante algunos años continuó ejerciendo Barère las funciones del cargo para el cual habia sido nombrado por su amo, y llevando á las Tullerías con prolija puntualidad todas las semanas crónicas y revistas secretas llenas de chismes de café. Sus amigos, los editores de las *Memorias* que tenemos á la vista, dicen con este motivo que hacia los mayores esfuerzos entonces por causar todo el daño posible á los emigrados que se habian restituido á su patria, y tanto es así la verdad, que si Napoleón ignoraba las quejas y sarcasmos que proferian contra el sistema imperial los aristócratas despojados de sus bienes, y los eclesiásticos desposeidos de sus beneficios, no quedaba por falta de Barère. Nos duele tener que decir con este motivo que ciega de tal modo á M. H. Carnot el espíritu de partido, que clasifica entre los merecimientos de su héroe á la estimación pública tan infames y bajos procedimientos.

Ya dijimos que además de polizonte y espía era Barère periodista y autor de libelos; pero añadiremos ahora que fundó un diario contra la Inglaterra denominado *Mémorial Antibrannique*; que trazó

el plan de una obra cuyo título sería: *Engrandecimiento é ilustracion de la Francia por el emperador Napoleon*, y que, cuando se proclamó el imperio, el exregicida se hizo notar en la turbamulta de los aduladores por su entusiasmo y la singular fecundidad de su servilismo, pues tradujo un libro indigno de versos italianos, titulado *Corona poética compuesta por los pastores de Arcadia para el glorioso advenimiento de Napoleon I*, y comenzó una nueva serie de *carmañolas* en todo contrarias á las que hicieron en su día las delicias de la Montaña, en las cuales el título de emperador era mezquino y pobre, segun decia, para condecorar á Bonaparte, quien debia de apellidarse por aclamacion universal emperador de Europa, y rey de los reyes, no de Italia, por ser esta denominacion sobrado humilde para hombre tan grande.

Empero, á pesar de la buena voluntad con que se ocupaba en ser espía y libelista de oficio, no era de grande utilidad en ninguno de sus empleos. Su periódico apenas se vendia, y mientras el *Journal des Débats* prosperaba extraordinariamente bajo la discreta y acertada direccion de Geoffroy, tirando más de veinte mil números diarios, el *Mémorial Antibrannique* no llegó nunca en su mayor prosperidad á mil quinientos suscritores, y para eso avecinados léjos de Paris, siendo acaso gascones, entre los cuales conservaba todavía el nombre de Barère cierto prestigio.

Los publicistas que no hallan quien los lea suelen atribuir la indiferencia general de que son objeto á causas diferentes de las verdaderas, y Barère para no apartarse de la regla hizo lo propio, ensañándose en los parisienses. «Paris, decia, no simpatiza con la Francia en nada, porque no hay un parisiense

que se cure de periódicos consagrados á las necesidades y verdaderos intereses del país. Nada es tan ridículo á los ojos de un parisiense como el patriotismo. Las clases elevadas de la capital siempre han sido esclavas de la Inglaterra, y como para ellas vale más un furriel inglés que un general de su país, los periódicos que ataquen la Inglaterra carecerán siempre de su apoyo.»

Hallándose Napoleón en Santa Elena, definía mejor y explicaba más razonadamente al doctor O'Meara el fiasco del *Mémorial Antibrannique*, diciendo que «Barère gozaba fama de hombre de talento, pero que nunca se lo había parecido; como que todo se reducía en él á floreo de retórica sin fondo alguno, á *coglionerie* rebozadas de frases de relumbro.»

En efecto, Barère no había logrado nunca ser buen escritor, por más que tuviera la imaginación pronta y que hiciera fácil y rápidamente cuanto supiese hacer. Porque si los días pasados de su grandeza y poderío tomó la costumbre de pronunciar discursos acerca de los asuntos más perturbadores á muchedumbres fáciles de conmover, y si entonces pasaban desapercibidos los defectos de su estilo, por ser aquellos tiempos de mucha licencia literaria y civil, y lícito á los patriotas violar, así las reglas ordinarias de la composición como las de la jurisprudencia y de la moral social, con la reacción civil habíase iniciado una reacción literaria, y del propio modo que había de nuevo trono, corte, magistratura, órdenes de caballería y jerarquías, también había una manera de repacimiento del buen gusto clásico, y se estudiaba la prosa de Pascal y de Massillon y los versos de Racine y de La Fontaine con tanto afán cuanto se tenía en olvidar aquella elo-

cuencia que ántes entusiasmaba al populacho, y que á la sazón sólo era eficaz á producir imágenes de muerte y de horror en la memoria. Por esta causa las costumbres del Anacreonte de la guillotina, sus palabras extrañas, no definidas por el Diccionario de la Lengua, sus chanzas, sus burlas, sus hipéboles y sus idiotismos gascones se hicieron al público tan odiosos como en Inglaterra, después de la Restauración, la jerga puritana.

## XLII.

Bonaparte, que no quiso nunca bien á los hombres del Terror, ya no los temía, como que se hallaba en la cumbre del poder y rodeado de inmenso prestigio, y ellos caídos y rodeados de oprobio. Era monarca, y acaso ya entonces acariciaba la idea de contraer alianza matrimonial con alguna familia de monarcas; y siendo así, natural debe de parecer que no quisiera en su nuevo estado conservar relaciones con lo peor y más aborrecible de los Jacobinos. Posible habría sido, sin embargo, á ser indispensable al Imperio el concurso de Barère, que la mala voluntad personal cediera un tanto á las consideraciones políticas; pero como no hubiera motivo alguno de guardar miramientos á un hombre despreciable y que se había mostrado escritor más despreciable todavía, Bonaparte se dejó llevar de su carácter con él, y en vez de alejarlo cortésmente, despidiéndolo afable y generoso de su servicio, lo trató como á perro á quien se arroja de donde no deba estar. Tenía Barère la costumbre de mandar cada día seis ejemplares de su periódico á las Tullerías, impresos en papel de lujo; y cuando hubo llegado el

caso que indicamos en el párrafo anterior, en vez de recibir ciertas alabanzas que aguardaba en pago de su celo, le contestaron secamente que habia dispuesto el grande hombre se le devolvieran cinco de los números, demostrando así que con uno le bastaba. No obstante, prosiguió afanoso en la tarea, lleno de halagadoras ilusiones y esperando á cada paso que Napoleon acabaria por ceder y ablandarse, y que al cabo recibiria en premio de sus afanes alguna parte de las grandezas y magnificencias del Estado. A decir verdad, merecia recompensa su acatamiento y sumision á las nuevas instituciones; pero lo engañó el deseo, como veremos. No daba la Constitucion del Imperio á los colegios electorales de los departamentos el derecho de nombrar senadores y diputados, sino sólo el de presentar candidatos, entre los cuales designaba el Emperador los senadores, y éstos á su vez los diputados. Los habitantes de los Altos Pirineos, que siempre mostraron por Barère singular parcialidad, se atrevieron en 1805 á pensar en él para ejercer el cargo de senador; pero sabido el caso de Napoleon, S. M. I. expresó cuánto le disgustaba el proyecto, é hizo saber al presidente de aquel colegio electoral que la designacion del ex-terrorista redundaria en mengua y afrenta de sus electores; con lo cual renunciaron al propósito de que fuera senador. Entonces, los de Argelés se atrevieron á presentarlo candidato para el Cuerpo legislativo; y aun cuando carecia esta Cámara de prestigio y dignidad, y no discutia, y se hallaban limitadas sus atribuciones á votar en silencio cuanto proponia el Gobierno, y sea difícil explicarse cómo aquellos hombres que tuvieron asiento en Asambleas deliberantes poderosas y libres se resignaban y se avenian á representar papel tan

triste y secundario en semejante farsa parlamentaria, Barère ansiaba formar parte de ella; satisfaccion que tampoco logró ver realizada, pues el Senado le negó sus votos en absoluto.

Ocasionado era el tratamiento á herir la susceptibilidad del hombre más indigno de cuantos fueran; mas él no se dió por ofendido, y perseveró en sus adulaciones y acatamientos; enviando puntualmente á las Tullerías cada semana una confidencia escrita de su puño, hasta que en 1807 y mientras redactaba la marcada con el número 223, recibió una carta de Duroc, tan desatenta como categórica, en la cual le rogaba no enviase más papeles á palacio, pues su Majestad no tenia vagar para leerlos.

## XLIII.

Dice un refran indostánico que traspasa el desprecio hasta la concha de tortuga, y á pesar de su insensibilidad, Barère se sintió profundamente ofendido del que le mostraba la corte imperial. Habia representado principalísimo papel entre los caudillos de poderosa y fuerte nacion, y luégo se degradó hasta el punto de servir oficios despreciables bajo las órdenes de un amo; y cuando se hubo cubierto de ignominia, le dijeron que ya no merecia ni siquiera el mezquino salario que le daban en precio de su villanía! ¡Se humilló, se arrastró á los piés de un señor y fué su esclavo, todo á cambio de la pitanza, y al cabo le quitaban escudilla y cuchara juntamente, no estimándolo siquiera merecedor de aquello que comia! ¡Todo lo habia hecho en vano! ¡Todos sus sacrificios habian sido inútiles y como si no fueran, pues al cabo de ellos quedaba en peor

situacion que los miserables á quienes empleaba el Gobierno en obras de infamia, y ocioso en medio de la plaza del mercado, no porque hubiera cosa por innoble que fuese que no se sintiera él dispuesto á ejecutar, sino porque ni aun para eso lo querian!

Por muy dichoso podia estimarse Barère á pesar de su mala ventura, sin embargo; porque si todo cuanto confiesa en sus *Memorias* lo hubiera sabido entónces el Gobierno, es bien seguro que las muestras de imperial desagrado habrian revestido carácter y circunstancias diferentes. Ni tampoco hubiera podido ménos de ser así, pues dice que mientras publicaba diariamente artículos encomiásticos de Bonaparte, y redactaba confidencias para el uso del jefe del Estado, se hallaba en intimas relaciones con los agentes del emperador Alejandro en Paris, que informaban á S. M. de cuanto allí pasaba, leyendo sus despachos secretos, suministrándoles noticias acerca del estado de la opinion pública y del carácter de Napoleon, y haciendo cuanto estaba de su parte para persuadirlos de la inestabilidad de su Gobierno y de la incapacidad política y militar del Emperador. Demas de esto, el servil corresponsal y noticiero de las Tullerías y del Czar, hacia lo propio con el representante de España, pues reconoce sin ambages que celebraba con este diplomático dos conferencias diarias á ocultas del Gobierno frances, y que su conversacion versaba principalmente sobre los defectos y vicios de Napoleon, sobre sus proyectos acerca de la Península ibérica, y la mejor manera de hacerlos fracasar. Como se ve, la infamia de Barère no tenia término, pues cuando llegaba en punto á perversidad á los más profundos abismos, y parecia no ser posible ir más allá, él encontraba modo de hacerlo sin empacho. Fea cosa es ser

delator y espía; pero aun entre los delatores y los espías hay un punto del cual no pasan; que si existe gradacion en la perversidad, generalmente tambien cuando ésta llega á cierto límite de infamia, se detiene; mas en Barère no era así, pues calumniaba sin pudor al amo á quien servia de rodillas, y hacia oficios de espía contra su propia patria y en favor del enemigo extranjero, siendo por tanto el más vil de los villanos.

## XLIV.

De 1807 á 1814 pasó Barère en la oscuridad, declamando contra el Gobierno imperial con tanta vehemencia como le consentia su espíritu cobarde, y recibiendo de tiempo en tiempo visitas no nada gratas de los agentes de seguridad pública; y al advenimiento de los Borbones se declaró realista, redactando un folleto encaminado á exponer los horrores del régimen abolido, y á celebrar la sabiduría y clemencia de la Carta. En esta obra, el hombre que votó la muerte de Luis XVI, que pidió la de María Antonieta, y que aborrecia el sistema monárquico á tal extremo, que no pudiendo hacer guerra á mas reyes vivos, la declaró á los sepulcros de los ya muertos, dice con muestras de grande complacencia que «se propone consignar noblemente la firmeza de sus principios monárquicos y su fidelidad á la casa de Borbon;» miserable apostasia que no le mereció, sin embargo, recompensa del nuevo Gobierno.

Durante los cien dias, volvió á entrar en la vida pública, siendo nombrado para la Cámara legislativa por su departamento; pero aun cuando la mayor

parte de sus individuos eran hombres que mostraban mucha indulgencia con los excesos de los Jacobinos, fué objeto en ella de antipatía general; como que al pedir por primera vez la palabra, se levantó un murmullo de indignacion que hubiera sido eficaz á sellar otros labios que no los suyos. Despues de la batalla de Waterloo, propuso Barère que la Cámara salvase á la Francia del enemigo victorioso, publicando una proclama en la cual se hablara del paso de las Termópilas y de la costumbre lacedemonia de adornarse de flores los dias de peligro extremo, cual si pudiera contenerse la marcha del invasor con reminiscencias helénicas. Los diputados tuvieron el buen acuerdo de no adoptar la última *carrañola* del tribuno de la Convencion.

Abdicó el Emperador, volvieron los Borbones, y la Cámara de los Cien Dias se retiró, despues de parodiar durante algunas semanas á los convencionales, mereciendo fama de haber sido la más inepta de las asambleas políticas que se haya reunido en Francia. Porque, en efecto, los charlatanes y soñadores que la formaban no comprendieron un sólo momento la situacion: que se hacía necesario vencer á la Europa ó conciliársela; que no era posible conciliársela sino llamando á Luis XVIII, y que no

sus arengas y sus discusiones parlamentarias; y mientras hasta la existencia nacional dependia de la voluntad del vencedor, se ocupaban en discutir constituciones para él, dando lugar á que pusieran término á su charla incesante sobre los derechos del hombre y la soberanía nacional los soldados de Wellington y de Blücher.

Eligióse nueva Cámara entónces, y fué tan hostil á la Revolucion, que hubo momentos en los cuales hizo temer la vuelta del Terror; pudiendo decirse que la influencia del Monarca, de sus amigos y ministros logró reprimir, no sin gran esfuerzo, la impetuosidad de los realistas fanáticos, y que las penas impuestas, áun cuando no se justifiquen á los ojos de la historia, fueron pocas en número y suaves comparadas con los castigos que reclamaban M. de Labourdonnaye y M. Hyde de Neuville. Hemos oido decir siempre á este propósito, y lo creemos, que se hallaba dispuesto el Gobierno á ejercer poca severidad con los mismos regicidas, pero que como la Cámara de Diputados estaba tan sobrecitada contra ellos, hubo que hacerle algunas concesiones en particular, acordándose por tanto que aquellos que votaron la muerte de Luis XVI en 1793, y se adhirieron despues al gobierno de Napoleon durante los Cien Dias, fueran condenados á perpétuo des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



y un hermano ingrato.» Pero ni los años ni los contratiempos fueron eficaces en él á modificar su carácter; porque despues de su destierro se tornó Jacobino, y al regresar á Francia se asoció á los enemigos de Luis Felipe y de sus ministros, afiliándose á la extrema izquierda. M. Casimiro Perier, M. de Broglie, M. Guizot y M. Thiers merecieron la honra de ser insultados por él, y el Rey la no ménos envidiable de ser calificado de tirano, hipócrita y perverso; lo cual no le impidió aceptar la limosna de mil francos anuales que le asignó el soberano de su bolsillo particular. Gracias á esto y á ciertas cantidades que recibia de tiempo en tiempo del ministerio de lo Interior á pretexto de ser literato desvalido, y del de la Justicia á pretexto de que habia desempeñado importantes cargos judiciales, pudo librarse de mendigar el pan de cada dia, falleciendo el mes de Enero de 1841, á los ochenta y seis años de su edad. Barère sobrevivió á todos sus colegas del célebre Comité de Salud pública y á casi todos los de la Convencion.

## XLV.

Hemos trazado breve y compendiosamente á nuestros lectores la vida de Barère, y al llegar á este punto nos parece innecesario añadir la menor cosa que sea parte á ilustrarlos en órden á su carácter. Porque si en vez de tratar de él lo hubiéramos hecho de alguno de sus colegas de la Junta de Salud pública: de Carnot, de Robespierre ó de Saint-Just, ó siquiera de Couthon, de Collot ó de Billaud, acaso creyéramos conveniente detenernos á examinar á fondo los argumentos expuestos en justificacion &

excusa del sistema terrorista; siendo fácil demostrar en ese caso que no se libertó la Francia de sus enemigos exteriores por el Terror, sino á pesar de él, y que la política violenta de la Montaña produjo en mucha parte los peligros que invocó luégo como pretexto de sus excesos y desórdenes. Tambien podríamos demostrar sin gran esfuerzo que los males y daños producidos por la política jacobina no acabaron con ella, sino que legó á la Francia y la Europa considerable séquito de calamidades, ejerciendo tan perniciosa influencia en la opinion pública, predispuesta favorablemente á la libertad civil y religiosa las dos pasadas generaciones, que la obligó á retrogradar con los excesos y horrores de su remado de una manera tan sensible que aun se advierten las señales del cambio; cambio natural por lo demas, pues los que se apellidaban campeones del derecho popular acumularon en el corto espacio de doce meses más crímenes que cometieron en el trascurso de doce siglos los reyes de Francia merovingios, carlovingios y capetos, y á virtud del cual se hizo tan temible la libertad, que las gentes preferian someterse al Gobierno de los príncipes hereditarios, de los caudillos militares, de los nobles, del clero, de cuanto sea imaginable, al de los filósofos y filántropos. Esa fué la única y verdadera causa, el origen cierto y positivo del despotismo imperial, con su prensa esclava y su tribuna silenciosa, y sus prisiones más terribles que nunca lo fué la Bastilla, y sus tribunales obsequiosos, humildes y serviles; esa fué la causa de la restauracion de los Borbones y de los Jesuitas, de la Cámara de 1815 con sus listas de proscritos, del renacimiento del nuevo feudalismo, de las invasiones del clero, de la persecucion de los protestantes, y de la venida de

nuevos Montfortes y Dominicos en pleno siglo xix; esa fué la causa de la Santa Alianza y de la guerra emprendida por los veteranos de la bandera tricolor á las libertades del pueblo español, y esa es también la del invencible temor que sienten, aun en nuestros días, cuando se trata de ensanchar la base de la Representación nacional, los más principalmente interesados en la defensa de la propiedad y del orden público: que los lustros trascurridos desde entonces no han logrado borrar la mancha infamante arrojada sobre la causa más noble y generosa por un año de barbarie y de licencia democrática.

Nada es más ridículo por esta causa que la manera empleada por M. H. Carnot y otros escritores de justificar ó excusar al ménos la conducta de los Jacobinos, al propio tiempo que declaman contra la reaccion que siguió inmediatamente á la época de su mando. Porque si bien es cierto que la reaccion producida entonces causó grandes males y perturbaciones, cuyos efectos se perciben todavía, ¿cuál fué su origen? Cuando forzamos un muelle, vemos que al soltarlo se desarrolla con violencia proporcionada á la que lo comprimíó, y que al impulsar la péndola en una dirección, retrograda en la apuesta igual distancia. Lo propio acontece en la política, siendo positivo que los excesos engendran excesos en contrario sentido, y que no merece ciertamente nombre de estadista quien imprime un movimiento sin prever los efectos del rechazo. Pero estos cálculos no eran comprensibles de los terroristas, los cuales no alcanzaban ni tenían otro sistema ni programa que la destruccion y el asesinato, logrando por tanto producir en pocos meses de mando una reaccion terrible, cuyo término acaso no veamos nosotros tampoco; y cuando tocaron sus efectos

quedaron suspensos y estupefactos, y poblaron el aire de sus lamentaciones y de sus gemidos, y achacaron el estrago á todo menos á su causa verdadera, es decir, á su propia inmoralidad y á su profunda y grosera ignorancia de los negocios públicos.

Consideraciones son estas, sin embargo, de que no hemos menester en el caso presente, pues sean cuales fueren las excusas que los amigos de los terroristas empleen para sincerar su política, es lo cierto que huelgan tratándose de Barère; que hartos se demuestra en su propia vida y en sus propios escritos y palabras cómo se asoció á la obra funesta y sanguinaria de la Junta de Salud pública por miserable cobardía y amor al mal, no por sincero fanatismo, ni por patriotismo desacordado. ¿Acaso podrá decirse que asesinó los Girondinos movido de celo por la cosa pública, cuando él mismo consigna en sus *Memorias* que siempre consideró aquel suceso como la mayor calamidad de cuantas abrumaran á la Francia? ¿Acaso podrá decirse que movido de celo por la cosa pública pidió con grandes voces la cabeza de María Antonieta, cuando él mismo declara en sus *Memorias* que mejor habria sido emplear el tiempo perdido en acusarla y procesarla en ocurrir á la defensa del país? ¿Acaso podrá decirse que asesinó á los vivos y ultrajó á los muertos porque aborreciera sinceramente la monarquía, cuando se arrastró á las plantas del emperador Napoleon, y pareciéndole poco sus dictados, le adjudicó el de rey de los reyes, y luégo, al advenimiento de la restauracion rindió pleito-homenaje á los Borbones, añadiendo que siempre fué monárquico y fidelísimo á la familia? Si hubiera sido ménos infame, tal vez fuera posible atenuar en algun modo su

crueldad; y si ménos cruel, tal vez fuera posible atenuar en algun modo su bajeza y villanía; pero ¿qué podrá decir la misma caridad en favor de un regicida, espía de sus antiguos compañeros, de un malvado que despues de haber defendido á Lebon, delató á Demerville, y que alternativamente tuvo en los labios siempre las gasconadas más soeces del jacobinismo y las más rastreras del servilismo cesarista?

## XLVI.

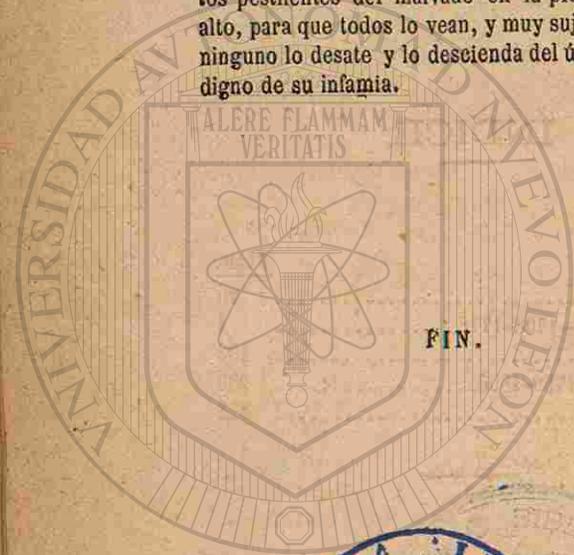
Vamos á concluir; mas no lo haremos sin decir ántes algunas palabras en orden á dos circunstancias del carácter de Barère, que suspenden el ánimo de su biógrafo y le parecen dignas de las mayores alabanzas. M. H. Carnot concede que fué su héroe un tanto mudable de condicion; pero que en cambio siempre perseveró en el odio á la Inglaterra y en el amor al Cristianismo. Habiendo sido así, no vacilamos en afirmar que la Inglaterra le debe más gratitud que no el Cristianismo. Y como sería posible que al hacernos cargo de sus invectivas contra el pueblo inglés nuestro juicio adoleciera de cierta parcialidad, nos limitaremos á decir que la parte de sus escritos que más nos place y nos deleita es esta precisamente. ¿Ni qué podia tampoco hacer en honra de Inglaterra sino odiarla con toda su alma? ¿Ni qué cosa más lisonjera para el amor propio nacional inglés que la mala voluntad de un renegado, traidor, esclavo, cobarde, falso, embustero, calumniador, asesino, periodista vendido, espía y polizone como Barère? Pero acaso no hemos logrado expresar bien nuestro pensamiento, porque así los

ultrajes como las alabanzas de Barère, ni ensalzan ni merman la honra, y sólo merecen el desprecio.

No diremos lo propio respecto del celo fervoroso y constante de Barère por la religion cristiana, porque, como estamos convencidos de que cuanto la es perjudicial produce males innumerables, nos halagaba la esperanza de que fuese ateo. Pero afirma M. Carnot que ni siquiera hubo en él vacilaciones, y que permaneció fiel á la fe de sus padres durante la Revolucion, dejando várias obras teológicas manuscritas, entre otras un libro piadoso titulado: *Del cristianismo y su influencia*, y unas meditaciones sobre los salmos; trabajos todos que habrán sido ciertamente de mucho consuelo y edificación para la Iglesia. ....

Con este detalle se completa el personaje: Porque si la falsedad, la deshonra, la injusticia, la iniquidad, la impureza, la infamia, la degradacion y el cinismo; si cuanto se halla corrompido del vicio; si cuanto es malo y perverso necesariamente coexistia en el corazon abyecto y miserable de Barère, para que tan asqueroso conjunto fuera dechado perfecto de abominaciones y resaltara más, faltábale una cosa esencialísima, y es la barnizada de misticismo que le da M. Carnot. Y dicho esto, nada más deberíamos añadir en contrario, para no despojar la leyenda del flamante atleta cristiano SAN BELTRAN DE LAS CARMAÑOLAS del seráfico perfume y piadosa poesía que ha difundido en ella su comentador; mas es fuerza no callar, siquiera sea para que nuestra obra no acabe con palabras de ironía, diciendo que siempre hablamos apartado con horror la vista de la imagen de Barère, cuya historia no hubiéramos escrito nunca por no manchar el papel trazando su nombre; pero que al proponerse M. Carnot canoni-

zarlo y trasformar en reliquias venerables sus despojos, nos ha puesto en el caso de volver por los fueros de la justicia y la verdad, asentando los restos pestilentes del malvado en la picota, muy en alto, para que todos lo vean, y muy sujeto, para que ninguno lo desate y lo descienda del único pedestal digno de su infamia.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



## ÍNDICE.

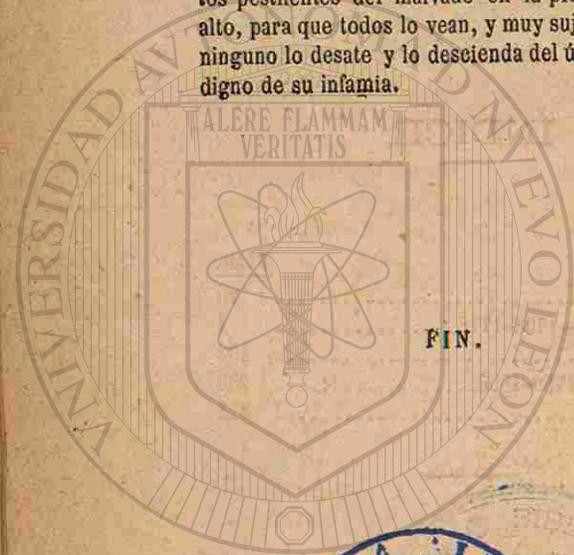
FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

	Págs.
PRÓLOGO.....	vii
Lord Chatham.—1708-1778.....	1
Mirabehau.....	193
William Pitt.—1759-1806.....	233
Beltran Barère.....	325

## ERRATAS MÁS NOTABLES.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
42	40	1575	1755
176	34	con	con

zarlo y trasformar en reliquias venerables sus despojos, nos ha puesto en el caso de volver por los fueros de la justicia y la verdad, asentando los restos pestilentes del malvado en la picota, muy en alto, para que todos lo vean, y muy sujeto, para que ninguno lo desate y lo descienda del único pedestal digno de su infamia.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



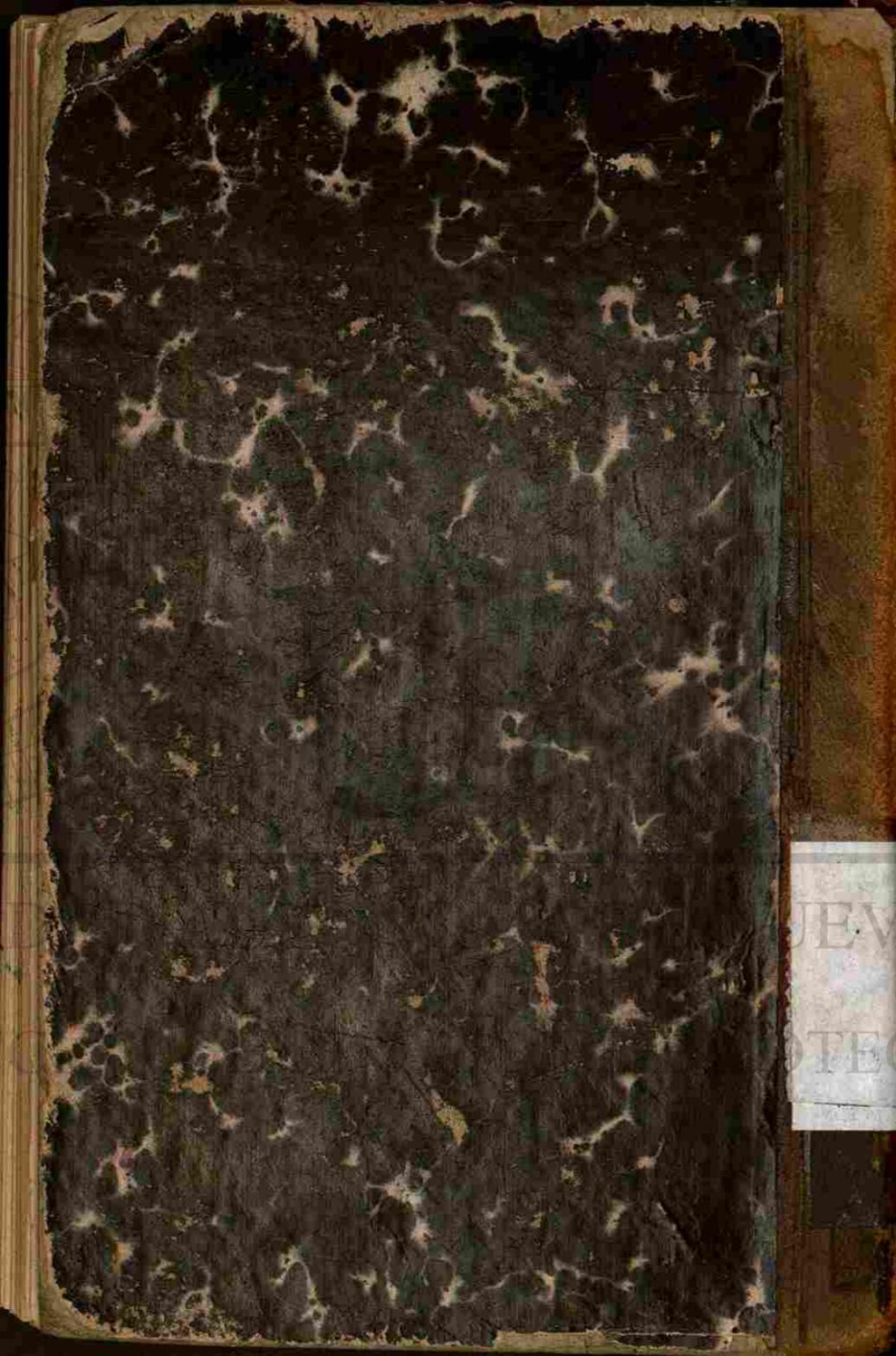
## ÍNDICE.

FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

	Págs.
PRÓLOGO.....	vii
Lord Chatham.—1708-1778.....	1
Mirabehau.....	193
William Pitt.—1759-1806.....	233
Beltran Barère.....	325

## ERRATAS MÁS NOTABLES.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
42	40	1575	1755
176	34	con	con



JEN

TEC